

MARÍA JESÚS CAVA MESA

BILBAO

AVATARES DE LA HISTORIA



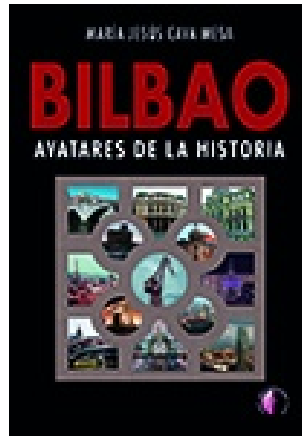
SINOPSIS

El conjunto de textos reunidos en este libro da a conocer, eludiendo tópicos banales, diversos contenidos de la historia de Bilbao y de Bizkaia. El objetivo del mismo pretende que el lector se aproxime a temas olvidados, poco conocidos o imprecisos. Estructurado en cinco secciones: CIUDAD, PERSONAJES, ESCENARIO, VIDA COTIDIANA, ARTE Y MÚSICA.

La tarea divulgativa que durante años ha desempeñado la autora colaborando con el periódico municipal BILBAO, acumula puntualmente aportes de interés, avalados por una tarea investigadora acreditada, haciéndolo cercano al lector, para poner en valor acciones individuales y colectivas relevantes.

Esta obra completa, de este modo, la historiografía sobre la Villa de Bilbao y subraya la imagen de la capital de Bizkaia mediante un relato que destaca los valores de la tradición. Contribuye a respetar la memoria histórica, al manejar fuentes y describir procesos diversos. Facilita una visión amable respecto de cuestiones que marcan ruta -todavía- en el conjunto de la ciudadanía del Bilbao posmoderno, a tenor de costumbres, rituales y símbolos de su Historia. Temas, en suma, cuyo conocimiento para las futuras generaciones, es clave.

[Más información sobre este libro:](#)



NUESTRAS REDES SOCIALES



[Facebook: Ediciones Beta](#)



[Instagram: @edicionesbeta](#)



[Youtube: edicionesbeta](#)



[Página web de Ediciones Beta](#)

A Lucía e Ignacio, bilbainos de pura cepa

PRÓLOGO

Escribir sobre historia desde mediados del siglo XX ha significado afrontar un gran reto, debido al cambio radical de sus planteamientos. Áreas tradicionales de estudio, incluida la política nacional, la historia económica o la institucional, por ejemplo, que habían dominado la investigación y la enseñanza desde prácticamente los años 1970, perdieron su centralidad.

Tópicos nuevos ligados al estudio de los nacionalismos, el constitucionalismo, la historia colonial, incluso los estudios biográficos y hasta la vida cotidiana respondieron a nuevos focos de interés. Y descubrieron fenómenos diversos adheridos al despertar democrático de nuestro país. También el interés por las historias locales pareció resucitar; de manera que la puesta en valor de la historia de las ciudades, y el microcosmos que aproxima un determinado espacio a determinada escala, con su ciudadanía, parecieron imprescindibles.

El alejamiento del bilbaíno de su propio contexto histórico en un pasado inmediato se fue desmontando, al compás del revival de la ciudad en su proceso de regeneración. Y de ahí, la multiplicación – sobre todo, a través de las nuevas redes sociales– de un cierto amateurismo que se acercaba, curioso, a la historia de esta ciudad, capital de Bizkaia, de sus numerosas sinergias emprendedoras y de su capacidad de reinventarse.

El resultado de ese esfuerzo, en mi caso, se descubre a través de una recopilación de páginas de historia que se presentan – indisolublemente– con la sempiterna identidad de “lo bilbaino”.

La reinención de un cierto costumbrismo, tal como se muestra en el balance editorial de libros sobre Bilbao, ha ido aportando efectos dispares, y al tiempo, divergentes en calidad historiográfica.

Desde mi personal visión, la cancela abierta para recrear lo más amable de la historia de Bilbao ha encontrado fórmulas para la reconfiguración de su pasado y de su presente, pero no siempre ajustadas a la lectura de la ortodoxia investigadora.

Una divulgación de calidad como la que pretendemos desde las páginas de este libro, aspira –haciendo balance– a presentar una tarea que, dicho con modestia, fue pionera desde el inicio de la experiencia culta del periódico municipal *BILBAO*. Periódico mensual que ha sido reconocido como precoz en la divulgación cultural.

A mi parecer, también es evidente que para ofrecer un aporte histórico a través de los medios de comunicación se requiere de dosis de refinamiento.

Lo tradicional en exceso –por estar descontextualizado–, las posturas carentes de crítica, o aquellas que son cautivas de una exagerada ideologización o del fundamentalismo profesional alejan su discurso de la comprensión del gran público. Con la intención de abrir puertas a evidencias y a nuevas alternativas interpretativas, así como para rescatar datos rigurosos e información relevante, los objetivos que guiaron mi quehacer desde las páginas del mencionado periódico, siempre han intentado hacer acopio de sentido ecuánime y fina ironía.

La percepción del interés del lector hacia esta tarea y hacia aspectos con los que creo haber contribuido desde esta publicación, me animan a reunir en este libro, un compendio de tales artículos. Ellos confirman la diversidad temática sobre la que he escrito durante lustros, desde esta publicación.

Motivación, ideales, valores y amor hacia la ciudad que me ha visto nacer, me llevan a recopilar los textos más destacados que aparecieron en las páginas de este periódico desde 2007 hasta 2021 bajo mi firma.

A través de estos “avatares” de la historia de Bilbao se analizan personajes, instituciones, fenómenos de la vida cotidiana y hasta la propia ciudad creando su particular cultura material.

Todo ello remite a apasionantes momentos de la historia de los bilbaínos, porque en ese relato que ahora se presenta reunido, he acumulado también la memoria de un largo caminar personal y académico, en paralelo a la evolución e innovación que hoy representa la villa de Bilbao en pleno siglo XXI.

Agradezco al área de Cultura del Ayuntamiento de Bilbao y a Ediciones Beta su interés por promover esa aura cultural que liga su historia con la de su ciudadanía; cada vez más dispuesta a valorar lo que ha sido su memoria histórica, y configurar social y culturalmente un núcleo de conocimiento que hace de Bilbao, “caput” de muchas cosas, a lo largo de este espacio estratégico confirmado con el paso de los siglos como indestructible.

María Jesús Cava Mesa

Primera parte:

La ciudad

BILBAO Y LA HISTORIA

Una relación imprescindible a través de una mirada estratégica

La sociología más reciente concluye al diagnosticar nuestra época que realidad virtual y virtualidad real forman parte ineludible de esta sociedad en la que vivimos globalmente. Quienes son más proclives a comunicarse socialmente, lo son también en la comunicación por internet, para que nos entendamos. Una referencia inicial como esta me ayuda a situar al lector ante la evaluación hacia fuera y hacia dentro de la cultura que corresponde a los decenios transcurridos en esta ciudad. Bilbao se adapta desde la valoración de lo individual y colectivo, y conforma una imagen sociocultural de la comunidad plural que ha sido y sigue siendo. Una ciudad despierta a todo lo que culturalmente fragua según sus intereses.



Portada periódico *BILBAO*. "Bilbao sede europea".

Vivimos un tiempo de crisis, que viene de la palabra griega *kerein*, y significa cortar o separar todo lo establecido o asentado. Como bien saben los médicos, crisis describe también el punto de progreso de la enfermedad, un punto de no retorno para bien o para mal. Sin querer hacer historia de la palabra crisis, seamos conscientes de que desde 2008, pero sobre todo desde 2011, el concepto se ha multiplicado en incontables acepciones y el discurso que le rodea se ha diversificado, fundamentalmente gracias a la prensa, escapándose incluso del control humano. ¡No digamos nada, a raíz del inusitado brote pandémico de 2020!

Sin embargo, el imaginario de la conciencia colectiva en nuestra época tiende a sobrestimar algunas cosas y a minimizar otras. Por lo que la mentalidad social será siempre la que establezca sus reglas. Ahí es donde quiero ir a recalar, arribando a la bahía cultural que ha supuesto el periódico municipal *BILBAO* para la historia local. Porque, además, *BILBAO* es un referente esencial en temas culturales más allá de cualquier crisis.

Cultura y ciudadanía

La historia ha cambiado en nuestro siglo XXI, y situarnos después de la batalla ante la incidencia de distintas crisis obliga a los historiadores a que seamos capaces de describir y a analizar lo que ha acontecido. Obliga asimismo a desentrañar cómo progreso histórico y crisis, individuo y colectividad, redes y modelos coexisten y explican el mundo actual. La cultura forma parte de la mochila, y en las nuevas condiciones del ser humano esta emerge como factor clave, a pesar del colapso de tantas cosas.

En una entrevista concedida poco tiempo antes de su fallecimiento, el historiador Eric Hobsbawm decía: “Lo más importante para los historiadores es tomar conciencia de los procesos de globalización, es decir, de la Historia no digo universal sino global, que está más allá de los límites de naciones, regiones, etc. En este sentido, se enfrentan a varios retos importantes. (...) Estamos viviendo una época en que la Historia tiene un papel en el discurso político mucho más importante que antes”.

¡Cómo no tener en cuenta tal idea! Especialmente, antes de ponernos a recrear lo que cimenta el presente de una sociedad local y de su recipiente formal: una urbe, cuya consistencia histórica ha dado lugar a tantos resultados, algunos válidos, otros míticos, y otros estereotipados de manera trivial.

En varias páginas de internet, cualquier curioso de la historia de la prensa puede encontrar una sección imprescindible: periódicos históricos. Obviamente *BILBAO* lleva camino de poder figurar en una de esas secciones para coleccionistas, lo cual es un halago que ya obtiene a través del reconocimiento popular, como resulta evidente también el aprecio que suscitan sus contenidos. En una fecha conmemorativa como la que vivió el periódico en noviembre del 2012, no cabían apuntes en exceso personales, pero no puedo sustraerme a señalar un dato que va adherido a mi propia experiencia.

Hace casi 30 años, el camino en la divulgación histórica que pivotaba sobre el devenir de esta villa fue en parte mi propuesta. Llegó con la complicidad de Ángel Ortiz Alfau en momentos de sequía cultural en este campo. Coincidente con la línea editorial, hoy, la suma de las partes da resultados elocuentes. Como tal, lo que el periódico ha diversificado sobre temas que adoptan el paraguas historicista, acumula en varias líneas de trabajo que –en mi caso, al menos– significan el deseo de aportar algo a la cultura del conocimiento. Mucho más que pura nostalgia.

A mí me gusta observar al sujeto y a la materia; y este acercamiento al mundo local es –a fin de cuentas– un acercamiento al mundo a secas. Este mundo es plano y es múltiple. Por eso, dar una imagen medible del mundo a las generaciones venideras, estando atrapados por una realidad tan contundente, exige una prospectiva del pasado para predecir el presente, de otro modo.

Pero volviendo a la evaluación del periódico *BILBAO*, he de recordar lo que la periodista María Luisa Blanco planteaba en un texto sobre el periodismo cultural para el siglo XXI: “¿Cómo promover la cultura en este principio de siglo? ¿Tenemos cultura, periodismo y publicidad, periodismo y cultura de consumo puestos al mismo nivel de la cultura más exigente del periodismo tradicional en el mejor sentido del término?”.

Ante éstas y otras preguntas que se formulan quienes elaboran suplementos culturales, la directora de *Babelia* reflexionaba sobre cómo se valoraba casi 10 años atrás la cultura, y afirmaba que los directivos del medio (se refería a *El País*) saben que tiene más valor.

La referencia en concreto me sirve para aplicarla a nuestro contexto sociopolítico y desde esa coincidente opinión, a mi parecer, salimos ganando todos. Parece obvio, o quizás ¿no tanto?, que la *historia de la Historia* no debe entenderse aquí como una gran narrativa. Pero sí tiene que garantizar, como mínimo, rigor, criterio, secuencia y organización, además de calidad en el discurso. Los escenarios de ese análisis histórico deben ser creíbles, y en ningún caso deben propender a la invención. El lenguaje de la ficción es “otra” historia que distrae, y responde a un tipo de manifestación cultural diferente.

De otra parte, el historiador debe descifrar, no profetizar. Y eso es lo que modestamente creo haber ido practicando a través de un recopilatorio diverso, en esta tarea que toma referencias metodológicas distintas, porque la historia de la villa bilbaina es prolífica y sugerente; especialmente en su etapa contemporánea, aunque también haya habido apuntes relativos a otros siglos precedentes.

Las representaciones de una historia local que camina hacia momentos experimentales, rutinarios, marcados por un *ethos* y un *pathos* contrastado, por un lenguaje de creación, por el valor de lo individual y lo colectivo, por la tradición y el progreso, por varios instrumentos decisorios que son evaluables en cuanto manifestaciones de protesta, de bienestar, de innovación, de autorrealización, de ocio, de catástrofe, de genio y acción emprendedora, de guerra y paz, de presencia y acción de la naturaleza, de universalidad y localismo, de exilio y emigración, de mecanización, politización, etc., en suma, de un mundo en el que “perdimos la inocencia” son esenciales.

Un mundo desde el que desembocamos en otro, plenamente capturados por fenómenos tecnológicos y por la coordinación a distancia, por la espiral del consumo y el cuestionamiento sin más de quien toma decisiones. Desde esta realidad social nuestra, que viene del final de la Guerra Fría, llegamos a una especie de macedonia cultural en la que no debiéramos perdernos. Vivimos en la incertidumbre que ya vivieron otros siglos antes, pero los historiadores debemos estar atentos a nuevas formas alternativas que surgen, inevitables, porque conjugamos nuevos procesos que hacen de nuestro tiempo algo mucho más complejo.

Qué se le pide al historiador del siglo XXI

Mirar al pasado debiera permitirnos comprender los nuevos retos de otra manera. Somos parte de sistemas abiertos, por lo que el reduccionismo no sirve. Y para comenzar, debiéramos saber detectar los valores que aún valen y cómo afrontar nuevas situaciones. Aún más, detectar cuál es la característica de la cultura de la *nueva modernidad*. El nuevo “conocimiento” no puede ser el recipiente del cortoplacismo por mucho que el mercado imponga sus leyes; y habrá que atender con mucho cuidado a las nuevas retóricas, no vayamos a incurrir en los extremos del movimiento del péndulo, sencillamente porque sí.

No cabe hacer recuentos de los varios artículos de mi firma publicados en estos últimos años, pero sí recordar que la recompensa de ese esfuerzo ha sido la propia convicción de estar contribuyendo a que floreciera una historia local como **esencia de conocimiento**, más allá del costumbrismo, del chascarrillo y la literatura chirene... Los temas revisados, desconocidos, cultural, social, económica y políticamente representativos del personaje, de la sociedad, de movimientos e instituciones han permitido **hacer visible** una galería de individuos (desde Losada, hasta el *lehendakari* Aguirre e Indalecio Prieto..., etc.), una cadena de acciones colectivas cuyo simbolismo psico-social resulta asimismo evidente, y una reflexión de páginas históricas en las que el sello bilbaino afluía inevitablemente por sus aportaciones (desde la iniciativa musical, al asociacionismo más variopinto, o el diseño de ciudad en sus diversas manifestaciones).

Se visibilizan en este esfuerzo divulgador, también, los beneficios de una acción común y de una gestión en la que la comunidad local ha sido protagonista. Protagonismo, a veces, un poco larvado, pero cuya acción legitimadora ha sido y sigue siendo contundente.

Mi evocación ha estado marcada por la memoria, por la identificación de lugares de memoria, y por la identidad del bilbaino que hace leyenda, para bien y para mal, intentando huir –sin embargo- de estereotipos trasnochados. La vida en sus referencias más notorias desde el siglo XIX atrapó al ciudadano en su propia historia. Una historia con *label*. Esta ha sido mi aportación, modesta o no, y de la cual debo añadir sin petulancia, me siento muy orgullosa.

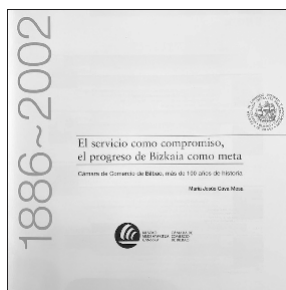


Portada periódico *BILBAO*. "Guía Michelin 2014".

El Consulado de Bilbao, V Centenario

En 2011 se conmemoró el V centenario del Consulado y el 125 aniversario de la Cámara de Comercio de Bilbao. La relevancia de aquella institución que conecta con un glorioso pasado comercial de esta villa nos lleva a recrear algunos aspectos que remiten a la imagen más conocida de esta institución, precedente de la Cámara de Comercio de Bilbao.

En 2002 se editaba por la Cámara de Comercio un libro conmemorativo que reunía los elementos históricos más destacables de su historia y tomaba como guía las diferentes sedes que la Cámara de Comercio, Industria y Navegación ha tenido en estos más de cien años, hasta aquella fecha de 2002. Como autora del mismo, recogí en él datos inéditos de una larga trayectoria que erige el valor de lo negociado en este territorio desde que en el siglo XIX se reconstruyera lo que la tradición había otorgado por méritos propios al Consulado de Bilbao. Una institución que se remonta a 1511.



Cámara de Comercio de Bilbao, más de 100 años de historia 1886-2002. Libro de la autora.

El origen del Consulado de Bilbao

Bilbao dispuso de un Consulado, Casa de Contratación y Juzgado de los hombres de negocio del mar, tierra y Universidad de Bilbao, por Carta Real obtenida de doña Juana “la Loca” en Sevilla, con la que se decidía su creación. Medida que hacía caso omiso a la reclamación de Bermeo, primer puerto entonces del territorio vizcaíno.

Con esa decisión reconfirmaban los objetivos fundacionales que supieron interpretar tanto el primer fundador de la villa, don Diego López de Haro V, como doña María Díaz de Haro, y por supuesto, también a quienes les habían precedido, respecto de la adecuación de aquel puerto interior y eje de comunicaciones terrestres que era Bilbao.

Pero todo comenzó siglos antes. Recordemos de forma muy resumida que la actividad marítima de estas costas vizcaínas había sido realmente intensa. Al decir de algunos historiadores, la ballena se alejó de nuestras aguas y se fue hacia Galicia en el siglo XV. Hasta Galicia fueron, por ello, nuestros pescadores y arponeros. De ahí también la leyenda que los coloca desde las costas gallegas hasta Terranova buscando cetáceos. Muchos puertos de nuestro litoral que llevan la figura de la *ballena* en sus escudos (Bermeo, Lekeitio, Getaria, etc.) la sustituyeron, sin embargo, con el paso del tiempo, por otras actividades pesqueras convirtiéndose en rey el *bacalao*.

Se dice que Antonio de Nebrija, en la *Crónica de los Reyes Católicos* sostenía que los vascos “son gente sabia en el arte de navegar y esforzada en las batallas marinas y tenían naves y aparejos para ello y en estas tres cosas (...) eran más instructos que ninguna otra nación en el mundo”.

Pero si famosos fueron los *arrantzales*, poco a poco lo serían aun más los comerciantes. En el Nervión estuvo el puerto principal de descarga, no solo de bacalao. Bilbao fue puerto principal de Castilla durante mucho tiempo. Portugalete y Bermeo competían con Bilbao, pero la primacía se la llevó la villa de Don Diego. La lana de las ovejas merinas de Castilla encontraba salida por Bilbao, Portugalete y Deba.

La ruta terrestre llegaba a Bilbao por Orduña y Balmaseda, y a través del valle del Nervión estos productos meseteños se extendieron internacionalmente. Obviamente, los fletes reunieron muchos otros productos, entre ellos se hicieron famosos los hierros forjados, textiles, pescado seco y la famosa sal de Ibiza, como recuerdan M. Estomba y D. Arrinda en su recopilatorio *Los vascos. Euskal kondaira* (1980) efigie de esa lonja (casa de la Rentería) recuerda al carácter ferrón de las manufacturas vizcaínas, como T. Guiard y A. Guezala resaltaron en sus estudios heráldicos sobre Bilbao. Allí se depositaban hierros que iban a ser transportados a diversos destinos.

El Consulado de Bilbao, las ordenanzas y Brujas

Pero la gran historia de esta villa bilbaina tan limitada por el espacio desde el núcleo fundacional: ese corazón caprichosamente cincelado por el efecto de las aguas del Nervión y el Ibaizabal, fue consolidando una Casa de Contratación enormemente importante desde el siglo XVI. El Consulado de Bilbao, cuyo escudo decía: "Los pueblos donde se da libertad son los que prevalecen" va adherido al carácter de la historia social, económica y cultural de esta ciudad. Tengamos en cuenta, asimismo que las cofradías de mareantes establecidas en numerosos puertos velaban por los intereses de los pescadores. Estas cofradías existieron incluso antes de la fundación de algunas villas (por ejemplo: La Cofradía de San Pedro en Lekeitio, con el ritual significativo de su famosa Kaxarranka).

El Consulado de Burgos se había creado en 1494 por una pragmática de los Reyes Católicos porque Burgos era un centro que hoy calificaríamos de relevancia logística. Centro de operaciones y redistribuidor de mercancías, fue un núcleo exportador de lana para toda Europa. Este privilegio ataba a Bilbao a la jurisdicción castellana, por lo que la llamada “Universidad de Bilbao” calificó de “monipodio” o monopolio la gestión de Burgos. Se llegó a un acuerdo de manera que desde Burgos se organizase una flota anual a Flandes, con carga transportada por naves vizcaínas y del resto de la costa. Pero según precisó M. Basas en sus estudios sobre el Consulado de Burgos, antes de cumplirse el plazo del acuerdo el 22 de junio de 1511, Bilbao obtuvo de la reina doña Juana el privilegio de disponer de un Consulado propio. Burgos protestó ante la llegada de un competidor con estatus, pues los “vascongados, gallegos, asturianos y navarros quedaban bajo la jurisdicción de la “nación de Vizcaya y costa de España”, que fue el origen de la Universidad de Bilbao” (M. Basas, 1959). La institución tuvo una representación en Brujas, de la cual solo queda como recuerdo la plaza de los Vizcaínos en dicha ciudad flamenca (Biskayers Plaatz). Allí se construyó en un solar cedido por el Ayuntamiento de Brujas una sede desde donde administraron sus negocios. Tras muchos avatares la casa-palacio fue derribada en el siglo XIX, y como referente histórico en el sello del Consulado consta la leyenda: “Hoc est sigulum nationis Biskaine”.

Esta organización, independiente de la de Burgos, llamado Consulado de Bilbao, sería la entidad más importante de dichos comerciantes, constituyéndose en el punto de reunión y encuentro en el que la cultura mercantil y financiera fue codificada con la impronta propia de Bilbao. Era una institución para solucionar conflictos entre comerciantes y que protegía sus intereses. Como he dicho, en Brujas “los de nación vizcaína”, es decir los oriundos de Vizcaya y Guipúzcoa, dispusieron ya en 1493 de propia casa e institución, su “domus Cantabrica”. Las reglas y prácticas emanadas de esta actividad se codificaron en el siglo XVIII dando lugar a una suerte de código comercial u ordenanzas; normas publicadas en 1738 y que constituyen como bien se dice por los expertos en Derecho Mercantil, una obra jurídica de gran influencia. Obra producida por bilbainos y aporte para el derecho marítimo mundial. Cuando desapareció en 1829, por la entrada en vigor del Código de Comercio español, sus actividades se transformaron.



Nicolás de Arriquibar, comerciante bilbaino. Ayuntamiento de Bilbao.

Esta cultura comercial surgida en torno del *Consulado de Bilbao y sus Ordenanzas de Comercio de 1737* ha atraído la atención de los estudiosos. Entre varios, J. Divar analizó aspectos de dichas ordenanzas referentes a los actores, marinos y mercaderes, compañías de comercio, la contratación, las quiebras o la contabilidad. El Consulado fue la institución que rigió el destino económico de Bilbao y se constituyó en tribunal para dirimir los contenciosos mercantiles, siendo el Ayuntamiento la institución civil rectora de la villa. Las Ordenanzas del Consulado de Bilbao son el cuerpo de normas mercantiles más importante en toda la historia de España hasta bien entrado el siglo XIX, y uno de los más significativos de Europa. De ellas se hicieron 20 ediciones, siendo la de 1737, sancionada por el rey Felipe V, publicada y difundida por todo el mundo económico de su tiempo, adquiriendo gran prestigio y aplicación en diecinueve repúblicas latinoamericanas y Filipinas, que las adoptaron como base de su Código de Comercio.

La Cámara de Comercio, heredera del Consulado de Bilbao, suele nombrar nuevos cónsules en acto solemne de proclamación que tiene lugar en la Sala del Consulado de Bilbao, en el Euskal Museoa/Museo Vasco. Previamente, en la iglesia de San Antón, los nuevos cónsules son homenajeados con un *aurreku* de honor. La misión de los cónsules es: "Llevar el nombre de Bilbao con orgullo por todo el mundo, propagar las virtudes del trabajo, honradez y hospitalidad de los bilbainos y bilbainas, y que todas sus actuaciones estén dirigidas al mayor engrandecimiento y prosperidad material y espiritual, de Bilbao y de sus gentes".

Ayuntamiento y Consulado, dos vecinos bien avenidos

En 1882 el Ayuntamiento de la villa solicitaba la tramitación de un expediente para el derribo de la vieja casa consistorial por conducto del Gobernador Civil de la provincia. Los firmantes de este informe fueron Rochelt, Lezama, Saiz Calderón y Arluziaga. La Comisión de Fomento emitió luego un informe puntualizando los derechos del municipio en cuanto al edificio de referencia, y como tal, los antecedentes históricos a los que se remitieron nos dan pie para poner de relieve la complejidad de los procesos urbanísticos que esta villa de Bilbao ha experimentado a lo largo del tiempo.

Remontándose al origen de la Casa de Contratación, el informe municipal recordaba que a fines del siglo XV existía en la villa “una asociación de individuos dedicados al comercio terrestre y marítimo llamada Cofradía de Mareantes y Hombres de negocios a la cual pertenecían los llamados mercaderes y maestros de Naos”. La información disponible sobre los orígenes del Consulado era imprecisa cuando se redactaba esta nota a fines del siglo XIX. Por eso no podía fijarse fecha en la que se constituyera genuinamente esta asociación con representación propia e independiente. Además, se consideraba que tampoco era posible concretar cuándo ostentó privilegio de jurisdicción. Lo cierto es que en 1499 la villa de Bilbao – representada por su Ayuntamiento– estipuló con la Real Casa de Contratación de Burgos las primeras capitulaciones sobre navegación y comercio en favor de sus mercaderes y hombres de mar.

Consulado

Entre estos acuerdos figuraba la construcción de una casa de la villa de Bilbao donde procediera como tal y se denominara “La Casa del Contar las Averías”. De esta forma se estableció la calificada “grandiosa institución”, bajo jurisdicción del Ayuntamiento y que durante más de cinco siglos se conoció con el nombre de **Consulado**.

Sabido es que todo lo desarrollado desde la Casa de Contratación no solo aportó gloria y poder a la villa, sino también a la iniciativa de negocios, y por supuesto al Ayuntamiento. Desde sus primeros años contó con poderosos medios y gozó de una aureola de prestigio dada la experiencia, cultura y sentido del progreso de sus miembros. La mejor muestra estuvo en la redacción de las afamadas *Ordenanzas de Comercio* que se adoptaron en distintos puertos de Europa y que constituyeron hasta tiempos modernos la base del derecho marítimo español.

En 1500 existía ya, obviamente, la casa del consistorio en la que se celebraban sesiones por parte del Ayuntamiento y en la que, a falta de local propio, se reunían también los comerciantes y hombres de mar. Estaba situada en la plaza Mayor o de la Villa, y al parecer ocupaba parte del solar en el que se construyó después la nueva casa consistorial y alhóndiga que formaban parte del edificio, luego llamado "casa consistorial vieja". En ese solar cercano al lado de la plazuela de los Santos Juanes, se levantó cumpliendo lo estipulado en Burgos (1500) la Casa del Contar las Averías, o lo que es igual, la primera Casa de Contratación.

Aguaduchos

Una inundación (*aguaducho*) sucedida en 1553 arrasó la casa del consistorio, prolongando así las obras de reedificación hasta 1563. Aquel Bilbao del siglo XVI era una radiografía social y económica de las élites locales, en cuanto a propiedad. Unas cuantas familias dominaban en su calidad de propietarios el territorio comprendido en el perímetro de la villa.

Entre ellos la antigua y muy destacada Casa de Leguizamón, que tuvo una servidumbre de paso sobre el muro que ocupaba parte del solar en que se reedificó la casa vieja. Era un pasadizo sobre el mismo muro que iba desde la casa de los Leguizamón, situada en la esquina de las calles de Ronda y Somera y conducía hasta la capilla de Santa Ana, de la iglesia de San Antón.

Ni el Ayuntamiento ni el Consulado reconocieron la existencia de tal servidumbre, por entender que se ejercían sobre bienes públicos –como eran las murallas de la población y en cierto modo, de la Iglesia–. Pero en una ejecutoria dictada en 1818 se declaró la existencia de ese derecho a favor de la casa de Leguizamón. En 1593 sobrevino de nuevo una horrorosa “y casi general inundación y destruyó la presa y molino del Pontón, el puente, los muelles, muros y arrasó el albergue y casas de contratación y el ayuntamiento”. Esta última, según indican registros municipales, perdió todo el archivo y documentos que guardaba.

Volvería otra vez a inundarse la villa en 1651 pero recuperado el municipio de sus quebrantos retomaron la idea de construir una sólida casa consistorial y por este motivo, en 1673 solicitó el Consistorio al Real y Supremo Consejo la “prórroga de los arbitrios que tenía concedidos para destinarlos a la reedificación de sus casas consistoriales, alhóndigas y sacristía de San Antón, cuyo emplazamiento se decidió en el solar que ocupaba y en el que ya se había construido la segunda Casa de Contratación, y por donde pasaba el muro o muralla de la villa.

Obviamente, la marquesa de Granosa –sucesora de la casa de Leguizamón– se opuso, pidiendo que se reformulara el proyecto y restableciera el paso en favor de su casa. En esta ocasión, el Ayuntamiento hizo gala de pragmatismo. Reconociendo el derecho de la marquesa, pero queriendo rentabilizar aquel inmueble, negoció con la misma para salvar estas diferencias; y ambas partes en armonía acordaron por escritura otorgada el 9 de abril de 1675 la cesión de la marquesa, en nombre de sus hijos y sucesores, y en favor de la villa, cuantos derechos le correspondían y habían disfrutado sobre el dichoso pasadizo. Fue indemnizada con 9.000 ducados. Concluyó pues aquel litigio y el Ayuntamiento se vio libre para proyectar y presupuestar la nueva obra que comprendería el solar de la segunda Casa de Contratación –en acuerdo con el Consulado– bajo la base de una valoración y un pago que cerró en torno al 10 de abril de 1675. Se trataba de un vasto proyecto que comprendería la construcción de tres edificios: la casa consistorial, la alhóndiga y la sacristía de la iglesia de San Antón. Entre la indemnización a la marquesa de Granosa, el precio de la Casa de Contratación, los gastos del proyecto, los de las subastas y mejora de obras el Ayuntamiento tuvo que hacer frente a 55.404 reales, coste total del proyecto.

Como no disponía de recursos suficientes, gestionó con el Consulado, a regañadientes, un convenio aprobado en 1676, por el que se cedía una parte del edificio en pago del precio de la Casa de Contratación ocupada y rentas que se le debían por la ocupación de la planta baja que habían utilizado. Como resultado durante no menos que dos siglos fue causa de disputas y sin sabores entre los dos vecinos; es decir, entre dos corporaciones “genuinamente populares”. No obstante, siempre prevaleció el amor al pueblo de Bilbao, cuya prosperidad fue el único objetivo de aquellas instituciones. Pero esa asociación en un mismo edificio tuvo una historia no menos interesante llegado el siglo XIX. Por cierto, que el escudo/emblema del Consulado, convertido recientemente en logo renovado, se muestra ajeno a su tradición heráldica, pero debiera seguir siendo un “lugar de memoria”. Hoy, adaptado o sometido a imperativos de imagen, ha quedado suplantado por un grafismo que me obliga a pronunciarme como defensora del antiguo –que no viejo– emblema del Consulado. Un escudo que supo sobrevivir a todo obstáculo, y que debiera seguir figurando en la galería de valores iconográficos de la historia de Bilbao, aunque pudiera ser adaptado al grafismo más vanguardista, pero sin olvido de sus esencias estéticas.

En enero de 2017 escribí sobre la construcción del edificio de la segunda Casa de Contratación, después de inundaciones recurrentes en el Bilbao del siglo XVII y de la relación consensuada para el uso de espacios comunes entre el Ayuntamiento de la villa y el Consulado. Mencionado en mi texto, que la marquesa de Gramosa litigó ante las reformas efectuadas en el edificio, ya que contravenían derechos de servidumbre de la familia Leguizamón, vuelvo a subrayar que pedía que se restableciera el paso en favor de su casa. Luego, el Ayuntamiento hubo de gestionar con el Consulado un convenio aprobado el 11 de diciembre de 1676, por el cual se cedía una parte del edificio, en pago del precio de la Casa de Contratación ocupada y rentas que debían a ésta, relativas a la planta baja que habían utilizado en años precedentes. Llegado el siglo XIX, el Consulado se convirtió en algo calificado con realismo, como “pequeño vestigio de la jurisdicción excepcional que había ostentado”. Se reconocía, naturalmente, que el brillo que supieron imprimirle hombres “activos, probos, inteligentísimos y de gran carácter había hecho historia”. Pero se había transformado ya en “otras juntas dignísimas” por las funciones que la ley les atribuía. Es decir, renovarse o morir.

Estas siguieron siendo reconocidas por los beneficios que aportaban a la villa. Sin embargo, la situación había cambiado, políticamente, y en sus prácticas. Así lo expresaron durante numerosos debates municipales: "Al fin y al cabo dependientes del poder central, faltas por tanto de la sabiduría de independencia y propia jurisdicción y siendo causa de que el Excmo. Ayuntamiento tenga que acudir al Estado para disponer, en beneficio exclusivo de la población el edificio que del municipio o Consulado, o de ambos a la vez, fue costado única y exclusivamente por el pueblo, con fondos locales y sin subvención, ni auxilio alguno por parte del poder central". Dicha alusión aducía razones de peso en favor del Consistorio. El pragmatismo se imponía. Ahora bien, si el gobierno de la nación se hacía cargo del origen y destino del edificio, haría cuanto hiciese falta en beneficio de la villa de Bilbao... o eso se esperaba.

Regulando el uso del edificio en la Plaza Vieja

Un nuevo informe recogió, por consiguiente, argumentaciones encaminadas a un mismo objetivo. No se trataba solo de pedir dinero, sino de diferenciar el uso y posición de unos y otros. Por este motivo, el Consistorio bilbaino recordó que Prior y Cónsules habían disfrutado únicamente del uso y servidumbre de los “segundos cuartos” (segundo piso) del edificio. De los primeros cuartos principales de la casa nueva del consistorio y ayuntamiento que había de hacerse en la segunda planta (conforme a nuevo plano) y su distribución –tránsito o pasillo, balcones, ventanas y vistas que tuviese en la fachada y laterales, así como hacia la ría y plazuela de los Santos Juanes, patio principal y Alhóndiga– serían para el Ayuntamiento, representando a la villa “sin que en ellos puedan tener Prior y Cónsules y Universidad parte alguna”, sino solo la servidumbre de la escalera.

De manera que la imagen que Losada pintó y las fotografías antiguas de la Plaza Vieja del siglo XIX que conservamos, dan probanza de lo que se negoció con el Consulado: tanto los balcones, ventanas, luceros y vistas de los “segundos cuartos” en la fachada, frontispicio y laterales, además de las vistas hacia la ría, etc. que gozaba el Consulado, podrían ser de uso sin obstáculo alguno. Pero lo demás, no.

Un detalle interesante en lo institucional. El Ayuntamiento debía tener tres escudos de armas y estas debían ser: las Reales en medio, y en el lado derecho, las de la villa de Bilbao, y en el izquierdo, las de la Casa de Contratación, “según y cómo habían estado en el edificio demolido”.



Iglesia y puente de San Antón.

El histórico de la propiedad del nuevo edificio y sus distintas dependencias indujo, por tanto, a que los convenios entre ambas partes quedaran bien establecidos. En 1740, sin embargo, se produjo una excepción a lo pactado. Se debió a que el Consulado instaló su archivo en la parte superior de la sacristía de la iglesia de San Antón. Según indican las fuentes, ocupó una parte menor de lo que poseía, pero lo ensanchó en 1816 dando lugar a nuevas bases contractuales (vuelvo a recordar que se había cedido el segundo piso de la casa del consistorio). Y añadido, que el ayuntamiento tenía la entrada a los segundos cuartos de la Alhóndiga junto al archivo del Consulado y costado de la ría.

Bien fuera porque el Consulado había incrementado su actividad o porque tuviera necesidad de ampliar sus dependencias, ocupó después los segundos cuartos de la Alhóndiga, desposeyendo al Ayuntamiento de todo el segundo piso del edificio; y en 1818 ocupó asimismo los desvanes, con el fin de instalar allí nuevas oficinas.

Se hizo de mutuo acuerdo, y así siguieron las cosas hasta 1849. En ese año desapareció el Ilustre Consulado para transformarse en Real Junta de Comercio. Los desvanes que antes habían sido sede de las llamadas "escuelas gratuitas" se desocuparon y el Ayuntamiento consideró que era un local ideal para instalar la Escuela Elemental Superior.

No fueron estas las únicas reformas previstas para los espacios disponibles de su edificio en la Plaza Vieja. Sin embargo, considerados los distintos avatares bélicos que la villa de Bilbao (guerras carlistas) padeció, es fácil entender que aquellas oficinas tuvieran luego otros destinos, por ejemplo, para instalar la Comandancia del Batallón de Auxiliares.

Pero una vez terminada la tercera guerra carlista, en 1876, se solicitó que aquellas dependencias se organizaran para el servicio de Obras Públicas.

Aunque la Junta de Comercio conservó la jurisdicción para los negocios mercantiles, quedó bajo dependencia directa del Estado, y el gobierno incautó todos los bienes que le pertenecían. De hecho, en 1858, el Ayuntamiento tuvo que dirigirse al gobierno de S.M. para hacer reparaciones en la propia casa consistorial. Hecha la solicitud a través del Gobernador Civil, se dispuso que el ingeniero jefe de la provincia inspeccionase el edificio y presupuestase. En suma, se complicaban las cosas a efectos prácticos. Recordemos asimismo que los Tribunales de Comercio habían sido suprimidos por decreto Ley (6 diciembre 1868) y que habían sido reorganizadas las Juntas de Obras de Puertos, de Agricultura, Industria y Comercio, ocupando aquellos locales y siendo presididas por el Gobernador Civil. Fue una consecuencia de la política liberal imperante. Esto significaba que no se podía prescindir en la toma de decisiones del gobierno central para lo relacionado con las estancias donde se encontraban. Y así se mantuvieron estos asuntos por tiempo (en cuanto a derechos de propiedad de la antigua casa consistorial). Pero el Ayuntamiento se propuso un cambio de rumbo, y de ahí los informes que solicitó para encontrar una solución en 1892. Era preciso salvar las dificultades que pudieran surgir en la parte ocupada por las oficinas de Obras del puerto. El debate municipal fue muy vivo al respecto, porque la incautación por el gobierno de todos los bienes y derechos del antiguo Consulado había generado, como era lógico, una incómoda posición. Por este motivo, siendo alcalde Gregorio de la Revilla se celebraron sesiones ordinarias para poder adoptar un acuerdo que, indudablemente, requeriría información cualificada. En resumen, aquel viejo edificio junto a San Antón tenía ya los días contados. Era

preciso, de acuerdo con el peritaje efectuado y las necesidades ordinarias, un eficaz servicio municipal y construir un nuevo edificio. En cuanto a la Junta de Comercio, migró también. Ocupó locales del importante edificio del Instituto de Enseñanza Media emplazado junto a las escaleras de Mallona, en la hoy conocida plaza de Miguel de Unamuno.

Recordemos, una vez más, por ello, que el edificio del ayuntamiento que hoy conservamos se inauguró el domingo 17 de abril de 1892, siendo alcalde precisamente Gregorio de la Revilla, aunque las obras habían comenzado en 1886 bajo el gobierno municipal presidido por Eduardo Victoria de Lecea. Ocupó el inmueble del antiguo convento de San Agustín que existía previamente en ese enclave de la ría, y que había sido destruido.

El último acto municipal celebrado en el viejo caserón de la Plaza Vieja, por tanto, concluyó con un ritual de verdadera pompa y ornato: la formación de una comitiva que se trasladó a pie hasta el nuevo y flamante edificio. El Consulado pese a estos cambios encontró un elemento de continuidad en la Cámara de Comercio, Industria y Navegación, una vez que estas nuevas Cámaras se institucionalizaron en todo el Estado. Su memoria exige recordar la carga simbólica que todavía hoy subyace en el reconocimiento de su historia y de la ritualidad identitaria de esta institución, merecedora de respeto, al igual que su heráldica.

A vueltas con lo “BILBO- *BRITISH*”

Como Nicolás de Arriquibar, comerciante exportador de lana, erudito ilustrado, avanzado teórico en economía, hoy quiero observar a la villa en estos tiempos de confinamiento pandémico, junto a Tristán de Leguizamón, desde uno de los dos ojos de buey que tiene el edificio municipal en la zona más elevada de su fachada. Y lo hago para atisbar la llegada por la ría de la influencia de “lo inglés”. Por eso, también, señalo una primera pauta relativa a la seriedad con que hay que afrontar estos temas por muy amables que parezcan, porque la cristalización de influencias culturales supone siempre hegemonía y dominación. Todo, incluido el lenguaje, revela mucho de hegemónico, sobre todo desde el siglo XIX, y esa característica también se localiza en las relaciones entre Bilbao y las aportaciones inglesas en economía y en lo social. Durante cualquier proceso de intercambio cultural y de comunicación, los aportes de identidad y pertenencia son claves. Obviamente, la tradición ligada a otras raíces culturales –distintas a las propias– acompaña la evolución de todas las naciones. Bilbao, desde su pequeño escenario, no fue excepción y a mi parecer, de ahí su talante cosmopolita. Así que no lo olvidemos: la cultura es el reflejo de la política, economía y religión sobre la ideología.

Las influencias anglosajonas

Transito de manera breve en este artículo, desde el mero recuerdo de estructuras económicas, hasta cuestiones más epidérmicas, como la moda, la gastronomía o la decoración con regusto inglés en esta Bilbao con referentes anglosajones. Sin retrotraernos muy atrás en el tiempo, consideremos que a partir de 1550 hubo una cierta bonanza económica para el comercio desde Burgos y Bilbao hasta Inglaterra, y no solo a Flandes. ¿Qué importaban los ingleses? Aceite, frutas, colorantes y mordientes para lo textil, vino, sal y hierro, además de lana. Por supuesto, las importaciones de hierro vasco ya destacaban. Los ingleses exportaban tejidos acabados o en crudo, partidas de estaño, plomo, cuero, cera, cáñamo y lino procedente del Báltico. Pero demos un gran salto, y recordemos que en pleno siglo XIX, los *clipper* británicos surcaron el Cantábrico hasta nuestros puertos, con idéntica frecuencia que en el Atlántico. La relación con Latinoamérica lo exigía. Aquellos veleros imponentes trajeron materiales y productos similares que los intermediarios bilbainos negociaban. Y Manuel Losada pintó algunos de ellos, tal como los imaginaba 100 años antes de su tiempo, haciendo de cronista visual como haría también con los primeros vapores que surcaron la ría.

Ya escribí hace tiempo sobre el Bilbao de los “yonis” en versión Emiliano de Arriaga, por lo que omito el dato. Créanme, el cómputo de influencias británicas en Bilbao no cabe en un texto breve; es más, lo investigado me llevó a escribir más de 50 páginas. Parte de esa narrativa la expuse en una conferencia dictada en el marco del 180 aniversario de la Sociedad Bilbaina, no hace mucho. De modo que me remitiré a una pequeña parte del repertorio que configura la memoria colectiva al respecto. Y vaya por delante que desde las primeras menciones a las espadas o dagas bilbainas (lamas de Bilbao) formuladas por Shakespeare y Verdi, pasando por la Campa de los Ingleses, la presencia de voluntarios durante la guerra carlista (años 1830), los impactos de la modernización económica, la tecnología, influencia arquitectónica y toda una gama de productos de origen británico, incluidos los Chester de la Bilbaina y algunas mansiones de Neguri, todos vinieron de la mano de un modelo de bienestar que la burguesía enriquecida adoptó, y que el resto de los grupos sociales aceptó de buen grado.

Estilos de vida

La Modernidad trajo una serie de iconos que fueron adecuados al *modusoperandi* de esta burguesía ligada a negocios, educación, vínculos jurídicos, aficiones culturales, deportivas y moda. Todos ellos inspiradores... hasta completar un estereotipo. Más allá del fútbol, tema conocido y reseñado en multitud de oportunidades – que evitaré– deseo recordar la existencia de un Sporting club fundado en 1898, en el barrio de Zorroza junto a la ría bilbaina, en una casa propiedad en común de los hermanos Ybarra-Revilla y de la familia Briñas, en la que había escrito Arrieta su ópera “Marina”. Pronto organizó regatas de yolas y de balandros, acudiendo además sus socios a los certámenes náuticos de San Sebastián, Santander, Bayona y Kiel. Estuvo instalado junto al muelle de hierro de Portugalete, en una nueva casa flotante. La asistencia anual del rey a la semana de regatas organizada por el Sporting venía a convertir a Bilbao en una cita ineludible, cuyas regatas cuidaron tanto como los ingleses de aquellos decenios. Existió, también, un bar llamado “Bar del Velocipedista” que personificó una suerte de club cuyo dueño se llamaba Federico T. Curling Wells, casado con Elizabeth Mary Welley. Situado en Desierto-Erandio en la calle San Nicolás, reunía a los velocipedistas después de su paseo ciclista para refrescarse, tomar cervezas y sándwiches. Se dice que la esposa aprovechaba para vender sándwiches en el paseo del Boulevard, junto a la casa de los Arellano, durante las fiestas de Bilbao (1888). El matrimonio vivía en una fonda en Erandio. Curling, de hecho, fue un destacado velocipedista en aquel Bilbao de los primeros tiempos de ese deporte.

Pero son los gustos sociales y formas de expresión del nuevo estilo de vida lo que merece tratar aquí. Ese Bilbao que veranea en Portugalete y Las Arenas, y que recuerda a caballeros como el Cónsul inglés, un auténtico *dandy* –vestido de frac en la playa– quien acompañó a una dama hasta el agua, llegándole a la rodilla, y al que tuvieron que cortar a cuchillo las mangas del frac y los guantes es de leyenda...



La desaparecida Casa de Carlos Lewison. Neguri.

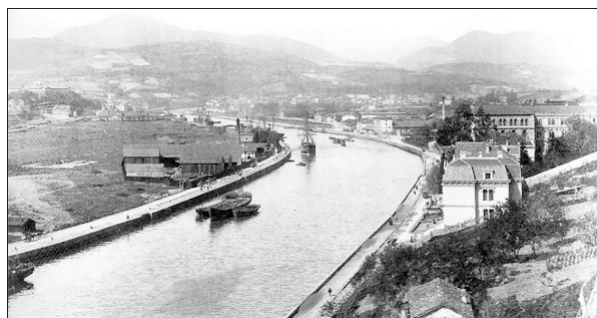
No así el de los mineros adinerados británicos como los Lewinson, entre varios, y que promovieron una sociabilidad peculiarmente *british*, cuyas facetas de danza fueron proverbiales en los años que Orueta narra en sus Memorias. Más importante aún es descubrir que la primigenia revista *Hermes* recogió esta inquietud y tendencia. El fenómeno de la «anglofilia» fue evidente entre muchos jóvenes bilbainos que estudiaron en Inglaterra debido al influjo educativo que ejercieron niñeras e institutrices inglesas, a la necesidad de conocer el idioma y a formarse en determinadas carreras, pero también debido a una actitud favorable en pro de deportes típicamente británicos (fútbol, *rugby*, tenis o *lawn tennis*, golf, etc.) que luego cultivaron en clubs y sociedades recreativas basadas en modelos británicos (Sociedad Bilbaina, Club Marítimo del Abra...), etc.

En resumen, muchos vizcaínos que vivían en Inglaterra y muchos ingleses que residían en Bilbao mimetizaron sociabilidad y maneras. Y poco a poco, Inglaterra y especialmente Londres se convirtió en un paradigma a seguir. El ambiente de salón a la francesa, pero también a la inglesa, donde la tertulia, la moda, la música, el ceremonial, la receta culinaria, la intriga, el proyecto matrimonial y la cultura gestionada por agentes de postín, se hicieron habituales. El protocolo en la mesa, el té, el sándwich, el rosbif, el pudin, etc. se asumieron con naturalidad.

Para conmemorar el 75 aniversario del ayuntamiento bilbaino en su nueva sede hubo banquete que incluyó en su menú lubina del Cantábrico en salsa tirolesa (de tomate, cebolla y pimentón), pero también cebón o buey asado a la inglesa con apio braseado, tarta capuchina y mantecado praliné. El *beefsteak* en la carta de El café Suizo y en el hotel Torrónategui fueron famosos. En la etiqueta en la mesa, algún tabú vino igualmente de Inglaterra. No poner los codos en la mesa y no colocar el cuchillo sobre el tenedor, cruzándolos al terminar de comer un plato, eran y siguen siendo normas de buen gusto. Alejandro de la Sota recuerda que durante los años 1920 llegó la moda de beber *whisky* en Bilbao y lo hizo en el café de García. Donde algunos colocan el origen del club de fútbol. En el ámbito familiar, la decoración y los utensilios de inspiración británica fueron bastante parejos al estilo de algunas grandes casas construidas y diseñadas según el patrón de un bienestar higienista (Artaza, entre otros, o las casas de los Zubiría y de los Vilallonga Ybarra, en La Cava). No era solo cuestión de tener un gran *hall* o una *nursery*, había que tener inodoros adecuados y bañeras modernas. En otro orden de cosas, los cochecitos ingleses para bebés fueron signo de distinción, y en el transporte previo al de masas y al automóvil, los carruajes Victoria llamados así por la reina Victoria conocidos por su elegancia, ganaron rápidamente en popularidad. Normalmente impulsado por uno o dos caballos, los directivos de Santa Ana de Bolueta tuvieron a su disposición uno que por suerte se conserva restaurado.

Y si la moda parece erróneamente cuestión solo femenina, los caballeros bilbainos vistieron a la inglesa en destacados comercios que importaban esta moda. Desde la chistera municipal, a la generación de la "bimba" o bombín, la camisería inglesa en Moronatti y en El Mundo Elegante fueron símbolos del buen gusto. Las caricaturas del conde de Zubiria y de J. A. Ybarra publicadas en *Mundo Gráfico* son sintomáticas. La chistera o sombrero de copa fue tradición que la portaran los munícipes bilbainos en grandes ocasiones. Hasta Ernesto Erkoreka lo lució al inaugurarse el puente móvil de Deusto. Los paraguas, bastones, zapatos ingleses pasaron a ser complementos elegantes para la moda masculina. Para los deportistas había dos tiendas de Sport en la Gran Vía, una se llamaba Bilbao Sport en el número veinticinco y la de Larrucea y García, en el número dos. Y concluyendo con algo espirituoso, que nos anime, he de decir que, del *sherry* y el oporto en el aperitivo, se pasó al *gin* en la sobremesa... Y sobre la cerveza, pese al predominio alemán, hubo un tipo de cerveza "Bull", al estilo inglés, de consumo notable. No olvidemos, para concluir, que junto a los tradicionales Don Terencio y Doña Tomasa, el aldeano y la aldeana, etc., existió un inglés de pura cepa, inspirador de la conocidísima canción, que según cuentan las crónicas: "desfiló hierático, gorra a cuadros, monóculo, cachimba, y máquina fotográfica". La alta efigie la costeó la tripulación de la flotilla de destructores de S.M. Británica, que había visitado el Abra tiempo antes. Es decir, la Marina británica supo consecuentemente contribuir al mito, con notable talento, digo yo. Subrayo, por tanto, que el simbolismo de las tradiciones es crucial, aunque las etiquetas cambien con el tiempo,

inexorablemente. Los rituales ligados a “lo inglés” en Bilbao supusieron un aporte importante en el aroma cultural de esta ciudad desde hace siglos. De ahí ese neologismo del que me siento responsable, la influencia bilbo-*british*.



Vista de la ría y la avenida de la Universidades.

Impuestos y gastos municipales a fines del siglo XVIII

La cuestión de los dineros públicos siempre ha supuesto un caballo de batalla. En el Señorío de Bizkaia, los reglamentos sobre cargas y gastos existieron como pauta lógica de una administración ordenada. De los caudales de *Proprios y Arbitrios* de la villa de Bilbao, considerando al producto anual que tuvieron, se derivan conclusiones interesantes respecto de determinadas necesidades. Tan interesante es esto, como las reglas seguidas en materia administrativa por el Concejo.

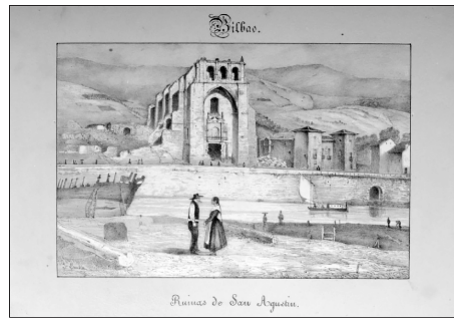
Los *Proprios* y su valor

El 20 de noviembre de 1777, Juan Agustín de Sagarbinaga, escribano del Ayuntamiento, daba datos relativos a cuentas desde 1775, concernientes entre otros capítulos, al Peso público, derecho y *contaje de Sardinias* y del acarreo de *mercaderías* en las Lonjas del Arenal. Es obvio que, entre variantes de consumo de pesca, las “sardinias frescúes” eran plato común y frecuente.

Señalaban estas cuentas lo obtenido del derecho de Pontage, que se llamaba *quartos del Puente*, y de las medidas del Mercado mayor y menor, así como de las Sisas del vino foráneo por las que se exigía en esos años *quatro maravedis en azumbre* (medida equivalente a dos litros) *de vino Tinto y de Clarete*, y seis en la del blanco.

Como es fácil deducir, describimos cuáles eran las partidas del consumo local y de dónde provenían. Su tipismo hoy nos sitúa en el escenario de hábitos de consumo, gustos y estilos de vida propios de la población bilbaina. Más allá de lo chireneque pueda resultar comprobar –una vez más– que en Bilbao se comía sardinita regándola con buen tinto, descubrimos otras conductas y negocio. Y por ende, derechos que permitieron a los administradores locales otras acciones que redundaron en el crecimiento y organización social de este Bilbao del siglo XVIII. La fuente de ingresos alcanzó, también, al derecho de *Sellar los Paños y bara de medir*. Y como se confirma documentalmente, en diferentes heredades del campo de Volantín y en la jurisdicción de la anteiglesia de Begoña estas practicas también se ejecutaron.

Si damos lectura directa a nuestra fuente (El Reglamento), los topónimos adquieren sonoridad que nos es familiar: “En lo que paga un Maestro Cordelero por el permiso que se le dio de poder trabajar en dicho Campo, y por el aprovechamiento de vivienda en él; en el derecho del vino que se introduce y vende en las Tabernas de las Artigas, llamadas la Venta-Alta, Beteluri, Bujana, y Orsecauco, en su jurisdicción; en la Tienda y Lonja, que se halla detrás de la Iglesia de Santiago; en la casa que sirve para el Depósito de la Pólvora y pertenece por mitad a la Villa, y su Universidad, Casa de Contratación y Consulado; en una Tejavana, que está arrimada a la pared de la huerta en el Allende del Puente; en la Casa Venta de Castrejana, sus heredades y tierras de pan sembrar; en el Molino, llamado del Pontón, en la jurisdicción de la anteiglesia de Begoña”.



Antiguo convento de San Agustín y la ría.

Sería largo de contar, por eso nos remitimos a una muestra escueta del tema fiscal, y destaco que se previno que se considerarían en cuentas futuras por más valor, rentas y heredades que ampliaban el perímetro de lo que hoy identificamos como término municipal.

Por ejemplo: la heredad que pertenecía a la villa, entre la Venta de Archanda y la ermita de Santo Domingo, jurisdicción de la anteiglesia de Begoña, pues había cumplido el tiempo de nueve años por el que la villa la había cedido a Manuel y Josefa de Berroteaga, vecinos de la anteiglesia de Lujua, libre de renta, con la obligación de plantar y poner espinados en los montes “propios” de la villa, contiguos a la Tejavana, Corral, Casa de Pastor, y en la heredad del monte de Pagasarri, y *sitio llamado Pastoreche* (...).

Arbitrios

Los Arbitrios que usaba esta Noble Villa de Bilbao en virtud de diferentes Reales Facultades y Privilegios concedidos, consistieron en el cargamento y exacción de cuatro maravedíes en cántara de vino tinto *Forastero* que entrara en ella; en la de otros cuatro maravedíes en cada azumbre de vino blanco, tinto y clarete y dos ducados en cada barrica de cerveza; en la de un real en cada quintal de *Zesial* (cecial, merluza curada y seca), medio en el de *Bacallao*, dos reales en cada barrica de grasa de ballena, y cuatro en la de salmón; en lo que pagaban los arrendatarios del derecho y Sisa Municipal del vino, conforme a las condiciones de su Remate, *para las funciones de Toros, y otros fines a que lo destinase el Ayuntamiento.*

Dos detalles que, a fuer de elementales, destacan sobremanera. El bilbaino, cofrade o no de san Gregorio Nacianceno, protegió el consumo de vino propio y le dio al *chichiparra* con regularidad, y no solo, pero especialmente en fiestas. Y segundo, el Hospital, el Cabildo Eclesiástico y Obra Pía de Don Joaquín de Barrenechea, el Convento de Religiosas de la Merced de la Anteiglesia de Abando, fueron destinatarios de estos impuestos.

También se contempló en esos ejercicios la construcción de la iglesia de San Nicolás de Bari (hasta importes de más de 1.110.789,29 maravedíes de vellón, para la nueva planta de la iglesia parroquial de San Nicolás de Bari y su adorno interior). También las obras de los *caños aqueductos* y el depósito general llamado *Alberque*, absorbieron 44.000 reales, que conforme a las Facultades expedidas por el Consejo en los años de 1753 y 1754 se debieron sacar anualmente de los *propios* de Bilbao, y emplearlos en dicho fin, hasta completar la cantidad requerida.

Otro capítulo fue el de las festividades religiosas y limosnas voluntarias. Nos referimos, por ejemplo, a las destinadas al capellán del Ayuntamiento, para el fraile de la Capilla de Santiago, o para el campanero de la iglesia de Santiago (352 reales de vellón). Para las Misas que celebraban en la cárcel y en el día de san Roque. Para los Colegiales de San Nicolás, por su asistencia a las funciones de Iglesia.

Gastos ordinarios

Si diversos parecen los destinos de algunos impuestos mencionados, aún lo fueron más los gastos Ordinarios, extraordinarios, eventuales y no fijos. En rápida reseña se comprende que estos capítulos nos acerquen al esquema de cosas que siglos después siguen siendo necesarias. Por ejemplo: para el mantenimiento de caminos y calzadas, calles y arrabales, caminos carretiles, plantaciones de *Cagigos* en los paseos públicos de El Arenal, Campo de Volantín y Achuri, gastos de pleitos; gastos para relaciones juradas y documentadas de los agentes o procuradores de los tribunales y conservación de montes de la villa, obra y reparaciones en las casas consistoriales y archivo, parroquia de San Antonio Abad, San Juan, Casa de Misericordia y Hospital, cárcel pública, carnicería mayor y matadero; en los muelles, en la fuente de Ascao; *en las cadenas a la entrada de la villa*, en el mercado; donde se vendía pescado fresco; en el molino del Pontón y casa en la anteiglesia de Begoña; en las neveras de la villa; las rogativas y novenas que se hacían por los buenos temporales y por la escasez de agua, para papel para los libros de acuerdos, encuadernación, archivo, armas y rótulos para ellos y otros gastos menores; para carbón y cisco para los braseros del ayuntamiento, para el presbiterio de la iglesia de Santiago, por llevar los bancos para las funciones; por entregar velas a las personas que cuidaban de los faroles de las calles, portes de cartas y pliegos certificados que correspondían a la misma villa, por afinar pesos y medidas y su marcación; para el salario del maestro de capilla jubilado concedido para el resto de su vida y para el gasto de hachas de brea para alumbrar las calles, reparaciones y conservación de los caños, limpia

y riego de calles, oblación y vinos para las misas que se celebraban en la capilla del ayuntamiento y para otros no prevenidos siempre que fueran de necesidad. Todos estos gastos se advierte que dispondrían de documentos legítimos que lo acreditaran.

El documento contemplaba además de otras partidas de las que no podemos dar cuenta, la reparación de las inundaciones ocurridas en los días 16 de mayo y 15 de junio de 1762, cifra que dio de lo extraordinario que marcaron el diario acontecer de una urbe con futuro y cuya gestión iba haciéndose más compleja.

Don Diego López de Haro y su deambulatorio histórico

Quienes son proclives más que al apóstrofe, al dicterio, es decir a la provocación, anduvieron inquietos ante las decisiones relativas a la restauración de la escultura de Mariano Benlliure que materializa en efigie al fundador de la villa de Bilbao, don Diego López de Haro. Mi propósito es aclarar detalles sobre el personaje y sobre las decisiones que le llevaron a ser referente de memoria histórica. Y también para concretar “los por qué” de ese peculiar deambulatorio del monumento, al calor de la decisión política en materia urbana. Un itinerante proceso que es fácil de resumir.

Idas y venidas de la escultura

Tomada la decisión municipal de llevar a cabo una estatua conmemorativa en 1889, se encargó ésta al jovencísimo escultor valenciano Mariano Benlliure (26 años) (autor también de la estatua de Trueba). Se inauguró en la Plaza Nueva el 31 de agosto de 1890, estando presente la reina regente doña María Cristina. Se mantuvo allí durante cinco años, hasta que instalaron un muy deseado y fotografiado quiosco de música en la Plaza Nueva, por lo que Don Diego pasó a la plaza de la Estación o Circular, donde permaneció hasta 1919. De hecho, al celebrarse el sexto centenario de la fundación de la villa (1900), el monumento lució en mitad de un espectacular arco conmemorativo con el ornato propio del gusto y posibilidades de aquellos días; es decir, cuatro bombillas, mucha guirnalda y un trabajo en madera bastante aceptable que lo circundaba protectoramente. Ciertamente: su pedestal era más bajito, pero nunca estuvo a la altura del público, ni mucho menos.

En un contexto de innovaciones urbanísticas que llegaron inevitablemente al nuevo Ensanche, por su afán en parecerse a las ciudades modernas, la iluminación y el tráfico en progreso lograron que el emplazamiento de Don Diego fuera más obstáculo que otra cosa, ya que en 1919 colocaron en el centro de la plaza de la Estación una monumental farola. Símbolo incuestionable del progreso técnico incorporado a un eje crucial de comunicación entre lo antiguo y lo nuevo, urbanísticamente hablando.

De modo que, en lugar de dar la espalda al Casco Viejo, como de hecho estuvo desde 1890, los munícipes de turno optaron por llevar a Don Diego directamente hasta él. ¡Hala! ¡A la Plazuela de los Santos Junes, en Atxuri!

Pero he de especificar, ante los repetidos errores que proliferan en las redes sociales, imputables a blogueros y demás aficionados al relato *amateur*, que hubo un acuerdo municipal para estudiar el proyecto del *traslado de la estatua de Don Diego López de Haro desde la plaza de la Estación, a la de Bélgica* (Acta de la sesión de 5 de septiembre de 1919). Y si quieren saber cual era esa plaza, deben mirar hacia la estatua del Sagrado Corazón (1926) que corona la arteria principal de la villa. Pero no. Finalmente, Don Diego se ubicó en Atxuri. Allí estuvo impertérrito hasta 1937. Año en que fue decidido su retorno hasta el emplazamiento actual, en la plaza Circular, con un pedestal más alto y mirando hacia donde debía mirar: el núcleo fundacional de la villa.

Los bocetos para el pedestal del monumento (“Soluciones de pedestal para la estatua de Don Diego López de Haro”. Bilbao, enero 1939) respondían a las nuevas exigencias urbanísticas del momento, y se conservan en el archivo del Departamento de Urbanismo, en el ayuntamiento de Bilbao.



Altorrelieve de bronce del monumento a Don Diego López de Haro. Escultor Mariano Benlliure 1890. Plaza Circular.

¿Qué había sucedido en 1889-1890 para que Bilbao requiriese de este icono conmemorativo de su identidad histórica?

Pues muy sencillo. Bilbao estaba en pleno *boom* económico. En brevísima muestra recopilo algunos indicadores: El 21 de julio de 1890 se constituyó la Bolsa de Bilbao. Fue la reina regente, D^a María Cristina de Habsburgo-Lorena, quien firmó el Real Decreto por el que se concedía la autorización para crear una Bolsa General de Comercio en Bilbao. Comenzaba el proceso de anexiones en 1890, con Abando. Se instaló un regulador en las máquinas de la isla de San Cristóbal para el buen funcionamiento del servicio de alumbrado eléctrico (Acta de la sesión municipal del 15 de enero de 1890).

La Comisión de Estadística estudió la nueva división del término municipal en barrios, teniendo en cuenta el alto número de habitantes con que contaban cada uno de los distritos y calles comprendidas en éstos, para constituir la respectiva *alcaldía de barrio*. Se decidía la creación de comedores económicos para *la clase obrera* (Acta de la sesión de 15 de enero de 1890). Y la nueva casa consistorial estaba ya en fase muy avanzada, llevándose adelante las obras de decoración de la escalera principal, vestíbulos, salón de actos, de sesiones y quintas, en ese año. Brillaba el arquitecto Sr. Rucoba.

Se subastaba “el arrastre y aprovechamiento de las basuras de la vía pública”. Y se debatía en pleno municipal lo que se consideró *plaga de barquilleros* (sic) que en alguna ocasión se dedicaron al juego, por lo que el Ayuntamiento veló por su comportamiento, *a fin de evitar juegos prohibidos*. Los barquilleros formaban parte de la topografía bilbaina y especialmente del parque de Doña Casilda. Entre otros, estuvo el conocido Bonifacio López, más conocido como Boni, el patatero o barquillero nacido el 31 de julio de 1930 en la popular calle de Cantarranas.

Sucedía también que la Comisión de Gobernación informó del heroico acto realizado por el empresario Luis Briñas quien, exponiendo su vida, rescató de la ría a una joven que estaba ahogándose. Teniendo en cuenta el reglamento para la Orden de Beneficencia, y estimando que había méritos suficientes para otorgar la cruz benéfica de dicha orden, dirigieron al Gobernador Civil la solicitud para que instruyese el oportuno expediente y se le concediese la condecoración.

En los ocho distritos del término municipal, el número de concejales proporcional a sus residentes fue de: Ensanche, seis concejales; San Francisco, cinco; San Nicolás, cinco; Bilbao La Vieja, cuatro; Cortes, cuatro; Hospital, cuatro; Mercado, cuatro; Santiago, cuatro; en total 36.

El Teatro Nuevo fue inaugurado en 1890, y a partir de 1902 pasó a llamarse Teatro Arriaga.

Es decir, durante los años de la Restauración (Alfonso XII y la Regencia de María Cristina) Bilbao experimentó un considerable incremento de población y de actividad económica, y fue entonces cuando la revolución siderúrgica, el apogeo de la explotación minera y el desarrollo naviero y financiero se materializaron.

La escultura

La estatua de bronce se esculpió en Roma. Tiene una altura de 2,90 m y nos presenta a Don Diego vestido de guerrero, con espada, puñal y escudo, portando en una mano el casco y en la otra, el documento fundacional. Se dice que A. Guiard comentó con guasa intencionada que el escudo parecía un bacalao colgado a su espalda. Pero no, ironías aparte, la escultura cabe calificarla de magnífica.

El 31 de agosto de 1890 fue inaugurada por el alcalde D. José María de Linaza en la Plaza Nueva. Y la idea del traslado a Atxuri, por considerar este punto el núcleo primitivo de Bilbao, se atribuye al historiador Teófilo Guiard.

El pedestal tiene dos bajorrelieves en la parte baja de las caras laterales que lo personifican entregando el fuero a los vizcaínos, y en el asedio de Algeciras, donde murió en 1310. El primer pedestal de piedra de Markina fue obra del arquitecto municipal Edesio de Garamendi, con cuatro metros. Y el pedestal rosado sobre el que se eleva actualmente tiene una altura de 12,13 m y es obra del arquitecto municipal Estanislao Seguro.

Como escribió con acierto Esteban Calle Iturrino, el peyorativo cognomen de “Intruso” carece de lógica, por cuanto la reclamación del señorío por doña María Díaz de Haro tuvo ajustes jurídicos perfectamente documentados y aceptados. Y pese a que personalmente me hubiera encantado que fuera una María y no un Diego quien otorgara la primera Carta Puebla a Bilbao, lo cierto es que a doña María también le preocupaba más el “huevo” que el “fuero”.

El arreglo lo aceptó de buen grado... (ella le sucedería) y aquí paz y allá gloria. En la segunda Carta Puebla quienes brillaron, en verdad, fueron los habitantes de Bilbao pues pidieron la revalidación de la carta por eso del proverbial sentido práctico del bilbaino, asegurándose además de que el camino de Orduña a Bermeo pasase no solo por Echévarri, sino por Bilbao, que ¡hasta ahí podíamos llegar!

Cuando se conmemoró el 700 aniversario de la fundación de la villa de Bilbao, en el 2000 –primer mandato del alcalde Iñaki Azkuna– el pistoletazo de salida de las celebraciones correspondió al macro-espectáculo titulado *Zorionak Bilbao* (17 de junio). Consistió en acompañar al fundador de la villa, don Diego López de Haro (representado por el actor Carlos Sobera) en un mágico recorrido por las aguas de la ría del Nervión.

Con ese mismo amor al lugar de su emplazamiento y a la magnífica escultura, dotada de pedestal más o menos alto, habría que congratularse de su restauración, porque más que ruedas, lo que Don Diego requiere es el respeto de la ciudadanía. Y no está de más mantenerlo un poquito alejado de tanto depredador urbano. Que haberlos, ¡haylos!



Plaza Circular. Monumento don Diego López de Haro.

El Bilbao de los mercaderes: Una exposición

La muestra que el Museo Vasco inauguró el día 11 de octubre de 2011 formaba parte de una serie de tres exposiciones a celebrar durante este año en el que se conmemoran los 500 años de la fundación del Consulado de Bilbao, y el 125 aniversario de la fundación de la Cámara de Comercio de Bilbao. Con criterio atinado, pese a tratarse de una instalación ajustada al limitado espacio dispuesto para exposiciones por este museo, esta primera exhibición se estructuró en una suerte de secciones cuyo *leitmotiv* fue recurrente: Bilbao, el Consulado, su desarrollo como plaza mercantil, y un estilo de vida de sus moradores entre el siglo XVI y XVIII. Los elementos seleccionados para esta exposición, sin duda alguna respondieron al deseo de exaltar el valor simbólico del modelo económico e institucional que integró económica y socialmente la capital de Bizkaia desde que la creación del Consulado de Bilbao en 1511 confirmara su trayectoria histórica, inconfundiblemente ligada al comercio y las manufacturas. El intercambio fue la clave de un desarrollo paradigmático que ha sido estudiado por numerosos autores.

Un eje temático decisivo: El Consulado de Bilbao

Pivotando sobre el Consulado de Bilbao y las particularidades, valores y comportamientos de la ciudadanía bilbaina, esta exposición aglutinó piezas de extraordinario valor histórico. Dentro de una lectura tradicional no exenta de interés, el montaje de la exposición recurrió a paneles y rótulos informativos –ya habituales en este tipo de exhibiciones– y reunió información somera cuyo contenido, quizás, exigía al espectador un esfuerzo de identificación pausada, ante la talla de la muestra y el espacio en el que se celebraba. Su respiración histórica se echó en falta, en cierto modo, pero el resultado fue del todo punto atractivo.

El curioso y el amante de la historia de la villa de Bilbao pudo descubrir algunas cuestiones casi inéditas que, compiladas en el Museo Vasco, crearon un itinerario narrativo donde se destacaba lo más sobresaliente de la vida y gestas que aquellos navegantes y comerciantes llevaron a cabo durante varios siglos.

Los siete capítulos que iban desgranando páginas de historia, topografía urbana, cultura material, lugares de memoria, útiles e iconografía, así como diversos elementos de representación identitaria, partieron de algunas piezas muy sobresalientes: como el primer escudo del Consulado, los grabados clásicos que recogen las imágenes de Bilbao desde el siglo XVI, sellos oficiales, cartas ejecutorias, títulos de capitán, etc.

La exposición se planteó ineludibles preguntas relativas al estilo de vida de las gentes hasta el siglo XVIII: el cómo, dónde, para qué y por qué. A través de un sistema de exhibición vertical y horizontal con vitrinas, cuadros, instalaciones pendientes (como la que corresponde a los casetones decorativos policromados pertenecientes al Palacio de Arana en Belosticalle, del s. XVI) el espectador se adentraba en una atmósfera sugerente y estéticamente bien hilvanada. Ese recorrido destacó las primeras conexiones europeas, recalando inevitablemente en el grabado de Hohenberg dedicado a la Casa de los Vizcaínos, en Brujas.

Aquel Bilbao que en 1731 muestra sus casas consistoriales en la primitiva Plaza Vieja, emparenta con otros planos de casas privadas, correspondientes a familias notables de la economía y cultura ilustrada local. De la calle Santa María donde se emplazaba la casa de los Gardoqui, se nos dirigía al plano de la casa Gortázar. En los detalles de ese tipo de plano doméstico podemos descubrir el estilo de vida de las antiguas familias del Casco Viejo. Una élite social que aplicó criterios de distribución al hogar, de acuerdo con cánones arquitectónicos en los que se destaca un modelo burgués, según la cultura imperante. Las escenas de vida cotidiana también constan en los casetones policromados y en las figuras que son protagonistas de muy diversos grabados de época como, por ejemplo, el conocido grabado de Daniel Perea que nos informa sobre la apariencia de la torre de Bilbao la Vieja.

Los objetos que formaban parte del estilo de vida de aquella oligarquía comercial generan resonancias de gran belleza estética, a través de la orfebrería, industria cerámica, artes decorativas, escribanías... Y así pudo verse en esa fecha.

Entre las piezas artísticas destacaron varios objetos, como un relieve de alabastro procedente de Flandes, el plato tipo Dinant (Nuremberg s. XVI), un Cristo de marfil de gran valor, cobres pintados, etc. Objetos, por cierto, que pertenecieron a la colección Jado. Una buena muestra del variado repertorio que compuso el legado artístico que acumuló y donó el conocido coleccionista.

Entre las piezas conservadas más antiguas, pese a su modestia, es digna de reseñar, la única conservada del antiguo ayuntamiento de la Plaza Vieja: un "modillón".

Como era de esperar, Luis Paret también estuvo representado en esta exposición. Uno de los tradicionales cuadros que pintó sobre el Arenal insiste en la tipología humana que para su romántica mirada configuraba aquel escenario idealizado, donde los protagonistas, hombres y mujeres, participaron de trabajos de carga y descarga de mercancías, con galanura y estilo...

Su vecindad con otros grabados donde aparece representado el "Jebo" o aldeano vasco, engarza con arquetas de madera, pisapapeles, escribanías de porcelana, pruebas de hidalguía, armas (espadas, pistolas de bolsillo, blasones, etc.).

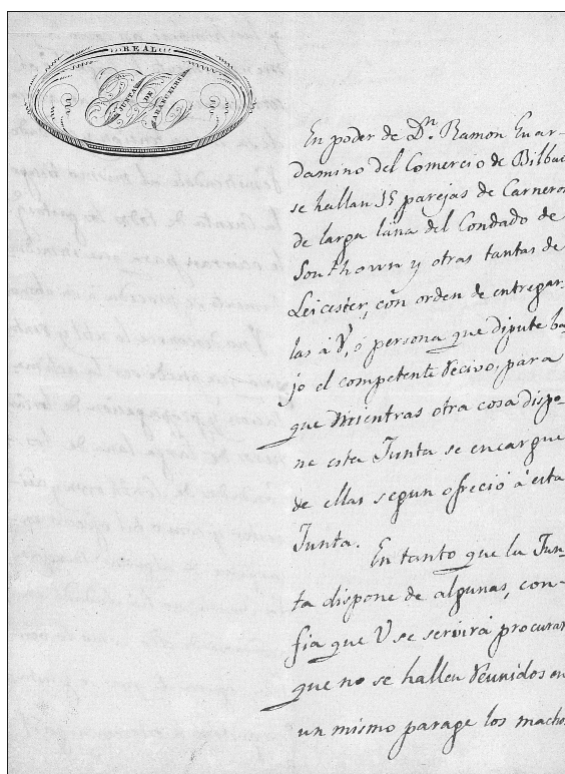
El hierro fue también protagonista en esta narrativa visual. La denominación de los grilletos "bilbos", según la leyenda británica, dirigen el punto de mira hacia la actividad en la que fuimos maestros metalúrgicos, mucho antes de que naciera Shakespeare.

En un Bilbao de gran empuje comercial –en pleno siglo XVIII– otro referente de esa relación entre lo individual y lo colectivo fue Diego María de Gardoqui. Aquel primer encargado de negocios de la monarquía ante las recién independizadas colonias norteamericanas, toma cuerpo en el magnífico traje de terciopelo brocado que como gran cortesano que fue, nos permitió imaginarlo asistiendo al juramento de Washington como primer presidente de los Estados Unidos de América. La casaca, calzón y chupa son de la primera mitad del s. XVIII. Diego, que no el Cardenal, nacido el 13 de noviembre de 1735, fue bautizado en Santiago, tal como indica el registro de bautismo que se expone en vitrina. Fue cónsul, viceprior y prior. Y su actividad política durante la guerra de independencia norteamericana le convirtió en un personaje destacado que gozó de la amistad de los principales representantes de aquella revolución.

Pero esta exposición no se redujo a destacar el protagonismo de algunos personajes, aunque éstos tuvieran un lugar destacado; había que descubrir en gestos puntuales otras muestras de vitalidad económica, como el que corresponde al salvoconducto concedido al famoso banquero Simón Ruiz para importar lienzos y lencería desde Burgos, o la carta de mandato emitida por Jorge II al barco Betty sobre el puerto de Salem que iba a Bilbao en 1739; o el conocido cuadro de los cambistas (en préstamo por el Museo de Bellas Artes de Bilbao) de 1545. Protagonismos individuales también en las actividades que describen los copiadore de cartas de algunos comerciantes checos instalados en el Bilbao del s. XVIII, como los Groh-Yershick.

No podía faltar –asimismo– un ejemplo cuya rareza permite especular sobre la fama decorativa que adquirieron los llamados “Bilbao mirrors”, al parecer fabricados en la calle de La Esperanza hasta el siglo XIX. No fue la única rareza.

La sorpresa se prolongó en aquella muestra cuando nos volvimos a topar con objetos de metal, como las barras o cadenas con grilletes... o el grabado calcográfico fechado en Londres (1797, “Jack in the Bilboes”). Muy distinto a los bufones de Zamacois, cuyo entronque con la afición a la pintura local es sobradamente conocida.



Carneros y ovejas. Comercio con Inglaterra.

En esa galería que combina el personaje y la comunidad, surgía otro personaje inevitable: Juan Crisóstomo de Arriaga, redimido por el magnífico clave expuesto con la partitura de su *Minuetto en Re Menor*. Retratos, copas de plata, nuevos grabados sobre el viejo Bilbao, la fotografía del Sr. Errazquin, primer presidente de la Cámara de Comercio, etc., jalonando los últimos recovecos de esta exposición que concluyó sugiriendo otro tipo histórico en el que se perpetúan las viejas tradiciones mercantiles, gracias al Real Decreto del 9 de abril de 1886, que dio lugar al acta de constitución de la Cámara de Comercio.

Tal y como en su día publiqué en el libro conmemorativo editado por la Cámara de Comercio, *El servicio como compromiso, el progreso de Bizkaia como meta. Cámara de Comercio de Bilbao, más de 100 años de historia*, la institución dispuso de espacios en aquel imponente caserón que fue el Instituto Vizcaíno. Allí trasladó sus dependencias desde el antiguo edificio municipal. Su vida se prolongó en este enclave hasta 1908, para moverse, luego, a la calle Bailén nº 7, pues el edificio del Instituto feneció en 1928.

Concluimos, pues, este breve deambulatorio por la interesante muestra bilbaina con el famoso grabado de Gabriel Baudwin: *A draghaut of the coast of Bizcay*, en donde como curiosidad a descubrir, animo al visitante a que localice el lugar donde el pintor señaló con una "X" la casa del único protestante inglés que vivía en el Bilbao del Casco Viejo (siglo XVIII). O, por ejemplo, que admire uno de los archiconocidos pasteles del pintor Losada sobre el Consulado en día de corrida de toros en la Plaza Vieja. Allí podrá conocer el edificio que tuvo el Ayuntamiento en su primitivo formato, y el piso cedido al Consulado de Bilbao. No sin antes estar avisado de que los bajos del edificio sirvieron aleatoriamente de cárcel, perrera y hasta para representaciones de teatro. Algo que advierte la autora de este artículo a los lectores del *BILBAO*, como impenitente amante de la historia bilbaina, y con intención de descubrir con mirada crítica y curiosa los pequeños detalles de esta historia de vida de una ciudad que nos importan.

La Real Junta de Comercio de Bilbao, a mediados del siglo XIX

La historiografía ha desarrollado muy diversas estrategias de investigación teórica y aplicada, cuyas herramientas requieren necesariamente de aproximaciones transversales y multidisciplinares. Solo así se logra atisbar perspectivas que visualizan y describen la cultura material, perteneciente a diversos periodos históricos desde la Antigüedad hasta hoy. Las claves de conocimiento asentado son exponentes en los que pueden rastrearse relaciones sociales, económicas, estéticas y de otra índole. Todos estos indicios –muchos de ellos, inimaginables– son componentes fundamentales de la historia cultural. Los cambios materiales son obviamente muy distintos y afectan a campos y protagonistas igualmente múltiples. La investigación histórica requiere, por ello, de nuevas técnicas que implementen nuevos lenguajes. En el objeto físico está representada toda una cultura, y de su propio análisis material colegiremos causas e intenciones. Para aplicar la metodología sobre un caso, elijo esta vez un ejemplo que se relaciona de nuevo en el Consulado de Bilbao. ¿Quién se imagina la apariencia que tuvo la institución heredera de éste, instalada en la villa, a mediados del XIX?

La Junta de Comercio de Bilbao en 1840

Bilbao, sede de impresores afamados y de una precoz actividad editorial, demostró saber recoger pruebas de casi todo. Quizás, guiada por una afición contable que distinguió a los emprendedores locales por su buen oficio. En fondos de archivo se identifican numerosos inventarios de todo tipo. Muchos de ellos vinculados a logros cosechados durante años, en sus instituciones, negocios privados, sociedades culturales religiosas, etc. De ellos deducimos muchos aciertos, pero también hubo desaciertos. En cultura urbana hubo falta de sensibilidad, torpeza y decisiones precipitadas. La desaparición de algunos edificios que nos hubieran permitido conocer mejor el pasado del Bilbao previo a la modernidad (por ejemplo, algunas de sus casas torres y algunos tramos de sus itinerarios urbanos) fue bastante errática.

Sin embargo, hablamos de espacios interiores, de la reconstrucción material de espacios *ad intro*. Y en concreto, sobre la catalogación descriptiva que da luz sobre la fisonomía, haberes, bienes y tesoros que dispuso la heredera del Consulado de Bilbao a mediados del XIX. Esta no fue otra, sino la Real Junta de Comercio. Un impresor, Juan Delmás, editaba en 1840 un inventario que tomo por guía: *Inventario de los libros, muebles, ropas, alhajas, efectos y enseres pertenecientes á la Real Junta de Comercio de esta Invicta Villa*. Sigamos la visita guiada.

De entrada, la junta priorizó y dispuso de un archivo. Y éste contaba entonces con 22 armarios *de hermosa perspectiva que cercan sus paredes*. En ellos se conservaban los Reales Privilegios, cédulas, cartas ejecutorias, escrituras, libros de decretos y demás documentos de la junta. En este salón y su cuarto interior se contabilizaron dos mesas con seis atriles, todos de nogal, nueve escabeles, tres sillas, tres tinteros de cristal, salvadera, tijera, plegadera, etc. Objetos identificados protocolariamente como “para el uso del Contador de la Corporación”.

El archivo tenía también otro espacio: un cuarto interior donde se inventariaron *“dos papeleras para la colocación de los libros de la oficina”*. En este cuarto interior del archivo, el detallado nos permite concretar la existencia de libros y objetos diversos. Apropiados todos según la finalidad de la estancia. Podemos afirmar con exactitud que, en esa fecha, la junta acumuló una notable biblioteca que incluía piezas diversas de singular valor.

Tal como se decía –y por citar únicamente algunos de esos volúmenes– en el *estante de nogal de la derecha* de su entrada se conservaban 90 tomos de dos ejemplares de Memorias Políticas y Económicas por D. Eugenio de Larruga. 23 tomos con los Diarios de Cortes de 1820 y 1821; 8 con las Extraordinarias de 1821 y 1822; 9 relativos a las Cortes de 1822. Las Cédulas Reales de Carlos III, de Carlos IV, Decretos de Cortes de 1810 á 1823; de 1810 a 30 de junio de 1822; de Fernando VII (1814 á 1817), etc. En el estante de nogal *de la izquierda* de su entrada se hallaron: Las Ordenanzas de la Armada Naval, de San Sebastián, de Barcelona, el Manifiesto de Bilbao de los servicios de 1793. El Uztaritz de Comercio. La Biblioteca para comerciantes. El Fuero y escudo de Vizcaya. El Arancel de Aduanas. Representación á las Cortes por las autoridades de Cádiz... Folletos de los exámenes de las Escuelas de la Junta de Comercio. Tratados de Paz de Felipe III, Felipe IV, Carlos II. Ordenanzas de matrícula de mar. Los Festejos de Bilbao á Fernando VII en 1828, etc.

El inventario de los enseres, efectos, muebles, ropa y alhajas *al cargo y cuidado de D. Alejo de Iturralde, portero de la Real Junta y Tribunal de Comercio*, nos hace saber que existió un **salón principal** donde se recibieron a notables visitantes. En este salón se exponían retratos de la reina doña Isabel II y otro de su madre la reina gobernadora; otro retrato de la reina doña Isabel II, de la Purísima Concepción, el plano de la proyectada bolsa de Bilbao. Un reloj grande de sala con su caja. Seis bancos de caoba con adornos dorados y forrados de terciopelo carmesí. Dos bancos lisos de nogal forrados de terciopelo carmesí muy ajado. Dos mesas antiguas con sus sobremesas de terciopelo carmesí. Siete pabellones de damasco encarnado con sus cordones corredizos. Seis alfombrillas labradas para los pies. Cuatro arañas de cristal, tres de ellas circulares, y la otra de figura de navío.

En la capilla, el altar de la advocación de Ntra. Sra. de la Concepción. Dos arañas de plata. Un atril dorado para el misal. Tres cuadros con sus cristales que contienen oraciones de la misa. Un crucifijo grande. Un armario con tres tiradores y dentro de él, un misal.

En el corredor de columnas se encontraban un cuadro de Felipe V y otro de su Esposa. Uno de Fernando VI y su esposa. De Carlos III y su Esposa, y de Carlos IV y su Esposa, que estaban en la entrada del salón principal. Existió asimismo un cuadro de la reina doña Juana –en el corredor que daba a la sala de la parte del medio día–. En la secretaría había una Mesa con cuatro atriles de nogal, tintero, salvadera, etc. Dos armarios grandes de nogal para el depósito y conservación de los papeles de la secretaría.

En el archivo de la secretaría armarios para el depósito de los expedientes del Tribunal de Comercio. Una mesa y dos atriles de nogal, y dos escabeles de pino. Se contabilizaba una sala especial para la audiencia donde, entre otros objetos y mobiliario, solo podemos citar en aras de la brevedad, un cuadro *sobre la presidencia con las armas del Consulado*, otros con los atributos de la fe, y otro concerniente al *plan del aumento que puede darse á la población de Bilbao*. Dos mesas antiguas y cuatro bancos forrados de terciopelo encarnado, *muy ajado*, con las armas del Consulado y un canapé antiguo grande forrado con lo mismo. Dos escupideras y un pabellón encarnado de damasco sobre el cuadro de las armas del Consulado. Identificada una "sala del mediodía" allí hubo, además de cuadros, cuatro mapas grandes que representaban y señalaban los pueblos de este señorío, Bilbao con su ría hasta Portugalete, Bilbao en una riada, y Portugalete y Santurce.

Vestían la estancia 18 bancos de pino pintados antiguos, once de los cuales se hallan en el corredor de columnas, y cuatro en la antesala. Otro cuadro de Fernando VII y otro de su esposa Amalia, *sin los marcos que se les quitaron, para colocar el retrato de SS. MM. Doña Isabel II y su Madre que se hallaban en el salón principal.* Finalmente existía una “**alcoba del salón**” donde además de vestuario diverso, se guardaban 12 gallardetes de diferentes colores. Un cajón *con su llave* conteniendo un adorno de seda azul para las falúas, y además varios retazos de tela de seda y algodón amarillos para adornar la iglesia en las funciones. *Un cántaro de plata con su tapa conteniendo 180 bolitas del mismo metal.* Una escribanía de plata con su tintero, salvadera y campanilla del mismo metal. *10 Candeleros de metal con baño blanco muy usados.* Una caja con un brasero y plata de fruslera. *Un retrato de D. Manuel Godoy metido en su tumbo de hoja de lata.* Un aguamanil viejo. Y una partida de vasos que sirvieron para la iluminación del año 1828 en que estuvo el rey en Bilbao.

Mentalmente, estos espacios nos dan pauta de innumerables sucesos, decisiones y vida cotidiana. Nos hablan de modas, rituales, decoración interior, patrimonio y ceremonial... Aquellos que desde el XVIII colocaron a Bilbao en el itinerario de actuaciones acordes con el estatus comercial y político que iba consolidando.

El avatar de los puentes de Bilbao

Si nos trasladarnos con el pensamiento a Londres, ciudad que amo casi tanto como a Bilbao, o viajamos con nuestra imaginación hasta Chicago, Avignon, Lisboa, Estambul o Venecia, inevitablemente visualizamos puentes. En la villa vizcaína los puentes son sugerentes, aunque no tan vetustos o espectaculares, como los de estas ciudades. Pero como tantos otros en tiempos pretéritos y actuales, los puentes generan una corriente simbiótica de numerosos ingredientes; tantos como las corrientes que, en horas de marea alta, la ría nos permite descifrar observando el discurrir de siglos.

Dicen, y así es, que el Puente de Alcántara, obra del arquitecto Cayo Julio Lacer dedicada al emperador Trajano, (104 y 106 de la era cristiana) tuvo la pretensión que su autor dejó escrita de convertirse en *PONTEM PERPETUI MANSVRVM IN SECLA MVNDI*: “Puente, que durará mientras dure el mundo”.

No es el caso de los que en Bilbao se construyeron; en pocos de ellos se podrían identificar aquellas virtudes que exigía Vitrubio: *Firmitas, Utilitas y Venustas*, es decir: “Firmeza, Utilidad y Hermosura”. Pero ligados a los puentes que este valle fluvial tuvo, podemos intuir una suerte de metafísica. Nada que ver con la ingeniería del espacio y la cultura material. Alejémonos por un instante de lo físico y lo técnico.

Antes de que se gestionara por el ser humano el trascendente deseo de lograr el tránsito... cruzando el río –la ría en este caso–, este simple acto supuso un avatar.

El hecho de cruzar un camino de agua vislumbra un tránsito vital que pellizca la biografía de una comunidad, jalonando inconscientemente el propio ser, pasar y comunicar.

Cultura hidráulica

Hay civilizaciones ligadas a determinados tipos de cultura hidráulica. El desarrollo de este asentamiento que hoy vemos reconvertirse de continuo, y que es esta urbe de esencias derivadas de ese “cruzar”, viene del esfuerzo por ligar destinos, comunicando a izquierda y derecha del cauce personas y cosas. Con la fusión de dos ríos que pasan a ser ría, se multiplican muchos elementos culturales. Consideremos incluso el hecho de que actualmente aplicamos sentido muy diverso a expresiones como “tender puentes” o “vivir en la frontera”. Deducimos nuevos significados de lenguaje al encarar históricamente fronteras mentales y no solo físicas, geográficas o económicas.

Pues bien, partiendo de sus variados matices, lejos de lo que cualquier técnico plasmaría mentalmente al escuchar la voz “puente”, este suscita infinidad de mensajes simbólicos al atento observador de la propia vida... Quiero indagar por ello la obra y el autor. Recipiente y contenido, medio y protagonistas de una historia que transcurre ligada a innumerables elementos. Fruncidos por la evolución de esta ciudad al igual que en otras muchas. Aquí, sin embargo, illeva adherencias tan distintas!...

Por eso los puentes en/ de/ para/ con/ bajo/ desde/ entre/ hacia/ por/ según/ sobre/ durante este espacio y tiempo histórico que marcó a Bilbao son tan atractivos.

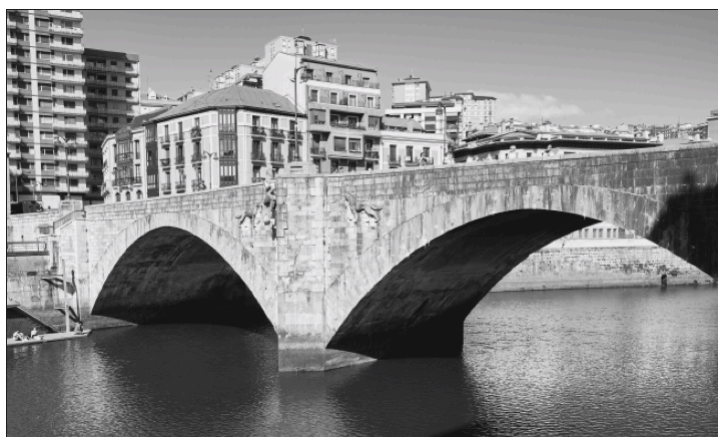
En esta villa como en otros lugares, por supuesto, los puentes son catalizadores de macro y microhistorias que combinan un cúmulo infinito de elementos tangibles, y especialmente de intangibles (tradición, cultura, costumbres, mensajes, decisiones, etc.).

Puentes con mucha historia

Que los lobos y el puente figuren en el escudo de la villa junto con la iglesia de San Antón es una pista fácil. Demasiado fácil. Quien quiera averiguar por qué, deberá atender a lo que resta de explicación. La tarea detectivesca de indagar cuántos tuvo esta villa, cuando los tuvo, porqué se construyeron/destruyeron, quiénes los impulsaron, para qué, con qué materiales, cómo se gestionaron, dónde se promovieron, tras qué intereses, ante qué realidades, etc. implica multitud de preposiciones. Y todas ellas de muy distinto alcance y relevancia.

Situándonos en San Antón, origen histórico de la villa, sin olvido del tramo que viene desde Los Caños, la contabilidad de los contruidos y de los proyectados nos sumerge en un laberinto donde las fuerzas generadoras de consecuencias sociales, económicas, políticas, culturales, sociales, tecnológicas, etc., se multiplican según épocas, de manera sorprendente. Todo un viaje a lo largo del río de la vida hasta nuestro Bilbao actual, el post-industrial, el regenerado... el objeto de muchos estudios de caso para estudiosos.

San Antón es referente de operaciones analizadas como ejemplo de mecanismos reinventados por y para la nueva economía cultural y del *marketing*. Pero hay que conocer lo que le precedió.



Actual puente de San Antón, reedificado en 1937 tras haber sido volado el anterior durante la Guerra Civil.

Esa visión táctica la tuvieron –en su modestia– hasta los religiosos del Convento de San Francisco, cuando con tenaz insistencia franciscana disputaron la construcción de un puente que diera servicio al escenario desde el cual disponían de una atalaya allende-lapunte que les exigía ampliar su permeabilidad con el Bilbao corazón de león que estaba enfrente: el sietecallero, con sus prohombres y sus condensadas voluntades de éxito comercial.

Las incidencias marcadas por el imperioso designio de cruzar y crear itinerarios aéreos, mentales, de trabajo, luz y supervivencia se fueron sucediendo con puentes de cadenas, colgantes (de fuste y de poco fuste), con denominaciones sacras, con referencias a la industrialización (Puente de Hierro), con referencias ideológico-políticas (de los Fueros) e institucionales (Isabel II, Ayuntamiento), con resonancia de toponimia (Arenal, Begoña, Deusto), puentes de barcas en sus más variopintas expresiones técnicas (de los cuales solo menciono aquí el llamado “Nuevo Puente de Barcas” –1818-1820– cuyo ingeniero, Carlos María Abajo aunque de menor resonancia que otros egregios ingenieros de otros tantos prototipos que se llevó el agua, la bomba o la dinamita fue el hombre del rescate. Puente que estuvo situado frente a la calle Santa María, y fue destruido por uno de los tremendos aguaduchos que soportó Bilbao en esos decenios del siglo XIX.

Que Bilbao debía recibir grandes barcos y veleros era imprescindible; se comprueba ante la insistente propuesta de dejarlos llegar hasta sus muelles: Marzana, Naja, Urazurrutia, Arenal, etc. Por eso la invención innovadora siempre va atada en historia a los puentes, como se adivina en aquel levadizo del Arenal (de Isabel II), con cadenas y tracción heroica –manualmente– que dejó de ser levadizo por razones de deterioro, y que sirvió de precedente a los flamantes móviles, tristemente inaugurados un poco antes que la guerra de 1936 derivara en desastre.

Se cortaron las arterias, las principales vías y canales, se negó la posibilidad a la comunidad de mantener en circunstancias de confrontación los escasos instrumentos de comunicación real, mental, cívica. Hollando recuerdos, esfuerzos, orgullos, aventuras y desventuras los puentes fueron destruidos. Puentes que retomaban en el siglo XX su razón de ser, para decidir extender viejos sueños incumplidos, uniendo de nuevo, facilitando la vocación de proximidad con la ciudadanía de esa vega que lo es todo, aunque ya no se pesquen tantas angulas y las gabarras casi hayan desaparecido.

2020, una metáfora, vi desde la pasarela Arrupe niños haciendo deportes acuáticos, y la imagen testimonia las muchas facetas reconvertidas de este escenario de agua, trabajo, sudor, lágrimas, drama, vida, dinero, suicidio, destrucción, recuperación, y sobre todo espejo de toda una larga ecuación que toca reinterpretar a quienes vadeen la crisis, para alcanzar el triunfo, la creación, el futuro, la paz, el amor incluso.

Lejos quedan ya aquellos nostálgicos del salón del “Kurding” que organizaban fiestas proyectando siluetas que representaban los puentes de la ría, los pretéritos, los presentes (entonces) y hasta los futuros, pues se exhibía y comentaba el proyecto en esos años de los chirenes del Cuartito uno –el puente de la Sendeja– que no llegó a ser construido.

2021... la ensoñación de una generación de notables arquitectos – los Bastida and Co.– hubieran visto satisfecha en parte su ambiciosa proyección de esos otros puentes que desearon culminar la expansión del Bilbao de las anexiones, el de la modernidad (ya superada) y que no pudieron ser, pero que sirven de prueba para seguir hablando de aquella desbordante imaginación y pujante deseo de ser más que una simple villa medieval marcada por el anagrama del comerciante.

Baste un nuevo ejemplo, los proyectados para Zorrozaurre. Porque esta ciudad que expresaba nuevas voluntades, estuvo apostada junto a las barandillas de los puentes, esperando su momento, aunque dudara y sigue dudando hacia qué dirección dar el paso y cruzar el puente.

La historia minera de Bilbao: páginas “casi” olvidadas

A lo largo de la larga etapa del Medioevo, el fenómeno mercantil ligado a las poblaciones costeras del mar Cantábrico adquirió gran preeminencia, compitiendo con vecinos franceses y británicos. En 1373, *la nación vizcaína* se reorganizaba en Brujas. Los rasgos básicos de la estructura social en el ámbito rural estuvieron controlados por los *jauntxos*, mientras que en el ámbito urbano dominaba la burguesía mercantil. El siglo XVI se caracterizó por el incremento demográfico y una expansión económica, siendo punto clave de este desarrollo la producción en las ferrerías. El siglo XVII resultó ser un siglo complejo ante la crisis que afectó a estas tierras, y que dio lugar a inestabilidad y contestación social: entre otras muestras, la llamada *Rebelión de la sal* (1631-1634). Con la siguiente centuria habrá nuevamente signos de prosperidad y será la burguesía comercial el grupo con mayor capacidad de influencia y poder. El cambio de dinastía de los Austrias (Habsburgs) a los Borbones facilitará el despegue mercantil definitivo, y Bilbao se convertirá en un referente vasco entre la economía internacional.

Años después, la prueba fehaciente del espíritu dieciochesco de la Ilustración y su profundo deseo reformista contribuyó cultural y económicamente a modernizar –en cierto modo– las estructuras económicas y sociales de las provincias vascas. En esta nueva etapa, el flujo y reflujo de la modernidad marcó diferencias entre distintos ámbitos socioculturales, espacios urbanos y fuerzas productivas.

Por otra parte, las tensiones generadas por las aduanas y el comercio con América fueron factores cruciales de disputa. Como rápida síntesis de lo expuesto, quede constancia de que ese tránsito desde la Edad Media hasta la Modernidad fue complejo y vino acompañado de procesos muy diversos en lo económico, social, institucional y cultural. Villas, ciudad (Orduña) y anteiglesias en el Señorío de Bizkaia fueron células de este tejido administrativo, a nivel de territorio, con roles diferenciados en lo jurídico y en lo económico. Tierra Llana y Villas (luego incluidos Encartación y Duranguesado) dispusieron de instituciones unipersonales y comunitarias. De todas las grandes villas vascas, Bilbao se convertiría paulatinamente en el buque insignia de la revolución mercantil.

Rediseñando al dios Hermes

La transición a la moderna sociedad industrial tuvo rasgos diferenciales. Evidentemente, esta sociedad era pequeña al llegar el siglo XIX, escasamente urbanizada y fragmentada. Pero la producción capitalista se afirmó en ella con intensidad. Mineros, navieros y banqueros –como tituló aquel trabajo suyo M. Montero– forjaron con el paso del tiempo el arquetipo de espíritu emprendedor en el país. La España liberal, en su pugna por abandonar los rescoldos del Antiguo Régimen, se articuló a duras penas con estos intereses. Pero la existencia de un mercado exterior para la nueva siderurgia vasca, vizcaína en concreto, estuvo bien potenciada por capitalistas vascos, españoles y extranjeros. Las minas de Bilbao y de su entorno reunirían durante años las condiciones apetecidas. Y esto le convirtió en industria hegemónica. Hubo realmente un dinamismo innovador que situó a la primera industrialización de la ría de Bilbao en el epicentro de la oportunidad económica de toda naturaleza.

En este contexto, la burguesía y su voluntad modernizadora sentaron nuevas premisas al desarrollo. Los años 90 del siglo XIX se han calificado como “los años del esplendor”. Este *boom* económico concluyó, cíclicamente, cuando se produjo el *crack* de la Bolsa de Bilbao en 1901. No obstante, la economía vasca ya se había consolidado. Bien es verdad que las divergencias del nivel de crecimiento y adecuación al modelo de economía de empresa fueron notables, de ello se colige el impacto mayor en Vizcaya que en otras provincias de la llegada de inmigrantes. El sistema de relaciones laborales dio cuenta, además, de la existencia de muy activas organizaciones obreras y patronales; algunas de creación temprana. Los conflictos, normas reguladoras de las condiciones y características del trabajo asalariado, etc. hicieron de este caso histórico –de nuevo– algo especial. En conexión con la coyuntura económica, los niveles de sindicación fueron destacados en Bilbao, aunque deben diferenciarse fases en su progresión. A fines de siglo, el pluralismo vasco y bilbaino fue un hecho que contribuyó a marcar de nuevo otro rasgo peculiar de nuestro entorno social hasta hoy.

El desarrollo de la moderna siderurgia vasca tuvo lugar al término de la guerra carlista, a partir de 1876, en estrecha relación con la explotación masiva de las minas de hierro situadas en la misma zona, cuyo producto fue destinado en gran parte a la exportación. La investigación histórica sentó –hace ya muchos años– la narrativa esencial sobre el proceso: la contribución de la minería a la industria siderúrgica fue esencial porque, además de proporcionarle materia prima y gran parte del capital con que se financió, sirvió para resolver un asunto esencial para los establecimientos siderúrgicos en España: la carencia de buen carbón, a bajo precio.

Aprovechando el viaje de retorno de los barcos que llevaban el mineral a Gran Bretaña, fue importado carbón británico de calidad superior y precio inferior, en Bilbao, al asturiano. El mineral de hierro de Somorrostro, Saltacaballo, Triano y demás yacimientos de la costa vizcaína y cántabra presentaba, además de la ventaja de su proximidad al mar –lo que hacía más barato su transporte– la característica bastante excepcional de no contener fósforo, por lo que era apto para la fabricación en masa de acero, según el procedimiento patentado por Henry Bessemer.

La formación de compañías extranjeras, fundamentalmente inglesas y españolas, comenzó pues durante el período revolucionario. Por otra parte, a lo largo de las seis etapas en que divide M. Montero la síntesis de su evolución, el Bilbao minero dio cuenta de diversidad en la gestión empresarial, ya en pleno siglo XIX. Y, además, esta no es una historia ligada en exclusiva a la Orconera o a la Franco-Belga, sino a compañías de distinto calado. Por lo tocante al Bilbao, desde la mina *Primitiva* en Castrejana, propiedad de Wright Butt and Co., hasta el coto Minero de Miribilla (minas San Luis, Abandonada y Malaespera), se condensa toda una historia social, y no solo económica. La explotación de mayor extensión fue la mina San Luis, cuyas galerías subterráneas discurren por debajo del barrio de Miribilla. Una de ellas, aún accesible, aunque en estado de conservación precaria, es un lugar vivo de memoria que enlaza la antigua zona minera con la ría, a la altura del muelle de Marzana. Ese túnel era el que conducía a las vagonetas con el material para ser cargado a pie de ría.

Imposible resumir las facetas empresariales y laborales de esta actividad que le dio nombre también al Botxo. A título de recordatorio diré –para concluir– solo aquello que escribió Pablo Díaz Morlan hace unos años: entre varios patronos mineros destacados estuvieron los Echevarrieta (“El origen de la gran fortuna familiar de los Echevarrieta se encuentra sin lugar a dudas en la minería del hierro vizcaíno. El fundador de la saga, Cosme Echevarrieta Lascurain, se asoció en agosto de 1882 a su amigo íntimo Bernabé Larrínaga Aransolo para explotar en régimen de arrendamiento la mitad de la mina <Inocencia> situada en el término municipal de Somorrostro”).

Hubo otros dueños de minas en el municipio bilbaino por supuesto, además de los Ybarra, Chávarri, etc. Patronos bien conocidos como los Lezama Leguizamón, J. C. Levisson, J. Aburto, Compañía del Morro, J. Turner, etc.

He de subrayar apelando al proverbial sentido del humor del bilbaino, que el ditirambo ha acompañado a la historia económica de nuestra villa hasta en las letrillas atribuidas a los mineros, en ese folklore local que también hizo época. Evidentemente, esa larga andadura ha mostrado momentos estelares y momentos luctuosos.

Conmemorando la fecha fundacional de Bilbao (15 de junio de 1300), cabe concluir esta evocación con frases que el fallecido Alcalde Iñaki Azkuna expusiera precisamente en vísperas de la celebración del 700 aniversario de la villa (1999) durante un discurso institucional: "Bilbao cumple el próximo año su 700 aniversario y en su existencia ha tenido momentos de gloria y de tristeza, de euforia económica y de decrepitud, momentos felices y dramáticos, al igual que los propios ciclos de la vida y de la historia. Recuerden que, durante los últimos años, Bilbao ha estado postergada, hundida en su industria tradicional, deprimida, pero sigue luchando por sobrevivir".

El paisaje minero de Bilbao "la Vieja" hoy muestra ya resultados de su transformación urbana, pero sigue luchando por renovar su identidad, aunque sin olvido de que en siglos pasados allí se explotaba la tan apreciada "mena" vizcaína que le hizo famosa a esta villa del Nervión e Ibaizabal.



Busto en honor a Víctor Chávarri en la Estación de Santander.

El paradigma del nuevo urbanismo: el Ensanche (1876-1916)

En el quehacer historiográfico sobre ciudades más reciente se ha incorporado el enfoque relativo a la identidad. Bilbao necesita de una historia en esta clave, aunque explorar lo sucedido en el *antebellum* y *postbellum* de esta ciudad a lo largo del siglo XIX resulta una aventura onerosa, con complejidades de análisis centrados no solo en la arquitectura, sino en otras facetas históricas cruciales. Por eso conviene recordar que el Bilbao del *segundo Ensanche* es el Bilbao de la Modernidad. Una ciudad que se iría fraguando lentamente. Porque esta villa articuló un coherente/incoherente concepto de sí misma y de lo que quería llegar a ser. Las élites fueron intérpretes de ese *desideratum*, aunque también participaron en el proceso otras clases sociales.

El lugar que quiso ocupar en el universo de las actividades económicas le otorgó gran pujanza, una vez superado el dramático y gravoso proceso de crisis bélicas recurrentes: las carlistadas. Activamente involucrada en todo cambio económico que surgiese, este entorno social y político de mercaderes, industriales, financieros, bolsistas y profesionales diversos, además de obreros y artesanos fue convirtiéndose en urbe que pudo crecer al compás de impactos que también experimentaron otras ciudades europeas de talla y condición parecida.

Estilo y ciudad

No cabe duda también, que las generaciones que la planearon en los finales del siglo XIX pusieron sus emblemas a golpe de calendario. Siempre he sostenido que el *impasse* de la lucha civil agigantó la brecha que, tarde o temprano, habría de salvarse. Porque la Guerra Civil provocó un retraso, aunque la ciudad se hallaba preparada desde mediados de siglo para dar el salto. “El que inventen otros” no fue su lema nunca. Luego, Bilbao imagina su ser entrópico de forma diversa. Tiene quien la interprete de modo contradictorio, pero casi todos (ideológica, empresarial, institucional, periodísticamente...) coinciden en maneras y en objetivos finales. La cohesión identitaria es sorprendente en algunos momentos, aunque las resistencias se vencen con lentitud, entonces y ahora también. Es por eso, posiblemente, por lo que la villa de los años de 1800 adhiere novedades... pero su plenitud llegaría en el siguiente siglo.

Ubicada en el bajo valle de dos ríos que confluyen y se hacen río, la ciudad se asienta al abrigo de unas alturas, las siete colinas, que protegen la villa desde unas coordenadas geográficas favorables pese a la estrechez que padeció, antes y después de los años del desarrollismo.

La capital vizcaína fue entendida como geoestratégica desde su primer enclave surgido sobre los peñascos desde los que se construyó su alcázar en el promontorio rocoso existente bajo la iglesia de San Antón. Pero requería avanzar desde el casco viejo para disponer de un nuevo eje logístico de comunicación fluvial y terrestre, y ensanchar su *hinterland*. De este modo el dinero empezó a cambiar de cara, aunque los protagonistas fueron muy distintos, socialmente. Los expolios de la victoria, junto con las fortunas tradicionales y las nuevas compusieron un modelo de innovación y de negocios, cuando menos, peculiar. La visión de Bilbao entre todos sus distintos intérpretes (incluidos sus más críticos) la presentan a veces hagiográficamente, y a veces de modo derrotista. Qué mejor pues que comenzar recordando los parámetros de la historia en la que se vio inmersa, aunque sea de manera rapidísima, para comprender su crecimiento urbano. Entremos, pues, en los contornos materiales de la villa.

Su jurisdicción, aunque "*muy corta*" –se decía en 1846– era la mayor de las villas del señorío en cuanto a población. Su extensión en aquella fecha ocupaba, siguiendo la curva descrita desde San Agustín, hasta el barrio de Achuri, 1600 varas, "*y la recta que le atraviesa, tirada de la Merced a la Cruz, 360*".

Sirviendo de eje central aún el Portal de Zamudio, las calles que la componían estaban "*tiradas a cordel*", empedradas "*con esmero*" y con *azeras* (sic) enlosadas. Éste es el primer esbozo gráfico que ofrecen las guías de viajeros, presentándola entonces como carente de monumentos antiguos, salvo el puente de San Antón y la iglesia de Santiago. Treinta eran sus calles en 1846, con diez callejuelas o travesías o cantones.

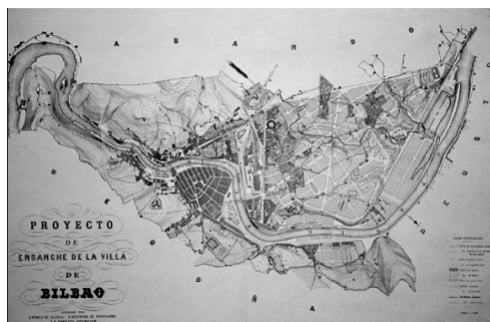
Se agregaban los "*barrios*" de la Sendeya, Iturribide, el Cristo, Las Calzadas, Zabalbide, Achuri, Bilbao la Vieja, y Artigas de Buja o Buja.

Superado el episodio del Puerto de la Paz a instalar en Abando (en el inicio de la centuria) el paradigma proyectista no solo perteneció al arquitecto Silvestre Pérez, sino a todos aquellos que deseaban quebrar la preeminente presencia del Consulado bilbaino.

(Las poesías satíricas estereotiparon lo sucedido: *Décima a Bilbao*: "*Quatro orteras indecentes/ de la Calle de las postas/ que amana de langostas/ viven destruyendo gentes,/ oy sostienen diligentes/ las ideas insensatas/ de los Bilbaynos piratas;/ más perdonadlos Señor,/ ya que por grande favor/ quereis que anden en dos patas*").

La simetría ensoñada por Zamácola fue, en todo caso, una premonición de planes que llegarían *a posteriori* para la nueva Bilbao. Hasta 1868 una cierta estabilidad relativa presidió la vida bilbaina. El crecimiento demográfico se aceleró hasta superar el ritmo propio de una sociedad preindustrial. Las tasas brutas de natalidad aumentaron y sobre todo, vivió un lento pero progresivo descenso de la mortalidad. Por primera vez en cuatro siglos, el número de personas que inmigraron fue muy superior a los que decidieron salir. Este factor constituyó el principal componente del crecimiento a lo largo del último tercio del siglo XIX (1877-1900).

El proyecto llega a buen puerto



Plano proyecto de ensanche de la villa.

En febrero de 1876 los carlistas fueron abandonando la orilla izquierda del río Nervión, por lo que el puerto de Bilbao se pudo reabrir y la zona industrial recuperó su actividad. Desde 1877 la corporación municipal debatía la urbanización de la parte anexionada de Abando. La *Comisión de Ensanche* (sic) no creyó conveniente que el municipio se anticipase tomando la iniciativa, sino que aguardaba a la de los particulares. Pero el Ayuntamiento ya había propuesto obras de "cerramiento del brazo de la isleta de Uribitarte", (Acta de la sesión de 7 de junio de 1877). Y el relato de lo sucedido con el ansiado plan aprobado en 1876 no puede tener mejor resumen que lo recogido en actas municipales: "(...) aprobado **el plano del ensanche** de la referida Villa por Real Decreto de 30 de Mayo de 1876, el Municipio va a emprender inmediatamente las obras de urbanización de los terrenos anexionados a la misma, con arreglo a la ley de 7 de abril de 1861, y que pertenecieron hasta el acto posesorio de 2 de Abril de 1870, a las anteiglesias vecinas de Abando y Begoña".

Pablo de Alzola, que sería alcalde presidente del Ayuntamiento de Bilbao y antes, autor del proyecto junto con Severino Achúcarro y Erenesto Hoffmeyer, se dirigió al ministro de Fomento –22 de marzo de 1878– para que se aplicara la ley del ensanche, expresándose en los siguientes términos: “(...) Tiene el Ayuntamiento consignado en el presupuesto vigente el crédito necesario para acometer las obras del ensanche, que son de muy apremiante necesidad, dado el excesivo apiñamiento en que viven los habitantes de Bilbao, la extraordinaria subida que han tenido los alquileres por falta de edificios donde pueda albergarse su vecindario, que ha aumentado considerablemente, y la falta de varios edificios públicos, reclamando, por lo tanto, la realización del ensanche, el mejoramiento de las condiciones de higiene y salubridad de la población y la satisfacción de las necesidades en extremo urgentes”.

Por consiguiente, el proyecto del ensanche de la villa de Bilbao quedó aprobado en 1876. Los sucesos de la guerra carlista habían retrasado su aprobación. Más pragmático que su antecesor, el proyecto obtuvo el beneplácito de las autoridades y grupos con intereses en la zona de Abando, aunque fuera a costa de renunciar a las características más progresistas del *plan Lázar* (anchura de calles y patios, espacios públicos...). Pronto se mostraron sus carencias, tanto en el espacio reservado (ampliado en 1907 gracias a los terrenos de la anexión definitiva de Abando en 1890), como en la previsión de viales, que resultaron insuficientes.

El plan Alzola-Achúcarro-Hoffmeyer era un canto a la iniciativa privada –la aplicación de la fórmula liberal del *laissez faire, laissez passer*–. El respeto a las propiedades particulares y la economía de su realización fueron conceptos continuamente recalcados. Excluida cualquier pretensión de establecer cánones estrictos en lo que se refiere a las proporciones que debían reservarse a edificación, zona ajardinada y vía pública, aquella tríada famosa se limitó a proponer una serie de consideraciones llamadas a evitar que el capricho de los propietarios trasgrediera las mínimas normas de higiene y salubridad.



Plaza Elíptica y monumento a la Viuda de Epalza, Casilda Iturrizar. 1906. Escultor Agustín Querol.

La Gran Vía, jerarquizó, como hasta hoy, la ordenación del espacio determinando un rango dentro de la escala social, pero este vial de tan solo 26 metros de anchura fue un error de planeamiento, debió calcularse con mayor anchura. No obstante, el plan de 1876 consiguió cumplir un objetivo fundamental: constituir una "nueva ciudad", un espacio autónomo cerrado sobre sí mismo, opuesto al de la ciudad tradicional. Desde el principio, se definió como un espacio urbano de calidad, reservado para las clases acomodadas, de ahí su imagen prestigiosa, según sugiere la mentalidad del planeamiento urbano en todas las ciudades europeas importantes de aquellos años. Pero mientras los grupos sociales para los que se reservaba crecían, este espacio permanecía infrutilizado (jardines, huertas, talleres o almacenes) esperando la "llegada" de la ciudad en proceso de edificación y su consiguiente revalorización. Así, el Ensanche de Bilbao se fue ocupando muy lentamente (...) como se confirma consultando prensa y documentación gráfica de la época a la que nos referimos.

La primera instancia que se presentó al Ayuntamiento para promover el Ensanche fue suscrita por Pascual de Isasi Isasmendi, dueño "de una propiedad que medía cerca de dos hectáreas" situada en las inmediaciones de la iglesia de San Vicente Mártir y contigua al edificio donde estuvo la casa de la República de Abando (6 de junio de 1877). Entre las condiciones que Isasi propuso a la Corporación para iniciar el ensanche estuvo la cesión gratuita para calle de una superficie igual al quinto de los solares.

Tras él, presentaron propuestas los señores Ibarra, Delmás, Echevarría, José Ma. Arreche, Esperanza de Sarachaga, baronesa de Trouchseefs; Ezequiel de Uriguen, el Sr. Bayo, y Casilda Iturriza, viuda de Epalza... Todos con intención de urbanizar sus terrenos, y consiguientemente exigiendo al Ayuntamiento la apertura de calles.

En aquellos días también (1877) tuvo lugar la cesión de dos parcelas para la apertura de las dos calles que formarían la "nueva plaza de Albia". Cesión que se obtuvo de Eustaquio Allende Salazar y Santiago de Arana. Muchos de ellos representaban a "los pudientes" que el *Irurac Bat* del 2 de octubre de 1861 (dirigido por J. Ernesto Delmas, el librero) publicó en lista, ante la necesidad de dar luz al censo para la renovación de la Junta Provincial de Agricultura, Comercio e Industria.

Los verdaderamente pudientes eran ya una verdadera élite capitalista de propietarios (los Mazarredo, Gana, Echevarría, Landecho, Salazar, Uriguen, Victoria de Lecea y Zumelzu. Y entre los manufactureros, Aguirre, Ibarra (Gabriel), los Hermanos Pradera, etc., mientras la lista de comerciantes era aún más prolija (desde Abaitua, hasta Epalza, Ogara, San Pelayo, Uhagón y Zubiría, etc.). Pero aquel Ensanche que hoy da forma a un área central de negocios, en 1877 fue construyéndose muy lentamente.

El Puente del Arenal se inauguraba el 1 de diciembre de 1878; también había comenzado a construirse en 1876. El Ensanche de Achúcarro, Alzola y Hoffmeyer diseñaba –por tanto– una trama con dos plazas de referencia. Una, *la elíptica*, la plaza Federico Moyúa, atravesada por la Gran Vía Don Diego López de Haro, y con otras tres calles creando una suerte de planteamiento radial (Ercilla, Recalde y Elcano) creaban un eje de simetría acomodado al espacio disponible. No pudieron evitarse intereses inmobiliarios, pero la Gran Vía compuso una arteria urbana que se convertía en un símbolo y una condensación expresiva de iniciativas, prácticas sociales, decisiones políticas y financieras, además espacio de ocio, de fiesta y de protesta.

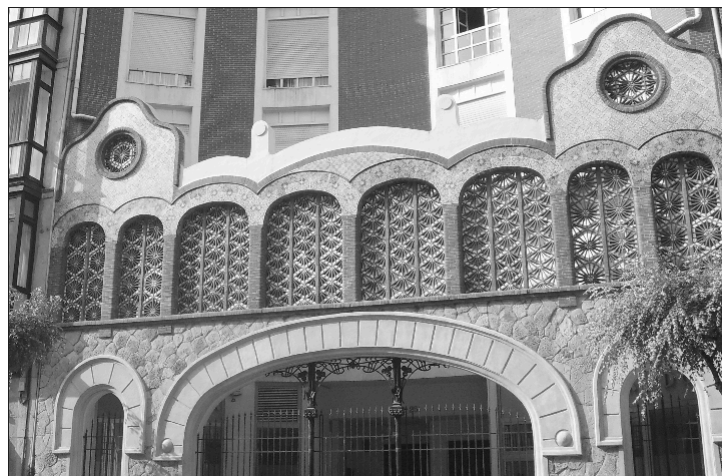
En cualquier circunstancia, lo que prima al conmemorar este aniversario (1876-2016) es descubrir una cultura urbana particular, sincrética. Porque la fuerza motriz del corazón urbano bulle en esta ciudad.

Lavaderos y lavanderas

Entre el frenesí que suscitaba la resolución de la ampliación del Ensanche, el diseño del parque, o la polémica del debatido monumento a Doña Casilda, 1905 divulgaba otro ejemplo de la política imperante. Esta vez referido a cuestiones relativas a urbanismo e higiene pública.

El entonces joven arquitecto Bastida, se había dirigido al Ayuntamiento con uno de los varios proyectos que desde entonces van unidos a su apellido y forman parte de la historia del Bilbao urbano. Se trataba del primer proyecto de lavaderos públicos.

De los dos que diseñó y prosperaron, el primero –al que nos referimos– fue el de San Mamés. Cinco años más tarde (1910) se materializaría el segundo lavadero, el de la calle Castaños.



Lavadero de San Mamés, arquitecto Ricardo Bastida. 1905.



Lavadero de la calle Castaños, 1910. Centro Cívico tras su reforma y rehabilitación de 2009.

Lavaderos y salubridad

El proyecto, que duda cabe, derrochaba sentido social y modernidad. Como toda propuesta fue documentada por su autor con detalles que hoy resultan gratos en su descripción, pues confirman el progreso de quienes consideraron toda clase de avances para la sociedad bilbaina desde comienzos del siglo XX. En este caso, las protagonistas eran aquella pléyade de lavanderas que ejercían una tarea cotidiana, verdaderamente ingrata.

Los lavaderos, recintos impensables para cualquier generación nacida en el seno del actual estado del bienestar, nos permiten imaginar aquel estilo de vida de antaño, bien diferente al nuestro. Los lavaderos fueron concebidos –ante todo– como garantía de salud pública para numerosos hogares, a lo que habría que añadir también como síntoma de progreso con etiqueta de “internacional”. En aquellos lavaderos se remojava, enjabonaba, aclaraba y secaba todo tipo de prendas, pero en especial las que suponían, por su complejidad, mayor esfuerzo doméstico.

La falta de agua corriente, y la insalubridad de algunos lugares a donde las lavanderas acudían para desarrollar sus faenas hizo pensar al ingenioso arquitecto que era preciso habilitar espacios destinados a estas tareas, y dotarlas de adelantos técnicos. Bastida estudió y clasificó dos tipos de lavaderos, el europeo y el tipo americano.

En el primero, el cliente era el protagonista, pues al llevar su ropa al lavadero, recibía de sus empleados una tarjeta de identidad, después que se numerase el paquete de ropa. A partir de ese instante empezaba la fase de remojo en cubetas de zinc, pasando luego la ropa a los aparatos modernísimos de lavar que pensaban ser instalados progresivamente.

El proyecto Bastida implicaba un diseño de espacios racionales, acordes con la finalidad del recinto. La planta baja, primer piso y pequeño sótano de que dispuso el lavadero de San Mamés tuvieron funciones precisas. En la primera planta estuvieron las dependencias del lavadero propiamente, con dos salas de distinta capacidad, una destinada a la colada, y la otra, a las "pilas para jabonar y aclarar la ropa".

Para facilitar el trabajo, Bastida diseñó en su proyecto la instalación de “dos centrífugas” (sic) y una máquina lavadora dispuesta junto al motor. Los mínimos sanitarios quedaban cubiertos. Cosa que confirma la modestia presupuestaria de la instalación planeada. Es decir, habría retretes para las lavanderas, junto a la escalera que daba acceso al piso primero. Habría también un despacho para quien fuera el encargado del edificio y del servicio; y por supuesto, se dispondría de un gran secadero con dos patios de tres metros de anchura, que aseguraban la perfecta ventilación y secado de las coladas. Uno de los riesgos que el autor de la memoria expuso se refería a lo insano del secado de la ropa en el interior de los hogares. El lavadero de San Mamés aseguraba espacios para tal fin. Los múltiples huecos de ventilación que planeó el arquitecto y que adornaron con su ornamentación modernista su característica fachada, tenían por fin evitar que se formara una atmósfera viciada, molesta y perjudicial, como también recogió en detalle la prensa local, alabando la idea.

Bastida ideó huecos con juego de materiales y remates vistosos que aseguraran la ventilación de aquellos espacios, tratando de evitar el efecto de humedad excesiva que tales establecimientos padecían.

La decisión de construir lavaderos respondía, en suma, a una nueva filosofía social y a un nuevo modelo de higiene. Para confirmar lo positivo del avance, tomaron la experiencia de Alemania como referente. Establecimientos de este estilo estaban ya generalizados, habiendo suprimido las grandes “pilas” del pasado, descritas como “verdaderos almacenes de inmundicias” –según explicaba *La Gaceta del Norte*.

Costes y beneficios

La rapidez en el trabajo y la economía que esto iba a reportar, se confirmaba en los alegatos publicados, comparando efectos contables que el proyecto hacía esperar.

Las lavanderas de 1905 cobraban en esos días un lavado de mantas a 1,25 pesetas la pieza; las sábanas a 0,25 pts., y los forros de colchones a 0,75, por ejemplo. Pero las lavanderas del nuevo edificio podrían obtener un mayor rendimiento de su trabajo, por hacerlo en condiciones mucho más ventajosas, multiplicando su rendimiento. Los jornales podrían ser mayores, se defendía, y el ahorro público también fue calculado como considerable, asegurando verdadera limpieza sin poner en peligro la salud, pues la irregularidad de aquellos lavados en aguas poco recomendables hacía de éste, a la vieja usanza, algo ya dudoso.

El coste del lavadero fue estimado en torno a 77.000 pesetas de la época. Los gastos de mantenimiento calculados antes de que se construyera, se acercaban a las 19.442 pesetas, y los ingresos, dado que la actividad era remunerada, venían a cifrarse en 22.837 pesetas, tomado como base 1.000 kilos de colada diaria, 30 plazas ocupadas diariamente (a 0,80 pts.) 9 pesetas; dos máquinas lavadoras, trabajando tres días por semana a razón de 1,50 pesetas la hora, 12,80 pts., etc. "Y a este tenor los demás ingresos" alcanzarían la cifra de 71,48 pesetas diarias. Lo cual no era una gran fortuna, pero reportaba una imagen de solvencia económica suficiente para la instalación.

Aporto finalmente el dato de que la diferencia de este sistema por el que apostaba Bastida, frente al americano, se basaba (en el segundo supuesto) en su mayor grado de automatismo. El americano se explicaba como caracterizado por la instalación de varias máquinas de movimiento "rotativo", cada una de las cuales realizaba por sí automáticamente el remojo, colada con lejía, jabonado, aclarado y añilado de la ropa. Vamos... ¡un automatismo apabullante e inimaginable para la época! Algo que cien años después, no deja de ser un precedente al que mirar con sorpresa. El Ayuntamiento, como es habitual, atendió el proyecto con cautela y a reservas de que no perjudicase al erario municipal...

Pero comprendía que con su adopción se daba un paso incuestionable en el camino de la salubridad. Los intereses del vecindario no quedarían afectados sino en sentido positivo, y muy especialmente –he aquí un dato revelador e importante para la época– iba a ser crucial para “esos centenares de honradas mujeres que se dedican al penoso oficio de lavanderas”. Aquellas sufridas mujeres eran como las que el empresario y aficionado a los primeros daguerrotipos Errazquin fotografió a orillas de la ría, en pleno corazón del Bilbao antiguo, en Achuri, y que transportaban una vez limpias y planchadas las prendas que les habían confiado, hasta las casas de sus dueños, en cestas enormes sobre sus cabezas, *sorki* en ristre.

Como sabemos, el lavadero de San Mamés tuvo refrendo municipal, al igual que se hiciera después construyendo un segundo en la calle Castaños; actualmente, superada su metamorfosis cívico-social. Queda éste como testimonio de lo que fue y del papel que desempeñó estratégicamente en la zona donde se construyera.

El de San Mamés, se intuye y evoca memoria para el bilbaino del siglo XXI, solo a tenor de un paño de su fachada modernista, incorporada al conjunto de viviendas diseñadas hace varios años en el inmueble que ocupó en esta zona de expansión urbana, a comienzos del siglo pasado. Último testimonio de un estilo de vida y de primeros avances en materia de salud pública, que destacaron al Bilbao de época al acoger iniciativas que su utilitarismo entendió como imprescindibles.

Regatas, fiestas veraniegas y el Club Náutico de Bilbao

Los periódicos nacionales recogían habitualmente a lo largo del siglo XIX acontecimientos de la vida pública que rompían la monotonía del paisaje social local, regional y nacional. Las gacetillas se intensificaban en periodo veraniego. No es extraño que, en la galería de festejos, competiciones, manifestaciones de ocio, y demás se fuera destacando una modalidad vinculada al disfrute del mar y de las cada vez más populares actividades playeras. El veraneo de la burguesía y también de las clases populares se dejó atraer por los valores medicinales, saludables, estéticos incluso, del mar y de las costas. En un país con infinidad de fiestas veraniegas, no era de extrañar que a la tradicional escenografía de lo religioso se asociara –cada vez más– la expresión civil y deportiva de estas celebraciones. En plena etapa de un modesto bienestar que en Bizkaia se dejaba notar desde finales de los 80 (siglo XIX), las actividades regatistas fueron expresión del desarrollo de la burguesía navegante y del gusto con carácter de privilegio que pudieron disfrutar algunos destacados miembros de la sociedad adinerada.

En esa coreografía de bellos veleros, balandros, barcos de todo tipo y regatas varias, las visitas reales estuvieron asociadas a una afición en la que los bilbainos y vizcaínos destacaron iy mucho! Estas actividades regatistas encontraron hueco en las páginas de diarios y revistas ilustradas. Ellos plasmaron el impacto social de lo fuera de lo común. Como, por ejemplo, el 17 de septiembre de 1887, fecha en que los periódicos locales y foráneos resumieron el ritual a medianoche de aquel final del estío, con las calles animadísimas (“La gente las recorre aun sin cesar viendo las iluminaciones”).

Hubo unanimidad elogiando la esplendidez de la fiesta relacionada con esta visita real y las regatas celebradas en septiembre. La relevancia de las mismas era una señal del empuje que la villa había adquirido, también en esta materia lúdico-deportiva. Regatas muy reñidas, por cierto, cuyo primer premio ganaron los marineros de Ondarroa. El festejo tenía lugar con presencia de la reina regente, María Cristina de Habsburgo, quien por la mañana había visitado las minas. La prensa recogió un dato colateral que transcribo por su curiosidad, y propio de la mentalidad de aquellos días: se habían presentado peticiones en favor del indulto del reo condenado a muerte por un crimen cometido en el pueblo de Urioste¹, que atendió la Regente.

Pero respecto del gusto de los regatistas vizcaínos he de subrayar que lo náutico fue tema recurrente en las fiestas a lo largo de los siglos XIX y XX. Se comprueba en cualquier programa de fiestas. Las regatas en *el Abra de Bilbao* se efectuaban en tardes de agosto favorecidas por el buen tiempo, y fueron presenciadas por un inmenso número de aficionados a *tan bello espectáculo*, que en botes, lanchas, vapores y remolcadores surcaban el mar. *El Imparcial* publicaba el 28 de agosto de 1924: "Los soberanos en Bilbao. Sus Majestades asisten a las regatas". Había tenido lugar una comida en el palacio de los condes de Arriluce, para después asistir a la fiesta marítima. Tras la regata, los reyes tomarían un refrigerio en el Sporting Club. Y luego de otra *soirée* organizada por el Club Marítimo, al día siguiente, disfrutaron de nuevo de nuevas regatas, antes de retornar a Madrid en automóvil.

Es claro que la náutica deportiva desde el siglo XIX estuvo ligada y fomentada por los miembros de la casa real hasta nuestros días. Como sostiene Gregorio Méndez de la Muela: "La historia de la náutica en España gira en torno a la célebre regata Copa del Rey, y los nombres de los barcos utilizados el "Giralda", "Bribón" o "Fortuna". Desde finales del s. XIX, han sido célebres en el Náutico de Barcelona, y en Bilbao (...) y ya durante el último tercio del siglo XX, en la Bahía de Palma de Mallorca".

Clubs Náuticos

Al decir de los expertos, el club decano en España fue el Club del Mediterráneo de Málaga, fundado en 1873. Le siguió el Real Club Náutico de Barcelona, de 1888. El rey Alfonso XIII frecuentó este Real Club Náutico de Barcelona, el de Palma y el Real Sporting Club de Bilbao; su participación personal supuso un elemento de difusión del deporte, aunque aportó un elitismo aristocratizante que –por suerte– el olimpismo fue desmontando tiempo después.



Real Sporting Club. Edificio flotante construido por Astilleros del Nervión.

Como se ha dicho, el elemento socializador de un deporte que se desarrolla rodeado de un fuerte estigma de diferenciación social, dispone de ejemplos históricos relevantes en torno a los cuales la historia de la vida cotidiana tiene muchas posibilidades de codificarse y discriminar.

En Bilbao las regatas fueron subvencionadas por la Diputación de Vizcaya (Real Sporting Club de Bilbao). Maura, concedió importantes premios al mismo club. Es fácil deducir del progreso de los años 90 del siglo XIX que, con el desarrollo industrial y las navieras construyendo embarcaciones destinadas también al recreo, la burguesía fundase numerosos clubs. Así, junto con la aristocracia (prácticamente toda la nobleza de ciudades como Bilbao o Barcelona era socia de los clubs náuticos) se asociaron a estos nuevos clubs. De 1881 data el Club Náutico de Bilbao, Sporting Club (Bilbao) y el Real Club Náutico de San Sebastián.

A principios de la segunda década del siglo XX, la Copa del Rey celebrada hasta la fecha en Bilbao se dirigió hacia las aguas del puerto de Barcelona. Los finales de la década trajeron consigo el traslado de la Copa del Rey que tradicionalmente se disputaba en la segunda semana de septiembre en Bilbao a las aguas de Barcelona, con motivo de un acontecimiento deportivo en la regata instituida para el fomento de la construcción nacional. El apogeo que tomaron las actividades de remo y vela en ese tiempo dio lugar a que el 15 de diciembre de 1911, en Madrid y en el local de la Liga Marítima, se constituya la Federación Española de Clubs Náuticos, cuyo reglamento fue aprobado en la Asamblea General celebrada en Madrid en 1908.

Los clubs reconocidos fueron:

Club Marítimo de Abra, Bilbao

Real Club Astur de Regatas de Gijón

Real Club Barcelona
Real Club Mediterráneo (Málaga)
Real Club Náutico de Barcelona
Real Club Náutico de Gran Canaria
Real Club Náutico de San Sebastián
Real Club Náutico de Valencia
Real Club de Regatas de Alicante
Real Club de Regatas Cartagena
Real Club de Regatas de Santander
Real Sporting Club de Bilbao
Sporting Club de Vigo

Según narran algunas memorias y testimonios de miembros de estos Clubs, como el conde de Zubiría², en esos años se instauran en el Real Sporting Club de Bilbao costumbres culinarias tradicionales ("la comida de la bajada"). En 1881 encontramos en la prensa las Primeras Regatas Internacionales, celebradas en el mes de agosto en el Abra, organizadas por el Club Náutico de Bilbao y patrocinadas por los Ayuntamientos de Portugalete, Bilbao, Getxo y Santurtzi. Existe amplia información sobre ella dedicada fundamentalmente a balandros.

En torno a todos estos sucesos hay infinidad de noticias dispersas³, de las cuales me interesa destacar algunos hechos curiosos. Primero la creación del Club Náutico de Bilbao, cuya placa conmemorativa recuerda y documenta los primeros socios. La lista la reproducimos por vez primera para conocimiento de todos los aficionados a la historia de la náutica local.



Placa conmemorativa del Club Náutico de Bilbao.

CLUB NÁUTICO DE BILBAO
Fundado en Bilbao el 14 de agosto 1881

Primera Junta

Presidente

D. Florencio SCHMIDT

Vicepresidente D. Luis BRIÑAS

Tesorero Contador D. Federico LANGAARD

Secretario D. Pedro MAC-MAHON

Vocales

D. Germán de AGUIRRE

D. Juan JHONSTON
D. Víctor CHÁVARRI
D. Fernando LANDECHO
D. Pablo de CARRANZA
D. Ángel de GORBEÑA

**Señores que han ocupado la Presidencia de la Sociedad
desde su fundación**

D. Florencio SCHMIDT
1881-1887
D. Saturnino MUGARTEGUI
Marzo-mayo 1887
D. León de LONGA
Mayo 1887-enero 1888
D. Ángel de GORBEÑA
1888-1889
1889-1890
D. Tomás de ZUBIRÍA
1890-1891
1891-1892
D. Javier LÓPEZ DE CALLE
1892-1893
D. Ramón COSTE
1893-1895
D. Eduardo AZNAR
1895-1897
D. Domingo de ARANA
1897-1899
D. Miguel de AYALA
1899-1901
D. Victoriano GALDIZ
1901-1903
D. Adolfo G. de URQUIJO
1903-1905
D. Benigno de CHÁVARRI

1905-1907

D. Plácido ALLENDE

1907-1909

D. Manuel de MURGA

1909-1911

D. Antonio de ARTECHE

1911-1913

D. Pedro de ORUE

1913-1915

1915-1916

D. Enrique G. de CAREAGA

1916-1918

1918-1920

D. Eduardo BARANDIARAN

1920-1922

D. Rafael JOHN

1922-1924

D. Baldomero de TARAMONA

1924-1926

Sr. Marqués de VILLAFRANCA del CASTILLO

1926-1928

D. Rogelio de RENOBLES

1928-1930

D. Marco BARRIA OGARA

1930-1932

D. Julián ORTIZ de la RIVA

1932-1934

D. Francisco de IBARRA

1934-1936

Sr. Conde de VISTA FLORIDA

1936-1940

D. Rafael de ARTECHE

1940-1942

D. Augusto LAJUSTICIA

1942-1944

Sr. Conde de BERNAR

1944-1946

D. José María ARELLANO

1946-1948

D. José María de OSANGOITI

1948-1950

D. Juan CARO y GUILLAMAZ

1950-1952

D. Roberto de ARTECHE

1952-1954

D. Gabriel de GOBEO

1954-1956

D. Carlos CASTELLANOS

1956-1958

D. Alfonso de IBARRA

1956-1960

D. Álvaro LÍBANO

1960-1962

D. Eduardo ECHEVARRIA y VICTORIA de LECEA

1962-1964

D. Francisco José ERQUICIA

1964-1966

D. Álvaro CRUZAT

1966-1968

D. Juan Luis AZNAR

1968-1970

D. Ramón de TARAMONA

1970-1972

Sr. Conde de ZUBIRÍA

1972-1974

D. Santiago IBARRA

1974-1976

D. Miguel Ángel de ARTIACH

1976-1978

D. Fernando de ORAÁ

1978-1980

Una reliquia arquitectónica y una muestra de arqueología industrial: Grandes Molinos Vascos

Entre la saga de emprendedores vascos consta la familia de los Ugalde. Empresarios y arquitectos de reconocido prestigio, tuvieron su primer eslabón en Toribio de Ugalde y Molinuevo, comerciante de procedencia riojana que llegó a Bilbao para promover negocios harineros. Un primer momento de la evolución de sus negocios familiares corresponde a la compra de la fábrica de harinas de La Merced en 1890, para fundar un año después *La Ceres*. Esta empresa, localizada en un edificio del muelle de La Merced nº 3 (1899) fue transformada y pasó a conocerse con el nombre social de “*Ugalde y Compañía*”. Al retirarse el padre, sus hijos Alberto, Ernesto, Luis y Federico, accionistas de Ugalde y Cía., junto con sus hijas Dolores, Pilar, Eugenia y Enrique Escudero –casado con Pilar– tomaron la iniciativa empresarial en 1919 y dieron lugar a una nueva entidad: *Sociedad de Grandes Molinos Vascos S.A.* Como *La Ceres* estaba alejada del nuevo núcleo de actividad portuaria de la ría, se requirieron nuevas instalaciones, para lo cual Zorroza pareció el enclave adecuado para la nueva etapa de gestión del negocio (años 20 el siglo pasado). De manera que, en 6.800 m² de aquella área de la margen izquierda de la ría, decidieron construir espaciosas instalaciones con todo detalle.

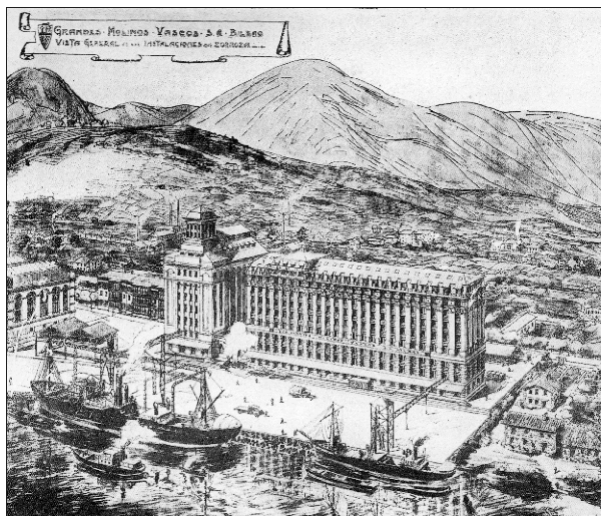
Grandes Molinos Vascos, un edificio singular

Fue el 27 de noviembre de 1920 cuando Ernesto Ugalde, a la sazón gerente de la sociedad anónima, solicitó licencia de construcción de varios edificios destinados a almacén, fábricas de harinas, depósito de trigo y pequeño taller, en la manzana nº 18 del Ensanche de Zorroza. Firmaba el proyecto el hermano del solicitante, el conocido arquitecto Federico de Ugalde, quien diseñó volúmenes y separaba en dos cuerpos la nueva fábrica y el edificio que albergaba los silos. Y digo albergaba, ya que el revestimiento físico de tales silos quedaba aparentemente mimetizado por el lenguaje compositivo de la fábrica, a base de arcadas y coronándolo con un esbelto torreón. Su apariencia externa quedó así maquillada, y hoy, pese al deterioro que manifiesta el edificio, permite adivinar las calidades compositivas del diseño de arquitectura industrial que daba una prestancia innegable a la punta de Zorroza.

Modificado el proyecto inicial, Ernesto de Ugalde volvió a presentar un segundo estudio el 18 de febrero de 1921. Se fundían en un solo volumen rectangular, fábrica y silos. El edificio constaba de 8 pisos y planta baja, pero generó algún debate entre la Comisión de Fomento (por la limitación de altura que marcaban las ordenanzas) y lo que la Dirección del Ensanche debía establecer respecto de zonas específicamente industriales. La licencia se expidió (aunque de inicio, con carácter provisional) el 10 de mayo de 1921. Sin embargo, a la tercera fue la vencida, porque Federico Ugalde presentó en 1923 un tercer proyecto modificado. Curiosamente el proyecto no se realizó en la manzana 18, sino en la 21 y junto al edificio de una **antiquísima cordelería**. Dadas las proporciones en altura no recibió ningún tipo de objeción municipal y tras un permiso adicional que le daba vía libre para construir un tendido ferroviario de servicio para este establecimiento, se llevó a cabo la preceptiva inspección de obras en septiembre de 1925 (Expediente municipal de 1925. F-157-639). Federico Ugalde, hombre de detalles, deseaba dar cierta importancia al acceso principal y solicitó nueva licencia para construir una puerta que le diera empaque. También quiso sustituir el viejo edificio de la cordelería junto a la fábrica por otro que alojase tres viviendas y oficinas.



Edificio Grandes Molinos Vascos S.A. Zorroza.



Dibujo edificio Molinos Vascos.

El 24 de septiembre de 1925 le concedieron la licencia y el arquitecto comunicó de inmediato la finalización de las obras (1925). Un año después se amplió el recinto con un pabellón de almacenamiento adosado a los pies del principal edificio. Pero entonces Ernesto de Ugalde expresó su renuncia, aun cuando se le concedía la licencia, lo cual induce a creer que ya se vivía un momento delicado en aquella importante empresa.

En verdad, la industria de la molinería en España mostraba considerable retraso al inicio de los años 20 con respecto a Francia, por ejemplo. En este país se habían construido (1905) grandes fábricas de harinas, al igual que en Inglaterra, Alemania, Austria, Hungría, o los EE.UU. Pese a la tradición harinera castellana, cuya relevancia fue manifiesta hasta el siglo XIX “existían contadas fábricas de harinas de producción superior a los 500 quintales métricos diarios, proponiéndose Molinos Vascos moler diariamente 200.000 kg. de trigo. Para ello, el proyecto contemplaba la descarga directa por medios neumáticos desde los muelles a los silos, trigo y maíz que llegado por vía marítima y la carga, asimismo, por ferrocarril a través de las vías-apartadero.

Sin embargo, esta ambiciosa iniciativa, que rectificaba el error estratégico cometido veinticinco años antes con la permanencia en el muelle de la Naja, ubicándose ahora en unos muelles, aguas abajo de la villa y de todos sus puentes, dotados de infraestructuras ferroviarias en los dos anchos de vía no fue coronada por el éxito. La fábrica cesó su actividad entre 1928 y 1929.

Coincidente con el año del crac internacional, Molinos Vascos perdía su imagen de empresa solvente. Siguió dedicada a varios cometidos sin pena ni gloria, y el edificio fue subastado en 1946. En años posteriores el interesante edificio de Zorroza ha albergado al Ejército, y hoy, lamentablemente (2020) se encuentra vacío y en un estado de degradación progresiva. Su estructura tipológica le hace estar catalogado como edificio de nivel C (conservación básica). Reparada su cubierta por medios municipales, figura dentro del inventario del patrimonio arquitectónico de interés artístico del Gobierno Vasco.

Su arquitecto fue –como ya he señalado– Federico Ugalde (1873-1968), quien dispone de obra diversa en Bilbao, y aunque su trabajo no es calificado como vanguardista, evidentemente reunió en su tipología constructiva rasgos de Eclecticismo, Regionalismo, Art Decó y Racionalismo. Un rápido sumario de sus trabajos arquitectónicos nos obliga a recordar además de las intervenciones en La Ceres, la ampliación de La Misericordia, y la reconstrucción del teatro Arriaga, la construcción de casas en Iralabarri y en Dr. Areilza (nº 15).

Dentro del edificio de Molinos Vascos existió un cuerpo de *quince silos poligonales*, que definían una “L”. Pero hubo asimismo ocho silos más en los espacios intermedios. Veintitrés en total. Un elemento destacado del mismo es su propia fachada y su airosa torreta.

Jugando con formas diversas, sus ventanales y huecos varían de manera evidente, según alturas y los arcos de fachada se adornan con molduras decorativas. Existen dentro del edificio escaleras y varios montacargas ubicados en el cuerpo de la torre. Pero es el torreón el elemento que otorga carácter al edificio, recordando de manera inspiradora toques medievales de fortificación, pero también recogiendo rasgos de la arquitectura regionalista a la que fueron tan aficionados los enriquecidos miembros de la burguesía vasca de aquellas décadas.

La estructura del edificio es de hormigón armado a excepción de los forjados de la parte izquierda de todas las plantas altas y las cubiertas. Los anexos, ubicados en donde existió una antigua cordelería en el siglo XVIII, y de la que remplazaron porciones, no acabaron con la construcción anterior totalmente. Todavía sobrevive una parte del volumen de esta cordelería, el almacén de los años 20 y media embocadura del portón de entrada.

Esa silueta del edificio con sus emblemas estéticos y la potente imagen del espacio fluvial que la circunda forma parte de un pasado protagonizado por la ría y un paisaje portuario que debiera valorarse, sea el uso que quiera o pueda dársele en el futuro al edificio. Ana Alcibar y Aitor Iriarte, arquitectos, decían en 1999 del valor de conservación que requería el edificio por todas las razones ya expuestas.

Constatemos, además, que hay huellas –cada vez más escasas– del Astillero Real de Zorroza, entre las que cabe destacar el edificio de **la antigua Cordelería o Fábrica de jarcias**, del último cuarto del siglo XVIII. Se cree que tuvo unos 400 metros de longitud y 13 metros de anchura. En él se elaboraban las jarcias para los buques mediante el proceso de hilado y trenzado del cáñamo.

En la Punta de Zorroza, formada por la confluencia de los ríos Ibaizabal y Cadagua el recinto dispuso de un patio de longitud igual al de la fábrica, con 12 m de anchura. Allí entraban los vagones de vía ancha y estrecha. Este patio estaba rodeado por un muro de mampostería de igual fábrica que la cordelería, y que fue expropiado por el Puerto Autónomo de Bilbao. Pero al fin y a la postre, los silos del edificio fueron los grandes protagonistas de aquel imponente edificio; los grandes tuvieron un diámetro de cinco metros y una capacidad para 75 Tns. de grano.

Grandes Molinos Vascos, S.A., se subastó en 1946 y hasta tiempos recientes ha sido utilizado como almacén de diferentes mercancías. Bien pudiera servir, salvados estos tiempos de crisis, para cometidos que le hicieran mantener viva la memoria de un pasado industrial de relevancia en esta nueva narrativa que requiere Bilbao.

El dique número uno

Con un pasado industrial como el vizcaíno no es extraño que cada década que llega, obligue a conmemorar efemérides y a remontarnos hasta fechas en las que se reconoce la acción emprendedora de nuestro territorio, cuya épica es indiscutible.

Lamentablemente, las interconexiones entre el diseño de las reformas urbanísticas y el respeto ortodoxo no siempre dibujan en la memoria histórica balances satisfactorios para todos. Las reacciones muy frecuentemente son controvertidas, cuando no rechazadas. La población que pasea habitualmente por ese circuito que nuestros antepasados solo conocían al transitar hacia las fábricas siguiendo el cauce de la ría, hoy tiene hitos de referencia que son dignos de conservarse celosamente. El Museo Marítimo de nuestros días mantiene al menos el testigo de una voluntad que perpetua la herencia de antiguas instituciones como el Consulado y la vocación marinera e industrial de Bilbao. Las huellas de ese lugar que hoy constituye el área que se prolonga tras el Palacio Euskalduna, con iconos reconocibles desde lejos como la grúa Carola, la caseta de bombas y los diques de la antigua factoría son la mejor prueba de algo a conservar oficial y seriamente. Entre otros, la Asociación Vasca de Patrimonio Industrial y Obra Pública –Industri Ondare eta Herri Laneko Euskal Elkarte (AV-PIOP-IOHLEE)– se esfuerza por recordarlo desde hace años.

La ciudadanía que camina por el maravilloso circuito de la margen izquierda, como apuntaba, descubre de inmediato la realidad de lo que fue y debe seguir siendo esta área del Bilbao marítimo-fluvial. Y pese a las circunstancias materiales que padece el Museo Marítimo, cualquiera que conozca la evolución urbana de este volcarse hacia las aguas del Nervión debe acuñar lo que califico *un referente con causa*. Pero comencemos por saber algo más del origen de este espacio.

De diques secos a Euskalduna

La sociedad Empresa Diques Secos se constituyó en 1868 por Juan Abaitua, Santiago Arana, Gregorio Pradera, Eduardo Coste y Vildosola y José Antonio Urigüen. Cuando se inauguró (20 de junio de 1868), su dársena tenía doscientos treinta pies de largo y cien de ancho; y el dique doscientos ochenta y cinco pies y sesenta, respectivamente. Posteriormente, el 27 de marzo de 1900 se fundaría la Compañía Euskalduna de Construcción y Reparación de Buques, adquiriendo estas instalaciones de la Compañía Diques Secos. La nueva empresa, ubicada en la vega de San Mamés, se instaló en una zona portuaria entre los muelles de Olabeaga y Churruca. Eduardo Aznar, marqués de Bériz y su primo Ramón de la Sota fueron los dos socios fundadores.

Obviamente, el espacio de fábrica creció paulatinamente convirtiendo a la factoría en una empresa de talla muy apreciable (terreno de 90.671 m² que se extendía desde Olabeaga hasta el puente de Deusto). En 1902 se ensacharon los dos diques y se construyó un tercero. El ingeniero Recaredo de Uhagón fue quien proyectó y dirigió ambas obras. En 1969 se fusionó con la Española de Construcción Naval, S.A., constituida en 1909 y con los Astilleros de Cádiz, constituyendo así la sociedad Astilleros Españoles, S.A.

Infraestructuras con *label*

La casa de bombas edificada en 1903 y que se conserva en su primer formato, fue pionera porque fue construida con vigas de hormigón armado que permitieron diseñar un espacio diáfano. Su nombre deriva de la función ejecutada en su interior. Las bombas de achique bombeaban el agua del dique para su vaciado, consiguiendo que el dique se mantuviera seco. De los iniciales motores de vapor se pasó –años después– a motores eléctricos.

Subrayo el hecho de que, durante los años florecientes de la *navieromanía*, estos astilleros ya contaban con tres diques. El número uno, correspondiente a los primeros años del astillero se destinó a la construcción de buques y alcanzó una longitud de 100,75 metros por 16,45 metros de ancho.

El dique 2 era utilizado para reparaciones y tenía una longitud de 103,95 metros y el ancho de 28,00 metros. El dique número tres, era el más grande y permitía trabajar en buques de mayor tonelaje. La descripción de su funcionamiento es –a fuer de simple– necesaria para conocimiento de cualquier lector⁴. Alguno de estos diques disponía de dos compuertas, una de entrada y otra que permitía la división del dique en dos partes independientes para la operación de flotadura. Cuando el dique estaba despejado y limpio y el barco con el casco pintado, se abría una compuerta (*caisson*). Entonces, el agua entraba hasta llegar al mismo nivel de la ría, provocando que el barco empezara a flotar levemente. Luego, se abría la compuerta y con un remolcador se arrastraba el buque hacia el muelle de armamento.

El dique seco número uno es –por tanto– el primer y decisivo enlace con la efeméride que el museo quiso festejar con su aniversario y con el recuerdo de su pasado. La inauguración oficial de los *Diques Secos* sucedió el día 20 de junio de 1868 en este territorio que formaba parte todavía de la anteiglesia de Abando (anexionado a Bilbao en 1870). Numerosa prensa local y provincial se hizo eco del evento. La descripción que del suceso ofrece el periódico *Irurac-bat* es especialmente ilustrativa del alborozo causado por la inauguración oficial en aquel día, con la asistencia de autoridades, público de la zona, buques, lanchas, banda de música, y una convicción: aquel esfuerzo creador beneficiaría a todos.

El número tres configuró otra imagen: la expansión de la empresa que proyectaba un dique con capacidad entonces importantísima (11.000 toneladas). La construcción de dos gradas permitió que durante la reparación de los barcos en los diques, las gradas se utilizaban para su construcción, con lo que se rentabilizaba el espacio.

Todo bilbaino sabe que con la regeneración que finalmente llegó a la villa a finales del siglo pasado, y en concreto con el rediseño de Abandoibarra y de la zona oriental, el Palacio de Congresos y de la Música Euskalduna inaugurado en el año 1999 (arquitectos Federico Soriano y Dolores Palacios) se ha convertido en un referente. Este punto de la geografía urbana pasó a ser un punto urbano esencial, y testimonio de una industria que dio días de gloria, pero también de pesadumbre para la ciudad. Actualmente, los dos diques secos occidentales que formaban parte del Astillero se conservan vinculados al Museo Marítimo Ría de Bilbao. Uno lleno de agua, y el otro, con la compuerta cerrada, más una colección de pequeñas embarcaciones que son fondos del citado museo.

La grúa Carola, de tipo cigüeña, (60 m de altura) y capaz de levantar 30 toneladas es otro icono fundamental. Son parte del legado de ese pasado portuario de Bilbao. Por si alguien lo desconoce, el capítulo de curiosidades incluye otro elemento que recuerda la existencia de distintos talleres de fábrica: una carpintería de ribera en el muelle de Olabeaga, reconvertida en un restaurante que mantiene el nombre de la compañía. De otra parte, el muelle lleva el nombre de uno de los grandes artífices de esta factoría: Ramón de la Sota.



La grúa Carola fue utilizada en la construcción de embarcaciones por Astilleros Euskalduna; tiene una altura de 60 metros y como grúa cigüeña su peso es de 30 toneladas, construida en los Talleres de Erandio, S.A. en 1957.

En mi modesta opinión, Bilbao va diluyendo de la memoria de estos elementos patrimoniales la relevancia debida. Éste es un entorno urbano que subsiste hasta hoy y que debiera protegerse de forma muy ortodoxa, puesto que las iniciativas que contribuyan a nuevas acciones emprendedoras y generen riqueza para la villa no pueden confundir el valor de este espacio –cuyo punto central es el Museo Marítimo Ría de Bilbao–, con el eje que vertebra un pasado y un futuro. En ello debe primar el buen gusto, y evitar su deterioro recurriendo a operaciones lucrativas que desvirtúen la imagen fluvial que conservamos.

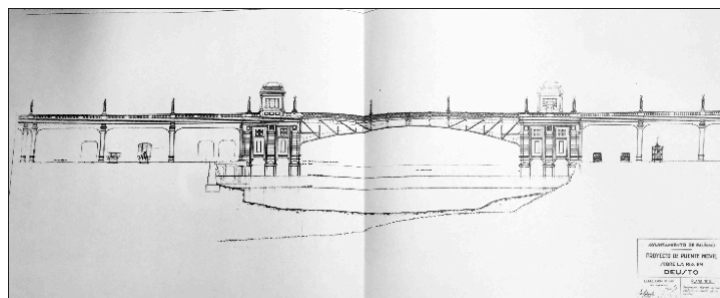


Barcos en la empresa Euskalduna.

Construcción y destrucción del Puente de Deusto

El 26 de marzo de 1924 quedó ratificada oficialmente la opinión de Ricardo Bastida relativa a la idoneidad de trazar un puente que uniera Deusto y el Ensanche, aunque no fue hasta 1929 cuando la decisión administrativa consideró iniciar el trámite para la aprobación de proyectos y sacar a pública subasta la adjudicación de los mismos. De manera que, en la década de los años 20 del siglo pasado, Bastida actuó como iniciador de los anteproyectos de puente fijo y móvil en la prolongación de la calle Buenos Aires y en la decisión a adoptar para el de Deusto.

Las líneas del trazado que propuso se habían expuesto con antelación por V. Gorbeña, fallecido para entonces. Con profesionalidad y sentido de la honradez, Ricardo Bastida anotó que éste se las había transmitido en 1913, durante el tiempo en que Gorbeña había sido director de las Obras del Puerto de Bilbao. La solución "Gorbeña" consistió en un boceto de puente móvil. En él se exigía el sistema de doble báscula, o de dos tramos basculantes. "Único en boga hoy en los Estados Unidos, en casos como el nuestro", subrayó (años 20).



Plano del puente de Deusto.

Los inicios del proyecto

El proyecto tenía antecedentes históricos que remontaban hasta tiempos de la dictadura de Primo de Rivera y la Alcaldía de Federico Moyúa. El compromiso de la Alcaldía bilbaina iba ligado a la anexión de la anteiglesia de Deusto (30 de octubre de 1925). La promesa propuso la construcción de un puente carretil aguas debajo de la Universidad de Deusto. En el presupuesto de 1927 ya se estableció una consignación para los puentes móviles (ocho millones de pesetas). Cifra que en 1938 llegó a la cantidad de 17.520.906,47 pesetas. Los proyectos se iniciaron en 1928, y fueron aprobados varios años después. En 1930 se solicitó de la Diputación una subvención del 50%, pero la aportación final de esta corporación fue de 3.195.413,52 pesetas. La adjudicación de la obra procede de 1932. A la hora de concretar el tipo idóneo de puente que uniese las dos márgenes sin obstaculizar el tráfico portuario, la identificación del Michigan Boulevard Bridge de Chicago pudo ser un modelo, pero la ingeniería de quienes intervinieron en la construcción del puente móvil de Begoña y de Deusto, es decir, Ignacio Rotaeché y José Ortiz de Artiñano, además del propio Ricardo Bastida –consultor del Ayuntamiento en aquella fecha–, tuvo más referencias.

Creada la Dirección Facultativa de Puentes por el Ayuntamiento en 1928, se dio una colaboración estrecha entre los tres responsables: Bastida, Ignacio Rotaeché y José Ortiz de Artiñano. Muy especialmente en el de Deusto.

Todo parte de una circunstancia en la que se entremezclan afición al viaje, sentido religioso y deseos de aprender. Emiliano de Amann había organizado una gira a Chicago, a raíz del Congreso Eucarístico Internacional que se celebraría allí en 1926. En la comitiva además de Ricardo Bastida y su hijo mayor, fueron otros arquitectos vascos, y varios religiosos, como el jesuita P. Vilariño. Tras asistir al Congreso Eucarístico quedó elaborado un anteproyecto para el puente de Begoña en doble formato: una solución fija y otra móvil. Y fue Bastida quien puso en relación al Ayuntamiento con un famoso ingeniero americano, Mr. Keller, que para la fecha había construido, según el bilbaino, más de 300 puentes móviles. Personaje internacionalmente conocido, fue invitado a venir a Bilbao y según testimonios escritos que he podido consultar, contribuyó grandemente a los conocimientos de estos tres técnicos.

Lo cierto es que Bastida se definía como "coautor" junto con Ignacio Rotaeché y José Ortiz de Artiñano, en cuanto a los definitivos proyectos de ambos puentes, así como co-director de las obras de construcción. Y escribió, asimismo: "por una delicadeza del excelente alcalde D. Federico Moyúa, fui yo personalmente quien designó a dichos señores Rotaeché y Ortiz para colaborar en el proyecto y dirección, pues el Sr. Moyúa me pidió le diese dos nombres". Según esto, el alcalde expresó su consentimiento a lo que el asesor municipal propuso. Sin embargo, para que el proyecto pudiera proseguir con mejor suerte, Ignacio Rotaeché estuvo en disposición de entablar por sí mismo, aunque con la mediación de Bastida, otros varios contactos en 1928. He podido confirmar la relación trilateral entablada para la elaboración de planos y proyecto en general de Mr. Kéller, R. Bastida e I. Rotaeché en 1930. La firma Keller&Harrington, ingenieros consultores de Chicago fue indudablemente una referencia esencial. Pero los retoques introducidos por Rotaeché y Ortiz de Artiñano a su propio anteproyecto, tuvieron que calzar otros extremos que los manejados en 1930 y 1931.

Las obras de este puente que ponía los primeros pilares de una operación largamente acariciada se iniciaron el 14 de abril de 1932, una fecha republicana señalada, que el alcalde Erkoreca utilizó para dar mayor solemnidad al inicio de las anheladas obras. La apertura de las que irían a construirlo había soportado inevitables retrasos. Los parones se debieron al Plan de Enlaces Ferroviarios que estaban en marcha.

El 13 de diciembre de 1936 pudo ser inaugurado, oficialmente, sin solemnidades, ni ceremonial, el pueblo –dijo la prensa local– lo festejó cruzándolo –eso sí– con alborozo. La circulación normalizada pudo utilizarlo, a pesar de que estaba a falta de detalles.

Sufrió dos modificaciones durante la ejecución de las obras, recogiendo las propuestas formuladas por la Junta de Obras del Puerto y la Comisión de Enlaces Ferroviarios. La prensa divulgó que el aumento del presupuesto, en el primer caso, había supuesto casi 275.000 pesetas. Y en el segundo, 1.187.785,11 pesetas, para sustituir la proyectada estructura de hormigón armado por otra metálica que “permitiera reducir al minimum el apoyo vertical y ampliase hasta el maximum los vanos de los tramos, lo que habría de mejorar considerablemente las condiciones de establecimiento de la doble estación portuaria y marítima”.

Entre varias particularidades presentadas en estas memorias para los puentes móviles se menciona el sistema de “entarugado” como adecuado al pavimento del puente. Sin duda alguna, los más empleados en esos días fueron los entablonados –generalmente dobles– para las calzadas de los puentes móviles, sobre los cuales, reconocieron la existencia de defectos. “Mucho mejores son los pavimentos de tarugos o bloques de madera sobre entablonados inferiores, y de tal sistema se dotan varios puentes en construcción en diferentes grandes ciudades americanas, y al importantísimo que actualmente se construye en Róterdam”.

De otra parte, la duda de si el viaducto iba a ser de estructura metálica íntegramente, o bien de cemento, o una combinación de ambas, suscitó la ironía de un colaborador burgalés de I. Rotaecche, el Sr. Crespo, quien escribió con humor: "Ya veo que se inclinan por el viaducto metálico, bueno prepárese VD. a ser lapidado por las futuras generaciones, pues sigo pensando que debería ser todo metálico ó todo de hormigón, que la mezcla va a ser muy fea, y la verdad cuando comisiones artísticas dictaminaran estas cosas, se pone en duda si en Bilbao –como dicen las gentes de acá– existe buen gusto". Es obvio que Crespo se equivocó. La tramitación se prolongó durante los dos siguientes años, y como el periódico *La Tarde* vino a subrayar, el puente a fines de 1935 tenía trazas de concluirse a muy corto plazo, como así sucedió. El proyecto fue pagado íntegramente por el Ayuntamiento de Bilbao. Y pese a las circunstancias de inestabilidad reinantes en la vida política nacional, llegó a terminarse con todo éxito. El 15 de diciembre de 1936, la prensa reseñaba como un hito decisivo de la vida local su inauguración: "El domingo quedó inaugurado el puente de Deusto. La inauguración no tuvo, como ya anunció el alcalde, ninguna ceremonia oficial. Fue el pueblo soberano el que lo hizo por su cuenta, dándose a pasar por él con gran regocijo y admiración. Faltan aún muchos detalles y detalles de algún costo y de días de trabajo, pero por lo que se refiere a la circulación está perfectamente garantizada".

Reinauguración tras la guerra

Hemos de decir ya, que el 25 de octubre de 1939 fue reinaugurado en la posguerra, tras las reparaciones que hubo que hacérsele al haber sido uno más, entre los siete que Bilbao tenía en esa fecha y que habían sido dinamitados. Efectivamente, el 19 de junio de 1937, estando las obras casi concluidas, tuvo lugar la decisión en clave de conflicto y retirada.

Tras la voladura de los puentes, el comandante Arbex creó un puente de barcas, y un año después, Bilbao pudo disponer de cuatro puentes recuperados. Pero el obligado suministro de hierro, en medio de la Guerra Civil, impidió que pudiera completarse la obra de reconstrucción al completo. En la primavera de 1939 quedó recuperada la maquinaria del puente de Deusto y su montaje, y el 25 de octubre se reinauguraba. El director de la reconstrucción, a nivel de ingeniería, fue uno de sus artífices: el Sr. Ortiz de Artiñano, colaborando en ello –asimismo– el Sr. Bastida. Ignacio Rotaeché estaba en el exilio.

El costo de la recuperación supuso, en declaraciones del alcalde de esta fecha, Sr. Oriol, una cifra de 11.229.725,43 pesetas. La ceremonia de reinauguración del entonces rebautizado como Puente del Generalísimo (1939) se celebró a las 12:30 de un día muy lluvioso, y contó con la presencia del ministro de Obras Públicas, Sr. Peña. *El Correo Español*. *El Pueblo Vasco* recogía en portada el acto, en su edición del jueves 26 de octubre de 1939. Los titulares recordaban que en la misma jornada había sido inaugurado también, el Monumento a Churrua en Las Arenas.

Inaugurados en 1936, la supervivencia de aquellos modernísimos puentes móviles se hizo trizas en la fase de conquista militar de Bilbao. Durante años se habían estado esperando soluciones técnicas adecuadas para reorganizar la circulación de la urbe en pleno proceso de expansión. Los recién estrenados móviles de Begoña (puente del Ayuntamiento) y de Deusto fueron pasto de la dinamita, al igual que los restantes que comunican las dos márgenes. El de Vizcaya o Puente Colgante corrió la misma suerte.



El Alcalde Ernesto Erkoreka (1931-1934) colocando la primera piedra en el acto inaugural de las obras del puente móvil de Deusto.

Más detalles de los proyectos del puente

Durante el curso de ejecución de las obras hubo necesidad de redactar dos proyectos reformados del puente de Deusto, por orden del Ayuntamiento. El primero fechado el 8 de septiembre de 1932, lo que requirió proyectar de nuevo y totalmente el viaducto de acceso. El segundo lleva fecha de 8 de diciembre de 1933, y *tuvo por objeto reformar parte del viaducto de acceso por la margen izquierda disponiendo una estructura metálica*, ocasionando un aumento de costo de 1.197.785,11 pesetas.

El citado proyecto de ensanche abarcaba la margen derecha de la ría, es decir, la jurisdicción municipal de la antigua anteiglesia de Deusto y también la zona de la vega de San Mamés o espacio comprendido entre la ría y el ferrocarril de Bilbao a Portugalete por la margen izquierda. Esta última zona formaba parte del proyecto de *ensanche de Albia*, que así quedaba en parte reformado. La solución adoptada consistió en disponer de una gran plaza, ampliando hacia el parque la que existía al final de la calle de Elcano; del lado oeste arrancarían, simétricamente, el viaducto que constituye la primera parte del puente y otra calle que se preveía, y que sería prolongación de la calle Gregorio de la Revilla a través del parque. Así quedaba puntualizado el trazado definitivo estos trabajos.

Desde el origen de la obra en la gran plaza citada, hasta enlazar con la alineación recta que cruza la ría y que comprende el tramo móvil, se dispuso una alineación recta de 46,25 m de longitud, seguida de una curva de 250 m de radio y 130,90 m de desarrollo. La recta que sigue el resto de la obra tuvo 345,33 m de longitud, hasta enlazar en la margen derecha con la avenida de las Universidades, y la gran arteria proyectada en Deusto, punto final del puente por ese lado. En dicha extremidad confluían la antigua calle de Luzarra, la que se dirigía hacia el *barranco* de dicho nombre, y otra calle proyectada para enlace con los muelles hacia la fábrica de aceros de la sociedad Talleres de Deusto. La longitud total de la obra se calculó en esta primera memoria como de 522,48 metros.

Una parte muy importante de los vehículos que circulaban ya en la fecha del proyecto (*"los ómnibus y camiones automóviles que en tan gran número existen"*) forzaron el razonamiento en la memoria, del modo siguiente: *"Para una circulación ordenada, continua y rápida, a la que debe aspirarse, se requieren 2'75 á 3 metros de anchura por fila de vehículos, tendiéndose a adoptar la última dimensión en casi todos los países"*. Se necesitaban, pues, 12 metros para cuatro filas de vehículos, y con andenes proporcionados de un tercio de la calzada, que fueron de 4 metros también, por lo que el ancho total fue de 20 metros. En las partes del puente que iban a formar calle, a uno y otro lado del vano móvil, pareció lógico que aumentara la calzada hasta 15 metros, y los andenes a 5 metros cada uno, con lo que resulta un ancho total de 25 metros.

En el perfil donde iba a implantarse el puente, la ría describe una curva que bordea por su exterior la ladera bastante pendiente de la margen derecha, y en ella quedaban a la vista las rocas calizas –más o menos arcillosas– que forman la base de la cadena montañosa de Artxanda. En la bajamar se veía que el muro de muelle de la margen derecha estaba cimentado en la misma roca.



La corporación y técnicos en los actos inaugurales de la construcción del puente de Deusto.

Características generales

El puente, además del tramo móvil de 48 metros de luz que salva la ría, tuvo lateralmente por ambas márgenes una serie de vanos que formaban los viaductos de acceso situados sobre los muelles y zonas contiguas. De las características generales, la memoria dice asimismo que *"tal como se hallaba proyectado el viaducto de acceso al puente de Deusto por la margen izquierda"* se pensaba en una estructura de hormigón armado, soportada por palizadas transversales de cuatro apoyos cada una, que longitudinalmente presentarían vanos de luces variables según los obstáculos a salvar, pero que se aproximaban a 12 metros en la mayor parte de los tramos. El ancho total del viaducto de 25 m requería disponer por debajo al nivel del muelle, un servicio de viabilidad, tanto longitudinalmente como transversalmente. La Junta de Obras del Puerto pidió que se reformara esta parte de la obra *"en forma tal que al sustituir la proyectada estructura de hormigón por otra de hierro permita reducir al minimum los apoyos verticales y ampliar hasta el maximum las luces de los tramos, lo cual mejoraría considerablemente las condiciones de establecimientos de dicha estación portuaria y ferroviaria"*.

En la reforma de 1933 quedó subrayada la necesidad de la estructura metálica ya que era *"la única que puede adoptarse"*. Una disposición seguida en los puentes metálicos, habitualmente, consistente en un forjado de hormigón armado que, insistiendo sobre los largueros, soportaba el pavimento de la obra.



Vista del puente de Deusto desde Ugasko.

Las sencillas líneas de la estructura metálica que debió proyectarse para satisfacer las condiciones del problema se mantuvieron sin adición ornamental alguna, por entender que de este modo *“se satisfacían de la mejor manera posible las exigencias de la estética”*. Ello obligó, sin embargo, a simplificar considerablemente las formas y detalles ornamentales de la estructura de hormigón armado que formaba el resto del viaducto, tratando de evitar así el irremediable contraste entre ambos sistemas de construcción. Con tal fin fue modificada la sustentación de las aceras, dándoles forma de mayor semejanza a la empleada en el viaducto de estructura metálica, y se dio sección octogonal a las columnas que, en verdad, tal como se comentaba en este tercer proyecto reformado, resultaron ornamentalmente más sencillas, aunque ofreciendo *“apariencia más ligera que las de sección cuadrada del proyecto anterior”*. Toda la decoración en el hormigón armado sería ejecutada por el moldeo adecuado del mismo material sin revestimientos de albañilería. Su efecto, estéticamente, fue de una sobriedad quizás excesiva, aunque adaptada con discreción y sin distraer del conjunto armónico de la obra de ingeniería.

No fue fácil, de todos modos, el desarrollo de los trabajos de este puente, en el que las cimentaciones de la estructura metálica se adjudicaron a Entrecanales y Távora, así como para ejecutar el viaducto, en su parte de hormigón armado y cimentación.

Inauguración austera

El presupuesto inicial de casi nueve millones de pesetas fue superado. Las obras de cimentación tuvieron que adaptarse a las reformas apetecidas, y desde el punto de vista de la maquinaria, lo más destacable fue la propuesta de la empresa MAN, que planteó el accionamiento de las hojas mediante mecanismos de biela, según patente de su propiedad. El 12 de diciembre de 1936 los contratistas, como ya he señalado, entregaron la obra. Había ansiedad por acelerar su apertura y poder utilizarlo. Coincidió este momento con una coyuntura poco propicia en la política de Estado. Abierto al público sin grandes alharacas oficiales el 13 de diciembre, mediante una ceremonia pública sin bendición ni corte de cinta, pero sí un vino de honor en el ayuntamiento –con la presencia escueta de empresarios y facultativos del municipio– el puente tuvo en su forma primigenia una vida tan corta, como el del Ayuntamiento de ese tiempo.

Las circunstancias de guerra mandaban. El Sr. Gondra, tal y como narré en un trabajo dedicado a la empresa *Basconia S.A.*, fue un interlocutor obligado a quien se consultó la hipótesis de inutilización del puente, sin necesidad de destruirlo, antes de decidirse por esa segunda vía cuando el avance del ejército de Franco hacia Bilbao era un hecho.

De las memorias personales del director de aquella empresa, recojo algo inédito: una breve conversación que él reprodujo en sus notas, de gran interés por el sentido histórico de la trama vivida en aquellos delicados momentos de Guerra Civil:

“Dos días antes del último día que era el 17 de junio, me llaman del Comité de Defensa, que tenía sus cuarteles donde ahora está la Aurora. Allá había una porción de chicos, entre ellos estaba Ajuriaguerra, Julio Jaúregui (...). Bueno pues Ajuriaguerra y otro chico –que no se cómo se llamaba pero que estaba allí– me dijeron:

**Vd, Señor Gondra ha sido constructor del puente de Deusto.*

–Sí señor.

**Nosotros queremos saber cómo se puede parar el puente, inmovilizarlo sin destruirlo.*

–Pues precisamente el Puente de Deusto tiene la particularidad de moverse con una biela y con quitar esa biela no se puede mover el puente.

–¡Ah, pues muy bien! ¿Puede Vd traer un plano?

–A la tarde les llevamos el plano y les explicamos cómo se quitaba y decidieron usar el método en caso de necesidad”.

Y continúa el relato de Fernando Gondra:

“La última noche, la del 17 de junio era el derrumbamiento de todo. (...) Me acuerdo que me crucé con Juanito Barandica por Colón de Larreátegui (...).

–Bueno Fernando, ya sabes que se acaba de convenir que se va a rendir Bilbao, se rinde mañana. (...)

(...) Ese día estuvimos tranquilos y a eso de las tres me eché un poco en la cama para descansar. Me metí en la cama y al poco rato oí una explosión fortísima. Esos son los puentes, pensé, habían volado los puentes, los asturianos no consideraron para na da lo de la biela e instalaron unos cartuchos y volaron una de las alas.

También volaron el de Buenos Aires que lo había construido Babcock⁵.

Reconstrucción del puente

En la noche del 18 al 19 de junio se realizaron las operaciones destinadas a volar los siete puentes. Tanto el de San Antón, como los de la Merced, Isabel II, Buenos Aires, y el de Deusto sufrieron daños costosos e irreparables. Ese mismo día entraban los primeros tanques en Bilbao, y el general García Valiño presenciaba un desfile de las tropas del ejército de Franco en la Gran Vía, desde la balconada del hotel en el que José Antonio Aguirre había ejercido su presidencia hasta hacía poco.

Pocos meses después, la Sociedad Basconia, junto con la Constructora Naval, fueron encargadas de la reconstrucción de este puente estratégico en las comunicaciones urbanas y metropolitanas de la villa de Bilbao.

Hoy sigue siendo un eje decisivo, que no ha perdido su relevancia ante la contundente competencia que, tanto las pasarelas peatonales como el puente Euskalduna le hacen, en este Bilbao nuestro que aspira a reciclar lo útil en un siglo XXI lleno de incógnitas.



El puente de Deusto en la actualidad.

***La Concordia*, el centenario café de la calle de La Bolsa**

Casi coincidente con el centenario del edificio de la Sociedad Bilbaina, uno de los cafés de mayor distinción que tuvo Bilbao estuvo cerca de ese privilegio. Instalado en uno de sus laterales hasta 1995, la *Concordia* respondía al topónimo de los solares donde se edificó el notable edificio que alberga a uno de los clubs de más solera de la península. El relato de la pequeña historia de aquel café nos retrotrae hasta la ciudad que va desapareciendo, y que obliga a ser recordada y retener lo mejor de sus tradiciones socioculturales.

El café La Concordia en su primera época

Comencemos por decir que la historia de la Estación de Abando está directamente relacionada con la línea del ferrocarril Bilbao-Tudela, inaugurada en el año 1863. Compañía que hizo suspensión de pagos causando la consiguiente frustración entre numerosos ahorradores bilbainos. En el año 1866, el Banco Bilbao llegó, sin embargo, a un acuerdo para levantar la suspensión de pagos, y las decisiones adoptadas eligieron para su rúbrica los terrenos de *la Concordia*, frente a la casa de la familia Mazas, un referente de la zona por muchos motivos. Aquel edificio que daba inicio en tierras de Abando al tránsito desde el puente de Isabel II, hoy conocido como del Arenal hasta el Ensanche fue un referente urbano.

Frente a ella y en terrenos que actualmente ocupan la estación de Santander y la Sociedad Bilbaina existieron –antes de su construcción– diversos negocios. Conrad y Cía., otro apellido y Compañía esencial en la historia de los tranvías bilbainos, tenía en 1886 un depósito de jabón y cerveza en esa área; también existió un almacén de harina y cereales, luego una cestería, una hojalatería y hasta un Circo llamado de *la Concordia* (donde actuaron, entre otros, los forzudos del Gimnasio Zamacois).

Como bien escribió Alejandro de la Sota, la afición circense en Bilbao tuvo numerosos adeptos, y él mismo promovió este estilo de diversión ociosa que había sido tan popular en la villa (recordemos el Teatro Circo del Ensanche, de triste final, en el que su programación incluyó también estas actividades).

Aquellos inmuebles de la Concordia eran propiedad de la Compañía del Ferrocarril del Norte, y finalmente se pusieron en venta y se desalojó al circo.

Había existido previamente un primer café con el nombre de La Concordia, en la calle Bailén. Su dueño fue Enrique González, y le dio las características de un café con veladores y tienda de ultramarinos.

Una vez vendidos gran parte de los terrenos de la Concordia en 1900, la Sociedad Bilbaina se trasladó desde la Plaza Nueva hasta su nuevo edificio social, que data del año 1913, y que fue producto del diseño ganado a concurso por el arquitecto Emiliano Amann. La amplitud de los locales del edificio permitió arrendar varios locales a pie de calle, entre otros al droguero Barandiarán y a Francisco de Echezortu, impulsor de un nuevo café al que llamó de nuevo “de la Concordia”. La firma de un contrato de arrendamiento con la Sociedad Bilbaina y el permiso de apertura permitió que este café iniciara su pequeña y gran historia, incluso antes que el imponente edificio.

Elías Segovia, su verdadero animador, contó a Carlos Bacigalupe que se inauguró a puerta cerrada el sábado 23 de marzo de 1912, con unos 100 invitados. *El Nervión* se hizo eco de su apertura en la calle de La Bolsa, calificándolo de local elegante, con planta baja y sótano, y detalles de buen gusto. Destacaban entre otros valores, el piso de mosaico Deprit y sus departamentos bien trazados. Desde sus inicios fue un local espacioso, con café, servicio de comidas, billares, mesas y limpiabotas. El talismán de aquel negocio, desde su primera etapa, fue un joven de estatura pequeña y buenas maneras que había llegado a Bilbao el año 1915 y se había granjeado fama de buen barman y mejor relaciones públicas: Elías Segovia. Era parte de una plantilla que adquirió fama por su buen hacer. A juzgar por algunos recuerdos de bilbainos contemporáneos, como Cesar Estornes, Carlos Bacigalupe y el propio Elías Segovia, el café de los bolsistas tuvo gracias a sus profesionales una imagen “de categoría” en sus etapas más activas hasta su cierre.

Un gran barman profesional

Elías Segovia fue el primogénito de una modesta familia de Talavera de la Reina y desde su niñez se caracterizó por su inteligencia natural. Había trabajado en una taberna madrileña cercana a Sol, luego en Algeciras y en San Sebastián. Allí estuvo durante la Guerra Mundial, en un establecimiento de la calle Garibay. Era época de escasez, y Echezortu necesitaba buenos empleados. Contrató al despierto joven, quien pasó a formar parte de la plantilla del café que ligaba su andadura junto con La Imperial, y el tostadero Nossi-Be, ambos situados también en la planta baja del edificio de la Bilbaina.

El *vermouth* costaba entonces 10 céntimos, y el *snob* se iniciaba en ese ritual; aunque en la villa, el *txikiteo* era proverbial. Sin embargo, la moda del *cocktail* se fue imponiendo entre el selecto público bilbaino. Eran los años de las películas en blanco y negro, donde la barra americana decoraba los *sets* de las comedias de aire cosmopolita, y la copa larga aparecía inexorablemente en los guiones cinematográficos. Francisco Echezortu decidió traspasar en 1923 el local a Jesús Arrese y Jesús Garagorri. Al fallecer este y quedar Arrese como socio en exclusiva (hasta abril de 1936) propuso a dos empleados del local Elías y José María Azpeitia un traspaso. Así pues, desde 1936 hasta 1948 se constituyó una sociedad a nombre de ambos para gestionar el negocio y desde 1948 Elías Segovia se hizo cargo del café como único propietario.

Durante los años que trabajaron juntos Elías Segovia y Alfredo Lozano el lugar se labró buena fama y se convirtió en lugar de prestigio. Lozano era más serio, Elías ingenioso y *picaruelo*, al decir de quienes los conocieron bien. Los dos fueron miembros de la Sociedad de Hostelería Internacional, y Alfredo Lozano terminó estableciéndose en Gran Vía 34 (en la famosa cafetería, inaugurada en agosto de 1936, Toledo y la no menos afamada Pastelería Suiza que dirigía su esposa). Elías hizo honor a su buen estilo y mucha tenacidad, y en unos años se logró lo que ambicionaba: la dirección del café donde había comenzado a trabajar.

En el café siempre reinó la cerveza ORO. Se dice que por gratitud a la Cervecera del Norte que había prestado las 305.000 pesetas a los dos asociados para hacerse con el local. Aquella asociación de intereses le hizo a Segovia mantenerse fiel a la marca que permitió la existencia del establecimiento durante 82 años.

Muchos periodistas de diversas etapas que han observado lo cotidiano de la vida bilbaina, Luciano Rincón incluido, confirmaban que La Concordia y Elías Segovia fueron testigos de más que tres cuartos de siglo de la vida bilbaina; porque entre varios mentideros, este café fue escenario privilegiado de negocios, cotilleos, conspiraciones, encuentros clandestinos, tertulias literarias, etc.

Durante sus muchos años de vida, en sus mesas se escribieron gacetillas, versos, artículos, cartas y páginas literarias; y aquellos asientos de madera, algo recoletos, facilitaron algún que otro encuentro amoroso. Hasta allí acudieron artistas, intelectuales, escritores, políticos, bolsistas, toreros, cantantes –como la Meller o la Piquer–, estudiantes y numerosos bilbainos de a pie que hicieron tertulia en sus mesas de mármol, en la barra del bar y ante su coqueta vitrina expositor –justo en la entrada– donde reunió un pequeño museo de recuerdos (en la que hubo fotos dedicadas, llaveros, banderines, jarras y botellas exóticas, flechas indígenas y hasta el *Libro Rojo* de Mao). Entre otros elementos del local de cierta exclusividad, la existencia de sanitarios marca inglesa Adamant. Lo conocí siendo yo muy joven, a raíz de una investigación que iniciaba sobre otro personaje bilbaino, de la mano de un *introducción de embajadores* magnífico, Alfonso Zorrilla, buen conocedor de la sociedad bilbaina más arquetípica, aficionado a la charla, al mundo del arte, a las ostras y a los buenos habanos. Elías Segovia seguía portando su consabida pajarita moteada y exhibía una sonrisilla socarrona que le hizo insistir en narrar algunos de sus viajes trasatlánticos, y en que fijara mi atención en aquella colección que consideraba parte de su vida y que representaba los varios trofeos que daban pátina de prestigio a su establecimiento.

En La Concordia entraban desde el marqués de Arriluce de Ybarra, hasta estudiantes con apuntes que buscaban la tranquilidad de su salón. Pero ¡ay!, imposible olvidarse de sus proverbiales ostras imperial y almendras tostadas. Las consumieron a placer en épocas de bonanza inversora los bolsistas y banqueros. Imposible no recordar también a los inmaculados limpiabotas... Y en sus primeros años, a las mesas de billar.

Como recogió Carlos Bacigalupe en entrevista a su propietario, en las características mesas de mármol se sentaron verdaderos personajes. Miguel Unamuno y su hermano, Gabriel Aresti, Gabriel Celaya, Luis de Castresana, Estanislao María de Aguirre Angulo, periodista y escritor bohemio que había fundado "El Coitao" en 1908 con Tomás Meabe, los hermanos Arrue y Gustavo de Maeztu; tertulianos como el alcalde Joaquín Zugazagoitia, Indalecio Prieto, José Luis Goyoaga, el marqués de Bolarque, Carlos Diestro (empresario del Arriaga), Gregorio Mayoral, Luis Olmo, Blas de Otero, Vidal de Nicolás, Emiliano Serna, Ángel M. Ortiz Alfau, Alfonso Irigoyen y un largo etcétera.

Por lo diverso de aquellos usuarios se deduce fácilmente que allí recalaron casi todos los que pululaban con ese peculiar epicureísmo que se atribuye a los bilbainos de casta. Gentes conservadoras y adineradas, pero también un nutrido grupo de intelectuales que destacaron por su condición de demócratas y otros que apuntaban maneras por su activismo antifranquista, ya en los años 1960 y 1970.

Las ostras, fueran o no de Marennes, sirvieron de acicate a los adictos al buen aperitivo, a los cafeteros y aficionados a la especulación político literaria, quienes también bebieron buenos vasos de cerveza en aquel escenario ornamentado con espejos, madera y bronce dorados, siempre relucientes.

Como narró Vidal de Nicolás en *La Gaceta del Norte*, supieron elegir a aquella diosa romana que personificaba la unidad entre ciudadanos... Elías Segovia falleció con 94 años y el café cerró a fines de abril de 1995. Un recuerdo que se adhiere a otro tipo de conmemoraciones que el edificio de la calle Navarra merece.

El arco de San Mamés

Uno de los iconos del bilbainismo es –sin lugar a dudas– el equipo de fútbol que porta los colores locales. El Athletic es un referente obligado de la memoria social, como lo son el puente de San Antón o el bacalao al pil-pil. Pretendo, por tanto, decir algo más sobre el elemento material que forma parte indisoluble de esta ciudad y sustenta en parte su identidad indiscutible: *el arco de San Mamés*. Para cualquiera que se aproximara al Botxo desde alguna de sus carreteras de circunvalación, el arco del estadio de San Mamés constituía un icono fácilmente perceptible, que se codeaba con superioridad frente a innovaciones arquitectónicas posteriores. Por ello, el diseño deportivo del nuevo estadio trajo a colación varios debates sobre su futuro. Uno de los inevitables asuntos a valorar por quienes decidieron sobre esta materia fue el destino que debía dársele al arco “catedralicio” cuando el nuevo recinto deportivo se terminara. Y como, a una el Athletic le tira, y su arco siempre fue cuestión a defender desde la historia y desde la arqueología industrial, lo que pretendí en un artículo publicado en 2010 fue dar a conocer algunas de sus peculiaridades técnicas, para deleite de todo buen aficionado y para el curioso de la cultura material de esta villa.

Ingeniería avanzada e imaginación técnica

El 21 de agosto de 1913 se inauguró el nuevo estadio del Athletic. Un campo que al decir de *La Gaceta del Norte* era no solo “estupendo” sino “¿Maravilloso? Maravilloso no me parece bastante. ¿Colosalísimo? Puede que más”. Pero como advierten las numerosas historias de que dispone el Club, su modificación más importante se aplicaba en 1929 cubriendo la grada situada en la parte de Capuchinos, popularmente etiquetada como la grada de “los bonis”, por colocarse allí los hinchas más escandalosos. No se llevó a cabo una ansiada ampliación del aforo porque el año (en plena crisis económica) no estaba para lindezas de ese porte.

A finales de 1945, la directiva compró a la Caja de Ahorros Vizcaína terrenos cercanos, por los que pagó algo más de un millón de pesetas. Cinco años después, la junta presidida por Enrique Guzmán presentó el proyecto de ampliación y fue convocado un concurso de ideas. Los ganadores fueron tres arquitectos y el ingeniero Carlos Fernández Casado (Logroño, 1905-Madrid, 1988).

En el año 1953 se realizaban los trabajos para la construcción del nuevo voladizo-cubierta de la tribuna principal de San Mamés. Se trataba de una obra difícil. Planteaban a construir la cubierta de hormigón armado más grande del mundo. Y sus arquitectos, Carlos de Miguel González, Ricardo Magdalena Gayán (Madrid, 1904-1986), y José Antonio Domínguez Salazar (San Sebastián, 1911) encargaron la realización del mismo a la Sociedad Anónima Basconia.

Lo cierto es que dicha obra planteaba demasiados problemas, aunque la ejecución del proyecto, en el que participaron además de Basconia S.A., la Sociedad Ibérica de Montajes Metálicos, S.L. y la constructora de Isidro Castellanos fue, pese a las inclemencias meteorológicas (especialmente duras aquel año), sorprendentemente rápida. Algunos de los problemas técnicos demostraron la sagacidad tecnológica de la ingeniería local.

Dejando a un lado los relativos a la reacción hiperestática de la viga en el arco, quedaban por resolver los concernientes a apoyos, anclaje de los apoyos, arco y clave del arco, cuchillos, junta de los tirantes, agarre de cruces, etc.

En mayo de 1952 se comenzaron a producir tales piezas en los talleres de San Miguel de Basauri, primitivo emplazamiento de la mítica Basconia en sus instalaciones tradicionales. En julio los contratistas tenían ya casi terminados los estribos de apoyo de la cubierta. Pero en ese mismo mes, arquitectos y técnicos acordaron una nueva solución al proyecto, ante las dificultades analizadas para su puesta a punto final en el estadio. El arco pasó de tener 480 toneladas a solo 270. La disminución del tonelaje no eliminaba riesgos a los trabajos de preparación de la cimbra para el armado y soldadura del arco. Así que el ingenio de los ingenieros, valga la redundancia, brilló al concebir una solución inicialmente no prevista en el proyecto.

Como un nuevo alarde técnico, se erigió el arco que sostiene el voladizo-cubierta mediante casi una veintena de correas a las que los correspondientes tensores-tirantillos impidieron toda flexión.

La ingeniería había triunfado una vez más, para gran satisfacción de todos, pero especialmente para quienes eran responsables de su construcción. Y para que la estética correspondiera igualmente a la misma, se cuidó al máximo la colocación de pendolones para la maniobra de banderas y poleas de las cuerdas de izado, el cierre con chapa de articulación central del arco y el ocultamiento de las articulaciones del interior de la tribuna.

Peculiaridades

San Mamés, pese a estos trabajos constructivos, no cerró sus puertas y el Athletic lo mantuvo como su sede, aunque aquel año tampoco cosechara grandes éxitos.

No obstante, sobre la misma vega de San Mamés, visible desde infinidad de ángulos de la urbe, quedó el testimonio de cómo la técnica podía servir al deporte y hasta ser imagen de la ilusión futbolística de un pueblo que, a fuer de trabajador, sabe divertirse sintiendo como suyos los triunfos y las derrotas del viejo Athletic bilbaino en la llamada "Catedral" del fútbol.

Así lo hace hasta hoy, conservando –aunque fuera de este recinto urbano– un arco que justifica rotundamente el calificativo. Bilbao se convirtió mientras existió el antiguo San Mamés en la primera ciudad europea en contar con una estructura señera y original. Se recuerda repetidamente a modo de referencia, fantástica para aquellos días que: “En EEUU los hangares para aviones B-52 en Lake City y Limestone tenían 104 metros de luz libre, y la cubierta del estadio de Montgomery 114 metros de luz teórica, pero rebajada a 87 por dos apoyos intermedios. En Europa el hangar de Marignane (Francia) solo tenía 101,50 metros”.

La actual tribuna principal fue inaugurada oficialmente en mayo de 1953. Era la primera vez que se empleaba la tipología de arco o *bowstring* en una estructura deportiva. Esta innovación y la tribuna de La Misericordia permitieron que el estadio dispusiera de 35.000 plazas. Entre el debate divulgativo que hasta por internet afrontó el tema del nuevo estadio, las informaciones interesadas en la promoción de la defensa del emblemático arco seleccionaban datos interesantes. A título de muestra, dos párrafos provenientes de uno de los varios lugares de la *web* que atendieron la cuestión. En uno de ellos se mencionaba como “Los expertos estiman que su ligereza y cromatismo casi anulan su autentico sentido estructural, modificado cuando se llevó a cabo la última ampliación de San Mamés, en 1982, con motivo del Mundial de Fútbol. Tribuna y arco no pueden mantenerse tal cual están con motivo de las futuras obras, ya que el proyecto para la zona exige que su ejecución se desarrolle de forma simultánea a la celebración de los partidos y que la ubicación definitiva del nuevo estadio rentabilice al máximo el espacio disponible permitiendo la implantación de otros equipamientos”.



Dibujo del antiguo estadio de San Mamés y su arco.



Exterior del actual estadio de San Mamés.

He de recordar también que, según el Ayuntamiento, debía tenerse en cuenta en el nuevo proyecto constructivo que este elemento era “un icono representativo tanto del club y del estadio como de la propia ciudad”. Sin embargo, inevitablemente las cosas tuvieron que adecuarse a la realidad del nuevo estadio, dando lugar a visiones críticas contrarias. La prensa recogía por ello: “El Ayuntamiento de Bilbao ha acordado adecuar el nivel de protección urbanística del arco y de la tribuna principal ya que su actual calificación, de máxima protección, impedía la construcción del nuevo San Mamés”. De ahí a su desaparición, obviamente, ha ido un trecho. Pero el arco ya se vincula a la historia del club en otro emplazamiento y preside uno de los campos de fútbol de Lezama. No obstante, la espectacularidad del nuevo estadio ha conseguido recuperar en pocos años la carga simbólica de esta cultura deportiva que en Bilbao es irrenunciable.



Gradas del actual estadio de San Mamés.

El *revival* de la Alhóndiga

El recurso de un buen diccionario, aunque elemental, es válido para definir de urgencia cualquier término. De la colección de palabras de origen árabe, alhóndiga remite al canónico significado de “casa pública destinada para la compra y venta del trigo. En algunos pueblos sirve también para el depósito y para la compra y venta de otros granos, comestibles o mercaderías que no devengan impuestos o arbitrios de ninguna clase mientras no se vendan”. Así sentencia la RAE. Pero la alhóndiga municipal albergó más que granos... Albergó “caldos” que Baco recibiría de tan buen grado como los bilbainos demostraron desde su fecha de terminación: 1909.

Poco más de cien años después, aquel imponente edificio es testimonio material que revive, y lo hace desde lo simbólico de la reconversión económica y sociocultural que colocan a Bilbao en la historia de las ciudades que promueven el nuevo urbanismo post-industrial. Pero vayamos por partes.

Avatares de un gran almacén de vinos

La recuperación de edificios que Bilbao dispone en estos momentos referencia ese valor añadido que como Henri Lefebvre apuntaba en su sociología urbana, se convierte en peculiar “espacio de representación”. Los arquitectos que los crearon y quienes después los han regenerado, completado, reinventado o devaluado merecen pasar a la galería de personajes conocidos. De la recordada generación de arquitectos señeros que completaron los proyectos iniciados desde el último tercio del siglo XIX, Ricardo Bastida aparece repetidas veces. Nacido en las Siete Calles (1879) y fallecido en 1953, fue uno de los más activos y prolíficos. Tras concluir su carrera en Barcelona (1902) tuvo por primer encargo reconvertir el antiguo balneario de Las Arenas en Club Marítimo del Abra. Desde 1903 entró a trabajar en el Ayuntamiento, fue profesor de la Escuela de Artes y Oficios y autor de diversos edificios que aún sobreviven en todo o en parte como, por ejemplo:

- Lavaderos modernistas en San Mamés y Castaños, 1905.
- Alhóndiga municipal, 1908.
- Casa Cuna de Urazurrutia, 1914.
- Centro municipal de desinfecciones, 1917.
- Banco Urquijo, Casa Lezama, Casa Cuna, Colegio Félix Serrano, viviendas Torremadariaga.
- Sedes del Banco de Bilbao y Banco Urquijo en Madrid, etc.
- Planificación de los puentes de Begoña y Deusto.

Desde que Amado Lázaro, Ernesto Hoffmeyer, Pablo Alzola, Evaristo Achúcarro, Edesio Garamendi, etc., asumieran sinergias urbanísticas –1861 en adelante– la ciudad se ensancha. Sinónimo de concreción en sus límites jurisdiccionales, primero, y luego de racionalización del crecimiento urbanístico de una urbe con futuro, pero en medio de una trama no exenta de contradicciones (técnicas y especulativas).

Bilbao vivió un proyectismo satisfactorio solo a medias, con loables realizaciones, algo desdibujadas con el paso del tiempo en algunos aspectos, y dislocado en mala medida con posterioridad, por el nefasto planeamiento del urbanismo de posguerra.

Los malos augurios de Ricardo Bastida se fueron prolongando, de hecho. Pero desde 1980, Bilbao afrontó dificultades logrando resultados incuestionables. En definitiva, al problemático Bilbao de la modernidad le ha sucedido un no menos complejo Bilbao posmoderno, empeñado en zanzar viejas secuelas, dispuesto a resolver, no sin controversia, pero haciéndolo de manera pragmática y estética.

Cuando el escultor Oteiza estuvo implicado en uno de los proyectos para este edificio de la Alhóndiga, en 1989, llegó a declarar: "Mi trabajo ha sido fruto de una reflexión morfológica sobre la ciudad que me ha llevado a la conclusión de que Bilbao es un lugar feo en el sentido positivo de la palabra. Lo que supone que no precisa de caprichosas expresiones artísticas" (*El Correo* 29 abril, 1989). Probablemente, hoy –recurriendo a masa crítica– nadie podría sostener un juicio de valor semejante, de forma absoluta. A finales de mayo de 2010 tocaba abrir al público una renovada Alhóndiga, tras haber sufrido un largo proceso de estudio, presupuestos e ideas diversas.

La original Alhóndiga Municipal de Bastida se planeó en 1905, pero fue concluida en 1909 coincidiendo con la plaza de toros de Indauchu, de Leonardo Rucabado. Tras cuatro años de obras, aquel edificio funcional que ocupa una manzana fronteriza entre el Bilbao del Ensanche y San Mamés ofrecía en su exterior un tradicional juego de color rojo, por los ladrillos, y el novedoso hormigón armado. Algo que le permitió sobrevivir al pavoroso incendio que soportó en 1919.

Las primeras fotos del accidente aparecieron en la prensa mostrando a los bomberos con unos modestos artilugios (bombas de agua), en su esfuerzo por apagar las llamas. Más de 20 millones de pérdida en mercancías y la muerte del bombero Alejandro Arechavala por un cascote de hormigón que le cayó en la cabeza.

La Alhóndiga recuperó su papel de gran centro de reparto de vinos, aceites y productos de droguería, hasta su declive en 1977. Declarado monumento histórico-artístico más tarde, acomete ahora un nuevo destino sociocultural y deportivo extremadamente interesante. ¡Quien les hubiera dicho a aquellos boteros que exhibían en simbiosis con el edificio de enfrente sus botas y pellejos para contener vino, que años después dispondrían de instalaciones tan distintas!

A las tres calles con andenes elevados –que en su interior facilitaban la carga y descarga a los carros que trasportaban las mercancías en su interior– sucedieron otros espacios. Y aquellos materiales, modestos en cierto modo, se completaron con otros que simbolizan otra era. La ornamentación superior de la fachada dividida en tres líneas horizontales, con pequeñas torres en la portada y ángulos, es original y distribuye una geometría en la que, sin grandes alardes, se crea un efecto visual por superposición bastante interesante.

Proyectos polémicos, retrasos y éxito final

Como narro en mi trabajo *Las alcaldías de la democracia 1979-1999. 20 años de gestión municipal en Bilbao*, el proyecto de la Alhóndiga se remonta al 16 de marzo de 1990, fecha en la que el entonces consejero de Cultura, Joseba Arregui, y el alcalde José María Gorordo comparecieron ante la Comisión de Cultura del Parlamento Vasco para explicar el proyecto del bautizado popularmente “cubo de la Alhóndiga”.

Los primeros contactos datan de 1988, cuando el consejero Arregui y el alcalde bilbaino de la fecha firmaron un convenio para la creación de un museo vasco de arte contemporáneo en la Alhóndiga. El estudio se presentó en Madrid en enero de 1989, dando lugar a un proyecto de envergadura meses después. En este segundo proyecto se hablaba de un centro cultural de la villa, implicando a personalidades del mundo del arte y la arquitectura como Jorge Oteiza, Fullaondo y Sainz de Oiza. El acto de presentación se celebró en febrero de 1989.

Sin embargo, el 3 de enero de 1990, la Junta Asesora del Patrimonio Histórico-Artístico del Gobierno Vasco calificó el nuevo proyecto de "disparate". Según el documento oficial había, al menos, cuatro ejes fundamentales para emitir el informe desfavorable, mencionando textualmente la agresión que el "cubo" produciría en este edificio. Gorordo alentó, no obstante, un manifiesto firmado por doscientas personas relacionadas con el mundo de la cultura de la ciudad a favor del centro cultural.

Dimitió al poco, como es sabido. Fue la etapa en la que el eslogan: "Bilbao, capital de Euskadi" encerraba mensajes políticos que fueron contestados. Lo cierto es que la polémica de la Alhóndiga estuvo desde 1975 rodeada de iniciativas poco afortunadas, como la amenaza de derribo (alcaldesa Pilar Careaga) para construir viviendas en su lugar. La respuesta ciudadana y el Colegio de Arquitectos Vasco-Navarro (COAVN) propusieron entonces declarar la Alhóndiga monumento destinado a convertirse en centro cultural para la ciudad.

Luego, el alcalde Josu Ortuondo ofreció en 1991 el edificio a la fundación Guggenheim para instalar el museo que finalmente se ubicó en Abandoibarra. La Alhóndiga funcionó desde esos años como aparcamiento. El 22 de diciembre de 1998 fue calificada como bien cultural con la categoría de monumento.

Los actos del 700 aniversario del nacimiento de la villa tuvieron, entonces allí su sede. En verano, Josu Ortuondo anunció su transformación en un Palacio Municipal de Deportes. Proyecto que tampoco salió adelante.

Desde el año 2000, Iñaki Azkuna durante su primer mandato, mostró interés por resolver el proyecto. La Alhóndiga se iría a transformar en un inmueble de servicios culturales y deportivos. Tras debates y costosas acciones, en 2001 se decidió una ejecución en cuatro fases. Así, se inauguraba el *parking* de La Alhóndiga, tras casi tres años de trabajos (2004). En julio, el Ayuntamiento de Bilbao contactó con Philippe Starck. Ese mismo mes, el arquitecto francés realizó su primera visita a La Alhóndiga. En noviembre de ese año Starck firmaba el contrato para encargarse de la arquitectura y el diseño.

La Sociedad Anónima La Alhóndiga suscribía un convenio con Bilbao Ría 2000 para que la sociedad asumiera la gestión de la obra. Para el 13 de noviembre de 2006, la sociedad presentaba la nueva imagen corporativa de La Alhóndiga. Estrenaron el nuevo logotipo y una página web sobre el proyecto (www.alhondigabilbao.com). Sufrió retrasos y le alcanzó la crisis, pero el centro cultural y de ocio a punto de inaugurarse tuvo un diseño innovador y –según presumía Starck– lleno de sorpresas.

Así lo confirmamos muchos bilbainos que ansiamos ver convertido ese caserón en pleno centro, como edificio de aspecto destacado, cuyo uso social le otorga la legitimidad de sí mismo, en razón a un mundo bilbaino plural y diverso. Y lo es, a mi parecer, puesto que la demanda de la ciudadanía es diversa y en muchas ocasiones, ajena a las acusaciones de banalidad o de condicionantes politizadas. Una ciudadanía situada incluso más allá de controversias esteticistas que, en su exquisita inutilidad, no puede distraernos del auténtico sentido y uso que el edificio debiera tener. Que el rebautizado como Azkuna Zentroa, nombre otorgado al fallecer el alcalde que le dio impulso final hoy es un referente cultural indiscutible, nadie puede negarlo.



La Alhondiga, edificio diseñado por Ricardo Bastida (1909), se transforma en centro cívico polivalente cuyo diseño se debe a Philippe Starck, inaugurado en 2010.

Bien es verdad que su programa de actividad debiera también acomodarse a esos parámetros de *habitus* que como P. Bourdié sugiere en *La distinción*, no tiene por qué obedecer siempre a la cultura dominante.

Es ya una realidad que los casi 45.000 metros cuadrados de la Alhóndiga han aquilatado su significado y ostentan emblema de calidad como espacio de ocio y cultura polivalente. Su peculiar Atrio de las Culturas, con sus 43 pilares, cada uno de un estilo y materiales distintos sostienen edificios interiores y muchos significados simbólicos rotundamente creíbles. Estas columnas representan distintas culturas, guerras e historias del ser humano. El Atrio del Sol, las precede desde una gran pantalla en la que el sol cambia de estado y nos da la bienvenida.

En 2018, el alcalde de Bilbao, Juan Mari Aburto, la Concejala de Cultura, Nekane Alonso, y la entonces directora de Azkuna Zentroa, Lourdes Fernández, acudieron al congreso "ULI Europe Conference", que se celebró el 30 y 31 de enero en Berlín. Durante el transcurso de este Foro Internacional, se hizo entrega del premio a la excelencia "Global Awards for Excellence" que había recaído en el centro Azkuna Zentroa. Este espacio multidisciplinar del Ayuntamiento de Bilbao, dedicado a la promoción del arte, ocio y la cultura contemporánea, recibió este galardón por considerarse uno de los centros más excelentes del mundo, en cuanto a la empleabilidad de la innovación social, el aprovechamiento del espacio o recursos, y por el desarrollo de su actividad con la máxima excelencia. Un premio otorgado, anualmente, por ULI EUROPE CONFERENCE a empresas, edificios o centros que destacan por su excelencia.

Un mercado con varias inauguraciones: La Ribera

Se abrió la puerta de la tejavana, hablaron los hombres y callaron las cosas

Oscar Rochelt

Bilbao, *cada día más hermoso y pujante* –frase expresada por Primo de Rivera durante su visita a Bilbao en 1929– fue el eslogan de aquel momento político en esta villa. En un programado viaje al norte, el dictador de los años 1920 inauguró en Bilbao y Santander varios edificios públicos. Bilbao era –y así la calificó– el paradigma del espíritu emprendedor. El dictador decía admirar su desarrollo industrial y urbano, y aprovechaba tácticamente su estancia para formular ante la prensa algunas ideas relativas al proyecto de reforma constitucional. Primaba el objetivo estabilizador, y Bilbao se hacía imprescindible en la agenda, porque aglutinaba una puesta en valor imprescindible para el desarrollo de la economía española.

Este contexto inaugural resulta históricamente interesante, por tanto, ya que respondía a circunstancias políticas que comparadas con las actuales resultan bien distintas, aunque en lo económico, algo parejas, considerando las coordenadas generales en las que fue reinaugurado al Mercado de la Ribera, en diciembre del 2012.

Largo y costoso proceso con final feliz, este nuevo mercado debiera significarse por mucho más que su primer cometido, como se ha dicho, de ser “estómago de la ciudad”.

Pero veamos lo sucedido en 1929 porque no es posible olvidar que, aunque todavía escasos los síntomas de impacto del crack (1929), los efectos de aquella crisis bursátil –y luego general– afectarían a la tímida modernización española de manera grave en años siguientes. Sin embargo, los países más avanzados estaban padeciendo ya el cataclismo económico y sentaban un precedente de fenómenos que hoy vuelven a afectarnos, debido a otro tipo de crisis de carácter aún más global.

Lo cierto es que, en aquel verano agostero de 1929, Bilbao ajeno a los peores augurios, cosechaba resultados de carácter modernizante muy positivos. Eran la recompensa tras denodados esfuerzos de recuperación e innovación puestos en marcha con éxito desde el inicio del siglo XX.

Desde la ansiada política urbanística, en agosto se remataban varios objetivos. Además de la inauguración del ansiado Mercado de Abastos, otros centros públicos completaron la regeneración ansiada. Obviamente el mercado de abastos significaba la cumbre de un largo proceso de actividad mercantil cuya legitimidad venía determinada por la historia y, sobre todo, por la propia naturaleza, con la ría de protagonista absoluta. Y de este modo, en 1929 se remataba así el símbolo y señal de otra bilbainada: disponer del mercado más grande...

La Voz, Mundo Gráfico, ABC, etc., periódicos de Madrid, dieron cuenta de aquella inauguración con detalle el 22 y 23 de agosto 1929, al igual que los activos diarios locales (*El Nervión, El Noticiero Bilbaino, etc.*). Relataron el boato, pero especialmente la afluencia de gente que acompañó la apertura del mercado nuevo de abastos, como también sucedió en 2012.

Popularmente conocido hoy como *el mercado de la Ribera*, el periódico madrileño *La Voz* valoraba entonces: "Este nuevo mercado es un modelo de construcciones de su índole". Desde luego, su relevancia oscureció en cierto modo la inauguración del edificio que la Diputación Provincial destinaría a Archivo y Conservatorio de Música, también inaugurado en esos días, al contar con la presencia del jefe del Gobierno y sus ministros.

Aquel séquito oficial había llegado a las ocho y cuarto de la noche del día 21, siendo recibidos por las autoridades locales y rindiendo honores una compañía del regimiento de Garellano, con bandera y música. El presidente y los ministros fueron recibidos en el palacio de la Diputación Provincial donde les esperaban varias comisiones. Una, la de la industria metalúrgica, que conferenció detenidamente con el ministro de Economía, y otra, constituida por la comisión permanente del Ayuntamiento de Tafalla (Navarra), que venía a gestionar la cesión de un edificio propiedad del Estado y el pago de unos atrasos por suministros de guerra.

También estuvo la Asociación de Empleados de Vizcaya que pidió oportunamente al ministro de Justicia se conmutara la pena que sufría el que fuera contador del Banco Vasco, encarcelado a consecuencia de la suspensión de pagos de dicha entidad.

Después de la recepción, el presidente recibió a los periodistas mostrando su deseo de cumplir en todas sus partes el programa establecido, a excepción de la visita a los nuevos cuarteles de Garellano que se efectuaría al día siguiente. Los ministros se alojaron en distintas casas particulares y asistieron al día siguiente al *Homenaje a la Vejez* organizado por la Caja de Ahorros Vizcaína, disfrutando luego de un banquete ofrecido por la U.P. (Unión Patriótica). Por la tarde, a las cuatro, se inaugurarían, con asistencia del presidente del Consejo, el grupo escolar de Achuri, que llevaba el nombre de Primo de Rivera, y el mercado nuevo.

Durante los postres del banquete, el jefe de Gobierno habló a propósito del proyecto de Constitución: "Yo no creo que el pueblo sean solo las masas; creo que el pueblo lo formamos todos, unos y otros, porque todos tenemos nuestro respectivo historial en el progreso" (...).

Después, el presidente se refirió al recibimiento que se le había hecho la noche anterior a su llegada a Bilbao y a la visita que efectuó por la mañana al mercado. Se refirió también al desenvolvimiento de la ciudad, que daba *una sensación de mayor energía y riqueza*. En el Consejo de Ministros celebrado en Bilbao consideró asuntos de interés local, aunque Primo de Rivera se mostró cauto ante la prensa, quizás tratando de eludir posibles sospechas de gestos de privilegio hacia el empresariado vasco. Finalmente, entre los festejos programados no faltó el partido de frontón de pelota, que tuvo lugar en el afamado frontón Euskalduna.

Evidentemente el mercado había capitalizado gran parte de la atención de esta visita oficial, por su grandiosidad y modernidad. Un nuevo símbolo que hacía de aquel viejo Bilbao transformado poco a poco desde antes de 1900, una ciudad destacada que se alejaba de lo descrito por Oscar Rochelt: el de capitanes y pilotos, armadores y constructores, comerciantes, embarcadores, consignatarios, carpinteros, veleros y aparejadores, pilotesas, cargueras y tenderas, con un camino de sirga medio habilitado en carretera, caminos de hierro, estrépito, aguas malolientes y quimeras...

Si volviésemos a comparar el nuevo entorno urbano en pleno siglo XXI, aquellos reticentes con el progreso del Bilbao del Ensanche de 1900 se volverían *tarumbas* ante el diseño, vanguardia y nuevos hábitos de los bilbainos en general del siglo presente; este Bilbao de alcaldes democráticos y de una sociabilidad multicultural que recibe aquella herencia y la renueva, en una dinámica en la que los ciudadanos podemos hacer uso de derechos y de palabra.

Desde aquel mercado que reglamentaron las ordenanzas municipales del siglo XIV para regular pleitos ante las disputas de los gremios, al de las primitivas casetas, el del tinglado de hierro de toque modernista novecentista, y aquel diseñado varias veces por Ispizua, el construido finalmente en 1929, el proceso ha ido reconvirtiendo al escenario de la llamada "Plaza Vieja" en otro "lugar de memoria".

Pedro de Ispizua, arquitecto bermeano que colaboró con Basterra y Bastida, fue quien hizo los planos del mercado nuevo de la Ribera (1929). Caracterizado por elementos singulares (en su diseño interior y exterior) supo dar empaque a la funcionalidad que la historia otorgaba al punto donde anclaba: el escenario ribereño donde quedó perpetuada la actividad mercantil adherida al origen fundacional de Bilbao (el mercado sito junto a la iglesia construida sobre el antiguo alcázar de la villa y frente al primer ayuntamiento).

Por eso, y aunque algunas voces fueron partidarias de la piqueta tras el peor *aguaduchu* del siglo XX, el mercado era y es un protagonista inevitable. Después de haber tenido que practicársele varias intervenciones, y sobre todo, después de las inundaciones de 1983, el debate de su supervivencia alentó la controversia, pero su reforma actual reorganiza y mantiene la relevancia que, esperemos refuerce, como han hecho otros mercados famosos internacionalmente, afianzando una sociabilidad de consumo de calidad, gozoso y ocioso. El National Geographic selecciona diez mercados de interés a nivel mundial.

El de la Ribera ha promovido su polivalencia para destacar en este nuevo Bilbao de proyección internacional, convirtiéndolo en mucho más que simple estómago.



Mercado de La Ribera en la actualidad desde el muelle Marzana.

Segunda parte:

Personajes

Los tres vizcaínos que volvieron con Juan Sebastián Elcano

Empecemos por el final. De todos aquellos que acompañaron a Juan Sebastián Elcano, únicamente dieron por completo la vuelta al mundo cuatro, Juan Sebastián Elcano, Juan de Acurio, Juan de Arratia y Juan de Zubileta. Cuatro “Juanes”, y de ellos, solo Zubileta y Arratia realizaron toda la navegación en la «Victoria».

De las diversas listas conservadas en el Archivo de Indias, de la obra de Antonio Pigafetta (*Relación del primer viaje alrededor del mundo*), del cronista Fernández de Oviedo, de las recopilaciones documentales posteriores y de breves apuntes como el que escribiera Ángel de Gorostidi en 1907 para la Revista *Euskalherria*, se manejan diversas cifras de navegantes procedentes del País Vasco – algunas dudosas—. Pero podría aceptarse una distribución por territorios cercana a lo que sigue: navarros, tres; guipuzcoanos, nueve; vizcaínos, veintidós. Muchos de ellos carpinteros y calafates, en sintonía con el buen hacer de los astilleros vascos. Pero también hubo “pages”, grumetes y barberos.

Argonautas

En verdad el cronista Fernández de Oviedo calificó atinadamente a quienes consiguieron retornar después de tres años de navegación, circunnavegando el mundo. Los etiquetó como "argonautas que con Jasón navegaron a la isla de Colcos en demanda del vellocino de oro. Una hazaña que en verdad nunca había sido vista hasta entonces". Pero fue Magallanes el iniciador de la heroica aventura. En las biografías de Magallanes se cita normalmente una clasificación de los hombres que nutrieron las naos. Y pese a divergencias, a tenor de lo expuesto en la *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con relación de documentos inéditos concernientes a la Marina castellana y de los descubrimientos que hicieron en Indias, de Martin Fernández de Navarrete. Tomo IV, Viaje de Magallanes y Elcano*, Edición de 1837, trato de sintetizar datos elocuentes en sí mismos.

Entre los que fueron en la nao *Trinidad* estuvieron: Domingo de Urrutia, de Lequeitio, marinero (en otras listas aparece como Barrutia, Domingo Vizcaíno y como Barote). En la nao *San Antonio*: Pedro Olabarrieta, barbero, de Bilbao; Jean Ortiz de Gopegar (o Goperi), de Bilbao, dispensero. Pedro de Bilbao, calafate (de Bilbao); Pedro de Sautua, bermeano, carpintero; Martin de Goytisoló, calafate de Baquio. Entre los marineros también consta Sebastián de Olarte, de Bilbao. Martín de Aguirre era un grumete de Arrigorriaga, al igual que Joan de Orue de Munguía. Criados del capitán, Juan de Minchaca, ballestero. Joanes de Irun Iranzo, de Irún, grumete. En la nao *Concepción* estuvieron: Maestre Juan Sebastián Elcano, de Guetaria. Contramaestre Juan de Acurio, de Bermeo. Antonio de Basozabal, calafate también oriundo de Bermeo. Domingo de Irazza (o Yarza), carpintero de Deva. El marinero Joan de Aguirre, de Bermeo. Grumetes: Pedro de Muguertegui, de Muguertegui, Martin de Isaurraga, de Bermeo, y Pedro de Churdurza, bermeano quien según las listas era "page" (sic).

En la nao *Victoria*, Martin de Griate, de Deva, carpintero. Grumetes: Joan de Arratia (en otra lista Juan de Sahelices) de Bilbao y un "Ochote" de Bilbao, que en otra lista (quizás por deformación fonética) es Ochot de Randio. Grumetes como Juan de Tolosa, de Tolosa; Juan de Zuvileta, de Barakaldo, *page* y Martin Barrena, de Villafranca, merino.

Los datos se toman de papeles que constan en el Archivo de Indias, traídos de Simancas. Su procedencia viene de Juan Bautista Muñoz, a partir de libros de contadurías, para concretar quiénes y cuántos iban en la expedición.

Los americanistas actuales advierten que las irregularidades en los apellidos tienen –en el caso de los vascos–, digámoslo coloquialmente bastante coña, porque la costumbre era apellidar con los nombres de procedencia. Por ejemplo, el carpintero de la nao Victoria se llamaba Martin Griarte en una lista, pero en otras: Gárate, Yarat, y hasta Pérez. El verdadero apellido sería Garate. Domingo Urrutia en unas listas es Barrutia, en otras Barruti y finalmente en otras, Domingo Vizcaíno. Por lo que, permítaseme una bilbainada, y es que “la fama nos precedía”... porque todos eran vizcaínos cuando fallaba el patronímico.

De otra parte, a Bilbao se desplazaron en busca de pertrechos y avituallamiento militar y naval, dejando aquí buenas sumas de dinero, por cierto. En razón a cuentas registradas se sabe que Duarte Barbosa, uno de los personajes destacados de la expedición, fue de Sevilla a Bilbao gastando muchos maravedís en la compra de útiles para naos y carretas (84.144 maravedís, los primeros). La artillería fue reiteradamente adquirida en Bilbao [entre varios, tres lombardas y tres pasamuros, (sic)] por valor de muchos miles de maravedís. Así como 50 quintales de pólvora embarrillada, cuyo flete fue costoso pues se había traído desde de Fuenterrabía. Pelotas de hierro para la artillería y planchas para emplomar las costuras de la nao, además de muchas espingardas, falcones y versos comprados en la villa; espadas, saetas, escopetas, arneses, corseletes, rodela... todo desde Bilbao. De modo que picas, lanzas, ovillos de hilo para las ballestas, varas de mechas e innumerables pertrechos para la lucha y para habilitar las naos salieron desde el Nervión. Barrenas, gabietes, ganchos de barel, barquines, yunques y toberas también fueron a pertrechar desde Bizkaia a aquellas naves. La armada gastó y mucho... Por otra parte, la marinería vizcaína estaba entonces muy localizada en las rías de Gernika y Bilbao, y también en los puertos de Bermeo, Lekeitio y Ondarroa. De estos pueblos fueron la mayor parte de los vascos que decidieron seguir la suerte de los descubrimientos.

La expedición

La historia de la hazaña remite –de forma resumida– a lo que sigue: cuando Magallanes se encontró con dificultades para reclutar tripulación (como sucedió en muchas otras circunstancias similares de siglos pasados) se alistaron una sarta de desesperados, deudores y forajidos de la justicia. No todos fueron expertos calafates. Fue así como en 1519 Elcano se alistó en la expedición de Magallanes. Su experiencia de hombre de mar le valió un cargo relevante; fue nombrado maestro (segundo de a bordo) de la nao Concepción, una de las cinco que componían la escuadra. Su capitán era Gaspar de Quesada y el piloto, el portugués Juan López de Carvalho.

Todo se inició en Sevilla el 10 de agosto de 1519, fecha en que el aviso de la partida de la escuadra de cinco naves, capitaneada por Fernando de Magallanes (Fernão de Magalhães) tuvo lugar por la ruta habitual: descendiendo por el Guadalquivir hasta llegar a Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), puerto del océano Atlántico. Semanas después se resolvieron asuntos varios y el 20 de septiembre la expedición dejó Sanlúcar para llevar a cabo el objetivo ansiado: encontrar el paso marítimo hacia los territorios de las Indias Orientales y buscar el camino que, recorriendo *mares castellanos* (según el Tratado de Tordesillas), llegase a las islas de las *Especias* (la ruta hacia el oeste, que Colón había ansiado descubrir).

Hemos de concluir resumiendo los datos más concluyentes de la aventura iniciada por Magallanes y rematada por Elcano.

A tenor de lo descrito por Pigafetta, y que llega a nosotros a través de crónicas conocidas, Magallanes muere atacado por los indígenas filipinos en 1521, y ante la frustración y caos reinante – tras morir otro de los destacados de la escuadra– fue elegido jefe de la expedición Gonzalo Gómez de Espinosa. Al frente de la nao *Victoria* se puso a Juan Sebastián Elcano. Tras arribar a las islas Molucas, objetivo del viaje, se emprendió el regreso a España.

La *Trinidad* navegaba mal y decidieron que se quedara en el puerto de Tidore para ser reparada y volver por el Pacífico hasta Panamá.

Elcano tenía el serio problema de retornar a España con los restos de la expedición, y sin conocer el camino de vuelta por el Pacífico. Parecía una locura intentarlo; por lo que eligió navegar por los mares portugueses hacia el oeste, bordeando África por rutas conocidas y con posibilidades de hacer aguadas. Como narra Pigafetta, tras atravesar el océano Índico y dar la vuelta a África, completó la primera circunnavegación del globo, consiguiendo llevar a término la expedición y llegar en la nao *Victoria* al puerto de partida, Sanlúcar de Barrameda, el 6 de septiembre de 1522, junto con otros diez y siete supervivientes... Una imponente hazaña.

Casi no se detuvo en Sanlúcar de Barrameda. El mismo día de la llegada tomó a su servicio un barco para remolcar la *Victoria* por el Guadalquivir, hasta Sevilla, porque además la nave estaba maltrecha. Los oficiales de la Casa de Contratación de Indias de Sevilla prepararon una lancha de doce remos, cargada de provisiones frescas, y las autoridades esperaron ansiosos en el muelle junto con los miembros de la Casa de la Contratación y de la población sevillana, quienes curiosos recibieron a la nave y a sus tripulantes con júbilo.

Como indican las crónicas, “Gracias a la Providencia, el sábado 6 de septiembre de 1522 entramos en la bahía de San Lúcar. Desde que habíamos partido de la bahía de San Lúcar hasta que regresamos a ella recorrimos, según nuestra cuenta, más de catorce mil cuatrocientas sesenta leguas, y dimos la vuelta al mundo entero” (...). “El lunes 8 de septiembre largamos el ancla cerca del muelle de Sevilla, y descargamos toda nuestra artillería”.

La nao *Santiago* se había perdido en Patagonia por lo que se distribuyó a sus gentes en otras naos; la *San Antonio* volvió desde allí a Sevilla y en Filipinas se quemó la *Concepción*. No consta cómo se hizo la nueva distribución de las tripulaciones pero, no obstante, computando las relaciones del viaje podemos recordar el último dato curioso que interesa destacar en este artículo.

Los tres de la fama

De entre los supervivientes que dieron la vuelta al mundo y volvieron a San Lúcar sabemos que hubo tres vizcaínos. Por orden alfabético: Juan de Acurio, de Bermeo, piloto. Juan de Arratia, de Bilbao, grumete, y Juan de Zubileta, de Barakaldo, paje.

Comenzando por el tercero: Juan de Zubileta dispone de esbozos biográficos muy sencillos en cuanto a noticia. Fue un marino nacido en Burceña, Barakaldo (Vizcaya). Uno de los 234 embarcados en la Armada de Magallanes, que comenzó su navegación el 10 de agosto de 1519. El viaje costó la vida a 216 tripulantes. Juan de Zubileta fue uno de los dieciocho hombres que consiguió llevar a término la expedición, retornando en la nave *Victoria* junto con otros 17 supervivientes, entre los que estuvo el propio Juan Sebastián Elcano. De los tres vizcaínos citados, Juan de Zubileta y Juan de Arratia fueron navegantes que dieron totalmente la vuelta al mundo por primera vez, en la misma nave de la armada. El mismo Juan Sebastián Elcano cambió de embarcación en varias ocasiones. En realidad, escribe C. Ibañez, se puede decir que en la nave *Victoria* solo hubo dos supervivientes.

Aunque existen noticias de la familia Zubileta, el personaje está a falta de un estudio exhaustivo. Al parecer, Juan era hijo de Martín Ochoa de Zubileta y Sancha, del barrio de Zubileta cuyo origen se ubica en una casa ya desaparecida. Aunque las noticias expedicionarias eran vagas, nada le frenó. Al contrario, la idea de viajar ilusionó al joven Juan, quien a sus 15 años decidió participar en la expedición. Lo hizo en calidad de paje, ya que pasaba por alfabetizado para la época. En el proceso de Badajoz sobre la muerte de Magallanes declararon varios de los expedicionarios llegados salvos, y entre ellos aparece el héroe baracaldés. Su declaración, clara y precisa, lleva su firma, y con ello se confirma que sabía leer y escribir.

Conocemos que aquella aventura duró tres años. Él se enroló en la nao *Victoria* el 20 de septiembre de 1519 y de ella no desembarcó hasta el 6 de septiembre de 1522, cuando completaron la vuelta al mundo al atracar en la localidad gaditana. En la expedición hubo de todo: naufragios, como el soportado por la nao *Santiago* el 3 de mayo de 1520, rebelión (de la tripulación de la nao *San Antonio*), penurias varias, ataques indígenas, etc.

Actualmente la anteiglesia de Barakaldo conserva el nombre de aquel aventurero en la calle y barriada del mismo nombre. El acuerdo del pleno del Ayuntamiento instó no hace mucho a la Alcaldía para iniciar el proceso que acreditara “los merecimientos Juan de Zubileta, para la posterior declaración como hijo predilecto de Barakaldo”. Así se divulgó en la prensa. El barrio y paraje de su nombre: Zubileta, localizado en la margen izquierda del río Cadagua, sobre un altozano en donde se halla el salto de agua o molino denominado Zubileta es un lugar de memoria.

Señalaba el conocido De la Quadra Salcedo que después de aparecer en la historia este genio emprendedor y juvenil, que supo sobrellevar las tristezas y desastres de una expedición de tres años, el linaje de Zubileta prosperó y al parecer enlazó en el mismo Barakaldo con las mejores familias, (Irauregui, Hurtado de Saracho, Romarate, Hurtado de Yarto, Palacio y otras).

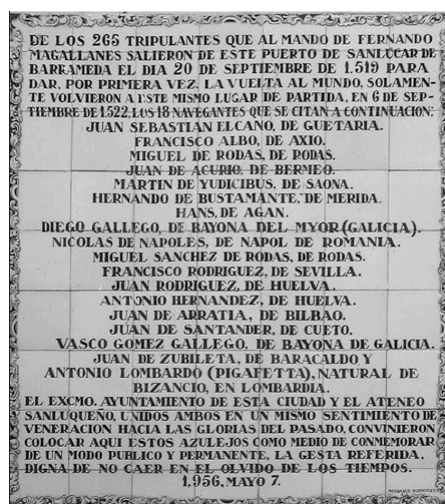
De la ribera de Deusto, de Bilbao y Barakaldo, embarcaron varios otros marinos. De todos ellos solamente consiguieron resistir la enorme travesía, además de Zubileta, el Maestre Acurio de Bermeo, y Juan de Arratia. Algunos fallecieron en la travesía, y otros quedaron en las islas de Cabo Verde prisioneros de los portugueses. Se piensa, asimismo, que quizás algunos más regresaron a España años después.

Sobre **Juan de Arratia** cabe repetir que, sin cambiar de nave y sin desfallecer un solo momento, destacó sobremanera. Pero tampoco ha tenido una investigación exhaustiva. Un artículo firmado por Adrián Mateos (*ABC*) citaba a Joanes de Segarra (Segura), al carpintero Domingo de Isaza (Deva) y al dispensero Juan Ortiz de Gopegui (Bilbao) entre otros vascos de aquella expedición. También fue destacable la labor del vizcaíno Sancho de Matienzo y del guipuzcoano Juan López de Recalde, quienes participaron en el proceso de preparación de la armada.

Se dice también que la *Trinidad*, la nave almirante en la que navegó Magallanes hasta que fue muerto en Filipinas, había sido adquirida en Bilbao por un capitán de Lekeitio, Nicolás de Artieta, comisionado por el rey. Investigaciones posteriores sostienen que la nao *Victoria*, la única que completó la vuelta al globo, no se hizo en Zarautz, tal y como se había creído hasta ahora, sino en Ondarroa.

Pero volviendo a Juan de Arratia, nacido en Bilbao (c. 1500) se embarcó en la nao *Victoria* en calidad de grumete, entusiasmado por descubrir “las islas de las especias”. Juan de Arratia acompañó a Juan Sebastián Elcano en su viaje de retorno dando la vuelta al mundo. Estuvo –como dijimos– entre los dieciocho supervivientes que desembarcaron en Sanlúcar de Barrameda el 7 de septiembre de 1522, tras dos años y 351 días de viaje. Y según se contaba, dio muestras de mucho coraje.

Finalmente, del bermeano Juan de Acurio no hay datos puntuales, salvo que era contramaestre de la nao *Victoria*. Así lo conmemora en Sanlúcar de Barrameda una placa de gran tamaño colocada en 1956, donde se recuerda junto al ayuntamiento del municipio la gesta de esta expedición en la que estos vascos hicieron de su gran sueño, todo un hito para la historia. En agosto, las conmemoraciones de estos hechos volverán a recordar este relato que contribuye a los mismos fines, ensalzando una aventura indiscutiblemente reseñable y de la que sentirse muy orgullosos.



Cuadro cerámico conmemorativo de la expedición al mando de Fernando
Magallanes que salió del puerto de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre
1519.

Dos grandes marinos con calle: Recalde y Bertendona

Juan Martínez de Recalde Larrinaga es presentado habitualmente como almirante general y constructor naval. Un bilbaino que navegó en los buques de la escuadra de Vizcaya y participó en la protección de las flotas de Indias. Por sus heroicas intervenciones durante el siglo XVI, se le destaca en la guerra naval entablada por la monarquía de Felipe II, salvaguardando el Imperio “en el que nunca se ponía el sol”, tal como acuñó la propaganda que trataba de desmontar la otra propaganda, la de la leyenda legra.

Hijo de Juan Martínez de Recalde Sáez de Vasoçavala y de Sancha de Larrinaga, nació en Bilbao, en el seno de una familia de armadores. Su abuelo paterno y su padre habían desempeñado la veeduría de las Reales Armadas en la costa de Cantabria. Tuvo dos hermanos, Ochoa de Recalde y María de Recalde. Desde muy joven siguió la vocación marinera de la familia y pronto se embarcó logrando gran fama al rescatar un galeón cargado de oro en la isla de Madeira.

Su nombre consta, asimismo, en el listado de combatientes aportados por la villa de Bilbao al contingente con que el señorío socorrió a la plaza de Fuenterrabía, en 1558, donde aparece anotado como "Joan Martínez de Recalde el moço". Caballero de la Orden de Santiago, sirvió en las tropas de Flandes, primero en Infantería, luego en Caballería, alcanzando el grado de capitán. Pero en 1572 se le halla ya como jefe de la flota que desde Bilbao se dirigió a Dunkerque. Llevó a Flandes al duque de Medinaceli, nuevo gobernador general de los Países Bajos, y sus tropas.

En 1583 acudió con su escuadra a la expedición a las islas Azores. Pero su relevancia no quedó solo en acciones bélicas. Destacó también en el terreno de la construcción naval, pues dirigió la de buques reales en Gipuzkoa, Bizkaia y Cantabria y escribió algunos trabajos sobre el tema. Se distinguió, por tanto, como buen táctico y marino, y por eso el rey le encomendó vigilar la construcción de sus buques en los astilleros cántabros, ejerciendo el mando supremo de la flota de Laredo. Su destino le relacionaría con otro insigne marino donostiarra, Miguel de Oquendo, amigo y compañero en la pretendida invasión de Inglaterra pocos años después de intervenir bajo el mando del almirante Álvaro de Bazán en las expediciones a la isla Terceira de 1582 y 1583. Al término de esta operación, fue comisionado por el monarca para mandar una escuadra de ocho naos y cuatro pataches, con el objeto de reconocer las costas de Irlanda y reforzar a los católicos descontentos con tropas de desembarco.

La Grande y Felicísima Armada, o "Armada Invencible"

En 1588, al frente de la escuadra de Vizcaya, se incorporó a la mal llamada "Armada Invencible" como almirante general y segundo jefe de la expedición que dirigía el duque de Medina Sidonia. Ya en 1587 se estaba organizando la invasión de Inglaterra. Un secreto a voces, dadas las lentas y enojosas fases organizativas para el pretendido objetivo de Felipe II y con el respaldo pontificio.

Tras el nombramiento supremo de Alonso Pérez de Guzmán y Sotomayor, duque de Medina Sidonia, para aquella empresa, Martínez de Recalde asumió el rango de almirante de la flota de invasión, el corazón de la Grande y Felicísima Armada. Sin embargo, no pudo imponer sus decisiones, viéndose arrastrado a combates muy difíciles sin apoyo táctico. En la refriega inicial con los ingleses de julio de 1588, hallándose en la retaguardia de la flota, quedó aislado y no tuvo más remedio que batirse saliendo indemne, pero le costó perder numerosos hombres y la casi inutilidad de sus naves. Dada la descoordinación y heterogeneidad de aquella flota, compuesta por varias escuadras, la estrategia pensada para embarcar en Flandes a los tercios fue imposibilitada por la acción de los británicos, quienes no derrotaron en batalla naval alguna a los españoles, pero tras Gravelinas, la flota no tuvo más opción que retirarse bordeando las costas escocesas e irlandesas. Hasta la dispersión de la Escuadra, Recalde se mantuvo firme, pero durante la singladura, Recalde llevaría el *San Juan Bautista* bordeando Irlanda en busca de aguada a Blasket Sound (21 de septiembre), en las proximidades de Smerwick, desde donde tras prestar auxilio a otros navíos de la armada, hizo rumbo a La Coruña, en cuyo puerto fondeó el 7 de octubre, herido y posiblemente padeciendo fiebre tifoidea. El almirante general aún dictaría unos breves avisos para conocimiento del monarca (fechados el 9 de octubre), que permiten conocer sobre las razones del fracaso padecido: fallos tácticos, estratégicos –el intento de enlace de la flota con las tropas de Flandes– y de simple organización. Falleció el 23 de octubre, a los pocos días de arribar. Su viuda trasladó el cadáver desde La Coruña

hasta Bilbao para poder enterrarlo. Su esposa, Isabel de Idíaques e Idíaquez, sobrina de don Juan de Idíaquez, secretario de Felipe II, había contraído con él tres años antes, el día 8 de enero de 1585, en la iglesia de Nuestra Señora de Begoña (Bilbao); matrimonio que no tendría descendencia. Aunque se dice que falleció en torno a los 50 años, lo más probable es que el almirante falleciera a una edad cercana a los treinta. No obstante, la duda queda al no tener certeza de su fecha de nacimiento. Su galeón insignia le sobreviviría hasta la incursión de sir Francis Drake del año siguiente, en que fue incendiado.

Martín de Bertendona

Hijo de Martín Ximénez de Bertendona, nacido en Bilbao en 1530. Fallecido en septiembre de 1604. Su padre, Martín Jiménez de Bertendona, fue quien en 1554 trasladó al entonces príncipe Felipe, futuro Felipe II, hasta Inglaterra en su nave con el objeto de contraer matrimonio con María Tudor. El príncipe Felipe eligió personalmente el barco de Bertendona de entre los muchos que le habrían de acompañar.

Una de sus naves fue *La Ragazzona*, un poderoso galeón de 1.549 toneladas de carga total, 36 metros de eslora y con 30 cañones. Aunque como consecuencia de los temporales terminó encallada en Ferrol. No obstante, pudieron recuperarse los grandes cañones del navío, que sirvieron en 1589 para defender la costa gallega contra los ingleses.

Sirvió al rey en 1569 con cuatro navíos de su familia, fue capitán de la armada en 1574, navegó al mando de su propia nave con Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, a las Azores en 1583. Mandó la escuadra de Levante en la aventura que concluyó de modo tan imprevisto con el fracaso de la Felicísima de 1588, y a la de Vizcaya durante toda su vida. Entre 1590 y la muerte de Felipe II en 1598, Bertendona formó parte de la expedición de las Azores de 1591, donde sería derrotada a los ingleses en la batalla de Flores, logrando capturar el HMS Revenge, y a su capitán, Sir Richard Grenville. Tras esta campaña, estuvo al mando de las escuadras ligeras del Atlántico para mantener el paso abierto desde el Cantábrico a Calais. Sir Richard Grenvill era el primer lugarteniente del famoso almirante Drake. Mandó durante algunos años la Escuadra del Océano –se dice– manteniendo a raya a sus enemigos. Organizó y dirigió expediciones de tropas, abastecimiento y dinero; de hecho, en 1590 había obtenido plata y hombres para España y fue fundamental para el reagrupamiento de la flota contra los ingleses en 1596-1597 a las órdenes de Martín de Padilla y Manrique, conde de Santa Gadea y Buendía. Tomó Calais en febrero de 1598. Construyó buques para la corona española y entregó seis de ellos a Portugal en 1600 como parte de una expedición hacia Flandes. Falleció en 1604 cuando se dirigía a Lisboa, dejando a Gaspar Olarte de Orozco como jefe de la Escuadra de Vizcaya y a Oquendo a la cabeza de la Escuadra del Océano. Felipe III, al trasladarle el real despacho con este nombramiento, le decía: "... por la satisfacción que habéis dado en algunas ocasiones en que mi capitán de la Armada del Océano, Bertendona, os ha encomendado

navíos para salir a buscar enemigos, con quien habéis peleado y rendido con valor y echados otros a pique, etc., ha resuelto hacer elección en vuestra persona para que gobernéis y tengáis a vuestro cargo la Escuadra de Vizcaya que estaba al del general Bertendona”.

Entre 1602 y 1603 concertó con el rey Felipe III un acuerdo para la construcción de diez galeones en astilleros vascos, base de la Escuadra de Vizcaya y de la Escuadra del Cantábrico, a fin de contraatacar a los enemigos anglo-holandeses. Sin embargo, falleció en 1607, sin ver concluidos sus esfuerzos para la defensa del litoral septentrional de la Península.

En marzo de 2013 se anunció que posiblemente había sido localizado su buque, *La Ragazzona*, hundido en 1588, en las inmediaciones de la ría de Ferrol.

Estos dos grandes marinos vizcaínos ponen de relieve la importante presencia de curtidos expertos en la mar y en la guerra naval, destacando a lo largo de los siglos y componiendo páginas de historia fundamentales por su heroicidad y talento.

José Antonio Aguirre, primer *lehendakari*

(6 de marzo 1904-22 de marzo 1960)

Cuenta A. Irigoyen que entre los pasajeros del buque mercante sueco Vasaholm que bajaron a tierra en Río de Janeiro el 27 de agosto de 1941, las autoridades aduaneras anotaron el ingreso al país del doctor panameño José Álvarez Lastra y la venezolana María de Arrigorriaga, esta última en compañía de sus hijos José y Gloria Guerra. Lejos estaban de imaginar que estas identidades ocultaban al presidente del Gobierno Vasco José Antonio de Aguirre, a su esposa María Zabala y a los pequeños Aintzane y Joseba, que llegaban a tierras americanas huyendo del largo brazo del totalitarismo nazi. Entre los ocho pasajeros, cuatro polacos y cuatro vascos, los Aguirre.

El presidente uruguayo general Alfredo Baldomir permitió el ingreso de Aguirre, y lo hizo con honores. Se comprometieron con la labor de movilizar a la cúpula política uruguaya para recibirle como merecía, motivando a las conciencias de la diáspora entre las que la propaganda franquista había hecho mella, dice este autor. El compromiso establecía el mantenimiento del más absoluto secreto hasta no contar con la anuencia del gobierno y plenas garantías de seguridad para el huésped.

Seis años después, la declaración del *lehendakari* José Antonio Aguirre con motivo de la huelga del 1 de mayo de 1947, elevaba la voz del presidente en el exilio. El 7 de mayo de 1947 en nombre del gobierno que estaba en París lanzaba un comunicado que daba protagonismo a "la resistencia vasca". La huelga de 1947 había tenido en Bilbao un impacto especial. Aguirre interpretaba en la nota el efecto protesta contra el régimen de Franco aludiendo a la concentración de 12.000 patriotas el día 6 de abril. El día 1 de mayo se repetía la protesta. En la declaración daba una cifra de 15.000 obreros expulsados de las fábricas a raíz de la huelga convocada. Aludía Aguirre a la actitud de la ONU repudiando al gobierno de Franco y reivindicando el protagonismo que aquellos actos estaban suponiendo contra el sistema desde el País Vasco.

Son muchos los momentos, las acciones y anécdotas que se acumulan y narran las memorias, relatos y obras que sobre el nacionalismo vasco y la Guerra Civil se manejan, relativas al personaje y a sus circunstancias. De todas ellas, las que provienen del trabajo *José Antonio Aguirre en la memoria de un hijo*, escrito por Iñaki Aguirre Zabala, uno de sus hijos, compone un apunte dramático (desde la página web *Eusko News*) pese a ser sucinto: “Mi padre murió en el exilio de París de un ataque al corazón a los cincuenta y seis años. Su muerte fue un terremoto político no solo para muchos vascos (incluso no vascos) sino un desastre para su familia. Este hecho ha marcado toda mi vida”. Cien años desde que naciera cuando este escribía el mencionado artículo (6 de marzo de 1904), cuarenta y cuatro desde que hubiera fallecido (22 de marzo de 1960), el recuerdo del “padre” en años en que Europa iba fraguando proyectos unificadores, su lucha a favor del autogobierno vasco (1930-1935), de guerras y de exilio (1936-1960) fueron – como él dijo– cruciales. “La imagen de aquel joven líder nacionalista vasco de la campaña pro-Estatuto (14 de abril del año 1931) *parecería permanecer eternamente joven en la memoria histórica*”.

Sus más brillantes y memorables discursos dictados hasta en las Cortes de la República, en Madrid, pertenecen a esta complicada etapa de la historia contemporánea. Luego vendrían años novelescos de su odisea clandestina, en los inicios de la Segunda Guerra Mundial a través de la Europa nazi, hasta llegar a América (1939-1941), como explicaba su hijo y quienes han escrito sobre su indudable personalidad.

Retazos biográficos

José Antonio era bilbaino, nacido el 6 de marzo de 1904, hijo de una conocida familia vizcaína. Como muchos jóvenes de la burguesía, estudió en el Colegio de los PP. Jesuitas de Orduña y continuó estudios superiores en la Universidad de Deusto.

Una vez obtenido el título de abogado en 1929 se dejó tentar por la vida pública como presidente de las Juventudes Católicas de Vizcaya, y luego, como miembro del Consejo Supremo de la "A.C.E." y propulsor de inquietudes vasquistas y católico-sociales. En 1931, a los 27 años, ejercía ya como concejal y alcalde de Getxo (Bizkaia). El 28 de junio, después de proclamarse la segunda república, fue elegido diputado a Cortes, simultáneamente por Bizkaia, PNV y por Navarra (conjunción católico-fuerista). En las Cortes fue secretario de la Minoría Vasco-Navarra. Intervino durante el periodo constituyente como un notable tribuno, pidió la derogación de la Ley de 1839, defendió la libertad de enseñanza y se opuso a la Ley de Congregaciones que implicaba la disolución de los jesuitas. Es importante recordar, también, que como alcalde de Getxo presidió la comisión de alcaldes del país en pro de la aprobación de Estatutos de Autonomía. Desde 1931 su personalidad se impuso como la más destacada del PNV. La trayectoria política de esta agrupación durante el periodo republicano se explica en su obra *Entre la libertad y la revolución*, 1930-1935 y en *La verdad de un lustro en el País Vasco*, Bilbao, 1935. Elegido nuevamente diputado a Cortes por Bizkaia por el PNV en noviembre de 1932 y en febrero de 1936, el día 1 de octubre de ese año las Cortes aprobaron el Estatuto de Autonomía del País Vasco. Y el día 7 de octubre del mismo año, los alcaldes reunidos en Gernika lo eligieron presidente (*lehendakari*) del gobierno autónomo. No fue fácil la tarea gubernativa en aquellos días. El conflicto civil abortó toda esperanza. El cómputo de su actividad pública fue diverso. En la última fase de la guerra tomó personalmente el mando de las fuerzas armadas. Aunque breve, su

mandato impulsó varias iniciativas interesantes y otras de obligado cumplimiento. Con la caída de Bilbao, el 19 de junio de 1937 marchó a París y desde agosto, Barcelona fue su destino. En enero de 1939 volvió a Francia y luego a Bélgica, con sus colaboradores. La Segunda Guerra Mundial le sorprendió, literalmente, en Bélgica. Allí murió una hermana suya durante un bombardeo alemán. Las gestiones para salvar al *lehendakari*, ante una hipotética detención en cualquier momento se barruntaban. El temor era que se le obligara a retornar a la España franquista. Los días 21 y 22 de mayo el grupo vasco llegó a los alrededores de Dunquerque. El objetivo era embarcar con destino a Inglaterra, pero este plan resultó imposible. Ante lo difícil de la situación, Aguirre decidió volver clandestinamente a Bélgica donde se refugió en el convento de San Francisco Javier de la Compañía de Jesús en Bruselas, gracias al P. Chalbaud. Allí estuvo durante seis meses, durante los cuales conoció al cónsul panameño Guardia Jaén, quien le ayudó, facilitándole la documentación necesaria. Por lo que se cuenta de esta etapa de su biografía, el cónsul le propuso marchar a Berlín, provisto de una coartada, en espera de organizar su salida hacia América. Sería el último sitio donde se le ocurriría buscarle a la Gestapo. Aguirre, con nueva identidad bajo el nombre de José Andrés Álvarez Lastra, permaneció cuatro meses y medio en Alemania. Las gestiones que desde América llevaban a cabo los vascos exiliados y la buena disposición del embajador panameño en Berlín, lograron que saliera a Suecia desde donde, tras esperar dos meses más, se embarcó con destino a América, tocando tierra en Río de Janeiro el 27 de agosto de 1941. De allí, antes de llegar a Nueva York, viajó a varios países

latinoamericanos para entrar en contacto con las autoridades y organizaciones vascas, retomando la dirección política.

Así lo relató en *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*. Luego fue profesor de Historia Contemporánea de España, en la Universidad de Columbia, en Nueva York (1941). Y ya en 1945, antes de terminar la Segunda Guerra Mundial, pudo volver a París, donde como presidente del Gobierno Vasco autónomo vivió hasta su fallecimiento, el 22 de marzo de 1960. Su cuerpo fue trasladado a Laburdi, al cementerio de San Juan de Luz.



Lehendakari José Antonio Aguirre y Lecube (Bilbao, 6 de marzo de 1904-París, 22 de marzo de 1960).

De sus viajes a países sudamericanos quedan interesantes recuerdos. Escritor disciplinado, publicó en 1944 –Buenos Aires– un volumen de sus “Cinco conferencias pronunciadas en un viaje por América”: *Mis impresiones sobre Alemania; El sentido histórico de la dignidad humana y de la libertad entre los vascos; La posición de un creyente ante la crisis de la caridad; El Padre Vitoria visto por un vasco y El sentido democrático, el sentido nacional y el de la libertad de los pueblos en los momentos actuales*. Fue precisamente en un periodo de trabajo como escritor, concentrado en la historia del País Vasco, cuando le sorprendió la muerte. Una parte de su obra póstuma se publicó en los años 60. Mariano Estornés divulga en su información enciclopédica sobre el *lehendakari*, como en abril de 2004 fue nombrado hijo adoptivo de Getxo.

Anécdotas y peculiaridades

Aquel joven delantero del Athletic en los años 20 tuvo que ponerse gafas para disimular su fisonomía cuando huyó de los nazis. Le habían costado diez francos y estaban sin graduar. Una muestra celebrada en 2004 las exhibió entre varios objetos que habían pertenecido al primer presidente vasco. La foto reproducida como el doctor panameño José Álvarez Lastra da a conocer a un irreconocible Aguirre con generoso bigote y atuendo realmente propio de un *dandy* sudamericano.

Cuenta Carmelo Garitaonaindía que aquel joven que asistió a la primera ikastola que tuvo Bilbao, en la Plaza Nueva, infundió desde su juventud un claro amor por la lengua y cultura que como hombre de letras siempre promovió para sí mismo como una meta cultivada desde facetas diversas. Aprendió a tocar el violín y llegó a formar parte de la Banda del Colegio de Santa María de la Antigua, en Orduña.

Como primogénito de la familia, al morir su padre en 1920 afrontó los negocios familiares con la misma devoción con que acometió otros retos posteriores. Del modesto obrador de chocolates, los conocidos Chocolates Aguirre en la calle Tívoli, se pasó luego a Chocolates Bilbaínos gracias a una fusión con otros fabricantes que permitieron a los hermanos Aguirre proseguir con una empresa cuyos aromas siempre alegraron a las alumnas del Colegio Esclavas del Sagrado Corazón, entre la que también estuve durante mis años de bachillerato.

La faceta deportista de Aguirre remite no solo al fútbol sino a la natación, al juego de pelota y al remo. Pero mientras jugó en el Athletic, Aguirre “el del chocolate” es fotogénico y no pasa desapercibido para los periodistas deportivos locales.

Años después, en 1933, su matrimonio con María Zabala nos permite comprobar gracias a las fotos de la boda, el empaque de un elegante joven –vestido de gala para la ocasión– en la entrada de la Basílica de Begoña. En la misma basílica tendría lugar el juramento de fidelidad a la Iglesia y a Euskadi poco después. Ofrenda de vida que precedió al nombramiento en Gernika como presidente. Ante el árbol de Gernika pronunció aquel solemne juramento siempre recordado: *"Ante Dios humillado/ En pie sobre la tierra vasca/ Con el recuerdo de los antepasados/ Bajo el árbol de Gernika/ Juro/ Cumplir fielmente mi mandato"*.

Como ya decía, cuando Bilbao es ocupado militarmente en junio de 1937 tendrá que salir hasta Trucíos, y allí redacta un manifiesto antes de abandonar Euskadi. El peregrinaje de Santander a Valencia y a Barcelona le llevará finalmente a París. Últimos detalles de su biografía me animan a recordar, a título de curiosidades, como el paso de las líneas alemanas en 1940 se hizo en coche y en compañía del P. Alberto Chalbaud, luego rector de la Universidad de Deusto, entonces profesor en Lovaina. Su curiosidad le caracterizó siempre. Por ello acudió al funeral de Alfonso XIII organizado por la Embajada de España en Berlín, o a un mitin de Hitler... Curioso observador que quiso introducirse en las disciplinas más cercanas a sus gustos intelectuales, a la obra del filósofo Maritain, a la ópera italiana... Curioso para entablar contactos, para volver a encontrarse con personajes como Indalecio Prieto, en México, en 1954. O para encarar con lucidez contactos con la diáspora vasca, para promover el Congreso Mundial Vasco, o los ballets –Eresoinka– y coros vascos. Ya en París, de nuevo, su trabajo en la delegación del Gobierno Vasco le retuvo habitualmente hasta que el 18 de marzo de 1960 se sintiera agripado. Esto no le impidió ir a misa y comulgar, pero su malestar crece hasta decantarse una angina de pecho dos días después. El 22 de marzo fallecía y la capilla ardiente se establecía en su casa y en la delegación del Gobierno Vasco. Desfilieron innumerables personas ante su féretro. Entre ellos, Robert Schumann. Demócrata, católico y nacionalista de pro, su imagen abriendo paso a los viandantes de la calle Ercilla, en Bilbao, rememora una huella histórica que, más allá del adiós y el exilio, tiene en su persona un referente cuya memoria es ineludible.

Un gran director de orquesta, Jesús Arámbbari (1902-1960)

La presentación de cualquier personaje público obliga, inevitablemente, a cumplir ritual.

Merece la pena recordar a un bilbaino nacido casi al inicio del siglo XX; una personalidad sobradamente conocida en los años 1940 y 1950. Su vida artística le dio notoriedad basada en algo que no siempre abunda: la calidad musical pura, sin otros soportes.

Jesús Arámbbari vio la luz el 13 de abril 1902 en Bilbao, en la calle Bidebarrieta nº 12. Allí colocó el Ayuntamiento una placa conmemorativa (casi imperceptible hoy, ya que ha sido rodeada sin miramientos por otras placas privadas).



Jesús Arámbbari.

Su familia supo muy pronto que estaba dotado para la música, y esas virtudes musicales fueron confirmadas muy pronto durante sus estudios en la Academia de Música, luego Conservatorio Vizcaíno de Música. Allí comenzó a cursar piano, órgano y composición, con un plantel de lujo: los Maestros Derteano, Fúster, Guridi y Saínz Basabe.

Después de aquellos primeros años de formación en aquella Academia de Música donde Jesús Guridi supo encaminarle (él fue quien le recomendó ir a París para estudiar Dirección de Orquesta y Composición con los maestros Paul Le Flem y Paul Dukas) viajó hasta la capital francesa como primer becario de la Fundación "Premio Juan Carlos de Gortazar" e ingresó en la Escuela Normal de Música para perfeccionar estudios de composición con los mencionados maestros Paul Le Flem y Paul Dukas.

Previamente también había sido iniciado en el arte de la dirección musical por Wladimir Golschmann, y más tarde siguió perfilando Estudios Musicales de Dirección en el prestigioso Conservatorio de Basilea con el ilustre "kapellmeister" Dr. Felix Weintgarner. Me contó Sara Ter-Sakarián que su tío Jesús obtuvo siempre las mejores notas porque "tenía talento y era muy estudioso".

El retorno a la ciudad natal

Pese a su formación especializada en aquellos centros europeos, la villa de Bilbao fue siempre referente de sus vivencias y un escenario irrenunciable de su carrera. En 1933 ganó por oposición la dirección de la Banda de Música Municipal de Bilbao, y a tenor de los brillantes ejercicios demostrados, fue nombrado al poco director efectivo de la Orquesta Sinfónica de esta villa. En 1939 organizó, literalmente, la Orquesta Municipal de Bilbao, primera de este tipo en España. La dirigió hasta que en 1953 fue nombrado director de la Banda Municipal en Madrid.

Durante los más de 20 años que estuvo al frente de la banda y de la Orquesta Municipal de Bilbao trabajó denodadamente para elevar el nivel profesional de los músicos y se preocupó también de mejorar sus condiciones laborales. Cada año, en el mes de mayo, salían en *tournée* para dar conciertos por distintas provincias.

Arámbarri compositor tuvo también notable éxito. Entre las diversas obras que compuso recordamos: *Ocho canciones vascas*, la armonización de diversas canciones populares para soprano y orquesta, *Cuatro impromptus*, un *Cuarteto*, *Gabon Zar sorgiñak*, el *ballet Aiko-Maiko* que prepararon y representaron con mucho éxito los Ballets Olaeta; compuso igualmente una obra para soprano, coro y orquesta titulada *Castilla*, sobre un poema de Manuel Machado, y de igual modo queda bajo su firma la composición de una zarzuela: *Viento Sur*.

Grabó bastantes discos, situados ya en ese nivel de los casi ilocalizables. Dirigió conciertos en Madrid y Barcelona, pero no parece que hiciera giras en países extranjeros. En aquellos años de férrea dictadura franquista, España estaba aislada y no era fácil viajar a otros países europeos. Sus familiares recuerdan cómo él siempre intentaba conseguir partituras de compositores modernos y cómo lamentaba no poderlas obtener. Solía pedir a un sobrino que entonces vivía en Francia que le trajera tal o cual partitura que le interesaba, y entonces él mismo copiaba a mano las *particelas* para los diferentes instrumentos de la orquesta... “No se imagina nadie cuántísimo trabajaba para mejorar la calidad de los conciertos que programaba para Bilbao”, sostiene Sara Ter Sakarián.

Su carrera no quedó en *stand by*. Cuando le ofrecieron la dirección de la Orquesta Nacional, después del fallecimiento de Ataulfo Argenta, cometió el error de rechazarla, al decir de algunos de sus familiares. El arraigo de su familia en Bilbao y el deseo de su esposa de no interrumpir los estudios de su única hija influyeron –al parecer– en la decisión de quien ya era un reconocido director a nivel nacional. Una decisión que le costó superar... Más tarde volvieron a llamarle, y esta vez se decidió favorablemente. Se trasladó a Madrid, pero ya no para dirigir la Orquesta Nacional, sino la banda, que en cualquier caso era un conjunto excelente, pero no a la altura de la Orquesta Nacional. Desgraciadamente, este periodo marca el inicio de sus serios problemas de salud que padecería hasta producirse un fallo cardiaco fatídico.

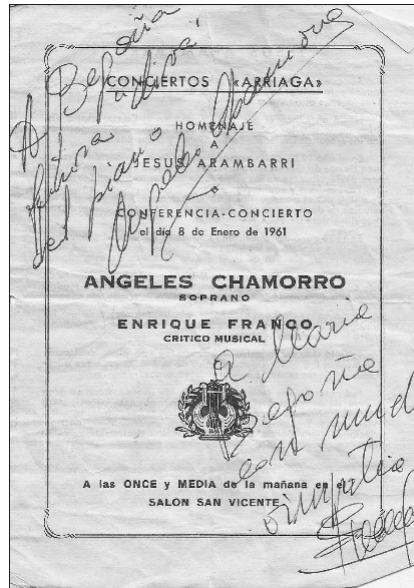
Jesús Arámbarri falleció de modo dramático haciendo lo que más le gustaba: se desplomó en pleno concierto, dirigiendo en el Retiro, el 10 de julio 1960, con tan solo 58 años.

Pocos datos han sido divulgados del maestro bilbaino, en artículos una breve monografía de Pablo Bilbao Aristegui breve de la Colección Temas Vizcaínos. La villa de Bilbao debe recordar a ilustres representantes como Arámbarri y su sincero esfuerzo por elevar el tono de la Cultura que la ciudadanía vizcaína se merecía desde años de sequía intelectual en todo sentido.

El 8 de enero de 1961 Conciertos Arriaga, la asociación musical que tantos logros propició a público y músicos locales, organizó un homenaje a Jesús Arámbarri que se celebró en el Salón San Vicente, hoy Kafe Antzokia, La conferencia-concierto tuvo por protagonistas a dos personalidades de la música de la década: Ángeles Chamorro, la notabilísima soprano que estaba en pleno éxito, y el crítico musical Enrique Franco, al piano.

El programa fue dedicado en su primera parte, íntegramente, a Jesús Arámbarri y sus conocidas *Ocho Canciones Vascas: Txalopin, txalo, Nere maitia, Atea tan tan, Tun kurrun kutun, Aranoak bartuetan, Ainoara ñimiño (sic), Anderegeya, Amak eskondu ninduen*. La segunda parte se dedicó a siete arias de ópera.

La que suscribe este artículo y narra tal acontecimiento, asistió siendo una imberbe junto con su hermana, a quien los protagonistas del concierto firmaron un histórico programa junto con la dedicatoria como prueba del merecidísimo homenaje que se tributó al músico bilbaino.



Homenaje a Jesús Arámbarri. Conciertos Arriaga, programa dedicado.

Pedro Arrupe. Un bilbaino universal (1907-1991)

El mungués Marcelino de Arrupe y Ugarte declaró ante el pertinente registro que el parto de su hijo varón había tenido lugar, exactamente, a las 9 horas de la mañana del día 14 de noviembre de 1907, en la bilbaina calle de la Pelota, número 7, piso segundo. Pedro Arrupe Gondra nació en el amplio inmueble en que vivía la familia en el Casco Viejo. Sus padres, Marcelino Arrupe (arquitecto) y Dolores Gondra, ambos naturales de Munguía, formaban una familia numerosa. Cuatro hermanas le precedieron en el seno de esta familia armónica y piadosa. Tanto Catalina como Margarita, María e Isabel eran ya mayores cuando se produjo el anuncio de un nuevo vástago en la familia Arrupe-Gondra. Las primeras fotos conservadas de él retratan a Pedrito como uno de esos niños que crecieron al calor de los espacios y maneras bilbainas. Como católico convencido, D. Marcelino había sido uno de los que contribuyeron a fundar el diario *La Gaceta del Norte*.

Una carrera brillante

El 1 de octubre de 1914, *Peruchi* Arrupe ingresó en el Colegio de los Escolapios de Bilbao, en donde cursó el bachillerato hasta 1922. Abierto y comunicativo, con una cierta sabiduría para adecuarse al tiempo de estudio y de ocio deportivo, el 29 de marzo de 1918 ya había ingresado en la Congregación de María Inmaculada y San Estanislao de Kostka de los PP. Jesuitas. Tenía 11 años y estudiaba primero de Bachillerato. El último año, el sexto, Arrupe obtuvo en todas las asignaturas matrículas de honor. Se le auguraba una carrera brillante. El recuerdo de su estancia durante aquellos nueve años en el Colegio de los PP. Escolapios fue sinceramente positivo para él. A lo que se añadió la gratitud de haberlo albergado durante dos semanas previas al exilio forzado por el decreto de disolución de la Compañía de Jesús, antes de salir para Bélgica, en tiempos de la Segunda República.

El jesuita P. Basterra puso en contacto a Pedro con quien sería su padre espiritual en esos años, el P. Güenechea 'Chiquito'. Pedro tenía muy claro que iba a estudiar Medicina. Entre 1922 y 1923 hizo el curso preparatorio para la Universidad, en Bilbao. Se examinaría en Valladolid. Llegó a Madrid para cursar estudios en la Facultad de Medicina de San Carlos, en la Universidad Central. Sus recuerdos redactados veintiocho años más tarde de este periodo vital son la mejor referencia. Mientras cursaba los estudios se hizo socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Este compromiso le permitió conocer de cerca la pobreza de los suburbios madrileños.

Si es o no leyenda, fue Negrín (presidente de la República en 1936) quien calificó de "la mayor equivocación de su vida" a la hipótesis de que abandonara sus estudios de Medicina. Años de los que data la amistad que surgiera entre Arrupe y Severo Ochoa. Las notas de su carrera son extraordinarias: en casi todas las asignaturas, sobresaliente y matrícula de honor. Severo Ochoa, confesaría más tarde: "Pedro me quitó aquel año el premio extraordinario".

En la primavera de 1926 murió su padre. No había acabado la carrera de Medicina, pero pudo inscribirse con un carné especial para el reconocimiento de los enfermos en Lourdes, donde viajó con sus hermanas. Allí asistió a más de una curación milagrosa que él tiene ocasión de analizar: "Sentí a Dios tan cerca en sus milagros, que me arrastró violentamente tras de sí". El 25 de enero ingresa en la Compañía de Jesús, en el noviciado de Loyola. Cuando acabó el noviciado, siguió en el Colegio de Loyola donde hizo casi tres años de juniorado, con estudio de Humanidades (1929-1930) y de Retórica en el curso 1930-1931. Se entregaba al estudio de las Humanidades Clásicas. La Filosofía la estudió en Oña (Burgos), pero la hubo de acabar en Marneffe (Bélgica), ya que entonces en España ser jesuita era sinónimo de destierro. De 1933 a 1936 marcha a Valkenburg a estudiar la Sagrada Teología. En mayo de 1936 es enviado como representante de los médicos españoles al Congreso Internacional de Eugenesia, celebrado en Viena.

Aunque Arrupe hubiese deseado ir de inmediato al Japón, pasó tres años en el Teologado de los jesuitas alemanes en los Países Bajos. Según anotaciones al margen de su partida de bautismo, recibió el sagrado orden del subdiaconado en Hendaya, en abril de 1936. El 30 de julio de 1936 recibió finalmente la ordenación sacerdotal en Marneffe.

Un destino con vitola de universalidad

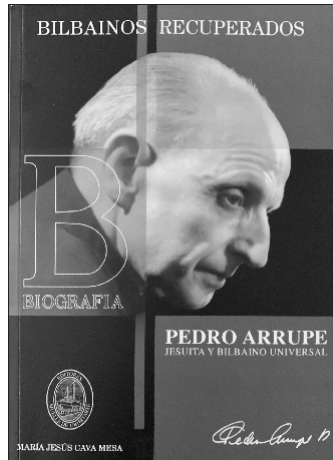
En septiembre se trasladó a los Estados Unidos. Desde septiembre de 1936, el P. Arrupe hizo un año de estudios de Moral Médica, residiendo en el Colegio de Santa María, en Kansas. El cuarto año de Teología lo hizo en la Universidad de St. Louis de Missouri (USA). En septiembre de 1937 Arrupe comenzó su tercer año, la última etapa de formación de los jesuitas, viviendo en la casa-noviciado de Cleveland. Y finalmente: "Peter... Mail for you!". (¡Pedro, correo para ti!). Del Padre General, nada menos. "Después de considerarlo delante de Dios y tratarlo con su P. Provincial, le he destinado para la Misión del Japón". El zigzagueante proceso de formación concluía. "Dios me quería aquí, en Japón", dijo sin ningún tono altisonante de predestinación o triunfalismo. Seis meses de estudio, estudio y nada más que estudio, para hablar y comprender a los japoneses. En junio de 1940 es destinado a la parroquia de Yamaguehi, en la que el recuerdo de San Francisco Javier era palpable.

Japón acababa de entrar en la II Guerra Mundial. Era el año 1941. El 8 de diciembre, tres policías japoneses vienen a practicar un registro en la parroquia y le meten en la cárcel, acusándole de "espía". Le recluyen en un cuartucho de dos por dos metros. Al cabo de un mes es puesto en libertad. Sus conversaciones con carceleros y jueces le granjean admiración y simpatía. En marzo de 1942 le nombran maestro de novicios. Parte para el noviciado de Nagatsuka, una colina a las afueras de Hiroshima. El 6 de agosto de 1945, a las ocho de la mañana, Arrupe es testigo de la explosión de la bomba atómica sobre Hiroshima. Inmediatamente, convierte el noviciado en un hospital de emergencia. Más de ciento cincuenta personas, abrasadas por la irradiación, son atendidas por una comunidad que apenas cuenta con medios y elementos para ello. Más tarde, Arrupe escribiría un libro sobre esta experiencia: *Yo viví la bomba atómica*. El 24 de marzo de 1954 es nombrado Superior de todos los jesuitas de Japón, con el cargo de Viceprovincial. Da la vuelta al mundo pronunciando conferencias para recabar fondos para la Iglesia de Japón.

Fue elegido Prepósito General de la Compañía de Jesús el 22 de mayo, en tercera votación. Eran tiempos complejos en la sociedad internacional, y en la Iglesia en general. Tiempos renovadores en los que después del Concilio Vaticano II, Arrupe hablaría asimismo de "renovatio accommodata". Lleno de valor, de visión del presente y del futuro y, sobre todo, de una inquebrantable fe en Dios, tuvo que sufrir incomprensiones y contradicciones de todas partes, incluso, a veces, de las más altas instancias de la Iglesia. Pero marcó unos derroteros, hoy apreciados como estratégicos, para la Compañía de Jesús, que no dejarían de influir también en otros sectores de la sociedad. Después de celebrada la Congregación General 31, el 2 diciembre de 1974, convoca la Congregación General 32, con visión de futuro. Supondrá un hito fundamental en la historia de los jesuitas por la proclamación de un axioma que va unido a su personalidad como hombre de la Iglesia católica: "fe y justicia".

El 7 de agosto de 1981, de vuelta de Oriente, a donde había ido a visitar a los jesuitas de aquella parte del mundo, ya en Roma, en el taxi que le conducía del aeropuerto a la ciudad, sufre una trombosis cerebral que le deja incapacitado del lado derecho. El 26 de agosto el Papa nombra un delegado personal para atender al gobierno de la compañía en la persona del jesuita P. Dezza. Se interrumpe así el proceso normal de nombrar un sucesor por medio de una Congregación General. Con él, toda la compañía reaccionó con dolor, pero con obediencia total a las decisiones del Romano Pontífice.

El 3 de septiembre reunida la Congregación General, el P. Arrupe presenta su renuncia al cargo ante todos los padres congregados. Días después, el P. Peter-Hans Kolvenbach es elegido General de la Compañía. Su primer gesto fue abrazar al P. Arrupe. De él, dijo a su muerte: "Yo repito muchas veces a mis colaboradores, el P. Arrupe no hubiera hecho todo lo que ha realizado, de no haber tenido esa vena y sangre vasca". Después de casi diez años de ofrenda física y psíquica por la compañía, la Iglesia y la humanidad, el 5 de febrero de 1991 murió en la casa generalicia de los jesuitas en Roma. Arrupe fue un personaje que no dejaba indiferente. ¡Un personaje henchido de luz! Luz, y aire que, insuflando a la vela del barco, impulsó una nave contra viento y marea. Un bilbaino universal de quien conmemoramos con alegría su centenario en noviembre de 2007.



Portada de la biografía del P. General de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe, de María Jesús Cava Mesa.

Iñaki Azkuna, o la pasión por Bilbao

Escribí sobre el alcalde por antonomasia, el del Bilbao de la posmodernidad, y lo hice y recuerdo de nuevo, con pesadumbre; sin poder distanciarme de los efectos derivados de la tristeza causada por su prematura desaparición. Por ello, no puedo sustraerme a evocar las impresiones que yo pueda reunir, la memoria de los significados de la etapa que irá por siempre ligada a decisiones de su firma –ante una pérdida humana, después de luchar tanto frente a la enfermedad–. Y porque, incuestionablemente, la persona y el hombre público lo merecen, y porque su solidez en muchos aspectos fue necesaria en la villa en pleno siglo XXI.

Fui escribiéndole metafóricamente una carta de despedida en aquellos días de su final, deambulando por el parque de Doña Casilda, para rememorar algunos episodios públicos que he tenido la fortuna de observar, o en los que he participado en años precedentes. Y lo hice a sabiendas de que la amistad pero, sobre todo, el respeto entre ambos fue afianzándose ante procesos de los cuales todos hemos sido testigos.

Me presentaron a Iñaki Azkuna durante uno de aquellos encuentros que tanto proliferaron en la década de los 90, relacionados con la promoción del Arte en Bilbao. Uno de los varios signos que daban respuesta al impacto deseado para la regeneración de la villa y su promoción como ciudad de servicios y para bien de la industria cultural.

Coincidimos fundamentalmente, también, en espacios musicales, y casi en vísperas de ser electo como alcalde, por vez primera, recuerdo que con ese inconfundible aire socarrón a la vizcaína de quien sabe gestionar con la mirada aquello que le interesaba y lo que rechazaba, me dijo al saludarle en un pasillo del entonces Teatro Coliseo Albia: “Todavía no he llegado a la Alcaldía, ¡y fíjate... ya me piden!”.

Lo hizo a sabiendas de que aquella neófita en asuntos públicos podía ser cómplice de su comentario, sin riesgo alguno. Nunca he sido interesada.

En este mundo en el que se multiplican las creencias patógenas que repercuten en daños hacia nosotros mismos y hacia los demás, una vez escribí: no caben falsarios. Con el paso de los años, sé que sí caben. Porque generalmente, los daños que causan son irreparables. Eso lo supo perfectamente el alcalde que obtuvo su tercer éxito electoral con una mayoría que palió el impacto de su ya lenta e inexorable agonía.

Y lo que es más decisivo, supo transmitir sus certezas con clara contundencia y actitud asertiva. Por eso escribí en el periódico *BILBAO* sobre Iñaki Azkuna lamentando su desaparición, convencida de que su carisma y bonhomía se merecen elogios y un recuerdo que –a buen seguro– resonará en la memoria de quienes hemos sido ciudadanos atentos a su gestión y a su incuestionable devoción por todos los habitantes del Botxo.

Recordar a quien presidió el Ayuntamiento de esta ciudad, el siempre singular, íntegro, contumaz, bienquiriente de su Bilbao y algo *andipuch*, como diría E. de Arriaga: *alkalte jauna* Iñaki Azkuna, es de obligado cumplimiento.

Sí, es cierto, tenía carácter y a veces su aire prepotente daba lugar a rechazo entre opositores. Pero en la balanza pesa más el haber que el debe, en mi modesta opinión.



Iñaki Azkuna Urreta (Durango, 14 de febrero de 1943-Bilbao, 20 de marzo de 2014), alcalde de Bilbao de 1999 a 2014.

“En realidad, ¿qué piensa el alcalde que piensa la población?”, le inquirió un periodista hace varios años atrás, desde un medio local. Su respuesta acerca del escenario en el que nos ha dejado su imprimátur fue clara, como casi siempre: “A medida que los proyectos avanzaban, la ciudadanía ha cambiado la manera de ver las cosas. La población ha ido sintiéndose orgullosa de la ciudad y mejorando su autoestima. Al menos, eso es lo que creemos”.

El análisis del discurso en todo político prioriza cuestiones que permiten detectar qué imagen transmite. Esto supone un objetivo de trabajo que, en lo que a mí concierne, inicié hace un tiempo para comprender las claves que caracterizan sus paradigmas, sus peculiaridades gestuales y el carácter emblemático de una personalidad que no dejaba indiferente a nadie. Pero también, para comprender años de gran intensidad en este contexto estratégico del Bilbao posmoderno.

Azkuna significa en la saga de los consistorios democráticos, una figura clave para la urbe que hoy tenemos. Remató numerosos proyectos cuya virtualidad solo se intuía en los finales de los 90. Y otros llevan la firma de su mandato y de su equipo.

Como alcalde tuvo en cuenta que el poder local representa un verdadero poder, y además estratégicamente. Por cuanto enlaza con su región europea, y a nivel internacional con escenarios más extensos.

Ese mismo gestor diversificó su mensaje a tenor de sus convicciones, de su ideario político y de su lógica aplastante. Sin disimular su propia experiencia personal, supo expresar en actos que jalonaron el diseño de la política municipal –siempre atenta a la cultura– que era preciso rescatar de la memoria histórica un sentido de concordia que asentara la comprensión del presente y el futuro.

“Cuando en mi juventud de la postguerra oíamos hablar de tal o cual desterrado, nos estremecíamos porque no sabíamos a ciencia cierta aquel significado, pero intuíamos que no era bueno. Por eso siendo la democracia un régimen político imperfecto, bendita imperfección que nos permite pensar libremente y no escatimar ese bien preciado que es la libertad”. Lo expresaba celebrando el 1 de octubre de 2012, en el día de Miguel de Unamuno.

Un año después, en 2013, en el Día de la Memoria volvía a ajustar declaraciones: “Ahora las cosas han ido, afortunadamente, a mejor. Pero para restañar las heridas hay que seguir teniendo memoria, escribir la historia tal como sucedió, sin trampas, y perpetuar los principios democráticos. En una democracia es posible exponer cualquier idea y proyecto político” (7/2/2013).

He ido siguiendo su discurso y puedo avanzar una primera conclusión, su riqueza de matices, la profundidad y curiosidad intelectual de quien fue un gran lector y la firmeza del gestor ilustrado no eran postizas.

Ante la Academia de Ciencias Médicas, se acercó a su propia biografía en lo profesional el 5 de marzo de 2010, durante la entrega del premio José Carrasco-Máximo de Aguirre (antiguo director del Hospital de Basurto en épocas pretéritas y el segundo, antiguo alcalde de Bilbao) para decir: "Llevo mucho tiempo fuera de la medicina, dedicado a la política, aunque durante muchos años ésta fue al servicio de una buena sanidad. Director de Cruces, director de hospitales, director general de Osakidetza y consejero de Sanidad, fueron mi contribución a la sanidad vasca y de rondón a la española. Ahora soy paciente del Hospital de Basurto, allí donde empecé mis escauceos médicos. Me tratan exquisitamente, y tengo entre mis compañeros médicos y enfermeras mi segunda oficina. Lejos de la profesión sí, pues la vida me ha llevado por otros caminos, pero no renuncio a ella y me siento muy orgulloso de haberla elegido".

Efectivamente, Azkuna comenzó sus estudios en Zaragoza, tras el paso por el Colegio de los Jesuitas en Tudela. Según confesaba, por motivos personales y un poco por la situación política, se trasladó a Salamanca. Allí aprendió a conocer "al paisano don Miguel de Unamuno". Recaló en Pro-Cardíacos con el Dr. Iriarte y leyó su tesis doctoral de la mano del profesor Gandarias. Tras la tesis salmanticense se trasladó a París donde siguió estudios en el Hospital Broussais, en el Marie-Lannelongue y en el Kremlin-Bicêtre. Estudió cateterismo cardíaco con el Dr. Bouchard en el Servicio del Prof. Maurice. Allí conoció a los Dres. Albou y Tricot en el Servicio de Radiología Cardíaca y la angiografía le entusiasmó.

La experiencia parisina fue única. Joven, soltero, con una beca ministerial en una ciudad culturalmente potente, fue una oportunidad. Allí conoció a una joven y bella mexicana que seguía estudios en la Sorbonne, y con la que contraería matrimonio después, Anabella. Una mujer sensible, culta, delicada y muy enamorada quien, pese a vaivenes de la vida, demostró su afinidad en todo momento por la carrera de su marido. Por él y su salud luchó hasta el final. Un final agridulce marcado por lo que la enfermedad y la armonía, feliz y finalmente, vinieron a sintetizar. Ella también sería pasto de la enfermedad, muriendo prematura e inesperadamente, poco antes que él mismo.

De París a Cruces, después de ganar un concurso-oposición en Barcelona y rechazar una oferta en Madrid, Azkuna pasó a Cruces, donde organizó junto con otros miembros de los equipos médicos la angiografía infantil y posteriormente con el Dr. Agustín Oñate, la hemodinámica y la coronariografía. Luego nació la radiología vascular. Pero la gestión le atrajo y aceptó la dirección de Cruces, en una época difícil y complicada. Enzarzados en la búsqueda de una mejor sanidad a través de la Mesa de Hospitales con el Colegio de Médicos, como él mismo definía la situación, no olvidaba su amistad con el Dr. Franco, y los disgustos que dieron al Dr. Aya Goñi, Ilustre presidente del colegio y gran persona. “Éramos jóvenes e inconformistas”, se excusaba.

Se recordaba asimismo como docente, en la cátedra de Medicina Física y Radiología, de la mano del profesor Juan Tomás Negueruela Ugarte, “amigo del alma que falleció hace unos años” (...) “un amigo, un doctor ingeniero y doctor médico –como le gustaba titularse—. Durante 25 años impartí docencia bajo su manto, incluso siendo Consejero de Sanidad”.

Al llegar a la Alcaldía terminó aquella etapa docente. Todavía coleteaba el post-franquismo en la administración del Estado y el INSALUD no era una excepción “a pesar del esfuerzo y las buenas intenciones del presidente Suárez”, explicaba.

Para entonces, el Consejo General Vasco había dado paso al Gobierno Vasco, pero éste estaba en sus comienzos (“Ahí empezó mi alejamiento de la especialidad, aunque volví cuando los socialistas pactaron con el PN durante el Gobierno Ardanza”). Fue el propio *lehendakari* Ardanza quien, a través de Jon Azua, le nombró consejero secretario de la Presidencia.

Azkuna dudaba, con esa peculiar ironía que le caracterizaba, de si tal metamorfosis hubiera sido bendecida por el Dr. Carrasco, pero todo el mundo reconoce, hasta el ciudadano menos informado, que Iñaki Azkuna era un hombre nacido para la política.

No obstante, hizo repetidamente profesión de fe: “Soy médico, y circunstancialmente alcalde de Bilbao, mientras lo quieran los ciudadanos”.

Aunque con algo de sarcasmo pude escucharle no hace mucho, a modo de autocrítica: “Los médicos no tienen ni idea...”.

Cuando el 10 de diciembre de 2009 tuve que tomar la palabra en el ayuntamiento para expresar mi gratitud por el título de “Ilustre de Bilbao” que se me otorgaba, dije en aquella ceremonia ante un *alkate* todavía pleno de energía, que mi *palimpsesto*, enseñando, escribiendo, volviendo a enseñar y volviendo a escribir sobre el rastro anterior, reiteradamente, tenía a Bilbao como referente personal.

Hoy se me antoja una metáfora de vida que, en lo que a Iñaki Azkuna se refiere, encaja de manera exponencial. Por lo cual, a mi parecer, debe subrayarse con toda justicia el balance de su etapa, porque su personalidad pivota claramente sobre este escenario que en pleno siglo XXI captura sorpresas agradables para cualquiera que se acerque a él. Un escenario que le debe mucho.

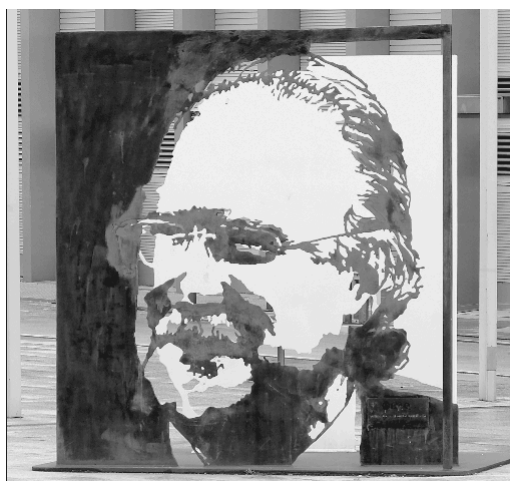
Dije en aquel acto de 2009 una modesta dedicatoria poética a la **B** de Bilbao, de la cual solo extraigo la frase de: “BILBAO BARRUNTA mientras BULLE BETIBAT”. Estoy convencida de que Iñaki Azkuna ha dejado BRUÑIDO su puesto de **vigía** con creces (esta vez, con V).

No en vano, él declaraba reiteradamente: “Quiero a Bilbao con pasión”. “Bilbao, mi villa querida atravesada por la ría y rodeada de montañas que nos han forjado durante siglos y han sido notarios de nuestra intrahistoria. A ti, mi villa, dedicaremos tus hijos Lehendakari, José Antonio Agirre; palabras que pronunciara en 1938, en Radio Barcelona: *“Juro ante Dios que en mi corazón no hay odio ni rencor, y maldito aquél que tenga odio en su corazón, porque éste no será sino instrumento de destrucción y no servirá para construir nada positivo”*.

Él también ha sabido mantener un sentido histórico de la dignidad y demostró estar convencido de que aquellas palabras –más de 60 años después– debían recordarse por su vigencia, como demócrata, vasco y consecuente de su sentido político.

Reafirmó, en definitiva, haber luchado por la libertad, por el juego de las mayorías, por el diálogo mediante el que deben dilucidarse los problemas en la política, rechazando y condenando la violencia.

Finalmente, he de hacer notar su apego a valores religiosos que superaron la mera tradición, para formar parte de su sentimiento de la vida. Al recibir la “Dama Bilbaina”, galardón que la Sociedad Bilbaina otorgó al Ayuntamiento en el año 2000, su despedida fue literalmente esta: “Que Dios, el señor Santiago, nuestro patrono, y la Virgen de Begoña nos iluminen”. Algo que también nosotros debiéramos considerar para su recuerdo. *Goian bego*. Descanse en paz.



Escultura en honor a Iñaki Azkuna del IMQ, del artista Juanjo Novella.

Pilar Careaga y Basabe, alcaldesa de la villa

Entre las experiencias históricas que hemos vivido en el Bilbao contemporáneo consta –y no hay por qué olvidarlo, pues forma parte de nuestra memoria histórica– una sola presencia de mujer como titular de la Alcaldía. Pilar Careaga Basabe ha sido la única alcaldesa y, asimismo, fue la primera diputada provincial (1964-1969). El 7 de julio de 1969 sucedió a Javier Ybarra Bergé como primera política que ocupaba el Consistorio en una capital de provincia, durante la dictadura franquista. En 1970 fue escogida, asimismo, como procuradora en Cortes, una de las escasas mujeres presentes en las Cortes franquistas.

Su mandato municipal se caracterizó por una política de reformas encaminadas a paliar la insuficiencia de infraestructuras de tráfico y comunicaciones. No en vano fue la primera ingeniera industrial de España en titularse en Madrid. Había nacido en Bilbao (26-10-1908), hija del conde de Cadagua, título nobiliario español creado el 20 de febrero de 1910 por el rey Alfonso XIII a favor de Pedro Careaga de la Quintana y Osante, Embajador de España, casado con María de la Concepción Basabe y Zubiría. Y posteriormente, con Marta Von Worms. El matrimonio Careaga-Basabe tuvo cuatro hijos: Pedro, Concepción, Pilar y María Begoña. Pilar Careaga cursó estudios de aparejador y posteriormente continuó en la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de Madrid (1922-1923). Finalizó su carrera en seis años, y obtuvo calificaciones destacadas en matemáticas, química y ferrocarriles. Además, había estudiado lenguas en Suiza (alemán, inglés y francés). En el último año de sus estudios en la facultad realizó prácticas como maquinista de tren, convirtiéndose en la primera mujer que condujo un tren en España. Tenía veinte años. La revista semanal *Estampa*, que se caracterizó por su apoyo a la mujer, le dedicó un reportaje en el que fue fotografiada con mono de trabajo manejando una máquina de tren que salió de la Estación del Norte de Madrid y acabó su recorrido en la de Bilbao. Era una locomotora de vapor 4700. La primera mujer ingeniera en España, dio nombre a la promoción de sus veintinueve compañeros: la "promoción de Pilar" (1929). La foto del curso se publicó en *ABC*. Entre sus aficiones figuraba la vela, y dispuso de un velero ("Zortzi"). Pero nunca se dedicó a la ingeniería, sino a la política.

En las elecciones de 1933, obtuvo acta de diputada junto a otras seis mujeres, mostrándose desde entonces partidaria de la renovación del papel social de la mujer, desde el asociacionismo católico y político. En enero de 1936 figuraba como "protectora" de la revista *Acción Española*, junto con otros miembros de Renovación miembro de Renovación Española. Al inicio del conflicto civil estaba en Bilbao, donde fue encarcelada en la prisión de Larrinaga pasando luego a Los Ángeles Custodios. El 11 de septiembre de 1936 fue intercambiada junto con 150 presos franquistas a cambio de los niños de una colonia escolar bilbaina en Laguardia.

Viajó a Valladolid y desde allí, al frente de Madrid, donde fue delegada de Asistencia al Frente y Hospitales de la FET de las JONS. Al acabar la guerra fue condecorada por las autoridades franquistas y retornó a Bilbao. El 23 de octubre de 1943 casó en Getxo con el ingeniero Enrique Lequerica Erquiza (1892-1987) hermano del entonces alcalde de Bilbao José Félix Lequerica, luego Embajador en Francia.

Su residencia fue la casa-palacio Eguzkialde desde 1957, en Neguri. El Vaticano le concedió la *Cruz Pro Ecclesia et Pontifice* (1958) "en reconocimiento a los servicios prestados a la Iglesia y a la sociedad". En 1964 fue nombrada consejera del Consejo Provincial del Movimiento Nacional, y luego (1964-1969) se convertiría en la primera mujer miembro de la Diputación de Bizkaia. Fue vicepresidenta de la Junta de Protección de Menores y vicepresidenta (1965) de la Junta Provincial de Beneficencia.

Nombrada alcaldesa, gestionó la financiación de los nuevos accesos para Bilbao, la creación de 22.000 plazas escolares, la Universidad (en 1968 se confirma la Universidad Autónoma de Bilbao a partir de la Facultad de Ciencias Económicas fundada en 1955 como centro adscrito a la Universidad de Valladolid, y una nueva Facultad de Ciencias y Medicina, que se ubicó en el nuevo Campus de Leioa), la nueva Escuela Oficial de Idiomas, los nuevos Institutos de Enseñanza Media, Mercabilbao (3 de mayo de 1971), el pabellón de deportes, proyectos de abastecimiento de aguas del Gran Bilbao, etc. El 8 de enero de 1972 se inauguró la Solución Centro, que facilitaba la entrada a Bilbao por el puente de La Salve y se reparó el puente de Deusto.

En esos años, el aeropuerto de Sondika no resultaba suficiente para atender las necesidades del tráfico aéreo. El debate sobre una nueva ubicación derivó en polémica. La alcaldesa, ante la oposición al proyecto, pronunció una de las frases que pronto se convirtió en eslogan en su contra: "El sueño solo lo perdí en cierta ocasión, cuando tuve que decidir si aceptaba la Alcaldía de Bilbao, pero no, el tema del aeropuerto no me quita el sueño, lo que sí me ha dado ha sido muchas horas de preocupación" (*La Gaceta*, 27-10-1973).



Intervención de Pilar Careaga durante la visita del Ministro de Gobernación al Ayuntamiento el 14 de abril de 1975.

Con ella se celebró el 670 aniversario de la fundación de la villa de Bilbao, dándole relevancia al hecho. Su interés por introducir presencia femenina en la vida pública se materializó en la incorporación de mujeres a la Policía Municipal de Bilbao. Proyecto sin efecto hasta abril de 1974, momento en el que ingresaron las diez primeras auxiliares femeninas en este cuerpo municipal.

La dimisión de Pilar Careaga de su cargo tuvo lugar el 7 de julio de 1975, a los seis años de su nombramiento. Estuvo motivada por una intensa polémica mantenida con las asociaciones de vecinos, por la campaña crítica de algunos medios de comunicación, y la confrontación con algunos concejales. Esta solicitud de dimisión de la alcaldesa por parte de un concejal era la primera vez que se producía en el Consistorio bilbaino durante la etapa franquista, con la consiguiente repercusión en la prensa. Entre algunos episodios que afectaron a la salud de la exalcaldesa, la prensa recogió con discreción los sucesos que la tuvieron de protagonista, consta el hecho de que fuera mordida por sus perros guardianes en mayo de 1976, al intentar separarlos en una pelea. *El País* precisó dichas lesiones (26 puntos en una pierna y cuatro en un dedo). Había abandonado la política activa, aunque respaldó a organizaciones de extrema derecha y participó en la fundación de Fuerza Nueva.

El 25 de marzo de 1979 sufrió un atentado a manos de ETA en Getxo cuando se dirigía en su vehículo –un Seat 127– que ella misma conducía hacia la iglesia del Carmen, muy cercana a su palacete de Neguri, para asistir a misa junto con su esposo. Una bala se le alojó en el pulmón y aunque se la intervino exitosamente y se recuperó, las secuelas fueron evidentes. Fue lamentablemente por ello también, la primera mujer a la que ETA intentó asesinar. Finalmente, en junio de 1993 fue ingresada en la Clínica de la Virgen Milagrosa de Madrid con complicaciones hepáticas, y falleció el 10 de junio en su domicilio madrileño. Fue, además, vicepresidenta 2.^a de la Comisión Interparlamentaria de las Cortes Españolas y Vocal de la Comisión del Plan de Desarrollo Económico y Social. Poseía la Cruz del Mérito Militar Roja, la Medalla de Campaña, la Medalla de Sufrimientos por la Patria, la Gran Cruz de Sanidad, la Gran Cruz de Beneficencia de primera clase, la Gran Cruz de la Orden de Cisneros, la Cruz “Pro Ecclesia et Pontífice”, Medalla de Plata de la Diputación, Medalla de Plata de la Juventud y Banda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Eduardo Privat de Coste y Vildósola. Estirpe de emprendedores

Desde que en los años 40 se planteara la teoría del economista Schumpeter y su ya clásico enfoque del desarrollo capitalista, la figura del emprendedor ha recibido un tratamiento teórico muy diverso. Interesan variables que expliquen el carácter y actitudes de aquellos que formaron parte y configuraron contexto social en su actividad económica, pero sobre todo interesan las cuestiones individuales de su comportamiento. Ambición, deseo, vocación, motivaciones... componen, junto con otros valores (y también anti-valores) una gama de conductas que se hacen mitológicas en numerosos casos de la historia empresarial vasca.

Por su singularidad y quizás por su perfil menos divulgado, a diferencia de otros nombres bien conocidos del empresariado de la primera industrialización en Bilbao, nos detendremos en un caso especialmente original, por su talante, empeño, por sus vínculos familiares y por su capacidad para afrontar riesgos económicos.

Los franceses de Bilbao

Eduardo Privat de Coste y Vildósola nació en 1818 en el castillo de Saint Martin de Seigneaux, localidad muy próxima a Baiona. Era el hijo primogénito del matrimonio formado por Antonio Privat de Coste y Jacquet y Josefa Vildósola y Labayen; padres además de otros dos hijos, Dámaso y Ramón, y una hija, Matilde. Su abuelo era militar en el ejército francés, y por parte de madre tenían relación familiar con los Jacquet, quienes regentaban una casa de préstamos en Bilbao. Por su parte Josefa Vildósola provenía de una familia de raigambre liberal, con casa solariega en Vildósola, Castillo-Elejabeitia, donde aún se conserva, y también tenía raíces en Igorre. En 1835, falleció D. Antonio Privat y Coste, quedando la familia en situación económica muy precaria, por lo que Josefa Vildósola y sus hijos se instalaron en Vitoria.

La situación familiar tan perentoria mejoró sustancialmente con el acuerdo matrimonial de la única hija, Matilde, con su tío carnal José Antonio Vildósola y Labayen, el cual era un comerciante acomodado en Bilbao, y junto al que comenzó a trabajar su sobrino Eduardo. La principal actividad del Sr. Vildósola era la de importador y exportador de trigo. En este negocio se inició Eduardo Coste, pasando luego a compaginarlo con la fabricación de harinas. Y fue en este tiempo de inicio de la actividad laboral, cuando abandonaron el apellido Privat de Coste y lo españolizaron convirtiéndolo en el actual Coste y Vildósola.

Eduardo Coste tuvo dos fábricas de harinas, una en el término municipal de Los Balbases, cerca de Castrojeriz (Burgos) y otra en Miraflores, en las proximidades de Bilbao. Pero en compañía de sus hermanos actuaba a través de la firma "Coste y Cía", asimismo, en la importación de algodón, fibras vegetales y manufacturas textiles, a fines de la década de los 80. Antes de llegar a esa fase, sin embargo, y aunque su actividad principal fueran las fábricas de harina, ya había creado la compañía "Urigüen, Vildósola, Coste y Cía", que fue propietaria de las minas Cenefa, Escarpada y Berango. posteriormente vendidas a los Sres. Browne y Toucham.

Hacia 1860, Eduardo Coste contrajo matrimonio con Dolores de Aguirre y Labroche, natural de Bilbao, hija de Máximo de Aguirre y Ugarte-Barrondo, comerciante bilbaino perteneciente a una familia muy arraigada entre la élite mercantil de la villa, personaje que fue alcalde de Bilbao, primer presidente de la Sociedad Bilbaina y que propició una importante actuación urbanística, al ser promotor de la urbanización de Las Arenas y la Vega de Lamiako, terrenos adquiridos al Estado tras la desamortización de 1855. Vivió en la calle Ribera, en el número diez y ocho, segundo piso, con su esposa. Una calle muy destacada, entonces, en la que residieron familias adineradas como los Vilallonga, Churruca, Power, etc.

Gracias a este enlace, Eduardo Coste intervino en la actividad de su suegro y posteriormente, a la muerte de éste, con sus cuñados Ezequiel, Eduardo y Enrique Aguirre, a través de la compañía "Viuda de Aguirre e Hijos", invirtió en el ferrocarril de Bilbao a Las Arenas y creó la sociedad "Establecimiento de Baños de Mar Bilbaínos". Asimismo, la compañía "Viuda de Aguirre e Hijos" se dedicó a fabricar lencería en Miraflores, Bilbao.

Antes y después del sitio carlista

La Guerra Carlista y el sitio de Bilbao de 1874 supuso un grave quebranto económico para Eduardo Coste, ya que su negocio de harinas vio paralizada su producción y Las Arenas fue ocupada, quedando arruinado el negocio del balneario, pues tanto éste como otras propiedades soportaron grandes desperfectos. Sin embargo, a partir de la liberación de Bilbao volvió a reorganizarse la producción de harinas, y en 1876 comenzó a obtener resultados óptimos debidos al despegue definitivo de la urbanización de Las Arenas, con la reapertura del Establecimiento de Baños de Mar Bilbaínos y la organización del tranvía Bilbao-Las Arenas (1877). De igual modo, la posterior concesión del ferrocarril Bilbao-Las Arenas en 1883 le fue positiva.

Durante todos estos años, se ve en Eduardo Coste un interés especial por el desarrollo de los ferrocarriles y lo demuestra el hecho de que fuese consejero del ferrocarril de Bilbao a Tudela en 1863-1864, consejero del ferrocarril Bilbao-Las Arenas desde su creación, y también porque aparece como accionista en las primeras suscripciones de los ferrocarriles de Bilbao a Durango, de Amorebieta a Gernika, y de Las Arenas a Plentzia, además de los dos citados Bilbao-Tudela y Bilbao-Las Arenas.

La importante generación de capital producida por la parcelación y venta de terrenos en Las Arenas, fue destinada a diversificar las actividades empresariales de E. Coste, invirtiendo en el Banco de Bilbao, del cual sería nombrado consejero, creando luego la compañía "Naviera vasco-andaluza" (1878) para dedicarse al comercio marítimo de cabotaje. Esta compañía no resultó y fue absorbida en 1881 por la compañía "José María Ybarra y Compañía".

También tomó parte Eduardo Coste en la fundación de la "Compañía Euskalduna de construcción y reparación de buques", de la cual fue consejero y más tarde vicepresidente. En 1901 creó junto a su hijo Ramón, la sociedad regular colectiva "Eduardo Coste y Vildósola e hijo", cuyo objeto social era la compra-venta de trigos, elaboración de harinas y demás negocios, especulaciones mercantiles e industriales que los socios acordaran de conformidad. Esta sociedad operó hasta el 31 de diciembre de 1913, fecha en la que se liquidó al fallecer –en septiembre de 1913– Eduardo Coste y debido también al fallecimiento de su hijo Ramón en febrero de ese mismo año.

Capítulo aparte merece la actividad institucional que desarrolló Eduardo Coste, tanto por la importancia de los cargos que desempeñó, como por la labor que en ellos promovió. Fue vicepresidente de la Junta de Comercio de Vizcaya, precursora de la actual Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, como correspondía a un hombre de su iniciativa, en 1873. Pero donde volcó todo su carácter y esfuerzo fue en la Junta de Obras del Puerto de Bilbao.

La Junta de Obras del Puerto de Bilbao, se constituyó como tal en el año 1877, con el objeto de dotar a Bilbao de un puerto moderno, estable y de dimensiones apropiadas para dar salida a los productos elaborados en las incipientes industrias vizcaínas, también para permitir el abastecimiento de las materias primas necesarias para esa producción. Eduardo Coste fue el primer presidente de esa Junta de Obras desde el año de su creación, 1877, hasta 1905, es decir 28 años; periodo de tiempo que coincide prácticamente con el desempeñado por el ingeniero director Evaristo de Churrua y Brunet (1877-1908).

En este periodo se construyó el muelle de hierro de Portugalete, que terminó con los peligros que suponía la mítica “barra de Portugalete”, permitiendo la canalización de la ría y la entrada de barcos de mayor calado. También se construyó el muelle de Santurtzi y contramuelle de Arriluze, quedando configurado el puerto exterior del Abra y ampliando el puerto de Bilbao. Todos estos trabajos fueron durísimos, ya que las condiciones del Cantábrico eran complejas en incontables ocasiones. Baste recordar cómo el muelle de Santurtzi que había sido prácticamente terminado, fue desplazado y derruido en parte por un fortísimo temporal entre el 30 y el 31 de diciembre de 1894, teniéndolo que rehacer unos metros más adentro.

La nobleza industrial

Todo este bagaje de acción innovadora fue razón para que el rey Alfonso XIII otorgara el título de marqués de Lamiaco a Eduardo Coste y Vildósola, en 1902, al tiempo que Evaristo Churruca era nombrado conde de Motrico por iguales méritos. Además de este título nobiliario, Eduardo Coste estaba en posesión de la Gran Cruz de Isabel la Católica. Falleció el 4 de septiembre de 1913, a la edad de 95 años, en su casa de Las Arenas (antiguo Colegio de las Madres Irlandesas, ya derribado). Tuvo de su matrimonio con Dolores Aguirre y Labroche, 3 hijos, Ramón, casado con Dolores de Acha y Garamendi, Carmen, casada con Ramón Jauregui y Zabálburu, propietario de la Acha y Garamendi, Carmen, casada con Ramón Jauregui y Zabálburu, propietario de la fábrica de la fundición La Purísima de Astepe (Amorebieta) y Máximo, que falleció joven y sin descendencia.

Durrio y sus amigos

El artista casi siempre ha estado rodeado de enigmas. El enigma es un misterio, algo que no se puede explicar o que no logra descubrirse. Y de Paco Durrio desconocemos muchas cosas, por más que nos hayamos acercado a su personalidad como artista diversos autores. Desde sus orígenes y lugar de nacimiento, hasta su deambular artístico parisino, nunca se puede estar seguro totalmente de si es más leyenda lo que se cuenta de él, que realidad.

Una biografía compleja

Kosme Barañano (KOBIE, Serie Bellas Artes, Bilbao. Bizkaiko Foru Aldundia- Diputación Foral de Bizkaia. N^oV, 1988), Xabier Saenz de Gorbea, María Amézaga Massalleras (*Paco Durrio*, Muelle de Uribitarte, 2013), Javier González de Durana, Guillermo Elejabaitia, yo misma, y otros más... hemos escrito con mayor o menor detalle, sobre aquel que fue un bilbaino de adopción, más que un *bilbaíno* sin diptongo, como diría el fallecido alcalde Azkuna.

Siempre se ha dicho de Francisco Durrio de Madrón que nació en Valladolid –1868– y falleció en París, 1940⁶. Hijo de emigrantes franceses, Durrio es una castellanización del apellido *Durrieu*. Mientras que el añadido *de Madrón* no aparece en la partida de bautismo, pero sí en el acta de defunción y en muchos catálogos de sus exposiciones internacionales, indicaba Saenz Gorbea en un artículo de 2013.

Clave dentro del arte de la primera mitad del siglo XX, tanto por la originalidad de su obra (escultura, orfebrería y cerámica) como por divulgar innovación artística importada desde París, fue también catalizador de la colonia formada por los pintores vascos Ignacio Zuloaga, Francisco Iturrino, Juan de Echevarría... y por catalanes (Ramón Casas, Anglada-Camarasa, Manolo Hugué, etc.) residentes en el París de la bohemia más mitificada. Su amistad con los Zuloaga fue firme hasta su fallecimiento. Francisco Durrio se relacionó, asimismo, con dos de los más grandes revolucionarios de la pintura contemporánea: Paul Gauguin (1848-1903) y Pablo Picasso (1881-1973).

Vivió entre 1901 y 1904 en el célebre Bateau-Lavoir de Montmartre, edificio en el que se reunieron y trabajaron importantes artistas europeos de aquellos decenios. Su estancia en la capital francesa se prolongó más de medio siglo y allí conoció a la vanguardia artística. Del epistolario rescatado de Durrio por K. Barañano, extraigo esta breve misiva por su valor significativo:

CARTA DE PACO DURRIO A MANUEL LOSADA

París, 26 Fevrero 1901, 30 rue Ravignan.

Amigo Manuel: Inquieto de no saber nada sobre los cuadros de Gauguin le dirijo a Vd. estas líneas a fin de que tenga la amabilidad de hacer las gestiones necesarias para averiguar lo que de ellos ha sido. Algo ocupado todo este tiempo desde que llegué, no he podido verme con Alexandre, pero le prometo que en la primera ocasión que me vea con este señor le hablaré de lo que nos ocupamos en esa. Si tiene Vd. ocasión de ver al señor Tous le saluda en mi nombre y le dice que he empezado a ocuparme del encargo que me dio y que tan pronto como esté terminado se lo enviaré.

Manuel Losada, otro catalizador de iniciativas renovadoras en este escenario bilbaino cuando caminaba hacia su metamorfosis, fue destinatario habitual de sus cartas. Le protegió, sin duda, pese a sus errores en la gestión de sus compromisos. En esta carta, según parece, Durrio se refería a las litografías y grabados al boj que había enviado a Bilbao para participar en la Primera Exposición Modernista organizada por la vanguardia local. Gauguin fue el artista extranjero de referencia, y estuvo representado. Durrio poseía un conjunto de cerca de treinta cuadros de Gauguin, que fueron "testimonio de amistad que Gauguin le dejó al partir en su segundo y último viaje, que iba a ser definitivo, para las islas oceánicas de Tahití". El debate de si fueron estas regaladas o no, no interesa en este momento; lo cierto es que las pertenecientes a Durrio estuvieron en Bilbao durante la Exposición Modernista de 1903, y durante la Exposición Internacional de Pintura y Escultura de 1919.

Hijo de adopción

A pesar de residir en París, Bilbao estuvo siempre en su corazón, y aquí mostró su obra en numerosas exposiciones. Desarrolló, además, una prolongada labor como marchante de arte – especialmente para su mecenas Horacio Echevarrieta–, reuniendo una importante colección personal que fue vendiendo para poder sobrevivir. “El mecenazgo de Cosme Echevarrieta y de su hijo Horacio fue fundamental en la carrera de Durrio, no solo por los importantes encargos de obras –como bustos o el panteón familiar– y por la adquisición de piezas de Durrio, sino también por su papel como asesor de la familia en la compra de obras de arte (al menos dos Gauguin y un Van Gogh), que fue para Durrio una prolongada fuente de ingresos”, indica Saénz Gorbea.

Pero, de nuevo, las incógnitas sobre su vida en Bilbao, siendo joven, aunque haya algo seguro respecto de su formación. Como tantos bilbainos aficionados a la pintura visitó el estudio de un pintor local, Lecuona –calle de La Cruz– para recibir clases. Lecuona formó técnicamente a muy diversos personajes (desde Unamuno a Lequerica). Con trece años, F. Durrio se apuntaba en la Escuela de Artes y Oficios y se identificó como escultor. Aparece con el apellido Madrón y estaba bajo la tutela de su madre Adorina Granié (nueva interrogante sobre su familia). En 1881 se trasladó a Madrid, donde permaneció un año con el escultor Justo Gandarias, en su taller de Atocha. Y en 1888 marcha a París. Lleva el encargo del mausoleo de Cosme Echevarrieta. Durante 15 años trabajó en diferentes maquetas (hasta once proyectos que no llegarían a realizarse). Y ya en torno a 1903, diseña el obelisco que existe en el cementerio de Getxo, finalmente terminado hacia 1923.

Luego, Francisco Durrio se zambulle en el simbolismo y la cerámica, una preocupación que le conduce a tratar de dar con un horno especial para la cocción de sus piezas. Porque entre 1903 y 1905, Durrio centró su interés en la cerámica, había conocido al ceramista Daniel Zuloaga a través de su sobrino, el pintor Ignacio Zuloaga. Estudió la técnica de la cerámica vidriada y el esmaltado, en el taller de Ernest Chaplet, y elaboró jarrones, vasijas y otras piezas de carácter modernista. Paralelamente, también diseñó joyas (broches, hebillas, sortijas, etc.).

Los bilbainos gozamos de una de sus obras cumbre, el *Monumento a Juan Crisóstomo de Arriaga*, aunque el proyecto sufrió retrasos y discusiones. Tras contrastar *Libros de Actas municipales* de junio de 1912, puedo afirmar que la desazón municipal al no ver concluido el proyecto fue *in crescendo*. Empero, se le daba crédito a su autoría (“Sin discusión alguna se aprobó de completa conformidad con lo propuesto por el Sr. Presidente sobre la contratación del monumento a Juan Crisóstomo Arriaga por el escultor Don Francisco Durrio, al cual se le pide que determine la fecha de la terminación de la obra”).

Aquel hombre que conoció a grandes poetas simbolistas y críticos de arte, que suscitó el elogio de Mallarmé y Morice –por sus magníficas cerámicas– no dispone de un catálogo completo, aunque se haya avanzado mucho, últimamente. Realizó dos trabajos que por sí mismos están entre lo más importante que se hizo en aquel tiempo. Obras de larga ejecución, caracterizadas por un programa complicado: El *san Cosme* de la tumba de la familia Echevarrieta –una de las más importantes aportaciones hechas en el campo de la estatuaria religiosa vasca en la primera mitad de siglo–. Y *Eutherpe*, fuente que decora magníficamente uno de los accesos al Museo de Bellas Artes (Monumento a Arriaga).

Las dificultades del artista

Pasaron veintisiete años entre la confección del proyecto sobre Arriaga –1906– y la inauguración en 1933. Con motivo del centenario del nacimiento del músico, en marzo de 1905, el Ayuntamiento de Bilbao aprobó una moción para erigir un monumento. Las diez mil pesetas iniciales pasaron a ser veinte mil. Su proyecto llegó fuera de plazo al concurso abierto por el Ayuntamiento, pero aún así, el jurado compuesto por Plácido Zuloaga, Juan Rochelt, Manuel Losada, Ricardo Bastida y Leopoldo Gutiérrez otorgaba en abril el primer premio a la obra del artista afincado en París.

El trabajo no se materializó en los plazos previstos, y en 1914 quedó archivado el contencioso, sin acuerdo posible entre las partes. En 1931 el Ayuntamiento encargó a Valentín Dueñas, discípulo de Durrio, su finalización, y de común acuerdo con él se terminó el conjunto en Madrid.

Tras una intervención quirúrgica en los ojos (1939), Durrio permaneció en el Hospital de Saint Antoine un par de semanas. Dada su precaria situación económica, propuso a su amigo Barandica la organización de una rifa de su bajo-relieve *El sueño de Venus*, "pues los artistas a los que he recurrido, entre ellos el papá del Cubismo, se hacen los desentendidos...". La ruptura con Picasso se evidenciaba de modo doloroso. Se cuenta también que Barandica vendió 149 papeletas que supusieron 3.700 pesetas, enviadas a Durrio. La pieza rifada está hoy en el Museo de Bellas Artes de Bilbao, fue entregada en depósito por Quintín de Torre. Enfermo y sin recursos, y frente a la amenaza de tener que ingresar de nuevo en un hospital, ofertó dos de sus cuadros más estimados. Creyó obtener de la Junta del Museo una compensación más equitativa que la obtenida. Murió el 30 de agosto de 1940, a los 73 años.

Durrio dejó su huella en una generación de artistas vascos (además de los ya citados, los hermanos Zubiaurre, Alberto Arrue, Anselmo de Guinea, Darío de Regoyos, etc.). Así se confirma en la exposición *Francisco Durrio y sus amigos, París 1880-1920* que pudo disfrutarse en el activo mundo de las galerías de Bilbao en 2014.

Vicente Egaña, un héroe bilbaino en el hundimiento del *Lusitania*

2014 fue año de conmemoraciones variadas respecto del gran proceso histórico iniciado en 1914: la Primera Guerra Mundial. Este artículo reseña el protagonismo de un bilbaino en el contexto de aquel dramático conflicto, por lo tocante al reconocimiento que se granjeó ante su heroicidad.

El 7 de mayo de 1915, mientras el presidente Wilson jugaba al golf en Maryland, fue informado de que el *RMS Lusitania* había sido torpedeado por un U-Boat alemán (submarino). El hundimiento del Lusitania supuso la muerte para 1.198 personas, entre los que se incluyeron una cifra estimada de 128 americanos, e impulsó a los Estados Unidos a declarar la guerra a Alemania, en un contexto bélico en el que hasta entonces se había mantenido neutral. El inicio de la Gran Guerra europea que derivó luego en conflicto bélico mundial había comenzado el 28 de julio de 1914.

La iconografía del gran barco es abundante y permite descubrir las características de aquellos vapores de lujo, elegidos por personas de muy distinta condición para cruzar el Atlántico. Trasatlántico para pasajeros, rápido y admirado, terminó trágicamente el 7 de mayo de 1915 en aguas de Irlanda, al ser torpedeado. Entre estas víctimas inocentes de aquella Primera Guerra Mundial hubo personajes relevantes, como el millonario Vanderbilt, el empresario Frhoman, etc. Pero también tuvo entre el pasaje a un bilbaino que pasó a la posteridad por su heroicidad. El pasajero era Vicente Egaña, que no sabía hablar inglés, y que trasladó en brazos a varias mujeres y niños hasta la cubierta de los botes. Fue recogido del agua finalmente por uno de esos botes en el que había muchas mujeres a quienes había salvado la vida previamente.

Algo más que un buque de postín: el *Lusitania*

Las compañías alemanas Norddeutscher Lloyd y Hamburg-Amerika ya habían alcanzado un óptimo estándar con cinco nuevos trasatlánticos, y según relatan los aficionados a la historia naval, el gobierno inglés concedió a la empresa Cunard un préstamo de 2,6 millones de Libras esterlinas para construir dos grande trasatlánticos de lujo el *Mauretania* y el *Lusitania*, a condición de que estos rápidos buques, siempre fueran de propiedad británica y estuvieran a disposición del país en caso de guerra, para servir como transporte de tropas. Los dos barcos, se cuenta, llevaron por ese motivo nombres de provincias romanas, y habían sido diseñados para ser los mejores buques de línea para pasajeros del mundo, tanto en lo concerniente a comodidad como a tecnología. Precisamente por la rivalidad de las empresas navieras de esas décadas, la White Star Line construiría después los legendarios *Olympic*, *Titanic* y *Britanic* para superar a los barcos de la Cunard.

El *Lusitania* había zarpado el 1 de mayo de 1915 del puerto de Nueva York con destino a Liverpool. Pese a la guerra en Europa, había reanudado su servicio regular entre Inglaterra y Estados Unidos. En este viaje iba al mando el capitán William Thomas Turner, que pudo salvarse y aportó valiosa información a las autoridades encargadas de la investigación. A bordo viajaban unas 2000 personas en calidad de pasajeros, y 800 tripulantes.

Cerca de las 14,00 horas del 7 de mayo de 1915 el comandante Schwieger, al mando del submarino "U-20", avistó, según su declaración, "un gran buque que no pudo identificar, pero que era atacable a tenor de las instrucciones que habían recibido los submarinos alemanes, después de la declaración de su almirantazgo sobre la guerra submarina sin restricciones, dentro de la zona que la nota oficial delimitaba". A las 14,10 horas disparó un torpedo, que fue claramente avistado desde el *Lusitania*.

El antes mencionado multimillonario Vanderbilt, la última vez que fue visto vivo fue en cubierta, pocos instantes antes del hundimiento, pues al parecer ofreció su chaleco salvavidas, según se relata, a una pasajera.

Existen diversas interpretaciones de la acción bélica, pero de ellas subrayo –como razones del ataque– a las medidas de boicot del comercio neutral con Alemania (navicert) y al azar de la guerra... Se menciona, asimismo, la imprudencia del capitán Turner, pues colocó a su buque al alcance de los torpedos del submarino, sin olvido de que –así se indica también– el barco llevaba explosivos y armamento oculto, con el consiguiente peligro para el pasaje. Lo cierto es que el barco fue torpedeado a 8 millas de la costa de Irlanda, con personas a bordo. El relato del salvamento se reconstruyó gracias a testimonios orales, esencialmente. Por ello la prensa americana reseñó la actitud heroica del bilbaino Vicente Egaña, citándolo como "a Spanish national from New York City, United States who survived the *Lusitania* disaster".

Se le describía en la página 3, el lunes 10 de mayo de 1915, en el periódico *New York Times*, como un joven español que salvo a muchas señoras antes de que el barco se hundiera y que permaneció en el agua “varias horas” antes de ser rescatado. (“a young Spaniard who saved many women before he too went down with the ship and was in the water several hours before being rescued”).

Vicente Egaña Aguirre, como escribió de él la *Revista Bascongada* en un estilo épico: "(...) extendió por el mundo el nombre heroico de este denodado vasco que, en el trance amargo del naufragio, se olvidó hasta de su propia existencia para lanzarse al socorro de sus semejantes, en especial de señoras y niños amenazados de ser víctimas del proceloso elemento. Cuando el submarino alemán torpedeó al hermoso trasatlántico, orgullo de la arquitectura naval británica, y al iniciarse el rápido e inmediato hundimiento, ante el terror y pánico de los cientos de pasajeros sorprendidos por la inminente catástrofe, destacose serena, resuelta y altruista la figura simpática del heroico vizcaíno. Coadyuvó al buen orden del salvamento, arrancando de segura muerte a gran número de señoras y niños, y cuando llegado el momento final ocupaba el único asiento disponible en el último bote de salvamento, aun tuvo el generoso arranque de ceder su puesto a una señora, lanzándose al agua sin más protección que la Divina Providencia, que no permitió se hundiera en el fondo de los mares la abnegada existencia del salvador de tantas ajenas vidas. Toda la prensa mundial ha tratado con la extensión debida del heroico comportamiento de este insigne paisano nuestro, y en todas las lenguas conocidas se ha dedicado el debido homenaje de admiración y reconocimiento a su abnegada conducta. Este héroe hoy glorificado es un vasco, es un vizcaíno, hijo de Bilbao, nacido en el barrio ribereño de Olaveaga, de la invicta capital de Vizcaya".

Tal como publicaba la revista *Euskal-Herria*, Vicente Egaña Aguirre había nacido, en el barrio de Olaveaga, en la casa propiedad de la familia, sita en la calle de San Nicolás. Allí seguían residiendo en ese año (1915) sus padres. En el Colegio de Santiago Apóstol cursó Vicente Egaña sus primeras letras y siguió después otros estudios que le permitieron especializarse en actividades comerciales (contabilidad en la academia dirigida por D. Félix Alegría). A los 16 años marchó a la República de México, donde ya se hallaban empleados sus hermanos Ricardo y Ramón.

Por tanto, primero emigrado a México y colocado en unión de sus hermanos, decidió más tarde dedicarse al negocio de comisiones y representaciones y, por último, dado su carácter emprendedor, inteligente e inquieto se convirtió en promotor –en sociedad con otro empresario asturiano– de una gran fábrica de cerillas y fósforos, la «Compañía cerillera de Puebla».

Egaña era un entusiasta de la tierra vasca, y gran aficionado a la pelota. Con dotes escénicas, se dijo de él, debió de participar en funciones a beneficio del Hospital y del Centro Español de México.

Pero fundamentalmente, como muchos vascos emigrados a tierras mexicanas destacó por su habilidad y vocación de trabajo. Según glosaba *Euskal-Herria*: “Es queridísimo en toda la colonia española de Méjico, y su carácter franco, noble y atrayente le granjea generales simpatías y reconocimiento a su abnegada conducta” (J. Bengoechea).

En suma, uno de los héroes del desgraciado ataque fue aquel emprendedor bilbaino, quien tan solo con 28 años había destacado ya por su carácter decidido, al acometer nuevas iniciativas empresariales (negocio de exportación, entre los que se contaban productos como el añil, exportado precisamente a Inglaterra). A propósito de ese progreso empresarial había recorrido varios estados mexicanos y tras viajar a Nueva York, se había embarcado el 1 de mayo en el trasatlántico inglés *Lusitania*, para dirigirse al Reino Unido con idea de consolidar sus negocios mercantiles. Aquella luctuosa circunstancia permitió descubrir la generosidad del joven; algo que la prensa anglosajona reseñó oportunamente y derivó en alabanzas y felicitaciones que contribuyeron a divulgar el paradigma de la solidaridad del vasco.

Sobreviviente de aquel terrible hundimiento, contaba a sus parientes en Bilbao, en su casa de Rodríguez Arias, que le había sido imposible salvar a un hombre que le ofreció su fortuna por hacerlo. Pudo ser el millonario Alfred G. Vanderbilt, que se estaba ahogando. Y aunque al parecer le ofreció una mano, el mar se apoderó de él, según crónica de Eduardo Haro, corresponsal del *ABC* en esos días. Vicente Egaña, que iba en cabina de segunda clase fue el único español a bordo, junto con los 601 en total que estaban en lista en el barco alojados en esa categoría. De los cuales sobrevivieron 229 y desaparecieron 372. Habían partido el 1 de mayo de 1915. El pasaje en mayoría era estadounidense, canadiense, británico y francés, aunque en menor proporción.

El 14 de noviembre de 1926, *ABC* informaba de su boda, por poder, en la Basílica de Begoña de Bilbao. A Vicente Egañase le concedió la Cruz de Beneficencia por su ejemplar conducta en la tragedia del *Lusitania*. El Ministerio de Asuntos Exteriores tiene un expediente donde se da cuenta del homenaje a don Vicente Egaña, superviviente del *Lusitania* por su conducta heroica.

Una de las hélices del *Lusitania* se conserva en un Museo de Liverpool.

María Victoria Gondra Oraá, primera mujer “Amiga del País” de la Sociedad Bascongada en la Comisión de Bizkaia

El semblante de un personaje exige un recorrido que haga históricamente comprensible hechos y valoraciones. El acercamiento solvente hacia una persona requiere de información selectiva, por eso el relato que entreteje vicisitudes se revela muy ajeno a posturas subjetivas. Tal es el caso de la reseña que dedico a María Victoria Gondra. Los vínculos afectivos con la sociedad vasca que siempre mantuvo y el propósito de contribuir desde un mecenazgo muy estimable a labores asistenciales y culturales, favoreciendo proyectos de diversa naturaleza sitúan a la Fundación Gondra Barandiarán en la línea de un mecenazgo sociocultural de verdadero interés.

Por su condición de *supernumeraria*, doña Dolores Churruca y Zubiria se hace merecedora de atención igualmente, dado que en 1943 ingresó como primera mujer en la RSBAP. Su tenacidad y devoción por cuantas actividades organizara la Comisión de Bizkaia han sido dignas de encomio. Pero la dama que recibió **el primer "ondo etorri zaitezala"** fue la socia de número María Victoria Gondra.

Un linaje

El linaje de los Gondra muestra a lo largo de su evolución histórica líneas familiares diversas, entre las que han destacado personajes de talla como el propio Padre Arrupe, Prepósito General de los Jesuitas (1965-1983). Entre los diversos ascendientes y descendientes del apellido se localiza una genealogía de procedencia diversa pero siempre dentro de la geografía vizcaína. En primer lugar, ligados a Mungia y Maruri. Línea que enlaza con los Eguía. También constan los Gondra de Lumo, ubicados luego en Bilbao y que enlazaron con los Ipiña. El apellido, no obstante, se extenderá desde Bizkaia hasta Argentina y Paraguay. Su etimología se identifica con: *Llano o valle de lo más alto*. Y según todos los indicios investigados por la propia María Victoria Gondra, el apellido –al parecer– había tenido su origen en el caserío *Gondra*, sito en el barrio Billela de la anteiglesia de Munguia, desde tiempo muy lejano. La línea familiar de procedencia de María Victoria Gondra fue la de Ciriaco de Gondra Robles (Meñaka, P. Santa María, b. 7-IV-1857). Profesional del Derecho y civilista destacado contrajo matrimonio con Juana M^a de la Asunción Lazurtegui González, hija de Blas de Lazurtegui. Su padre, Blas de Lazurtegui, había emigrado a México y allí se casó con Joaquina González, ciudadana mexicana. Pasados unos años, se trasladaron a Bilbao. Sus dos hijos mayores retornarían con el tiempo a América, donde tuvieron descendencia, uno en el sur de Estados Unidos, y el otro en Bolivia (en Sucre, entonces capital de la República). Ciriaco y Asunción Lazurtegui fueron padres de numerosa prole, nueve hijos: Leonor, Pedro, M^a Isabel, y Joaquín, que fallecieron y luego otros cinco más, Ricardo, José M^a, M^a Carmen, Fernando y Julio. El

benjamín fue Julio (su tío Julio Lazurtegui fue su padrino y la razón por la que le impusieron su nombre).

Fernando de Gondra Lazurtegui, nació en Bilbao, el 29-I-1897 y fue bautizado el día 3 del mes siguiente en la parroquia de San Nicolás (Bilbao, P. San Nicolás, n. 1897). Fernando casó en 1928 con Emilia de Oraá Sanz, hija de José Manuel y Emilia. De esta unión nació una hija: María Victoria de Gondra Oraá, quien contrajo matrimonio con Guillermo de Barandiaran Alday.

María Victoria Gondra y Oraá sería, por consiguiente, una representante entre otros de una familia de renombre social, en tanto por vía paterna como materna. Destacados hombres de negocio, su patrimonio se había fraguado a través de distintas actividades empresariales y profesionales.

De la mano de su padre dispuso y heredó una buena biblioteca, complementada con aportes editoriales procedentes de varios países. Como actitud personal, tributaria de las aficiones bibliófilas de su padre, el ansia general de mejorar sus conocimientos le hizo asumir el *leitmotiv* de “el cómo y el por qué” de dicha afición que luego fue común al matrimonio Gondra-Barandiarán.

Los varios fondos de la bien conocida biblioteca fueron implementándose y adquirieron vistosidad ornamental. La encuadernación de artistas como Brugalla, de Barcelona, y Palomino en Madrid, al igual que otros prestigiados artistas locales y extranjeros, dio mayor prestancia a dichos fondos.

En este clima de afición y amor por los libros creció María Victoria, quien quiso cultivar una vocación por la investigación histórica como autodidacta. El salto hacia la proyección pública de sus trabajos se evidenció en los años 80. Fue el 9 de febrero de 1986, concretamente, cuando Luis de Castresana dedicó una reseña a MarivíGondra, en su sección “El País Vasco desde dentro”, en *El Correo Español*, el *Pueblo Vasco*. Había intervenido ésta en una charla dedicada a Juan Crisóstomo de Arriaga, durante el programa de actos conmemorativos que celebraban el centenario de la Cámara de Comercio de Bilbao.

Una historiadora *amateur* muy profesional

La cultura de aquella bilbaina, amasada a lo largo de sus viajes, lecturas y formación, fructificó en investigaciones que recalaron en su propia genealogía familiar. Rastreó con verdadero ahínco en la divulgación historicista de un espacio tan interesante como Busturialdea.

Castresana calificó de “historiadora” a la dama que ya había editado para entonces algunos trabajos sobre Forua y sobre un antepasado muy conocido en la historia de la villa bilbaina, el inquieto Julio de Lazurtegui. También José María de Areilza, tres años antes (3 de febrero de 1983) –y desde el mismo periódico– citó a María Victoria Gondra en un artículo dedicado a las “historias locales” para destacar su labor paciente sobre las Merindades Vizcaínas. Efectivamente, había trabajado sobre “las anteiglesias de Luno y la de Arrieta de Líbano” (*Vigilando desde las cumbres una vieja merindad*). Aquel libro transparentaba a lo largo de sus 19 capítulos, acontecimientos históricos; y con cierto atrevimiento, formulaba diversas conjeturas sobre un panorama social vizcaíno que tomaba al documento como cimiento de sus conclusiones. No cabe duda que María Victoria Gondra generaba reconocimiento en la escena local bilbaina y también curiosidad. Su trabajo tuvo cierto impacto entre los círculos intelectuales y periodísticos de Bilbao. Y dado el perfil de religiosidad de esta inquieta mujer, se divulgó asimismo la labor asistencial y religiosa que ejercía.

De todos sus trabajos, “El Bilbao de Julio Lazurtegui” (1984) fue quizás el más notable. Unida por lazos de parentesco al propio protagonista de tantos episodios ligados al desarrollo del Bilbao del siglo XIX, la autora se acercó a aquel prohombre con cierta habilidad. A lo largo de los años ochenta fue desgranando varias monografías de su firma que abarcaron las localidades de Mundaka, Pedernales, Forua y Murueta, Luno y Arrieta de Líbano.

Haciendo gala de una narrativa rigurosa, su evocación de los “Tremendos de Kanala”, aquellos viejos lobos de mar, dejó al lector de sus obras la estela de un viaje hacia el pasado en el que cobraban vida personajes novelescos (Manuel de Arrotegui, el naviero; Nicolás de Arrotegui, el corsario real, etc.). En esta narrativa se hicieron visibles, además, edificaciones antiguas, torres desconocidas (por ejemplo, la Casa de Chirapozu, casa donde murió el pintor José María Ucelai), etc. Leer a María Victoria, como escribió Enrique Ybarra, era “palpar la Historia de la Merindad de Busturia”; era conocer las casas armeras con sabor marinero –como la de Simitur, vieja casa torre de los corsarios–. Era conocer –en definitiva– a intrépidos navegantes mundaqueses.



Pintura retrato de María Victoria Gondra Oraá.

Su labor no resultó indiferente para la sociedad culta de esa década y fue valorada por la crítica.

En definitiva, como pionera de la divulgación histórico-cultural sobre diversos territorios vizcaínos fue nombrada miembro de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Una parte importante de la biblioteca de tema vasco que pudo disfrutar –como base de sus trabajos– provenía de la colección de Pedro Garmendia, coautor de *Torres de Vizcaya*.

Por ese motivo ella misma confesó en declaraciones a la prensa de 1984: "El origen de mi vocación por la historia está en mi biblioteca familiar". Ese año (17 de diciembre de 1984) la Cámara Oficial de Comercio de Bilbao homenajeaba a Lazurtegui, aprovechando la aparición de su libro. Su antepasado, Julio de Lazurtegui había sido un defensor a ultranza de las relaciones entre España y diversos países Latinoamericanos. Aquel clásico bilbaino, nacido en 1859, hijo de un hombre de negocios que promovió la fundación del Banco de Bilbao junto con los Epalza, Zabálburu, Uhagon, Escurza, Ybarra, Uriguen, etc., y que viajó incansablemente por Europa, destacó por su espíritu inquieto. El arquetipo del emprendedor bilbaino quedó personificado en este experto en minería que propuso para Bilbao, entre varios proyectos, la celebración de una Exposición Iberoamericana. Proyecto fallido que cuajó, sin embargo, en la organización de un Centro Iberoamericano, dejando un planeamiento urbanístico sobre el papel, para todo el espacio urbano de Abando-Ibarra, incluido el parque del Ensanche. Proyecto verdaderamente original por su precocidad futurista.

Presentada la Sra. Gondra por Juan Ramón de Urquijo en el acto de ingreso como miembro *de número* en la Comisión de Vizcaya de la RSBAP, el 14 de noviembre de 1982, Adrián Celaya actuó en calidad de presidente en la Biblioteca de la Diputación. Este conocido foralista expresó entonces que: “María Victoria de Gondra y Oraá, siendo una *etxekoandre* auténtica, con dedicación especialísima hacia los suyos, participa además en otras muchas actividades, y dedica muchas horas del día a la investigación artística e histórica”. Del tono de aquel discurso destaca, fundamentalmente, una circunstancia excepcional: fue la primera mujer en convertirse “Amiga del País” de la Sociedad Bascongada en esta Comisión Vizcaína, cumpliendo el requisito estatutario para alcanzar la categoría de número. Alabada su condición de bibliófila, presumía de haberse “pateado” montes, ermitas, torres, etc.

Mariví Gondra, como las damas de aquellas tertulias ilustradas locales del siglo XVIII, formó parte de una saga cuyo rol social hay que contextualizar⁷.

Falleció prematuramente a los 60 años, víctima de rápida enfermedad en 1990. El 30 de enero varios periódicos dieron cuenta de su necrológica. La muerte le sorprendió cuando pensaba reeditar una monografía sobre *Busturia*, traducida al euskara.

Carmen de Gurtubay y Alzola, la espía vasca

De apellidos notables, perteneciente a una familia vasca con pedigrí, María del Carmen Gurtubay y Alzola, marquesa de Iurreta y Gamboa, nació el 4 de junio de 1910 en Madrid. Hija de la primera marquesa, doña Blanca, y de su esposo que era un primo carnal, Juan Gurtubay y González de Castejón. Su padre murió prematuramente cuando Carmen tenía dos años, y más tarde, su madre contrajo matrimonio en segundas nupcias el 15 de abril de 1920 con José Bustos y Ruiz de Arana, conde de Andria. El título que ostentaba hasta entonces fue un regalo de bodas que le concedió el rey Alfonso XIII. Poco se sabe de la primera juventud de aquella heredera, aunque el ambiente aristocrático de la familia permite deducir un estilo de vida cosmopolita y una educación esmerada.

Su madre convertida en condesa de Andria decidió concederle muy pronto el título de segunda marquesa de Iurreta. Como joven prometedora, perteneciente a una familia destacada, Carmen sobresalía por sus habilidades deportivas (buena amazona, golf, tenis), por su conocimiento de idiomas y por su experiencia viajera. Era prima de María Rosario de Silva y Gurtubay (marquesa de Barco) quien casó con el XVII duque de Alba, Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, padres de la última duquesa de Alba, Cayetana Fitz-James Stuart y Silva. Los Gurtubay pasaban por ser una de las más adineradas y ancestrales familias dentro de la escala social del momento.

Según se cuenta, llevó la cola del vestido de Rosario de Silva al contraer matrimonio, y su *charme* debió ser notorio, hasta el punto de que las crónicas de sociedad en la prensa de los años veinte hablaron de ella –Gugú– calificándole de “criatura deliciosa y original”. Entre las originalidades que se le señalaban estaban las de conducir su propio automóvil o hacer galopar a una jaca de sangre en la feria de Sevilla... De unas *Memorias inéditas* atribuidas a Carmen y datos filtrados de su correspondencia con Manuel de Irujo, se deduce que estudió con edad algo avanzada Filosofía y Letras y hablaba inglés y francés, conocía el italiano y portugués.

Un matrimonio infructuoso

En 1931 contrajo matrimonio con un miembro de una saga de diplomáticos vascos muy destacada: Alfonso Merry del Val (Bilbao, 1903-1975). Era primo suyo y diplomático como su padre y su tío. Según se cuenta, la ceremonia tuvo lugar en Washington. Alfonso Merry había ingresado en la carrera en septiembre de 1929 y estuvo diez meses en Londres como secretario de tercera, para desarrollar después una dilatada actividad en el exterior que fue, desde la Embajada de Estados Unidos, hasta Japón y Corea, pasando por muchos otros países latinoamericanos, europeos y de Oriente Próximo, durante 41 años.

La relación del matrimonio debió ser tormentosa por diferencias de todo tipo, pero sobre todo, ideológicas. Alfonso destacó por un conservadurismo acentuado que chocó frontalmente con la actitud algo *snob* de la aristócrata. El vínculo se disolvió en 1932. Posiblemente la relación con el Cardenal Rafael Merry del Val, Secretario de Estado Pontificio tuvo que ver con la disolución de su matrimonio mediante Decreto Papal. No tardarían ambos en contraer nuevos enlaces. Alfonso con Mercedes Ocio y Ureta y Carmen con Ángel Fernández de Liencres, marqués de Nájera (4 de julio de 1936). A Carmen se le señala una afinidad con un socialismo moderado cercano a las tesis de Indalecio Prieto, y se alude a que respaldaba la creación del Estatuto para Euskadi. Tras aquel matrimonio civil, la familia miró con recelo el rumbo que iba adoptando. Más aún cuando, iniciada la guerra de 1936, Carmen se trasladó a Barcelona y luego a París, donde se mostró cercana a los intereses de la política republicana. Al término del conflicto regresó a España y en 1942 ejerció como "agente secreto" para los aliados.

Su misión –parece ser– tuvo que ver con captar información sobre tráfico de oro, joyas y obras de arte que los alemanes estaban llevando a cabo. Fue detenida en España y también en Portugal por este motivo. Cuando París fue liberado en plena Guerra Mundial, Carmen se exilia ante la amenaza de una posible tercera detención.

Sus contactos desde Francia (1945-50) con Manuel de Irujo, miembro de EAJ-PNV y ministro del gobierno republicano en el exilio están documentados por correspondencia conservada en archivo. ¿La razón? Carmen se ofreció literalmente como delegada en Rumanía, y participó en el Congreso por la Libertad celebrado en Berlín en 1950. Se le atribuyen mediaciones entre republicanos y monárquicos en las maniobras que en esos años existieron con objeto de derribar el gobierno del general Franco.

En 1948 decidió un tercer matrimonio con John Mackee-Norton, canadiense expatriado en Inglaterra, que conoció a Carmen en el bar del Hotel Ritz de París. De su tercer marido se recogen algunos comentarios que dedicó a aquella “pequeña mujer con ojos brillantes oscuros y hermosas manos huesudas con largas uñas de color rojo, como rubíes”. Como muchas personas pertenecientes a la élite de la España de los años treinta, su experiencia en contactos, viajes y relaciones vacacionales le permitían tener acceso a información y a un estatus de vida muy confortable.

En 1997 un informe archivado en el Congreso de los EEUU (*Informe Eizenstat*) sobre actividades delictivas de los nazis (obras de arte) durante la II Guerra Mundial contiene información proveniente de esta señora y dirigida al Embajador norteamericano en París. Se sugiere por algún autor anglosajón (D. Wingeate) que Carmen también informó sobre el número de alemanes residentes en España, en 1946.

Falleció el 23 de enero de 1959 en París a los 48 años, siendo enterrada en el cementerio de Montparnasse. Parece que hubo un editor norteamericano que le invitó a publicar su autobiografía. Texto que, de existir, permanece inédito ya que la familia y su propia madre se mostraron contrarios a ello.

La correspondencia con Irujo

Carmen y Manuel de Irujo se entrevistaron en varias ocasiones en Francia. El 1 de julio de 1946 le escribía al ministro recordando sus contactos con el presidente en el exilio Diego Martínez Barrio y el hecho de que su huida de España había sido para evitar un tercer encarcelamiento y “el colaborar con todos los medios y fuerzas a mi alcance con el Gobierno de la República, por el que he luchado desde el año 1927, cuando aún era muy joven”. Un motivo, entre otros –añado yo–, para que se produjera el choque de trenes con Merry del Val, declarado partidario de la monarquía (estuvo en la Secretaría de Alfonso XIII), y luego del régimen franquista.

Su inquina hacia el exmarido se filtra claramente a través de comentarios tales como: “Cuando se preparó para las oposiciones a la carrera diplomática mi primer marido, don Alfonso Merry del Val, fue el último Encargado de Negocios de Franco en Rumanía y podría hacer yo una labor destructiva de la suya, pues la causa esencial de mi divorcio fue nuestra diferente y opuesta opinión política y no teniendo relaciones con él a partir de la fecha...”.

Carmen en 1946 se creía preparada para acciones diplomáticas e informativas. Recordaba a Irujo que, en su familia, había habido varios diplomáticos y dos embajadores en concreto, por tanto, se definía como buena conocedora del protocolo al uso. Como expuso al ministro, no tenía afiliación partidista, pero se autodefinía como republicana independiente y “dispuesta a someterse a lo que el Ministerio de Estado dictase”. Su osadía al proponerse, no tuvo límites. Sugería indicando a Irujo que una vez nombrada delegada, llevaría a efecto una gira –como representante oficiosa– por Grecia, Turquía, Siria, Líbano, Irán, Irak, Arabia y Egipto.

Su propósito, además de viajar, era dictar conferencias para boicotear cualquier acción favorable a Franco en la ONU, dado que en septiembre de aquel año la organización internacional votaría la cuestión española en la Asamblea de Septiembre. Auguraba el éxito de la *tournée* dadas sus amistades en algunos países (Egipto, por ejemplo).

Con cierta zalamería y consciente del machismo imperante en esos años, dijo a Irujo que si consideraba aquel trabajo excesivo para una mujer y creía que no estaba capacitada para tan amplio cometido, se contentaría con actuar como delegada en Rumanía, solamente. Pero insistió que era partidaria de ejercer todo el plan de acción. Buscaba el consenso de Giral y del gabinete diplomático del Ministerio de Estado en el exilio, naturalmente. Por lo que ofreció su papel, gratuitamente, sin costo alguno en tanto el gobierno republicano no regresase a España. Entonces precisó con absoluto descaro que le serían rembolsados los gastos de la Legación, *tournée*, etc.

La posición de Carmen era desahogada y disponía de capital (francos suizos) para dos años, según confesó al ministro. Se sometía al control de calidad del ministerio y buscando la aprobación, expuso que "si no estuvieran satisfechos de mi gestión excuso decirles que me retiraría a la primera indicación". Anunció en esta asombrosa oferta, con mucho de petulancia naifque, caso de no poder colaborar, se marcharía "a vegetar" a la Costa Azul hasta que cambiaran las cosas... Había permanecido en París para escribir informes y unos cuantos artículos de prensa, pero llegado ese tiempo, su deseo era salir de la capital francesa.

A modo de declaración de principios escribió: "Como vasca y por lo tanto como compatriota, comprenderá que estamos capacitados para llevar tan delicada labor a buen fin, pues ya saben que los vascos no solamente somos enérgicos, sino que además nos gustan las cosas útiles y positivas".

De la Dolorosa, a la Pasionaria

Expuse en la presentación de mi libro⁸ sobre Dolores Ibarruri que la historia tiene necesidad de símbolos. Esta aseveración me sirve como preámbulo para decir que el valor simbólico de La Pasionaria, forma parte de la densidad político-social y cultural de muy distintas épocas que la sociedad vasca, española e internacional fue moldeando en la historia contemporánea.

En el caso de quien fue la primera secretaria general de un partido político de izquierda en el siglo XX, y a tenor de sus años de activismo y de su dilatada vida personal, 1895-1989, se pone de relieve que su protagonismo traspasa la centuria, articula y representa procesos y resultados a evaluar, ineludiblemente, si tratamos de comprender su propia evolución transformadora, y también de la ciudadanía en la posguerra.

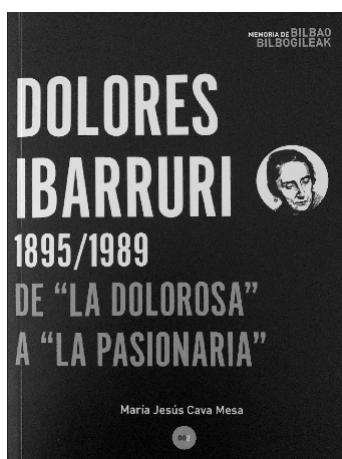
Los actores individuales componen un espectro decisorio sumamente importante en nuestra época, aunque también muy complicado, y a veces tortuoso. La idea de escribir sobre un personaje tan controvertido como imprescindible en la recuperación de la memoria histórica supone ciertamente un reto. Una tarea que requiere sutileza y equilibrio, con el fin de ponderar con el mayor acierto posible –o el menor margen de error– lo sucedido durante la andadura de La Pasionaria, un icono político del siglo XX. Junto con su innegable protagonismo, el personaje cataliza elementos característicos de la historia nacional e internacional fundamentales para comprender la pasada centuria.

El personaje

En el caso de Dolores Ibarruri se confirma que el análisis de procesos de mayor proyección reúne situaciones históricas que iluminan el cuaderno de bitácora y el rumbo seguido por el Partido Comunista a través del liderazgo de esta mujer. Momentos que dan la pauta para comprender –años después de su liderazgo durante la Guerra Civil– su postura favorable a la reconciliación nacional, que sustentó la vía de la concordia en plena transición española. Algo que, sorprendentemente, algunos apologetas del populismo –de uno y otro signo– pretenden olvidar en nuestros días.

El propósito de este libro, siendo fiel a la colección que lo registra como su segundo número (*Bilbogileak/Memoria de Bilbao*), propone una revisión de lo conocido hasta ahora sobre el personaje. En esa investigación afloran numerosos interrogantes, acusaciones fundadas e infundadas y, en definitiva, mucho sentido trágico de la vida. Al reunir páginas de los variados procesos vividos desde que Dolores dejó de ser la Dolorosa para ser la Pasionaria, el relato de su dilatada vida se torna complejo. Lo es, por sí mismo, y también por los excesos cometidos en más ocasiones de las deseables al biografiarle autores correligionarios, principalmente, y al glosarla portavoces de ideologías antagónicas apoyándose en argumentación distorsionada.

La visión que trato de ofrecer supone por ello una mediación entre el pasado y el presente, como de hecho cumple al historiador, y sugiere una cierta epifanía al revisar lo sucedido. Me refiero no solo a lo positivo y sonoro, sino también a lo difícil, tardío o poco acertado de algunas decisiones que caracterizaron a esta lideresa.



Portada libro *Dolores Ibarruri 1895/1989. De "la dolorosa" a "la pasionaria"* de la autora.

Una historia de vida

La comprensión de esta historia de vida no puede subrayarse en pocas líneas, menos aún sintetizar todo lo acontecido, sino subrayar la fibra humana que caracterizó a esta destacada gallartina, con sus luces y sombras y para poner de relieve su identidad como vasca universal.

Las muchas historias de intensidad innegable nos la sitúan en escenarios muy distintos, en las minas, en la Casa del Pueblo, en la inevitable huelga, pariendo a sus seis hijos –de los cuales solo sobrevivieron dos (Rubén murió también en Stalingrado durante la Segunda Guerra Mundial)–, escribiendo en prensa, redactando *Mundo Obrero* en Madrid, participando en los debates y encuentros políticos del Partido Comunista, interviniendo en campañas electorales, viajando, actuando como propagandista, como parlamentaria, como lideresa de la resistencia al estallar la Guerra Civil, dando mítines, liderando una propuesta que finalmente fracasaría, en el exilio, siendo el espíritu de *La Pirenaica*, organizando al partido como secretaria general y luego en su Presidencia, viviendo el estalinismo de cerca, tomando decisiones no siempre atinadas o claras, definiendo estrategias, enamorándose de nuevo, cuidando a los suyos, leyendo, ansiando volver, codeándose con grandes personajes de la esfera internacional, confiando en la suerte, evitando morir en el intento, soportando enfermedades, sobreviviendo a casi todo, aceptando la vía de reconciliación nacional, deseando que la mujer obtuviera su legítimo lugar, añorando “su paz”...

En cuatro capítulos, este trabajo que glosa con rapidez en este breve texto, revisa desde su etapa infantil hasta su fallecimiento los distintos periodos de la vida y acciones, intervenciones, éxitos y fracasos de esta lideresa indiscutible. Las consideraciones que se infieren sobre ella, a tenor de la investigación que llevé a cabo durante dos años en diversos archivos, y de la historiografía disponible, ponen de relieve su relevancia. Tarea compleja sin duda, en la que los recursos informativos han tenido un respaldo muy centrado en documentación del PCE y de la propia Dolores Ibarruri.

La historia no es una materia estática, como decía Neruda refiriéndose a la poesía, sino una corriente fluida, que muchas veces se escapa de las manos de quien la recrea o interpreta. Pero indudablemente, analizar a un personaje tan paradigmático, concita maneras nada convencionales de interpretar la historia reciente. Y porque queriendo evaluar decisiones en contextos tan extravagantemente difíciles, como fueron los años de Guerra Civil, posguerra y Segunda Guerra Mundial, a veces solo cabe transitar con cautela, evitando maximalismos, y valorando por su trascendencia a largo plazo la relevancia de una lideresa como esta vizcaína de tanta proyección internacional.

Evidentemente, son muchos los aspectos y datos históricos que han quedado posiblemente en la cuneta de este itinerario, pero el comedimiento es una regla de oro, y la prudencia –además del sentido del humor– virtudes muy recomendables cuando se escribe e interpreta a alguien que todavía recibe juicios de valor tan contradictorios.

La temática de la evolución histórica que representa Pasionaria hace visibles, pese a todo obstáculo y de forma elocuente, procesos transformadores. Pasionaria es un personaje que atrapa y cuyo conocimiento es crucial.

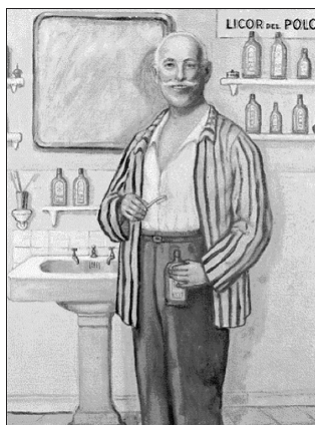
Salustiano de Orive (1842-1913) y su milagroso elixir

Debido a las peculiares maneras del personaje que recordamos en este artículo, lo primero a constatar es su personalidad algo excéntrica, y su perfil emprendedor. Por su talante y su energía, por las anécdotas que él mismo se encargó de divulgar, figura entre una galería de populares que hicieron leyenda en el Bilbao de finales del siglo XIX y principios del XX. Orive obtuvo el reconocimiento público por sus acciones empresariales y por sus originalidades de distinto impacto. Entre otras facetas, por ejemplo, al inventor del Licor del Polo se le asoció con un paradigmático anticlericalismo local que ha quedado grabado en la memoria a través de una frase dicha por él, a punto de fenecer: “No creo en Dios ni en el Licor del Polo”. Declaración de intenciones o no, lo cierto es que aquel popularísimo boticario estuvo ligado a situaciones que no pasaron desapercibidas en la villa que le hizo rico, y que ya era urbe “con pretensiones”, como gusto decir.

Una personalidad indomable

De entrada, su farmacia en la calle Ascao dispuso de la consabida rebotica que fue cónclave de tertulias literarias, centro de conspiraciones y sede no oficial del Partido Liberal. Se cuenta que allí se gestó la rebelión por el impuesto de los huecos, que puso en pie de guerra contra el Ayuntamiento a todos los comerciantes del Casco Viejo. Militante republicano federal, así se lo dijo al rey don Alfonso XIII cuando el monarca le felicitó en la Exposición Universal de Barcelona. Participó activamente en la vida política y económica bilbaina. Durante la segunda guerra carlista se alistó en el batallón de Auxiliares, en la Primera Compañía, al mando del capitán Juan Recacoechea. Tuvo un destacado papel a nivel local y nacional en el Partido Republicano Federal, que dirigía Francisco Pi i Margall.

Inventor del famoso dentífrico Licor del Polo que manufacturaba en su fábrica de Deusto, que no de Briones, como dicen erróneamente algunos escritores, fue un publicista realmente chirene, que recurrió a ripios de cosecha propia publicados a destajo en diarios locales como *El Liberal*, *El Noti*, *El Nervión*, etc. Otra de sus originalidades fue que en aquella expo catalana instaló una fuente que manaba Licor del Polo de Orive. Ni que decir tiene, su producto fue premiado con medalla de plata, aunque parece ser que aspiraba al oro...



Dibujo del farmacéutico Orive y su Licor del Polo.

En mi trabajo sobre *El Bilbao de la Belle Epoque* recogí algunos versos publicitarios de aquel simpar farmacéutico, que hoy reproduzco al completo, como muestra de su prosapia publicitaria:

*La Sociedad de naciones
ha mandado a sus soldados
limpiar con Licor del Polo
la boca de sus cañones.
Al polo fue Sisebuto
hace un año y aún no escribe,
¿Se habrá muerto de escorbuto?
por no usar el muy bruto
Licor del Polo de Orive.
Calixto que es hombre listo
de Orive la pasta gasta
y así el bueno de Calixto
se da el pisto y se da pasta.
Del viento en este momento*

*mal aliento se percibe
que mal le huele el aliento
ya podría usar el viento
Licor del Polo de Orive.
Mi dependiente Vicente
a una dura chuleta
no podía hincar el diente.
Se untó Licor del Polo
y tras de un rato
hincó el diente y rompió el plato.
En cierta calle madrileña
cayó una gota del polo bien pequeña
y en el mismo lugar precisamente
donde cayó la gota brotó un diente
Este es el origen bien sencillo
de que exista en Madrid
la calle del colmillo.
¿Qué le ha prescrito el doctor? Licor.
¿Licor tan solo? Del polo.
¿Licor del Polo prescribe?
Licor del Polo de Orive.
Luciano te quedas solo
y de verdad que lo siento
pero usa Licor del Polo
para que no huela tu aliento.
¡Camarero!
¿Que quiere usted ron, o marrasquino solo?*

*No quiero ningún licor
no siendo Licor del Polo.
En Babia Rosita vive
quiere tener pretendientes
y no usa para los dientes
Licor del Polo de Orive
Para ser rico en España
hay dos caminos tan solo
o dedicarse al toreo
o vender Licor del Polo.
En un choque de trenes hace días
perdió todos los dientes Paco Mir.
Se untó Licor del Polo
y al de un año le han vuelto a salir.
Dentífricos hay cuatrocientos
con anuncios a los cuatro vientos
y todos saben a vitriolo
si se comparan con Licor del Polo.*

¡Eureka, lo encontré!

Aquel “dentífrico-elixir” se inventó en 1876 y representó la cumbre de una carrera esforzada y exitosa que narró en contadas ocasiones a la prensa. Sus orígenes modestos le llevaron a superarse de continuo. Aplicado estudiante, fue telegrafista de ocasión y cursó como alumno libre la carrera de Farmacia en la Universidad de Madrid. Se cuenta que estudiaba la carrera de noche, y metía los pies en una palangana de agua fría para vencer al sueño. Casado con la riojana Vicenta Ontiveros, se estableció en Bilbao, donde en 1870 abrió su botica de la calle Ascao nº 7, y luego otros negocios relacionados con su profesión, como su establecimiento de baños higiénicos, el llamado Balneario Permanente de Salustiano de Orive, que en su propaganda decía: «Baños hidroterapéuticos a la altura de los mejores de Europa. Cuartos pintados al óleo. Bañeras de mármol. Ropa colada y caliente al que la solicite. Lujosos tocadores. El bañista tiene derecho por el precio de un billete a una superior jaboneta y a la acreditada agua de colonia Orive”.

Tenía 12 bañeras de mármol y dos cuartos de duchas de agua fría y caliente. También podía tomarse baño ruso y de pulverización. La ducha fría costaba a peseta y la caliente, alterna o escocesa, a 2,50 pesetas la sesión.

Propietario de una lechería y casa de labranza en Erandio, invirtió en ferrocarriles de vía estrecha, adquirió terrenos rústicos y urbanos y sobre todo vendió a diestro y siniestro frascos de su Licor del Polo. Sin duda, el bilbaino de adopción fue un tipo ingenioso, pero a la vez indomable.

Uno de esos personajes asociados con un Bilbao singular. Como de hecho resulta la anécdota que no sabemos si es cierta, pero que dice haber sucedido durante una Semana Grande de Bilbao, y que se refiere al contrato que hizo a un negro de Guinea para colgarle, sujeto de sus dientes, de lo alto del Puente Colgante, con un cartelón que justificaba la fortaleza de semejante dentadura por la eficacia de su elixir para la higiene dental. Por cierto, que la idea del elixir le sobrevino siendo estudiante en 1867, al padecer un fuerte dolor de muelas. Tuvo que ir a un dentista de la calle Montera, quien le sacó de golpe dos y muchos cuartos que le hicieron creer que habían sido cuatro. El temor a verse en otra, le hizo componer un dentífrico que fortaleciera su dentadura. Conociendo Botánica Farmacéutica, estudió las propiedades de varias plantas y ensayó en la droguería de Ulzurrun donde trabajaba como practicante junto con un condiscípulo, Justo García. Su propósito le llevó a presumir más tarde, a los 65 años, de carecer solo de aquellas dos muelas extraídas de joven. Aquel había sido un invento perseguido que contribuyó a la higiene bucal, lo cual le enorgullecía. Su fábrica en Deusto fue modélica en cuanto a reglamentación higiénica y condiciones de trabajo. Hizo viviendas para sus trabajadores y dispuso de instalaciones para asegurar la elevación de aguas y de alumbrado para el recinto fabril.

En cuanto al nombre, Orive contaba que un compañero de carrera, Apolinar Espinosa, a quien llamaban Apolo y Polo, fue el destinatario del brindis por el primer producto de éxito que fabricara. Así lo hizo. Pero en la fórmula del elixir, aclaró Orive, también había sustancias empleadas en el Polo Norte para combatir el escorbuto, por lo que llamarlo Licor del Polo era adecuadísimo. Exitoso como dentífrico, afrontó la competencia de varios productores, en especial uno alemán, al que denunció con demostración científica probando su dudosa calidad.

Lidió una campaña estruendosa de la que salió ganador, y así pasó a ser aún más reconocido. Pero es que Orive, tenaz donde los hubo, fue un furibundo pleiteador: contra sus yernos, contra vecinos, contra productos de la competencia a los que acusaba de copiarle sus fórmulas. Por falsear testigos, los jueces terminaron por desterrarlo de Bilbao y se vino a Logroño, donde levantó una nueva fábrica, 'Laboratorios Orive', y su chalé de la carretera de Soria, donde murió rodeado de albaceas testamentarios.

El 'Licor del Polo', vendido a la Henkel-Schwarkorpf, existe como marca, pero alterada su aura decimonónica y fórmula magistral. Con el uso de productos naturales, en 1920 creó también el "Jarabe Orive", jarabe con aplicaciones contra la tos, que recibió numerosos premios.

Salustiano Orive y Oteo falleció a la edad de 71 años la noche del 16 de mayo de 1913. Fue enterrado en el cementerio civil de la capital riojana, según su propio deseo. Versiona Luis Sz. Gamarra en *El Diario de Noticias de La Rioja* (2008) que su testamento “era una venganza fría y esperpéntica, un desquite funesto contra sus hijos, hijas y deudos”. Aunque, con el mismo tono jocoso de sus ripios, el demoledor testamento hológrafo decía: «De mi matrimonio tengo cinco hijos. Declaro asimismo tener otro hijo natural, llamado Salustiano». «Con pena declaro que todos mis hijos nacidos de matrimonio han correspondido en manifiesta ingratitud al cariño y generosidad: a ninguno debo atenciones sino ofensas gravísimas”. «En consecuencia, no pudiendo olvidar tan inicuos proceder, adopto las precauciones necesarias para preservar mi fortuna de toda disipación». «Aparto a mis hijos con la legítima del fuero de Vizcaya a que está sometida mi herencia, excluyéndoles de ésta con una teja, un árbol y un real de vellón y un puñado de tierra (...). Instituyo por únicos y universales herederos a mis hijos Salustiano (hijo natural habido en su vejez) y Julio. A mi hijo Salustiano, como heredero de todos mis bienes muebles: de los derechos a ser el solo propietario y dueño de las fórmulas de mi Licor del Polo; de mi agua de colonia, polvos de talco, jabón y productos dentífricos”.

Filántropo y ateo, dejó buenos dineros “para obras benéficas en general, atenciones de beneficencia según aconsejen mis testamentarios, pero prohibiendo absolutamente que de esta pensión se distraiga ni un céntimo para objetos ni fines religiosos”. Aquel testamento firmado el 5 de diciembre de 1912, pocos meses antes de su muerte, ponía de manifiesto además de su condición anticlerical, la existencia de una fortuna considerable. El riojano asentado en Bilbao no pudo impedir que, aunque tarde, fuera repartida su herencia (entre sus hijos e hijas naturales y legítimos), pues el testamento finalmente fue revocado. Como máxima familiar, sus descendientes suelen repetir con gran sentido del humor otros de sus ripios más terapéuticos:

LA DÉCIMA DE LA SALUD

Vida honesta y arreglada,

usar de pocos remedios

y poner todos los medios

de no alterarse por nada.

La comida moderada

ejercicio y distracción

no tener nunca aprensión.

Salir al campo algún rato,

poco encierro, mucho trato

y continua ocupación.

Indalecio Prieto, en el cincuentenario de su fallecimiento

Los personajes que a lo largo del tiempo han conseguido marcar con impronta propia el discurrir de sus días, son necesariamente objeto de conmemoración. Es precisamente este hecho, el aniversario de la muerte de Indalecio Prieto en el exilio –Ciudad de México, 11 de febrero de 1962– y cuyo cincuentenario se celebró en fecha oportuna, lo que me lleva a dedicar unas líneas a este asturiano de origen y bilbaino de adopción (cuyo recuerdo de la villa siempre le acompañó, y así se demuestra en *Pasado y futuro de Bilbao*, suma de conferencias pronunciadas en el exilio mexicano en octubre de 1946). Periodista en sus inicios, político de gran talla, figura indispensable del socialismo vasco y español, cuya acción pública desde distintos ministerios durante los años de la II República (1931-36) y la Guerra Civil (1936-39) fue determinante, es reconocido –asimismo– como gran orador y polemista. En la introducción de un libro editado en el Principado de Asturias en 1999 (*Textos escogidos de I. Prieto*) R. Miralles, comisario de una muestra que se exhibió en Bilbao en esos días, escribía: “Porque yo creo que puede decirse con toda fidelidad (...) que dedicó toda su vida política a la lucha por la democracia en España y antepuso la idea de libertad a cualquier otra, incluida la idea de socialismo”.

Hombre de realidades

Prieto fue un hombre de realidades, ciertamente, y como sostiene R. Miralles “no fue un hombre de doctrina”. Lo cual no significa que careciera de pensamiento político propio. Lo tuvo. Y su perfil fue reformista, orientado siempre hacia la modernización de España. Desde la propia política –en el Parlamento, los partidos y la opinión pública–, hasta la reforma social, sus ideas fueron cruciales y atinadas. Las vigas maestras de su arquitectura ideológico-doctrinal le señalan como un pragmático que había bebido de diversas fuentes doctrinales: el liberalismo, la democracia, el socialismo e incluso el regeneracionismo.

Indalecio Prieto Tuero había nacido en Oviedo, el 30 de abril de 1883. Era hijo de un empleado municipal (contador de la Diputación de Oviedo) que falleció tempranamente. Su viuda y tres hijos, decidieron abandonar la literaria Vetusta para instalarse en una incipiente y bulliciosa Bilbao, en enero de 1891, en el barrio de Las Cortes. Aquella mujer sacó adelante a su familia trabajando como asistenta.

Indalecio, completados sus estudios primarios, comenzó a trabajar como repartidor de folletines y tras realizar estudios de taquigrafía entró a trabajar como taquígrafo en el diario *La Voz de Vizcaya*. Posteriormente, recaló en *El Liberal* (1901), dando inicio a una fructífera carrera periodística. No sería esta la única relación con la prensa. Cuenta A. Saborit que desde su escaño de diputado redactaba la crónica parlamentaria que al día siguiente deleitaba a sus lectores en Madrid, en *El Socialista*, donde se reproducía aquel mismo texto que enviaba telefónicamente a *El Liberal*, de Bilbao.

Su actividad política se inició muy tempranamente, pues Prieto se había afiliado al Partido Socialista en 1899 con 16 años, y formó parte en 1904 del primer Comité de la Juventud Socialista de Bilbao. Tuvo que esperar unos años hasta ver realizado su sueño político, al ser elegido diputado provincial por Bizkaia en 1911 (era candidato por la Conjunción Republicano-Socialista). También ejerció funciones municipales en el Ayuntamiento bilbaino, al ser elegido concejal en las elecciones de 1915, tras su triunfo sobre Facundo Perezagua (562 votos de Prieto, frente a los 362 de Perezagua).

Como muchos bilbainos de su época, fue asiduo de tertulias en Bilbao, y luego en Madrid. Sus ojos siempre tuvieron algún padecimiento (de hecho, estando en el exilio en 1945 tuvo que someterse a una intervención quirúrgica en uno de sus ojos). Muy joven, se casó civilmente con una hija de Cerezo, concejala socialista de Bilbao, teniendo la desgracia de que falleciese una niña del matrimonio. Tuvo tres hijos más, Blanca, Concha y Luis, con quienes vivió en México.

En agosto de 1917, tras verse implicado en los sucesos huelguísticos, se vio obligado a pasar a Francia –sumergida de lleno en la Primera Guerra Mundial– donde ejerció labores de corresponsal de guerra, enviando sus crónicas a *El Liberal*. No regresaría hasta abril de 1918, después de obtener un escaño por el distrito de Bilbao como diputado en Cortes Generales, tras las elecciones celebradas en marzo, siendo sucesivamente reelegido hasta 1923. Durante estos años sostuvo una actitud muy crítica en contra de la actitud del Gobierno y Ejército españoles durante la denominada Guerra de Marruecos; oposición que tendría su punto culminante en el Desastre de Annual (1921), del que fue testigo presencial y que le llevaría a escribir: "*Quisiera no haber visto las cosas que en Marruecos vi*".

Se mostró contrario a la dictadura de Primo de Rivera (1923-30), así como a la opinión de correligionarios de filas socialistas como Julián Besteiro o Francisco Largo Caballero, cuyas tesis –colaboración con la dictadura– se impusieron en el partido y en el sindicato socialista UGT. Por lo tanto, durante estos años, Prieto permaneció en un segundo plano alejado de los asuntos políticos, hasta la dimisión de Primo (enero 1930). Unos meses más tarde, participó a título personal en el Pacto de San Sebastián (agosto), encaminado a derrocar a la monarquía alfonsina. Tras los sucesos de Jaca (pronunciamiento militar contra la llamada "dictablanda" del general Berenguer) en diciembre del mismo año, Francia fue su refugio de nuevo hasta el 15 de abril de 1931.

Ministro de la República

Tras la proclamación de la II República, Prieto fue nombrado ministro de Hacienda (abril-diciembre 1931) del Gobierno provisional presidido por Alcalá-Zamora. Más tarde ocuparía también la cartera de Obras Públicas (hasta septiembre de 1933). La labor desempeñada en este último ministerio se extendió hacia diversas acciones encaminadas principalmente a la mejora ferroviaria en torno a Madrid (construcción de una nueva estación, la hoy denominada Chamartín), así como a los enlaces ferroviarios madrileños (electrificación de los trayectos Madrid-Ávila y Madrid-Segovia), y al perfeccionamiento de infraestructuras hidráulicas que modificaron el régimen de propiedad de la tierra. Su interés por contribuir en Bilbao, asimismo, al proyecto ferroviario que diera mejoras a las infraestructuras del territorio, le destaca.

La victoria electoral de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) en las elecciones de septiembre de 1933 provocó la salida de los socialistas del gobierno.

Prieto tomó parte activa, el año siguiente, en la huelga revolucionaria de octubre, decisión de la que posteriormente no se mostró satisfecho: *"Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en aquel movimiento revolucionario. Lo declaro, como culpa, como pecado, no como gloria"*. Por tercera vez, tuvo que pasar a Francia.

Vida Nueva, órgano de UGT y del Partido Socialista (Zaragoza, 10 de febrero de 1934) recogía el contenido de uno de sus conocidos discursos (en el Cine Pardiñas). Allí explicó entre otras ideas: "*por qué nos comprometimos a desencadenar la revolución*". Lo hizo con la claridad rotunda que le caracterizaba. En las elecciones de 1936 fue elegido de nuevo por la circunscripción de Bilbao.

En esa primavera convulsa, preludio del estallido de la Guerra Civil, Prieto, cual oráculo, profetizó en su famoso discurso de Cuenca (1 de mayo de 1936) lo que no tardaría mucho en suceder: "*(...) entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen fermentos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano (...)*". Tras el inicio de la contienda, Prieto ocupó las carteras de Marina y Aire (septiembre de 1936-mayo de 1937) y Defensa (mayo de 1937-abril de 1938), bajo los gobiernos de Largo Caballero y Negrín. Pero tras la caída del frente de Aragón, emprendió el camino definitivo del exilio.

Aceptó primero una embajada extraordinaria en Chile (diciembre 1938), pasando posteriormente a México. Allí, el presidente Lázaro Cárdenas le dispensó gran acogida, desarrollando una labor inestimable a través de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), encargada de administrar ayuda a los exiliados republicanos. Presidente del Partido Socialista desde 1935 y hasta 1948, a lo largo de estos años asistió en Francia a varios congresos del PSOE, pero será en el exilio mexicano donde falleció el 12 de febrero de 1962. Fue el hombre cuyas palabras pronunciadas en Cuenca acerca del *homopoliticus*, tienen hoy si cabe mayor significación: *"El gobernante es, por lo común –salvo aquellos excepcionalísimos que aparecen nimbados por la aureola de la historia y que son en número muy reducido–, un hombre débil, entregado al oleaje de las pasiones populares, y muchas veces sin fortaleza para empuñar firmemente la caña del timón y conducir la nave al puerto de salvación"*.

El historiador Antonio Marquina en UNISCI Discussion Papers, Nº 12 (Octubre / 2006) presentaba un documento que partía de una grabación efectuada por Indalecio Prieto el 28 de marzo de 1961, en casa de Rafael y Guillermina Supervía, en Washington. La grabación se divide en cuatro partes. Prieto narra cómo fue invitado a México y como vivió el anhelo por volver a España de los republicanos exiliados. Luego se refiere al 14 de abril y a la instauración de la II República. El tercer apartado se dedica al pronunciamiento militar del 17 de julio, que enlaza con la última parte del documento relativa a la opinión de Prieto sobre Manuel Azaña. En ese documento se desmitifica como hombre de Estado a Azaña y se subraya la miopía política del Gobierno Casares Quiroga, certeramente calificado como un "gobierno de domésticos". Como expuso Marquina al observar la atención que merecía Prieto en fechas conmemorativas: "La responsabilidad histórica no es necesario subrayarla en este año en que se cumple el centenario de Indalecio Prieto". No obstante, a raíz del centenario de su nacimiento se multiplicaron artículos, estudios, tesis doctorales y recopilaciones de sus textos, que descubrieron aspectos inéditos del socialista vasco.

Bilbao le dedicó su atención con varios actos, y subrayó de este modo el amor que él siempre sintió por la villa. La larga lista de quienes le han estudiado como personaje, la relectura de sus actuaciones políticas durante la Segunda República, y probablemente el análisis de algunos enigmas sobre sus decisiones públicas, de seguro tendrá nuevas aportaciones.

Las viejas imputaciones propagadas de manera infamante por la propaganda del franquismo, tales como haber sido el autor de la orden de incendiar Bilbao cuando las "fuerzas rojas" lo abandonaban durante la Guerra Civil, solo son vagos recuerdos de lo que él mismo calificó de "patochadas". Convendría concluir subrayando la solidez personal del conocido en Bilbao como "don Inda", remitiéndonos a una de sus agudas observaciones, dicha en los años 30: *"El ciudadano no se forma en la opresión y en la cárcel: se forma en la libertad y en la ciudadanía, en la convivencia de la democracia, y nosotros, manteniendo la democracia, hacemos más por la futura emancipación de todo el pueblo español que los más exaltados extremistas pueden imaginarse, porque en las cárceles, repito, se engendran la miseria y el dolor, pero no se engendra más que el heroísmo personal en algunos casos. La masa entera se pudre, se corrompe y se hunde moral y físicamente cuando está pisoteada y maltratada y cuando los caminos de la libertad y de la democracia están cerrados"*.

Entre la multitud de anécdotas que se narran sobre él, concluyo con una de índole espiritual. Se cuenta que su amigo el célebre arquitecto bilbaino Ricardo de Bastida y la madre mercedaria María del Pilar Reynoso, así como otra monja de Bérriz que llegó a Madre General de su orden, conspiraron para su conversión. No solo por este motivo, sino por la enjundia de un personaje tan relevante en lo humano y en lo político, siempre me pareció inspirador el título del libro que hace años Alfonso Carlos Saiz Valdivielso le dedicó, calificando al personaje que estudiaba como *Crónica de un corazón*.



Indalecio Prieto.

Los Rochelt, de la siderometalúrgica a la pintura y viceversa

Entre varios comerciantes procedentes de Bohemia que se instalaron en Bilbao durante el siglo XVIII figuran los Yerschik, John, Palme y Gotscher. Las particularidades endogámicas de estos grupos familiares no son, ni mucho menos, distintas que las que pueden identificarse entre otros grupos asentados en la villa del Nervión durante la etapa en que las bases de ese mundo comercial bilbaino asentaban maneras e iniciativas empresariales renovadas.

Las relaciones familiares entre los Rochelt Palme, los Amann Palme y los Maruri Palme suponen, por ello, uno entre varios ejemplos de la compleja trama familiar que caracterizará a las élites de la burguesía local. Su árbol genealógico se entrecruza, en definitiva.

El primer Rochelt registrado fue José Rochelt y Gostcher, natural de Heyde, localidad situada a 30 kilómetros de Praga (República Checa), quien casó en la iglesia de Begoña (Bilbao) en 1816 con Celestina Palme Armingaud, hija de su amigo y socio en el negocio, Juan Josef Palme. Con ella tuvo diez hijos, de los cuales uno destacó como empresario muy activo, Ricardo Rochelt, que nació en 1836, y fue el quinto de esa línea. Sus nombres fueron: Constanza, Adolfo, José Eusebio, Celestina, Ricardo, Clemencia, Camilo, Eduardo, Gustavo y Alfredo.

Del comercio a la “hoja de lata”

En la tradición quincallera de Bilbao, asociada a la actividad de numerosos comerciantes alemanes y checos de la época, destacó este importador de objetos tan novedosos y diversos, como la afamada cristalería de Bohemia, los tejidos y las porcelanas. Su tienda estuvo en la calle del Matadero, esquina con la de Correo, en una mansión blasonada construida por los Salcedo. En esta misma casa, sobre la tienda, vivieron los Rochelt Palme con su numerosa familia hasta bien pasada la Primera Guerra Carlista (1840).

Los Rochelt ostentaban escudo de armas propio. Estaba este partido en dos cuarteles, llevando el de arriba un águila imperial sobre campo de oro, y en el inferior cinco barras puestas en cabrio, de gules, y sobre campo de plata, un castillo.

De la saga, como ya he subrayado, destacó Ricardo Rochelt porque fue uno de los capitanes de la industria vasca más cultos y polifacéticos, como lo demuestra el elenco de intervenciones que realizó en pro de la modernización del País Vasco. Dados sus conocimientos de idiomas y la cultura económica que adquirió, debido a las actividades mercantiles de la familia, Ricardo fue un hombre de acciones diversas, con gran visión de los negocios. Quizás el más importante de los miembros de esta familia mercantil y empresarial. Creó la empresa Ricardo Rochelt, S.A., instalada en Deusto (Bilbao) que se mantuvo hasta 1983 en plena actividad.

Esta firma cumplió su primer centenario en 1958, pues el 1 de noviembre de ese año fue cuando –teniendo su promotor la edad de 22 años– la fundó con un capital de 60.000 reales de vellón, siendo su objeto inicial la importación de hoja de lata. Esta mercancía la importaba de la Casa Marsh Hermanos y Cía. y de la firma Mason y Richards, de Birmingham. Entre sus compras de materia prima esencial figuraron, asimismo, chapas de hierro, *fermachine*, hierro para la construcción, barriles de estaño, etcétera, que obtenían de Milfred, Goyeneche y Cía.

De Lieja (Bélgica) importaban clavos –de A. Geoffroy y Cía.– y de Nantes (Francia) plomos y zinc de A. Duval. Sus relaciones mercantiles se extendían, por consiguiente, desde Birmingham (C. & J. Shaw) a Liverpool (Richard Johnson y Henri Chandoirs) y de Bélgica, a Francia.

De su actividad profesional he documentado, además de lo anterior, la presencia en la sociedad Ricardo Rochelt de su primo y cuñado Oscar Palme Maruri. La firma adquirió el derecho que poseía Congé sobre un “nuevo sistema” de estampación e iluminación en la impresión de todo tipo de metales. La operación se realizó en 1878, cediendo Congé el derecho por un plazo de 5 años y la cantidad de 7.500 pesetas. La finalidad era *decorar la hoja de lata, siendo así la primera empresa española del género.*

Ricardo Rochelt vivió en el número 7 de la calle Correo, en Bilbao, donde mantuvo durante muchos años un característico escritorio y dispuso de una casa de verano en Las Arenas. Esta segunda residencia fue una casa palacio al estilo de las torres y casas montañosas, obra del conocido arquitecto Ignacio María Smith, que la diseñó con líneas similares a los palacetes elorrianos y con detalles renacentistas y barrocos en la entrada. De sillería arenisca y entrepaños con sillarejos, fue construida con piedra de Berango. Dispuso de una capilla notable y un remate almenado en el último piso tratado con ladrillo, sobre el que Smith colocó un alero de castaño finamente labrado, que destacó a esta construcción entre las magníficas mansiones que la burguesía vasca construyó en este municipio costero.

Ricardo casó con su prima carnal María Palme Maruri (hermana de Óscar Palme), fallecida en 1884, con la que tuvo cuatro hijos: José María (1859), Ricardo Severo (1861), José Antonio Oscar (1865) el escritor, y Mario (1867) el pintor.

En 1864, su mujer recibió una importante herencia, más de 500.000 reales, expediente desglosado en cuatro herencias simultáneas que contribuyeron al saneado estatus familiar.

R. Rochelt fue uno de los fundadores de Tubos Forjados en 1892, con 56 años, participó asimismo en la creación de la Sociedad de Crédito Vasco, de la que fue director en 1863, y fue fundador y primer gerente de la Basconia, S.A, también constituida en 1892 bajo la presidencia de Pedro Pascual de Gandarias.

Desde 1865, Ricardo Rochelt se convirtió en consignatario de los primeros vapores ingleses que surcaron la ría del Nervión pertenecientes a la centenaria empresa Mac Andrews and Co. Ltd., procedente de Liverpool y con oficina en Bilbao. Para esa fecha, su fábrica de Deusto había pasado ya a manufacturar su propio tipo de hoja de lata en la finca San Antonio (Deusto). Cuando en 1888 la empresa La Iberia, de Sestao, inició la fabricación de este producto, Rochelt había concertado la renuncia al estañado de la hoja de lata, a cambio de la exclusiva en la estampación litográfica sobre metal, que hecha de forma mecanizada, erigió a este productor como uno de los primeros en hacerlo en territorio español. Sus renovados contactos comerciales con los conserveros españoles e italianos le animaron a llevar a cabo precozmente proyectos, como la fabricación para el envasado de botes litográficos, cuyo uso y adquisición se extendió.

En 1886 formó parte del grupo fundador de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, junto con su hijo Ricardo Severo y varios parientes de la extensa familia Rochelt, y estuvo en la primera junta directiva de esta corporación. Asimismo, en 1872 llegó a ser regidor del Ayuntamiento de Bilbao durante la Alcaldía de Francisco Mac Mahon.

En 1891 intervino en la fundación del Banco de Comercio y, un año después, sus proyectos empresariales confluyeron con los de otros destacados empresarios vizcaínos –Ybarra, Vilallonga, Zubiría, Gurtubay, Garamendi, Gana, Disdier, Gandarias, Lequerica, etcétera — con los que fundó dos de las empresas metalúrgicas de mayor solvencia en la historia de la industrialización de Vizcaya: Tubos Forjados y Basconia.

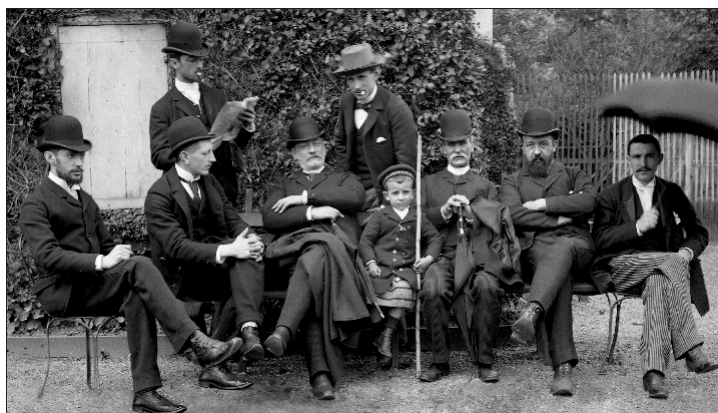
En su escritorio se fraguaron las decisiones fundamentales para la compra de terrenos, organización y plan de acción de esta última sociedad, una vez constituida, con la presencia de los principales miembros de su consejo de administración. En este escritorio se celebró, asimismo, la primera junta general de accionistas, y a Rochelt le tocó ejercer igualmente las primeras acciones históricas como director de la empresa creada en Dos Caminos (Vizcaya). Su intermediación en las operaciones de compra de terrenos a Ildefonso Ayarragaray ante su hijo Valentín Gorbeña resultó decisiva.

Hombre religioso y caritativo, su presencia como benefactor se dejó notar especialmente en la creación del Sanatorio marino de Gorliz. Fue un hombre dotado de cualidades artísticas muy interesantes, como lo demuestra la obra pictórica que dejó y sus cuadernos de apuntes y dibujos. De otra parte, el recuerdo de sus veladas musicales lo señala como gran aficionado a la música de cámara, ya que fue un notable intérprete de violín, instrumento que practicaba con asiduidad. Ricardo Rochelt murió a los 90 años, después de haber soportado dos anginas de pecho, falleciendo de una tercera en 1925.

Arte y parte

Hubo más destacados miembro del grupo familiar. Contabilizamos la huella, también, de Juan José Rochelt y Amann (Bilbao, 1881-Madrid, 1953), por su condición de artista en el seno de esta extensa familia dedicada a negocios industriales, pero con afición, talento y cualidades, en especial para la pintura.

En suma, una docena de ellos realizaron aportaciones al ámbito cultural desde finales del siglo XIX. Son representantes de la generación de artistas como Anselmo Guinea, Juan de Barroeta, Adolfo Guiard, Darío de Regoyos, Carlos de Haes y Jaime Morera. Trataron muy estrechamente, por ejemplo, a Darío de Regoyos. Por eso, una exposición organizada por el Museo de Bellas Artes de Bilbao demostrará como la suma de 71 obras, de las que 64 pertenecen a la familia Rochelt y 7 a la colección del museo, son buena muestra de su versatilidad: dibujos, acuarelas, óleos, ilustraciones o aportes a la literatura. Ejemplos que ponen en solfa el talante polifacético de los artistas de esta extensa familia. Nueve Rochelt, protagonistas, si bien cuatro de ellos son los más destacables: Gustavo, Ricardo, Juan y Juan José Rochelt. Los otros cinco son Carlos, Mario, Rafael, Luis y Óscar Rochelt.



Miembros de la familia Rochelt en su chalet de Neguri.

Como miembros de la alta burguesía, sus formas de sociabilidad ociosa fueron garantes de valores culturales. Su tiempo libre les permitió el cultivo de aficiones diversas (pintura, literatura, música). Por eso los encontramos en la organización y diseño de eventos festivos, conmemorativos y caritativos, en exposiciones artísticas, dibujos para prensa, libros y carteles, y muestras de pintura individuales. Decir Fiestas de Bilbao y no localizar a un Rochelt a principios de siglo XX es imposible. Como indica la nota divulgativa del museo preparada para la exposición: "Los Rochelt participaron, asimismo en diversas iniciativas al servicio de la comunidad. Entre otras, Luis y Ramón Rochelt donaron obras en 1884 para una *kermesse* (velada benéfica animada con interludios musicales o teatrales) organizada para sufragar el establecimiento de la Estación de Salvamento de Náufragos en la barra del Nervión. También contribuyeron a las obras de la torre de la basílica de Santiago de Bilbao, proyectada por Severino Achúcarro: Óscar Rochelt ilustró el cartel anunciador de una tómbola destinada a recaudar dinero y Gustavo Rochelt donó seis acuarelas para el sorteo".

Solo concurrieron a un certamen: la Exposición Provincial de Vizcaya de 1882; sin embargo, participaron activamente en la organización de exposiciones. Será ya en el siglo XX cuando Juan José Rochelt, miembro de la Asociación de Artistas Vascos desde 1913, inicie una interesante actividad expositiva en la propia sede de la asociación y en galerías de Bilbao, Barcelona y Madrid. Los trabajos de Rafael Rochelt ligados a *La Ilustración Española y Americana* –nacida en 1869– le permitieron describir visualmente rincones bilbainos para ilustrar los artículos de Antonio de Trueba. Más tarde Óscar Rochelt participó en la creación del semanario *El Boceto* (1883) y realizó dibujos para otras publicaciones a las que también se sumaron trabajos de Alfredo y, sobre todo, de Juan Rochelt. Destaca, por último, la contribución de Óscar Rochelt al cartelismo. Pero los iniciadores de la inquietud artística familiar fueron Ricardo y Gustavo Rochelt Palme, quienes la transmitieron a los hijos de Ricardo (Óscar y Mario) y a los sobrinos de ambos (Juan, Carlos, Luis y Rafael). Al decir de la nota informativa editada sobre la Muestra: “Los primeros rastros de la actividad pictórica de los Rochelt se documentan en la década de 1870, cuando encontramos varias acuarelas firmadas por Ricardo, Gustavo y Juan. Los dos primeros recrean un paisaje tradicional que evita reflejar la influencia de la industrialización y muestran, según el gusto de los coleccionistas bilbainos, vistas nostálgicas de los alrededores de Bilbao”. Guiard influiría decisivamente en Juan, pero Regoyos transmitió esta admiración a su sobrino Juan José, quien desarrolló una obra paisajista que llega hasta comienzos de los años 50.

Economía, cultura y creación fueron de la mano de esta familia, cuya relevancia merece la muestra que se le dedica en estas fechas.

Un viajero regio en el norte, Amadeo I

Amadeo Fernando María de Saboya nació en Turín (Italia) el 30 de mayo de 1845. Fue duque de Aosta y rey de España, elegido por el Parlamento el 16 de noviembre de 1870, tras varios años de búsqueda de un monarca constitucional que sustituyera a Isabel II, quien se hallaba en el exilio tras la revolución de 1868 ('La Gloriosa') que la destronó. Después de numerosos y complicados pactos, el general Prim logró que aceptara oficialmente la elección el 4 de diciembre y embarcó días después rumbo a España. Durante el viaje, Juan Prim fue asesinado en un atentado el 27 de diciembre.

Amadeo desembarcó en Cartagena tres días más tarde y llegó en tren a Madrid el 2 de enero de 1871, para jurar ante las Cortes como rey constitucional de España. Con su valedor fallecido, don Amadeo se encontró desde el principio con el rechazo de carlistas y republicanos, de la aristocracia borbónica, de la Iglesia –en este caso por apoyar las desamortizaciones y por ser hijo del monarca que había clausurado los Estados Pontificios– y también de gran parte del pueblo, por su desconocimiento del idioma español. Aunque Amadeo se esforzó en acatar las leyes constitucionales y pretendió unir a los partidos políticos para afrontar la enconada situación, se encontró con el estallido de la Tercera Guerra Carlista y la guerra en Cuba, junto con la fragmentación de la débil coalición gubernamental que le mantenía en el poder, por lo que renunció al trono el 11 de febrero de 1873 y regresó a Italia. Ese mismo día se proclamó la Primera República Española. Amadeo de Saboya falleció en Turín el 18 de enero de 1890, a los 44 años de edad.

El rey efímero

En diciembre de 2011 se contabiliza el 140 aniversario de la llegada de este rey, llamado *El Efímero*, quien se fue del reino español embarcando en Lisboa hacia Italia, seguramente repitiendo la frase que B. Pérez Galdós le atribuye tras haber sufrido un atentado en julio de 1872: «*Ah, per Bacco, io non capisco niente. Siamo una gabbia di pazzi-No entiendo nada, esto es una jaula de locos*».

Lo cierto es que, desde enero de 1871 hasta febrero de 1873, se asiste al desvarío de la construcción de un nuevo proyecto político, en el que nadie supo impedir su fracaso. Pero mientras tanto, el rey italiano enarboló una actitud cuanto menos, interesante. Su arrojo y tolerancia democrática debiera destacarse sin paliativos. La Constitución de 1869 así lo exigía, pero el talante de aquel joven de veinticinco años y de su joven esposa fue irreprochable, como también su decisión por ganarse al pueblo español. Por eso decidió iniciar un *grand tour* y conocer al país en el que reinaba. Por los efectos políticos que generó el viaje de propaganda a nivel local, por la tipología de los actos celebrados, por la respuesta diversa y variopinta de los súbditos de SM; por el valor simbólico del lenguaje político en las administraciones municipales, a través de sus representantes políticos y de partido; por la perpetuación de ritos y tipología de ceremonial público; por las respuestas público-privadas según estas ciudades; por sus actuaciones filantrópicas, por el grado de penetración social de su imagen pública, por el aparato, por la idiosincrasia de los gestores locales, por las necesidades de reforma que traducen, por las reacciones que generaba su imagen, etc. Mi trabajo resume solo una brevísima página relativa a las reacciones que suscitó en Bilbao y Santander su presencia. Parte de un trabajo más extenso realizado. La fragilidad medioclasista, la irrefutable incultura de las clases populares y la utilización de una institución que luchaba por iniciar un nuevo proceso satisfizo –probablemente– solo a quienes añoraban la modernización. En estos viajes las crónicas municipales, relatos periodísticos y narrativa cercana al rey,

denotan una cierta propensión a exaltar esta nueva experiencia monárquica sin demasiadas alharacas.

Tras salir ileso del atentado sufrido en la noche del 18 de julio de 1872, en la madrileña calle Arenal, Amadeo I emprendió dos días después un viaje *de prestigio* por Valladolid, Burgos, Palencia, Santander, Bilbao, San Sebastián, Asturias, El Ferrol y La Coruña. Al llegar desde Palencia por ferrocarril a Santander se encontró con los efectos decididos en las casas consistoriales de la capital cántabra. Es decir, con un... *"Atendida la falta de recursos de la corporación, no se hagan festejos extraordinarios con este motivo, sino que queden reducidos a los preparados con ocasión de la feria y exposición de ganados que tiene lugar en el presente mes"*. Libro de Actas Municipales, Ayuntamiento de Santander, 15 de julio de 1872.

Lo que si destaca de la noticia de la llegada del rey demócrata es el deseo (22 de julio de 1872) para que: *"Se conceda la prolongación del muelle hasta el puerto y otros de asuntos de interés comunal"*. Aquella comisión tuvo por misión *"hacer comprender al monarca y sus ministros el ningún interés que se tomaron por el pueblo de Santander, tan digno como el primero de su atención y tratándose del primer pueblo democrático español y de un gobierno que se llama así"*. *"Todos los pueblos de España con pocas excepciones percibieron grandes favores ¿y por qué no este?"*. Con argucia y tono reivindicativo otra comisión se dirigió al *Jefe del Estado* (sic) suplicándole *"la devolución al pueblo de Santander de la finca denominada La Alfonsina"* donada por el Ayuntamiento de 1861 a Isabel II.

En Santander, don Amadeo residió en *"la linda posesión que tiene el Marqués de Casa Pombo en la pintoresca de El Sardinero"*. E inauguró el día 25 de julio junto con el ministro de Marina, la Feria de ganado. La clausura de la Feria tres días después consistió en festejos *"similares a otros años"* (...) *"aunque el mal tiempo no permitió alguno de ellos"*. No obstante, hubo brillante iluminación de la *"Alameda segunda, cucañas a la bahía, paseos marítimos, bailes campestres en el delicioso jardín que tiene destinado a este objeto la sociedad de bailes y que solemnizaron la exposición"*. El ganado expuesto fue de raza vacuna, lanar, caballar; cerdos, 58 toros y razas del país (bueyes cebados o "cebones"), una representación de razas extranjeras y numerosos aperos de labranza.

O mucho me temo, a don Amadeo debió parecerle demasiado agreste una exhibición "rural", aunque se dijera pretenciosamente que iba en línea con la tradición inglesa. Prefería los baños de mar y la compañía femenina (le acompañó en ausencia de su esposa que estaba delicada de salud, la hija de Larra, la calificada "Dama de las Patillas"). Un *affaire* que debió resolverse en la capital cántabra.

El Saboya dio muestras de ser, por cierto, buen nadador. También se mostró generoso entregando *paquetes de monedas de 20 reales envueltos en papeles de colores distintos*. Indudablemente, la generosidad en obras caritativas de la pareja regia aquí y allá fue notabilísima. No hubo hospital, casa de caridad, junta de expósitos o cárcel que visitaran donde dejaran donativos muy considerables.

En Bilbao

El 6 de agosto de 1872, bajo presidencia del alcalde Alejandro Rivero y el procurador síndico Calixto Leguina, así como distintos concejales del Ayuntamiento de Bilbao se acordaba *"acerca de la manera de proceder al recibimiento de SM el Rey Don Amadeo"*⁹.

Tras una discusión prolongada quedo acordado que el Ayuntamiento con bandera, maceros, etc., saliese a recibir al monarca *"al límite jurisdiccional, si vinera por tierra o al puesto de desembarque en esta villa, si viniera embarcado"*. Se programaba un Te Deum que se cantó en la Basílica del Señor Santiago. E invitaron al público para que durante la permanencia de S.M. en la villa *"cuelguen los balcones y los iluminen por la noche en la forma acostumbrada en casos análogos"*. Queda confirmado por el detallado con que se recoge en acta lo fundamental de los actos del recibimiento que los munícipes bilbainos siguieron un protocolo realmente preciso.

Un apartado en el folio 99 –titulado *Despedida del Rey*–, menciona su gratitud, transmitida de forma muy expresiva y que se publicó para conocimiento de los bilbainos. La esplendidez del bilbaino fue proverbial. En el capítulo de cuentas se recogen facturas diversas sobre limpiezas, trabajos de carpintería, reparaciones en las galerías de la plaza de la Provincia, para el salón y palco del Teatro Nuevo (queda confirmado por tanto que se reformó el palco presidencial del Teatro), etc. *El Inventario y tasación de los objetos que existen procedentes de los festejos hechos a SM el Rey así debida a esta ilustre villa*(con firma de Carmelo de Villabaso, escrito el 18 de enero de 1873) y enviado al Ayuntamiento por E. Lopez del Valle, incluía un largo listado de: *Arcos* conmemorativos en Bilbao, Luchana, Paseo de San Agustín, desembarcadero, Teatro, Almacén de la Concordia y *egecución* (sic) de banderas y gallardetes para las calles siguientes según listas adjuntas y 42 recibos... La descripción pormenorizada de trabajos, nombres de los ejecutantes a los que había que pagar el importe de sus trabajos, o gastos ocasionado en determinadas tareas se precisa de modo preciso y transparente.

En el inventario se recoge absolutamente todo y manifiesta que hubo en realidad gastos múltiples en el ceremonial y escenografía creada en un Bilbao atenazado por el riesgo de una Guerra Civil, tal y como se puso de manifiesto al poco. No se trataba de dilapidar, pero sí de ejercer un bilbainismo rodeado por la aureola de generosidad –que se nos ha atribuido a los bilbainos desde el siglo XIX–, para mayor gloria de los posibles objetivos que iban a trasladarse al gobierno y a la monarquía en pro de un enclave que tenía ya numerosas aspiraciones. Haciendo verdad la fama de “fanfarrones”, el retrato general que se obtiene de todos estos datos es el de un Bilbao que, lejos de adular al monarca, persiguió con ahínco un reconocimiento de ciudad capitalina que buscaba su promoción en el norte de España.

Y para pruebas, las ofrecidas al monarca europeo que visitaba las principales ciudades de España y entre las cuales indudablemente, Bilbao se destacaba. Por su extraordinario recibimiento, su movilidad social, diversidad de festejos y probablemente también por la actitud tolerante y respetuosa que demostraron los responsables políticos al monarca constitucional, la atmosfera social que se disfrutó fue positiva. Pese a saberlo vinculado a un encaje político que, como se demostraría a la postre, no pudo ser perdurable.

Hay un Bilbao también que sabe divertirse alimentando ese epicureísmo que nos ha dado a los bilbainos etiqueta de *bon vivants*. Fueron en verdad los caballeros de chistera y esas damas de mantilla de encaje, abanico y falda abullonada que pintó magistralmente Manuel Losada. Uno de los pintores locales cuya iconografía del Bilbao de esos años, pese a su idealización en exceso romántica, retrata el proceso rampante del Bilbao de la modernización económica y de su aura cultural incuestionable. Ese Bilbao cantado por los escritores románticos se revela en aquel alarde de actuaciones que contribuyeron a embellecer, sanear edificios, arreglar jardines, reparar la iglesia basílica de Santiago, colocar faroles en las calles, incluso arreglar a los gigantes y cabezudos.

Más o menos fue un total de 332.483,18 reales de vellón, como importe líquido de gastos. Los datos económicos nos descubren además de las corridas de toros, y los tradicionales adornos –en esta ocasión mimados al detalle–, una actividad oficial y festiva en el salón de actos del edificio del instituto (entonces ubicado en la plaza Miguel de Unamuno). Mejoras en la casa consistorial (desde pintura, a mobiliario), alquiler de coches, muebles (para el salón del trono improvisado), bayetas, ropaje, mantas, arañas de cristal, candelabros, uniformes, guantes, zapatos de charol, gastos en Santiago (iglesia donde colocaron adornos de percalina, terciopelos y damascos), alquiler de espejos, alfombras, rotular mesas, limpiar escribanía de plata, colocar sillas inglesas, fletamento de vapores, pintar y arreglar los gigantes, faroles cilíndricos, faroles chinos, tablones, alimentación de todos (incluidos los gigantes), contrato con prestidigitadores, iluminación del teatro, del Arenal, del estanque, kiosko, banquete en el Instituto, servicios de mesa y demás atenciones durante los días de visita, alquiler de portero, alquiler de tres ómnibus de Bilbao a Ortuella, de sillas (cien) para el frontón de Zabalbide, gastos de alquiler de lanchas de Lequeitio para el regateo, banda de música, telegrafista, servicios varios... cucaña, honorarios de Félix Mendicuti y compañero –los *pelotaris* contratados–, para los atabaleros y tamborileros, habitaciones, asistencia y alimentos en el Hotel Antonia, innumerables docenas de cohetes, coches, flores, plancha construida en Deusto para el embarque de Su Majestad, muebles de José Gaminde, un afamado *dandy* local, por muebles y otros efectos que sirvieron para adornar el salón del instituto, etc. En suma, un alarde.

El marqués de Barambio, Andrés de Isasi, (nombrado marqués de Barambio por Amadeo I de Saboya en 1872), don Agustín María de Obieta, la viuda de don Claudio de Zumbelza, don José de Casas y don Eduardo Vitoria de Lecea se distinguieron por su galantería, generosidad y esplendidez (*"cuanto por su respetuosa adhesión a la ilustre dinastía de Saboya, el primero prestando su casapara el alojamiento de Amadeo I, los otros dos brindando las suyas con la mayor espontaneidad y buen deseo, y el último teniendo constantemente durante la permanencia al soberano su magnífico coche a su disposición de SM"*). La corporación tributó un expreso gracias a tan distinguidos vecinos el 4 de septiembre de 1972. En oficio, el rey manifestó: *"El imperecedero recuerdo de gratitud cariñosa que llevaba en su corazón por la cordial acogida que le ha dispensado la villa de Bilbao, así como su vivo deseo de que se haga saber su sentimiento a su cortés vecindario"*.

Inauguración de La Misericordia y "una bilbainada"

Antes de partir, el rey Amadeo I inauguró la Santa Casa de Misericordia que, fundada en 1762 como Casa de Piedad, fue reinaugurada tras las ampliaciones que había llevado a cabo. Desempeñó una significativa labor de beneficencia y educativa en la villa de Bilbao, sobre todo a partir de 1872. Éste fue sin duda uno de los actos centrales más destacados. Al término de la visita, el rey hizo como en otros viajes la concesión de **un donativo bastante considerable**. De hecho, en algunas biografías y crónicas se alude a su «esplendidez extraordinaria» o a los «más de tres millones de reales» que salieron de su peculio particular, para costear el primer viaje por provincias, la mayor parte de los cuales fue destinada a obras de caridad. La distribución del donativo que dejó el rey en Bilbao abre un registro pormenorizado en el que se detalla puntualmente su distribución. Otra prueba de la tradición contable de este Ayuntamiento bilbaino donde todo quedo perfectamente definido y registrado. De entrada, en febrero de 1873 se computaron los 40.000 reales de vellón: fondos que se dieron a 40, 60, 80 o 120 reales per cápita que fueron distribuidos en noviembre de 1872 entre particulares que tuvieron *la presente orden*. Hemos podido comprobar que los donativos distribuidos de este donativo regio a título individual, recayeron en un alto porcentaje entre mujeres.

La Santa Casa de Misericordia recibió 11000 reales, el Santo Hospital Civil 9000 reales. A don Felipe Uhagon, se le hicieron llegar 6000 reales como consignación a la junta de expósitos de este señorío. 1000 reales a Santurce y 2000 a la anteiglesia de Deusto.

Otras razones para visitar Bilbao y Las Arenas tuvieron que ver con el siguiente episodio. La familia Aguirre había adquirido en Lamiako extensos terrenos de marisma a mediados de la década de 1850. Según relata J. M^a Beaskoetxea en su monografía sobre Getxo, se preparó la edificación de dos núcleos diferenciados: una zona residencial veraniega en la jurisdicción de la anteiglesia de Getxo y otra libre en las vegas de la de Leioa. El área residencial fue concebida como una auténtica ciudad de veraneo. La compra de los arenales realizada en 1867-8 permitía este proyecto. Y así nació (1868) la construcción del 'Establecimiento de Baños de Mar Bilbaíno'. Era necesario según la mentalidad imperante dar satisfacción y atraer a la alta burguesía bilbaina, a la aristocracia y a medios políticos madrileños. No olvidemos la popularidad de San Sebastián en verano para entonces. Ezequiel y Eduardo Aguirre se dirigieron a don Amadeo de Saboya por carta en agosto de ese año, ofreciéndole una parcela junto a su establecimiento (...) "*para sus estancias de verano*", dando el nombre de la nueva urbanización "Villa Victoria" en honor de su esposa la reina (María Victoria dal Pozzo).

Los promotores no se anduvieron con chiquitas, y se justificaron aludiendo a su deseo de estar "*a la altura de en comodidades y distracciones y que así explica que una gran parte de nuestras familias más acomodadas vayan a veranear a Biarritz, San Juan de Luz y Arcadon (sic) (por Arcachon), etc. enriqueciendo aquellos puertos en perjuicios de los puertos españoles*".

Pero todavía máschirene fue el tema de la fiesta veneciana en la Plaza Nueva. Fiesta de la que se ha escrito ya en este periódico y que solo vuelvo a recordar por coincidencia con el viaje que hemos narrado del monarca a Bilbao, antes de abdicar en febrero de 1873.

Coincidiendo también con esta visita, se taponaron los pórticos de la Plaza Nueva y se llenó de agua, convirtiéndola en suerte de piscina por la que navegaron góndolas como en Venecia. Una bilbainada en honor del monarca italiano. En la Plaza Nueva estaba la Diputación, la Sociedad Bilbaina, el primer Café Suizo de España de los Matossi, y era núcleo de residencia de grandes familias. En ella, dice la leyenda se celebró esta singular fiesta que, sin embargo, no dispone de registro documental municipal. Lo he archicomprobado. Es la tradición oral, los testimonios de viejos bilbainos, la memoria y los pinceles del pintor Losada quienes dan fe del hecho. Manuel Losada recreó la fiesta veneciana idealizándola, sin duda. Y tal como C. Bacigalupe escribía en *BILBAO* hace un tiempo, solo un testimonio cierra con relativa verosimilitud lo sucedido. Esteban Calle Iturrino, lo describía en *El Correo Español-El Pueblo Vasco* (2/6/1946). Pero fue José María Scala quien le dijo que su anciano padre había asistido a la curiosa fiesta y que, por si fuera poco, había paseado en góndola acompañado de Adolfo Guiard. *"Dice don Eusebio Scala que la plaza Nueva estaba deslumbradoramente adornada; que las góndolas fueron tres, según su expresión 'chanelas camufladas', y que fueron muchos los muchachos y muchachas que pasearon en ellas, pudiéndolo hacer él y sus hermanos mayores varias veces, por vivir en aquel tiempo en la plaza"*. No recordaba, eso sí, quiénes habían organizado el festejo, pero tenía oído que fueron los tertulianos del Suizo, y que, quizá por ello, el acontecimiento no fue fruto de acuerdo municipal alguno. Luego pudo suceder que se taponara la fuente central de la plaza, inundando ésta, y la convirtieran en *"escenario evocador de un canal*

veneciano con góndolas y todo lo demás, que vemos en los cuadros y cromos evocadores de otros tiempos". La imaginación del pintor hizo lo imposible por recrear un mundo al que por pura cronología nunca tuvo acceso, y el duque de Aosta, como diría hoy la jerga urbana: "fliparía" ante el alarde.



Óleo sobre lienzo (c. 1946) de Manuel Losada en el que se refleja la fiesta veneciana celebrada en la plaza Nueva de Bilbao en honor a Amadeo I de Saboya. La pintura pertenece a la Sociedad Bilbaina.

Rafaela de Ybarra y Arambarri (1843-1900)

Quise acercarme al personaje, a Rafaela de Ybarra, desde la mirada escéptica de un cercano a su familia, pero carente de actitud hagiográfica hacia ella. Lo preferí, porque me pareció necesaria la distancia antes de adentrarme en recovecos documentales y narrativa acumulada desde la fecha de su beatificación. Lo confieso: Álvaro Pombo me pareció magistral en su evocación *sui generis* de 1984, publicada en *El País*. Pero mucho antes ya había despertado en mí el interés por esta dama de la burguesía bilbaina. Fue gracias a una foto que una anciana, pariente de la Beata, me prestó hace años, y en la que aparecía la joven Rafaela con sus primas sevillanas en atuendo lujoso de época y aire festivo. Era una imagen tomada durante su luna de miel en la ciudad del río Guadalquivir. Contrastaba con esa imagen tan suya y muy divulgada, de la viuda de Vilallonga enlutada, con semblante dulcemente serio y algo demacrado, pese a que aún era una mujer joven. Sus rasgos físicos, de finura y gracia evidente, se habían alterado en parte por los inevitables efectos de la edad, pero ¿qué había ocurrido en la vida de esta bilbaina entre ambas fotografías?, me pregunté.

Mucho más que una *mecenas*

Rafaela era bilbaina de pura cepa, había nacido un 16 de enero de 1843 en la calle del Arenal número 2 (actualmente el 3 de la calle Ribera), y era hija de Gabriel Ybarra y Rosario Arambarri. Bautizada en la Basílica catedral del Señor Santiago el Mayor, recibió los nombres de Rafaela, María de la Luz y Estefanía. Sería la primera de siete hermanos.

En las historias de vida, en las biografías, quienes como historiadores queremos aplicar el ojo crítico, tratamos de escudriñar contextos para comprender al personaje. En este caso es imprescindible y elocuente. La tradición familiar lo dice todo, y en su caso particular, muy especialmente.

Su padre fue el arquetipo de hombre de negocios durante aquellos años de transformación incomparable: en ferrerías, minas, paquebotes y manejos políticos que vibraban en torno del 900. Lo fue también de la bilbainía campechana y don de gentes. Eran los años boyantes, por cierto, de la red comercial "Ybarra, Mier y Cía."

Pero únase a ello, como contra-punto, la actitud apacible de su madre, de origen antillano. Es decir, el ambiente marcó la vida de esta joven perteneciente a un clan familiar que no dejaba de crecer en el Bilbao situado entre dos guerras carlistas. Sin embargo, la entonces llamada Casa Ybarra, en la calle Nueva, era un referente de muchos valores y no solo de la opulencia esperable en el ámbito social y doméstico de gentes adineradas. Educada al estilo francés, se le recuerda dotada de una personalidad decidida ya desde niña. Lo demostró con creces al pasar los años.

Conoció muy pronto lo que la enfermedad podía causar dentro de su propia familia, pues dos de sus hermanas fallecieron de cólera en 1855. Ella misma contrajo el tifus siendo estudiante en Bayona, reponiéndose tras larga convalecencia. Pero no pasaron muchos años hasta decidir su boda, a la temprana edad de dieciocho años, con José Vilallonga y Gipuló, nacido en Figueras, de familia emprendedora y relación industrial.



Retrato de Rafaela de Ybarra.

Vilallonga y Gipuló, nacido en Figueras, de familia emprendedora y relación industrial con los Ybarra. Ingeniero, persona bondadosa, demostró talento hasta para mantener aquella relación sumamente especial con su esposa, a la que escribiría a diario ante cualquier circunstancia que los separase. Había 20 años de diferencia entre ellos, pero la madurez de Rafaela palió esa desigualdad. En 1869 se trasladaron a la finca de Deusto sita en el paraje conocido como “la Cava”. Los dos únicos palacetes que aún se conservan en ese transitó fluvial son hoy lugar de memoria de muchos acontecimientos históricos, pero uno y esencial, el de la vida y obra de la Beata. Allí padecieron los efectos de la última guerra carlista. Se habían producido ya dos sitios, y este tercero para Bilbao no fue menos trágico. Pasaron tres años en Santander.

Tenía seis hijos, pero su hermana murió a los 28 años dejando otros cinco hijos¹⁰. Rafaela se hizo cargo de ellos. En 1879, con 36 años tuvo a su hijo Pepín, aquejado de parálisis infantil a los dos años.



Familia de Rafaela de Ybarra.

Camino de perfección

La lectura de *La vida devota* de San Francisco de Sales ilumina, al decir de sus biógrafos, la devoción y espiritualidad cristiana que en ella siempre había estado presente. Su fe la practica heroicamente. ¿Ejercitó valores de “su clase”, como decía Pombo? Seguramente sí, pero sin duda de forma muy original. En la virtud estamos mucho más solos que en el vicio, efectivamente. Y, además, hay algo bastante claro en su vida y en su talante: no fue solo filantropía. Con 42 años decidió un compromiso espiritual, para nuestra mentalidad actual, incomprensible: hacer los votos (de castidad, obediencia y pobreza).

Al llegar la década de los años 80 la industria siderúrgica despegó. Altos Hornos y Fábricas de Hierros y Aceros de Bilbao tiene tres mil obreros. Un solo dato económico, y basta. Las secuelas sociales son muchas y diversas. La acción de protesta obrera se manifiesta y el concepto de apostolado, bien entendido, diversifica acciones que se atienen a las conductas morales imperantes. Rafaela es consciente de esas transformaciones. Desde los 18 años ha visitado hospitales, ha socorrido a necesitados, ha trabajado en el refugio de Begoña para jóvenes, se acerca a las prostitutas. Acentúa toda esa labor durante los años del bienestar y del dinero. Encara su misión haciendo caso omiso a la hipocresía social y mostrando su desacuerdo frente a los efectos vergonzantes de la opulencia.

Cuando intenta remediar en Francia la enfermedad de su hijo, ella también enferma y su madre fallece repentinamente en la estación de París cuando van de regreso a Bilbao. No será la única vez que enferme "aunque mi voluntad es grande, soy un vaso débil y quebradizo". Desde 1890 su ansia de perfección le autoexige mayor dedicación a la causa por la que ha optado: proteger a jóvenes y niñas víctimas del abandono y la pobreza. Funda por ello la Congregación Religiosa de los Ángeles Custodios. Se le critica, soporta ataques desde diversos frentes sociales, hasta llega a recibir alguna amenaza de muerte. Acepta humillaciones, su obra es incomprendida, aunque el tiempo amenaza de muerte. Acepta humillaciones, su obra es incomprendida, aunque el tiempo le da la razón. Escribe incansable sobre su experiencia, renuncia a todo halago y placeres. "No hay amor sin sacrificio". Visita las cárceles (La Galera), recoge madres solteras, huérfanos, influye para que se cree la Maternidad de Bilbao, promueve centros educativos (primaria, talleres) y construye el Colegio-Residencia que dirige la Congregación Religiosa de las Hermanas de los Ángeles Custodios. Esta labor se extenderá con el paso del tiempo hasta Latinoamérica. Su muerte sucede el 23 de febrero de 1900. Fueron pues 109 años los que en 2009 se cumplieron de su fallecimiento, y el 30 de septiembre de ese mismo año se conmemoró asimismo el 25 aniversario de su beatificación.

Cuando “*la Madre*” fue beatificada, Juan Pablo II el domingo 30 de septiembre de 1984 dijo en su mensaje: “Jarraitu egizuez beata berriaren ikasbideak” (*seguid los ejemplos de la nueva beata*). Su fiesta en el calendario litúrgico desde entonces se vincula al 23 de febrero.

La iconografía de la Beata Rafaela de Ybarra dispone de numerosos ejemplos, uno de los últimos: la estatua que Federico Coullout-Valera hizo con motivo de su beatificación. A ningún bilbaino debe, por tanto, pasársele desapercibido el valor y la trascendencia de aquella gran dama, que ante todo fue madre, esposa y gran benefactora, y en la que se adivina esa aura especial de santidad que pocos alcanzan.

Tercera parte:

Escenario

Pleitear en Valladolid

Los orígenes del Archivo de la Real Chancillería de Valladolid conectan con las Ordenanzas de Medina del Campo de 1489 por las que los Reyes Católicos, además de reorganizar el Tribunal de la Real Audiencia y Chancillería crearon su archivo. Hasta 1607 los pleitos se encontraban en poder de los escribanos de cámara. El archivo administrativo estuvo desde ese año al servicio del Tribunal de la Real Chancillería hasta 1834, cuando ésta fue suprimida. Hoy aquel edificio conserva y difunde su rico patrimonio documental, decisivo para la historia del País Vasco. El edificio fue construido como deposito de documentos. Se inauguró en 1682 y reunió documentación producida por el tribunal hasta 1973. El Archivo de la Real Chancillería de Valladolid conserva la documentación generada por la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid (1371-1834), máxima instancia judicial de la corona de Castilla durante el Antiguo Régimen para los territorios situados al norte del río Tago. También conserva los fondos producidos por la Audiencia Territorial de Valladolid (1834-1988), tribunal que sustituyó a la Chancillería tras su supresión y por otros organismos judiciales aún vigentes.

La Sala de Vizcaya

El edificio, pese a intervenciones diversas es heredero de un palacio construido a mediados del siglo XVI para don Alonso Pérez de Vivero. En su llamada *Sala Rica* contrajeron matrimonio el 14 de octubre de 1469 los Reyes Católicos. En aquellos años el Palacio de los Vivero fue un palacio fortificado, con torres, muralla, foso y torreón. Elementos derribados en 1475, como terapia aplicada frente a brotes levantiscos. Cuando la familia Vivero perdió la propiedad de este palacio, la corona lo habilitó para chancillería y llevó a cabo obras diversas. Los fondos documentales conservan su organización primitiva: *Jurisdicción Ordinaria*, integrada por pleitos civiles y criminales; *Jurisdicción Especial*, formada por la Sala de Hijosdalgo, y *Sala de Vizcaya*. Esta última conserva los pleitos civiles y criminales del señorío. Entre estos fondos están las claves para saber cómo se impartía justicia, para conocer el sistema bancario, el comercio local e internacional, la industria textil que comenzaba a producirse, las ferrerías de Vizcaya, el derecho de familia (dotes, herencias, bienes gananciales), contenciosos de jurisdicción eclesiástica y civil, conflictos entre el clero secular y regular, mayorazgos, etc.

A tenor de los documentos allí conservados, podemos identificar una gama variada de pleitos diversos. Desde el caso en que el corregidor de Bizkaia ejecutaba contra una tal Francisca Echebarria, vecina de Bilbao acusada de “vivir amancebada” (1629/30), hasta el librado por el concejo de Bilbao, *con los Mayordomos de la Cofradía de San Crispín y San Crispiniano de zapateros de Bilbao*, que estipulaba la petición de poner tasa a los materiales de zapatería, cueros y cordobanes. O bien el librado entre 1631 y 1638 por Lope de Zaldivar Espilla, con Agueda de Vitoria Lecea, viuda de Simón Díaz de Lecea y sus hijas, sobre la posesión del vínculo y mayorazgo que fundó Mayora de Tranco, su tía, que tenía apropiado la demandada, porque su marido había sido el último poseedor. O bien el de 1634 protagonizado por Tomás de Uriondo, padre de Ana de Uriondo, contra Francisco de Durango Uribiarte, todos vecinos de Bilbao. Acusando al demandado de *estuprar a la demandante*, por lo que pedía cumpliera la palabra de matrimonio dada.

Aún más dramático, he encontrado otro recurso llevado hasta Valladolid en 1645, presentado por Marina de Gorostizaga por el pleito sobre el despojo que le hicieron los demandados de la sepultura que poseía, y donde estaban enterrados sus hijos, en la iglesia parroquial de Santiago de Bilbao situada frente al altar de San Sebastián. La viuda litigaba contra Lázaro de Ormaeche, mayordomo de la fábrica de la iglesia parroquial de Santiago y contra Domingo de Semper, vecino de esta villa. Otros casos ligados a cuestiones de moral pública se contabilizan en la Sala de Vizcaya, asimismo, como el de Juan de Arteta, procurador, contra Casilda de la Cuadra, estante en Bilbao. A la demandada se le acusó de lo siguiente: "ha tenido cópula y sido conocida carnalmente con hombres casados y libres con gran escándalo y murmuración".

Litigantes extranjeros

Nos fijaremos, especialmente, en los extranjeros que entraron en pleitos con otros vecinos bilbainos. La lista de quienes llegaron hasta la chancillería por impagos, hurtos, y demás tipología delictiva, muestra cómo en el siglo XVII la afluencia de comerciantes extranjeros en esta villa fue representativa del volumen de actividad comercial que crecía. Entre 1601 y 1658 queda reflejada la actividad de los comerciantes franceses, quienes fueron numerosos, aunque también estuvieron los irlandeses y los portugueses. Pero no siempre el negocio deparaba resultados satisfactorios, así que la lista copiosa de pleitos entablados también habla de fraude y de corruptela.

Como muestra de lo que decimos he aquí, a modo de “cata” documental, algunos de estos casos. Así, por ejemplo, Juan de Fimbres, mercader flamenco, residente en Bilbao, que entabló querella en 1657 con María de Orueta, viuda bilbaina, por hurto de seda de su lonja y tienda.

Durante cinco años se mantuvo asimismo la demanda por transportar dinero sin pasaporte para entregarlo a extranjeros en San Sebastián entre Diego de Zenarruza, guarda de los diezmos de mar y de la aduana del puerto seco de Vitoria, contra Pedro López de Ocariz, arriero, y contra Pedro Caismois, comerciante flamenco, vecino de Valladolid, contra Francés de Aguirre y Álava, caballero de la orden de Santiago, alcalde ordinario y alcalde de sacas de Vitoria, y contra Juan de Olarte, comerciante alavés y consortes. Cincuenta años antes se registraba como pleito civil en la Real Audiencia entre Juan de Uriarte, maestro de fabricar naos, vecino de Lequeitio, estante en San Sebastián, contra Pedro de Liendo, capitán, vecino de Bilbao, residente en San Sebastián entre 1602 y 1603. La causa surgía por deuda del último pago del importe de un galeón construido por el demandado en el astillero delante de la iglesia de San Pedro de Deusto. El galeón estaba cargando mercancías en el puerto de Pasajes para llevarlas a vender a Andalucía cuando el demandante pidió ejecución.

Entre 1602 y 1605, Andrés de Murueta, mercader francés, vecino de Nantes que vivía en Bilbao, litigó contra Pedro de la Plaza, vecino de Bilbao. La acusación era por cobro de una partida de 11.587 reales que ya había sido pagada. También Francisco Bodin, mercader francés residente en Bilbao demandó a Julián Boileo, mercader, alegando que le debía cierta liquidación de cuentas, por lo que pedía pagase mil reales. Igualmente, Julián Mijel, *cesionario* de Rabe Guimar, francés y vecino de Bilbao, con el capitán Doranje, y con Martín Pérez de Baquera, que fue alcalde de Bermeo, sobre ejecución de una carta ejecutoria sobre el apresamiento del navío “La Leona”, cuando volvía de Terranova, con pescado, a Bretaña. El citado Martín *fue llamado* por decir que daba por bueno dicho apresamiento, por amistad con Doranje.

Miguel Estrance era el demandante en 1607 contra Nicolás Lefebre, vecino de Roan (sic) y Jacques de Villa, además de Martín de Vergara. Se pidió en bienes del citado Lefebre por 220 ducados – precio de diez cargas de pescado cecial– que el demandante le dio para vender. Maturin Garreau, mercader francés, residente en Bilbao, contra Francisco de Camargo del Águila, residente en Bilbao y el capitán Martín de Jaúregui, vecino de Deusto, como su fiador, pidió ejecución en bienes de los demandados por 4.400 reales que les prestó el demandante.



Práctica y Formulario de la Chancillería de Valladolid dirigido a la Real Chancillería.

La pesca de altura

Hay otros muchos ejemplos –en progresión cronológica– que nos descubren multitud de situaciones ligadas con la pesca de altura –incluida la ballena– y que históricamente nos confirma como expertos. Por ejemplo, a través de la CARTA EJECUTORIA dada en Valladolid 1606/08/20 del pleito entre Jorge Yun, Juan de Bengoechea y consortes, vecinos de San Sebastián, que al pleito salen sobre concurso de acreedores. Todos deseaban cobrar sus deudas en un navío llamado *María de San Vicente*, cargado con ballena proveniente de Terranova.

Otro caso que remite a la pesca en Terranova fue el de Hernando Ortiz de Allende, vecino de Bilbao, contra Juanes de Bertuste, o Bortesti, dueño de una nao. El francés, vecino de Hendaya, y Juan de Arrazola, vecino de Bilbao, como su fiador, y a su muerte sus herederos, intervenían en la petición de ejecución en bienes de los demandados por 127 ducados y medio que les dio para avituallar y aparejar una nao para ir a pescar bacalao a Terranova. Sobre pesca de ballenas fue hasta Valladolid a resolver judicialmente Julián de Breo, mercader, vecino de Bilbao, y Julián Miguel y Pedro de Urrecha, mercaderes, estantes en Salvador (Brasil), contra Adame Chibau, mercader, vecino de San Juan de Luz (Francia) residente o "estante" en San Sebastián. Finalmente, entre 1616 y 1624 Gaspar de Chillan, mercader irlandés vivió varios pleitos. Primero con Jorge Estrod, y su hermano, mercaderes residentes en Londres y con Tomás Boyer y Benjamín Langham, sus factores en Bilbao y consortes. Se pedía la ejecución en bienes de los demandados para satisfacer la liquidación de cuentas de cargas de salmones y cueros, enviadas para "trato de mercaderes". El mismo irlandés Gaspar de Chillan, residente en Bilbao, representando a Oliver Nerxent, vecino del condado de Londonderri, y Jerónimo Narguel, de la Compañía de Jesús, su hermano y testamentario con Felipe Jaqueson, mercader, residente en Bilbao, y Jorge y Guillermo Estru y consortes pedían la ejecución de Ejecutoria Real de 5 de octubre de 1630, sobre ciertas *cargazones* de salmón y pescado remitidas por la compañía del dicho Oliver, arrendatarios de pesquerías de salmón y angulas en el reino de Irlanda. La resolución se dirimió entre 1638-45. Como vemos la lentitud de la justicia era preocupante también en el siglo XVII. La

Chancillería se ocupó de otros muchos casos relacionados con la hidalguía, pero como decía previamente, esta faceta del pleito civil con extranjeros puso de relieve el importante papel del enclave mercantil de la ría como eje imprescindible de la logística castellano-cantábrica.

Nobles vizcaínos de la Era Moderna

El relato sobre hidalguía y nobleza vizcaína me permite afirmar que conocer a la nobleza implica valorar la existencia de fronteras. Es decir, distinguir lo percibido entre líneas visibles e invisibles de lo propio y de los demás. La percepción simbólica y cultural de las cosas se basa en la experiencia. Es decir, las élites sean sociales, intelectuales, económicas, profesionales, etc., establecen fronteras simbólicas y psicológicas. Así pues, analizar a la nobleza obliga a considerar los sedimentos de las acciones individuales y colectivas caracterizadas por diversos procesos culturales, distintas estructuras y distintos periodos en los que desplegaron sus acciones y moldearon sus destinos.

La muestra que presento de modo resumido actuó acorde con las particularidades del territorio en el que nació, residió, con el que se identificó y al que en ocasiones retornó. Y no me refiero solo a los indianos. Su pertenencia a Tierra Llana o a villas y ciudad, su condición de propietario, su dedicación a las armas, a la administración, a los negocios los distingue.

Un elemento identitario de ese estilo de vida es el solar y su formato: sus propiedades domésticas (desde las casas torres esparcidas por el territorio de Bizkaia, a los palacetes de los indianos, la gran casa-palacio en Las Arenas, Gordexola, Durango, Gernika, Elorrio, Santurtzi, Portugalete...), al igual que la arquitectura residencial de las grandes familias que edificaron en el Casco Viejo bilbaino. Y por supuesto, además de continente y contenido, rituales sociales y societarios; también sus iconos de vida privada, los elementos ligados a la vida cotidiana, moda, sociabilidad, tan atractivos de observar.

Pero además de la nobleza que venía de antiguo, en Bizkaia (hidalguía universal y titulados) y en el siglo XVIII, “la burguesía más auténtica existente en el Estado era la de Bilbao”, escribía Domínguez Ortiz hace años. De hecho, tras las violentas machinadas o revueltas de 1718 (luchas entre campesinos y ferrones; mercaderes y nobles potentados) los antiguos linajes banderizos en Bizkaia perdieron su poder, aunque la compra de nuevos títulos fue práctica frecuente, incluidos *los títulos en blanco* de la Iglesia. En esa nueva línea, los comerciantes comenzaron a ser premiados. También los financieros comenzaron a brillar en su carrera de ennoblecimiento, atendidos por la corona en función de sus servicios, entre las oligarquías urbanas.

La nobleza del Siglo de las Luces

Como prueba de la investigación que he efectuado sobre nobles residentes y oriundos en territorio vizcaíno, la documentación judicial entre 1600 y 1780 depositada en el Archivo Foral identifica personajes como: Andrés de Medrano Mendizabal, conde de Torrubia y marqués de San Gregorio; Alonso Rodríguez de Medina Leaegui, marqués de Buenavista; Francisco Díaz Pimienta Vallecilla, marqués de Villarreal; Baltasar Hurtado de Amézaga, marqués de Riscal de Alegre; Antonio de Vargas Lezama, marqués de Vargas, vecino de la villa de Bilbao y el marqués de Mancera y Malpica.

La nobleza provincial debiera conocerse con detalle. Por ejemplo, el presidente del Consejo de Castilla, Andrés Orbe Larreátegui, de familia noble instalada en el siglo XVII en Ermua, fue Inquisidor General hasta que falleció en 1742 y obtuvo como recompensa un título nobiliario libre de pago en favor de su sobrino y ahijado, Andrés Agustín de Orbe, que se tituló como marqués de Valdespina por decreto de 18 de abril de 1736. Sin duda fue un personaje muy destacado.

De otra parte, aunque no existe un repertorio de nobleza vasca bien definido en cuanto a títulos del reino, algunos nobles vizcaínos de gran predicamento –como los de la familia Barrenechea y Arbolancha– son cruciales en razón su fortuna, acciones y relaciones institucionales. Los primeros de una saga familiar extremadamente compleja. Los estudié a raíz de una publicación sobre la casa-palacio de *La Bolsa*, hoy convertida en centro cívico.

El primer marqués del Puerto es un título (20-VI-1741) concedido a José de Barrenechea y Erquiñigo, Múgika y Cariz, decano del Consejo de Hacienda, caballero de Calatrava. Mayordomo de la reina, ministro plenipotenciario en el Congreso de Soissons, ministro plenipotenciario en Suecia y embajador en las Provincias Unidas.

Su primer matrimonio se celebró el 24 de enero de 1707 en la iglesia de Santiago, de Bilbao, con Juana Josefa Novia de Salcedo y del Barco. Los hijos de esta unión fueron: José Fernando, mayordomo de semana de la reina Isabel de Farnesio, marqués de la Solana y sucesor en el marquesado del Puerto; Pablo, marqués de Puente Fuerte, agente del rey en el extranjero como ministro plenipotenciario de Dinamarca (1746), enviado extraordinario en Suecia (1753) y embajador de Holanda (1761), y Teresa, que casó con Joaquín de la Garma Novia de Salcedo, marqués de la Pesadilla.

Los Garma, marquesado de la Pesadilla, eran oriundos de Trucíos (Isidoro de la Garza Manso fue el primer marqués); al igual que los Nardiz de Bermeo, Barones de Velli, una familia muy destacada.

En resumen, los procesos de ascenso social fueron muy variados. ¿Cómo describir su perfil? Grandes propietarios, cultura tradicional e inquietudes de negocio, afines a la defensa de sus intereses territoriales y destacados viajeros.

Me detengo brevemente en Pedro Ibáñez de Leguizamón Segovia, marqués de Gramosa. Título nobiliario creado el 19 de septiembre de 1662, con el vizcondado previo de Las Vegas de Matute por el rey Felipe IV, a favor de Pedro Ibáñez de Segovia e Isasi Leguizamón, quien era hijo de Pedro Ibáñez de Leguizamón, XV señor de la Casa y Torre de las Vegas de Matute del Campillo y el Carrascal, señor del castillo del Valle de Orozco y de su esposa Mariana de Isasi y Leguizamón, hija de Domingo Martínez de Isasi, señor de los cortijos de Gramosa, en Jerez de los Caballeros.

De otra parte, en la tónica de enlace burgués y política de ennoblecimiento, diré que la única hija del influyente corregidor bilbaino, Ventura Francisco Gómez de la Torre, María Francisca, siguiendo la práctica habitual, casó con Juan Rafael de Mazarredo perteneciente a un influyente linaje de la tierra llana de Bizkaia, poseedor del mayorazgo de Salazar de Muñatones. Juan Rafael de Mazarredo era hijo de María Josefa de Gortázar y Arandia, hija a su vez de don Domingo de Gortázar, un importante noble de la Bizkaia del siglo XVIII.

En el caso de Guillermo de Uhagón, tras obtener de Carlos III autorización para tratar y comerciar con las Indias, fundó una importante compañía de navegación. En 1779 casó con María Rita de Olea y Larracoechea, perteneciente a una familia nobiliaria de Bizkaia poseedora de la casa y torre de Olea y Aperribay, del vínculo y mayorazgo de Ereño. Su nieto Francisco Rafael de Uhagón y Guardamino obtendría el título de marqués de Laurencín.

El marquesado de Vargas creado el 8 de febrero de 1700 para Francisco de Vargas, oriundo de Bilbao (1649), le convirtió en el primer marqués de Vargas. Y en cuanto al I marqués de Villarías, Sebastián de la Cuadra y Larena (1687-1766) cabe reseñar que fue secretario de Estado, sustituyó a Patiño en tiempos de Felipe V y figuró como cofundador de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El marquesado de Casa Palacio fue creado por R.D. de 28 de julio de 1750, dado en Buen Retiro por Fernando VI, previas resoluciones reales de junio de aquel mismo año.

José de Palacio había ejercido 20 años como Contador Oficial de las Cajas de Potosí (Bolivia). Factor de dichas cajas desde 1729, había nacido en Gordejuela (1687). Hijo de Simón de Palacio Molinar y María Lanzagorta Acasuso, quienes habían contraído matrimonio en San Esteban de Irazagorria (1665). Por sus servicios a la Real Hacienda se le concedió título de marqués, consignando 50.000 pesos para esa finalidad.

Los Urrutia, marqueses de Villar de Águila (6 de julio de 1689) provenían también de Gordejuela o Gordexola (1523). Don Juan de Urrutia Allende emigró a México, como muchos indianos del valle. Allí hizo fortuna y allí falleció. Fue caballero de Santiago y primer marqués de Villar del Águila.

Don Juan de Urdanegui y Zuazo tuvo cuatro hijos, de los cuales Juan Urdanegui y Zuazo –nacido en Lima en 1677– fue el primer marqués de Villafuerte (1683). La saga familiar, bien instalada en Perú, ejerció cargos relevantes. Finalmente constan los Zabálburu de Gordejuela. La genealogía identifica desde antes de 1600 a miembros de esta familia procedentes del valle de Gordejuela o Gordexola, igualmente.

A finales del siglo XIX, Francisco de Zabálburu y Basabe, miembro de la élite social y económica bilbaina, construyó en Madrid una casa-palacio donde reservó una zona para la instalación de los valiosos fondos de su archivo y biblioteca. Logró reunir una importante colección. Contrajo matrimonio con María del Pilar de Mazarredo y Tamarit y de este matrimonio, su hija Carmen de Zabálburu y Mazarredo fue Camarera Mayor de la reina doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, Dama de la Maestranza de Granada y de la Orden de María Luisa y condesa de Heredia Spínola por su enlace, en 1900, con Alfonso de Martos y Arizcun, cuarto conde de Heredia Spínola, marqués de Iturbietta, conde de Tilly y Grande de España. Tuvo una hija, Carmen.

El rey Alfonso XIII se alojaba en la casa palacio de los Zabálburu cuando venía a Bilbao. Don Francisco de origen encartado había nacido en Bilbao, 6 de julio de 1826, estudió leyes en la Universidad Central de Madrid y en la Sorbona. Formó parte de comisiones para la construcción de los nuevos ferrocarriles, consejero del Banco Hipotecario, diputado en el Congreso y Senado por Murcia, viajó frecuentemente por Italia y Francia. Hombre muy moderno y avezado en finanzas, había sido retratado por Federico de Madrazo en su juventud y por Joaquín Sorolla unos años antes de fallecer el 2 de enero de 1897. De gran erudición publicó en 16 volúmenes del CODOIN, hablaba francés y euskera y también conocía el inglés, italiano y portugués. Escribía con gran corrección y conocía muy bien a los clásicos españoles. Tenía gran afición por el teatro y la música, fue mecenas de artistas pintores, músicos y escritores. Falleció el 2 de enero de 1897 en Madrid y fue enterrado en la parroquia de San Francisco de Bilbao, cuya construcción había sufragado años antes junto al resto del llamado Ensanche de esa ciudad.

Como últimas referencias he de mencionar a los Gardoqui de Larrabezúa y Bilbao, luego marqueses de Río Florido. Los Ibarra de Berriatua, Vizcondado de Domingo de Ibarra 1690. Los Landaeta de Begoña, condes de Casa Loja (2-12-1753) y marqueses de Torrecasa (29-1-1722) de Begoña, emigrados a América y con descendientes en México y Lima. sin olvidar al primer marqués de Casa Alta, Juan Madariaga Aróstegui, de Busturia, 1752.

Algunos ejemplos de la nobleza de origen vizcaíno que jalona la historia social de tiempos clasificados y estandarizados por la historiografía como la Edad Moderna.

“1808”, los Bonaparte y Bilbao

Las conmemoraciones centenarias pueden aportar –desde el revisionismo– nuevos hallazgos e interpretaciones más depuradas. A tenor del envite napoleónico de 1808 en la península ibérica, hemos de considerar que la geografía vasca estuvo en el punto de mira. Las noticias del avance francés forman parte de una cadena narrativa que compone un cuadro impresionista. Pero veamos de donde parte esta situación. Fue la Asamblea de Notables quien tomó decisiones cruciales en el palacio del Viejo Obispado de Bayona, gestando un Estatuto otorgado en 1808, que abriría una nueva etapa en la historia española. En aquel “simulacro de Cortes” estuvieron los bilbainos Urquijo y Mazarredo. Ambos fueron nombrados por Napoleón ministros del rey francés que se imponía a España. Pero pronto confirmaron que aquel territorio (País Vasco) cuyos fueros discutía el propio Estatuto, sería anfitrión del rey José Bonaparte, ante los avatares acontecidos en España (motines).

Fue precisamente Mazarredo, su ministro de Marina, quien intentó llevar adelante una misión decisiva, aunque de escaso éxito a la postre: tranquilizar el desasosiego de los nuevos súbditos del monarca francés. Y tuvo que ser el propio emperador quien acudió para remediar los enfrentamientos –sobradamente conocidos– y quien repuso en Madrid a su hermano.

Napoleón salió de territorio español el 20 de enero de 1809. El reinado josefista duró oficialmente tres años y medio. En febrero de 1810, el emperador había dado la orden de crear gobiernos de raigambre militar en Bizkaia, Navarra, Aragón y Cataluña. Zonas fronterizas en las que se facultó a sus generales para que incautaran todos los recursos pecuniarios y económicos, con el pretexto de que eran indispensables al Ejército de ocupación. En el País Vasco, el general Thouvenot se enfrentó a los organismos forales. Y José I tuvo que afrontar aquella incómoda situación en progreso, sin poder contrapesar los inconvenientes políticos. Su vacilante trono solo le daría problemas en adelante, aquí y allá. A partir de 1812, la nave zozobraría. Su presencia física perduró, pero el reinado de José I concluyó antes de que en 1813 cruzase la frontera para siempre.

Desventuras, saqueos y ocupaciones en Bilbao

José Napoleón había salido de Bayona el 9 de julio, acompañado de sus ministros y palaciegos nombrados en dicha ciudad, y por Irún y San Sebastián se dirigió a Tolosa, en la que mediante decreto ordenó su proclamación en todos los pueblos de España. Poco después, la derrota francesa de Bailén, el 19 de julio, "enardeció a los del gobierno de Vizcaya que tomaron posesión de sus cargos el 31 de julio", cuenta Labayru. Y pocos días después organizaron la Junta Suprema de Gobierno, similar a las de otras provincias del reino.

Como Bilbao había armado a sus vecinos, la junta dispuso el armamento de todos los pueblos vizcaínos, con personas entre 16 y 40 años. Formaron así “compañías” que cobraban tres reales diarios, más libra y media de pan.

La Junta Militar dio asimismo instrucciones convenientes para la defensa de la costa. Disuelta la junta, empezó a funcionar la Diputación el 12 de agosto, manteniendo los alistamientos. Pero las crónicas indican que (...) “fue inútil todo lo preparado y dispuesto, porque avisado el Francés de lo que se había urdido destinó inmediatamente una división sobre Bilbao”. El día 14 (de agosto) a las dos de la mañana habían salido de Ochandiano trescientos o cuatrocientos caballos que eran la avanzada de la división de Merlín, quien se presentó sobre Bilbao el 16, por la mañana y dirigió a la citada villa la intimación siguiente: “Si nadie quiere prevenir las desgracias que van a azotar una de las villas más traficantes del Reyno (comerciales), tendré la obligación de darla al saqueo y furor de mis soldados; puedo aún salvar el comercio y la Villa; así venid al instante a pedir una gracia que estoy dispuesto a daros en nombre del Rey”.

Ante semejante proclama, es fácil imaginar la reacción de muchos bilbainos. El ex alcalde mayor Matías Herrero Prieto, teniente de corregidor entonces, convocó a los concejales del Ayuntamiento a junta capitular a fin de acordar lo oportuno para mantener el orden; pero la reunión no pudo celebrarse, porque huyeron los propios regidores, como hizo también un buen número de vecinos. Los pocos moradores que permanecieron en la villa hallaron refugio en el consistorio, excepto algunos desventurados que fueron asesinados en sus casas cuando se inició el pillaje.

Mientras se verificaba el saqueo, Merlín dio un bando en que prometía respetar las personas y las propiedades del país y pedía la entrega de las armas. Las piezas que el Archivo Histórico Nacional conserva de este tipo de edictos, confirman la argumentación propagandística del revolucionarismo liberal. Lo cierto es que entrar a saco fue poco, porque la soldadesca actuó de forma muy violenta. Y el nada mágico –sino pragmático– Merlín impuso en este día 16 una contribución de ocho millones de reales.

Durante el saqueo no fue respetado ningún edificio, y el botín fue tal –señala T. Guiard– que días después vendían los soldados por calles y plazuelas “a menosprecio, cálices, peanas y candelabros y gran variedad de alhajas. El concejo rescató algunos objetos sagrados, comisionando a sus regidores para que secretamente los comprasen”.

Los que aceptaron y tomaron el cargo de gobernar y administrar la villa, según el nombramiento y orden del cónsul (monsieur Lorenzo Francine, revestido de autoridad excepcional) dieron al día siguiente 17 de agosto, un bando que apelaba a la tranquilidad general. El 19, la Diputación, de orden de Merlín, fijó un edicto manifestando que, tanto en la villa como en los pueblos del señorío, las personas podían circular con total seguridad y libertad “con tal que no llevasen armas”. Pero Bilbao quedó durante días como una población asolada; la ausencia de vecinos era notoria, y los afectados por la ruina no pensaron sino en cerrar sus tiendas y talleres. Las religiosas de los conventos también desalojaron sus recintos. Las de la Encarnación se refugiaron en el convento de franciscanos de Castro Urdiales y en Barakaldo; solo quedaron cuatro monjas en el convento bilbaino: “una enferma y tres legas”.

Impresionado el rey intruso, entonces en Miranda de Ebro, por la conmoción popular de Bizkaia; envió al bilbaino Mazarredo para apreciar de cerca la situación. El almirante, reformando los nombramientos que el 16 había hecho el cónsul francés, eligió 17 miembros que constituirían el nuevo Ayuntamiento, en tanto se celebraran elecciones municipales, según las ordenanzas de la villa.

A finales de agosto llegaron 280 hombres más de guarnición a Bilbao y un jefe llamado Gironet, con la misión de organizar un hospital militar francés. Primeramente, se proyectó que el hospital albergase 200 o 300 enfermos, y luego se amplió hasta 500.

Inspeccionado el Convento de la Concepción y ante la ausencia de otro lugar más hábil, comenzaron las obras para acondicionar el hospital civil. Pero Bilbao fue importante también en otros servicios, pues fabricaba la galleta para el ejército de Napoleón a gran escala. Así se ve cuando el comisario Dufour advertía desde Briviesca que el bizcocho había sido mal elaborado. Pese a ello, se pidieron 300.000 raciones nuevas de galletas, que estuvieron fabricadas para septiembre. Un alimento básico que permitía alimentar a marineros y soldados a coste barato y de gran valor nutricional. Galletas que nada tienen que ver con las actuales, obviamente.

También se pidieron paños, telas y cueros para el vestuario del ejército. Alguna otra decisión –directamente ligada a la villa– tuvo que ver con las primeras medidas desamortizadoras. Un decreto expedido por José Bonaparte desde Logroño (1 de septiembre) suprimió conventos (el de San Francisco, San Mamés de Abando, y Capuchinos de Deusto), expulsando de Bizkaia a sus religiosos. La réplica no se hizo esperar. Como en otros lugares, hubo ataques, boicots y robos que interrumpieron los correos napoleónicos o capturaron a soldados quitándoles la vida. Las medidas punitivas se aplicaron por igual: “todo bribón cogido con las armas en la mano sea ahorcado sin más formalidad de proceso”. El primer bribón o brigante, se llamó Manuel de Eguía y fue ahorcado en Bilbao el día once” (de septiembre).

Proclamación de Fernando VII

La entrada de las tropas españolas en la villa se vivió con alborozo. Cerca de Bilbao se acuartelaron batallones y la Diputación general dispuso una acción de gracias en Santiago, para luego verificar en nombre del señorío: "la proclamación de don Fernando VII por Señor de Bizcaya y rey de España y de sus Indias".

Cinco días permanecieron, sin embargo, los batallones de la división de Portago, pues el 26, merced a un fuerte cuerpo de ejército que desde Vitoria envió Bonaparte, volvieron los franceses a establecer su acantonamiento en Bilbao y pueblos cercanos, así como en las villas intermedias y de paso para Álava. De manera que volvió a ser plaza francesa, aunque en esta segunda entrada se portaron con más humanidad. "El número de tropas fue tan crecido que ahogaba a la Villa, según frase del municipio".

El día 12 de octubre entró el general español Blake en Bilbao, al frente de 16.000 hombres. Pero hubo una tercera entrada de franceses. Fue el general Lefebvre (duque de Dantzick) quien la ocupó esta vez. Esta tercera entrada de los franceses en la villa del Nervión perduró hasta 1813, porque "ya por este lado no hubo cuerpo de ejército español que luchase contra los invasores".

En la Encarnación y en San Agustín estuvieron numerosos prisioneros enfermos, y entre éstos y los acuartelados, hubo cerca de seis mil hombres. Sea o no dato fidedigno, la comercial Bilbao pechó con gastos y afrontó la ocupación con entereza.

Su vecindario se mostró dividido: la mayor parte de la clase dirigente, las gentes más ricas y los más poderosos comerciantes no ocultaron su afección a los Bonaparte; el pueblo y gentes de toda condición tampoco ocultaron su animadversión contra los franceses y, alentados por el espíritu de rebelión existente en tantos lugares de España, decidieron luchar a favor de Fernando VII. Las simpatías monárquicas eran obvias, pero, también que las víctimas del paro y del colapso del comercio creyeran asegurar su futuro si vencían al francés.

Propaganda electoral en Bilbao a fines del siglo XIX

Dejando atrás elecciones de tiempos recientes, y como salutación a los titulares del Ayuntamiento y Diputación vizcaína de esta década de 2020, me aproximo a un hecho imprescindible en la reflexión histórica que corresponde a la sociedad civil de la villa. Me refiero a la propaganda electoral que en determinadas convocatorias se dejó sentir en esta capital durante el siglo XIX.

La historia pone contrapunto a características que nos parecen inmanentes. De la experiencia que llega después de muchos años, y que nos sitúa dos siglos atrás, los ejemplos que las convocatorias electorales ofrecen en cuanto a lenguaje político, estrategia propagandística y plasmación de programa resultan francamente interesantes. Más aún si se comparan con lo que nos tienen habitualmente acostumbrados los partidos de nuestra época. Los logotipos y el diseño era lo de menos, las imágenes mentales eran lo que más.

Propaganda electoral

Veamos algunos casos para comprobar la semántica, argucias, discurso y motivaciones que diferentes partidos, pero en especial carlistas y liberales, desplegaron en Bilbao durante diversas convocatorias. En 1890 y dirigiéndose a los electores del distrito se emitía un texto proclama en el que quedaba sentenciado lo siguiente: "El próximo domingo 7 del actual es el día designado para que se verifique la renovación bienal de las Diputaciones provinciales, mediante la adaptación a dicho acto de la ley del sufragio universal promulgada en 26 de Junio último. El primer ensayo de esta ley que se verifica en España y que representa uno de los más grandes progresos realizados en nuestras costumbres políticas, impone a los partidos liberales y democráticos, el deber de acudir con entusiasmo a los comicios, afrontando con ánimo resuelto las inmensas dificultades que ha de crearles el gobierno conservador, adversario decidido de aquella ley y que por burla de la suerte, es el encargado de aplicar tan hermoso símbolo de la soberanía de la nación".

El texto de la proclama describía enardecido a la ciudadanía bilbaina, palabra que iba adquiriendo pleno sentido con los avances del sistema electoral, cómo en cumplimiento de este deber y como amantes de las conquistas y reformas conseguidas por la democracia y “del no menos sagrado a que nos obliga nuestro carácter de vizcaínos y ardientes defensores y guardianes de las franquicias y libertades vascongadas”, el cuerpo electoral del distrito debía participar para que “corriendo a nuestras filas y agrupándose a la sombra de nuestra bandera, nos ayude con sus sufragios a llevar al seno de la corporación provincial, a los legítimos representantes de los deseos y aspiraciones de este país”. Lo expresaban los *centralistas, federalistas y posibilistas*, unidos para constituir la coalición, conservando, según afirmaban públicamente, la integridad de sus peculiares doctrinas y procedimientos, movidos “por el amor hacia este país, su grandeza y su prosperidad”.

El estudio de semiótica que la historia practica sobre textos políticos depara casi siempre resultados gratificantes, pues identifica los núcleos simbólicos del lenguaje político, los objetivos y propósitos, pero sobre todo, la filigrana retórica del discurso destinado –como siempre– a la captación de votantes. Tanto en el ejemplo anterior como en los siguientes, se materializa ese perfil informante sobre ideas de libertad y progreso que, así se encargaron de reiterar, inspiraba ya a las *sociedades modernas*.

El votante debía saber que aquel partido –fuera el que fuese– debía ver en ellos la representación de “la paz, el orden, la moralidad y la independencia en la administración, para todos los organismos populares” (...).

Las andanadas contra el opositor no eran chiquitas, por lo que en textos diversos (prensa, octavillas, panfletos, proclamas, etc.) si podían, dejaban claras las cosas: “Nos disponemos a luchar en los comicios; contra los conservadores que dieron aquella afrentosa Proclama de Somorrostro, aquella cruel Ley de 21 de Julio de 1876, aquellas indignas Circulares de Octubre de 1880 y tantas y tan vengativas disposiciones de la misma índole, con que airadamente nos han ido arrancando girones de nuestra preciada autonomía y una a una todas nuestras franquicias y libertades (...) *iTodo por Vizcaya y para Vizcaya!*”.

Imagen, identidad, publicidad

De la misma convocatoria electoral que el texto-proclama anterior, otros políticos locales dirigieron su mensaje a fieles seguidores con muy distinto tono: “Obedientes a los preceptos que el Episcopado español ha creído necesario dictarnos, respecto a la intervención de los católicos en las luchas electorales, nos hemos unido para procurar a nuestro amado señorío administradores que lleven a la Diputación **el espíritu religioso tradicional en nuestro pueblo y sean defensores probados y acérrimos de las santas doctrinas de la Iglesia**”. Mayor claridad imposible, dando claves a su electorado...

Aquellos insignes próceres que sin ningún empacho iban directamente al grano, escribieron en un panfleto al uso: “Ahora falta solo que los electores de Bilbao, oyendo, no nuestra humilde voz, sino la autorizadísima de nuestros Pastores y los dictados de su conciencia, otorguen sus sufragios a nuestros candidatos, procurando trabajar de tal suerte que se levante sobre todo interés la gloriosa enseña de Dios y Fueros”.

Por si fuera poco, y entre la diversidad de candidaturas – de todo tipo y color– hubo una que no me resisto a recordar (en las elecciones para diputados en Cortes): la *Candidatura de Verdaderos Vizcaínos Viejos*. Es fácil deducir que las referencias al pedigrí y mayorazgo presidirían la presentación de cada candidato. Eludimos nombres, intencionadamente.

Diputados y senadores de esta candidatura iban desde Alonsótegui hasta Markina. Pero el tono más directo, o casi, fue el de los liberales, que no dudaron en hacer llamamientos con encabezados textuales en sus folletos divulgativos manifestando su sentimiento político sin tapujos: “*A los Anti-Carlistas* (20 febrero de 1883). Los que suscriben tienen la honra de invitar a sus amigos políticos a una reunión pública que tendrá lugar mañana miércoles 21 de febrero a las ocho de la noche en el Teatro de esta invicta villa, para protestar para el país y para todos los partidos liberales, creemos inútil encarecer la necesidad de asistir a dicho acto”. Allí estuvieron el Comité Liberal, el Comité Republicano Histórico, el Comité Republicano, y representantes de *Yrurac-Bat* y *El Norte*:

El 1 de mayo de 1885, el Comité Liberal de Bilbao decía a los electores del término municipal de Bilbao que, ante la renovación parcial de concejales de este Ayuntamiento, el comité se proponía acudir a las urnas, y cumplir con un deber ineludible al dirigir su voz a los electores, para explicarles someramente sus propósitos. Ante problemas de suma gravedad que iban a afectar hondamente al porvenir *del país vascongado, para apartarse de toda clase de apasionamientos (...) escogía personas liberales e independientes, designándolas sin ningún género de exclusivismos, dentro del amplio criterio del partido.* Y se reiteraba algo curiosamente lúcido: "Se ha procurado también muy especialmente, que constituyan una representación genuina de todas las fuerzas vivas de la localidad, así en la propiedad, como en la industria, el comercio y las profesiones". Si resumimos, dada la brevedad del artículo, los términos, conceptos y desiderátum que traducen estos mensajes electorales desde los años 80 del siglo XIX la mayoría vinculó tradiciones, con patriotismo, y en ocasiones también denotaría un cierto "alejamiento de los partidos". Pero sobre todo, propagaron la idea de "*olvido cuando recuerde las discordias civiles*". Se referían a las carlistadas, y no hace falta recordar que años después tendría lugar una desastrosa Guerra Civil en 1936.

Pero algunos –y esto es lo que nos interesa destacar– no dudaron en emplear de manera directísima formular eslogan. La marca es la esencia del concepto moderno de la política. Además, publicitar antecede a la marca como estrategia de *marketing*. Por eso las primeras campañas del XIX tienen mucho de publicidad. De este modo la esencia de una imagen, de una identidad quedaba afianzada entre los ciudadanos.

Por eso no dudaron algunos en decir en la campaña del 6 de diciembre de 1890: “Al pueblo: No os dejéis timar vuestros votos por las palabras... palabras huera, en que se informa la circular o ruego de votos propagado por algunos de aquí: asunción de verdadera plaga política para estas provincias, como de las sofísticas manifestaciones producidas por otros centros y periódicos políticos, que reclaman la elección de sus patrocinados, para servir solapados o envueltos negocios particulares de explotadores; ora exigiendo por descabellado y supino procedimiento y sistema, reivindicaciones de ilusas quimeras de formas políticas de gobernar...”.

La relativa epifanía de nuestro mundo político y partidista requiere –pues– del siempre útil análisis *ad intro* para verificar de dónde viene, pero sobre todo, para sopesar a dónde va.

Y el ciudadano, ocasión para dejar sentir su voz, sabiendo también la historia que antecede a las realidades que –por suerte– forman parte del ritual democrático de nuestros días.

Mujeres en la sombra

Cuando la historia de la vida privada enaltecíó la investigación sobre el papel de la mujer, consolidó la tendencia historiográfica del género en la historia. Hoy el tema concita interés, se mire por donde se mire. Lo panóptico de esta historia protagonizada por mujeres parece romper en estos momentos del siglo XXI con la insistente afirmación de que esta historia es una historia oculta. Cuesta creer que pueda subsistir un modelo de historia de la humanidad basado en la universalización de lo masculino, en exclusiva. Por eso insisto en el hecho de que, de numerosos aspectos analizables, las manifestaciones privadas de las mujeres exigen mayor atención. Sin embargo, releer la historia en clave femenina no significa rescatar el protagonismo de las mujeres en el pasado, únicamente, sino presentar instrumentos para repensar la dinámica histórica en su conjunto, como sugería hace años Mary Nash, una conocida especialista. Hay que inventar nuevas categorías. De manera que intento entresacar de la sombra –desde donde no se visualizan con claridad– algunos protagonismos de mujeres que jugaron facetas distintas en la trama sociocultural bilbaina durante un pasado reciente. Tras un gran hombre, suele repetir una amiga mía, la conocida expresión de “hay una mujer “asombrada”.

Perfiles de acción y algunos prototipos

Más allá de los roles tradicionales de la maternidad, de la familia, etc., la actuación *ab intro* de la mujer –aunque con impacto en lo externo– va descubriéndose a medida que la sociedad moderna instala sus valores y le concede un cierto protagonismo. Éste va desde la educación, hasta la ciencia, pasando por los negocios, la música, la política, la empresa, etc. Van superándose, así, convenciones que le habían impedido ejercitar sus derechos y capacidades. En la microhistoria de la villa, durante el siglo XX, comprobamos que la presencia femenina en lo privado y en lo público se multiplica, como es evidente. Lo más fácil es recurrir a personalidades destacadas. Pero nos interesan aquellas que solo son reconocidas en la esfera de lo íntimo y constreñido a círculos sociales concretos.

La genealogía de estas mujeres indica casi siempre que son señeras en razón a su capacidad de talento e influencia social. Por eso resulta una incógnita en sí misma, y suscita mi interés la identidad de María Josefa de Orúe. Ella fue seguramente un ejemplo del paradigma altoburgués del Bilbao de mediados del siglo XIX. Su condición de donante a la Iglesia le señala como una persona de generosidad inusitada y de profundo sentido religioso. Donó en 1849 a la Basílica de Nuestra Señora de Begoña catorce cuadros, magníficos, del pintor napolitano Luca Giordano o Lucas Jordán (1634-1705). Cuadros de caballete que ilustran diferentes episodios de la vida de Cristo, centrándose la mayor parte de ellos en su Pasión. En origen, formaron parte de la cajonería de la sacristía de la basílica de Begoña. Hoy podemos gozar de ellos en el Museo de Arte Sacro de La Encarnación. Son considerados el conjunto pictórico más importante del Barroco en Bizkaia.

Probablemente se pintaron cuando el artista era pintor de corte de Carlos II, entre los años 1700 y 1702. Cómo y cuándo llegaron a manos de aquella bilbaina, se desconoce por completo, pero el reto obliga a indagar más sobre esta benefactora de tan buen gusto...

Identificamos muchos más tipos de mujeres contemporáneas. Junto a la capacidad de acción de Martina Zuricalday (que abrió una pastelería en 1839) habría incontables mujeres con iniciativa de negocios muy distintos, impulsoras de actividad económica por sí, o junto con familiares y esposos. La lista sería interminable desde el siglo XIX al XX. Daniela Bolívar fue un caso de acción emprendedora claro (G&D), como doña Juanita del Hotel Torrónategui, o la misma Ramona Ugartechea, viuda del Dr. Guimón, en su labor de gestión en la clínica fundada por su marido. Desde otro orden de cosas, algunas personalidades de la aristocracia de Neguri, también han destacado en esa esfera silenciosa, de un matriarcalismo con ribetes decisorios cruciales, aunque fueran referente recluido en la domesticidad más íntima: Teresa Ybarra, por ejemplo. Y luego, también, la marquesa de Mac Mahon, como Pilar Careaga –la única alcaldesa que ha tenido Bilbao–, etc. Ha habido, pues, muchas mujeres destacadas en el entorno bilbaino de los dos siglos pasados, aunque sin la notoriedad que otorga la actividad pública. Pudieron estar representadas por mujeres con capacidad para sorprender intelectualmente, incluso. Pero como contrapunto a la acción de las damas burguesas, obreras, administrativas, artistas o avezadas maestras de época, la quiebra de lo convencional pudo manifestarse en la originalidad que convierte en personaje digno de ser novelado como otro arquetipo, el que personificó Regina Soltura.

La casa roja que preside el centro de la playa de Ereaga, y que fue una de las primeras en construirse en este enclave costero del Abra, fue testigo de la vitalidad, curiosidad y capricho de una dama original donde las hubo.

Alejada del estándar de las damas de su entorno en cuanto a conducta social, su biografía remite a circunstancias históricas fuera de lo común. Regina Soltura provenía de una familia que representaba la tradición mercantil de las antiguas compañías comerciales con conexión británica. Los barcos que su familia materna dispuso desde el siglo XIX protagonizaron la carrera ultramarina. El cacao, el hierro, la trata de negros... un esquema tradicional durante la Era Moderna formó parte de la actividad que permitió a sus antecesores gozar de una fortuna considerable.

Regina, huérfana desde muy joven, además de una posición privilegiada, mantuvo una decidida actitud: quebrar el esquema que encorsetaba a la mujer en los reductos tradicionales.

Tuve la suerte de charlar con ella hace años y me contó una anécdota de época juvenil que siempre recordaré, quizás porque tras su relato se transparentaba su anhelo de igualdad con el sexo masculino. Regina contaba con admiración mal contenida cómo le sorprendió, siendo muy joven, la audacia de Madame Laval, una francesa que solía recalar en época de veraneo elegante en Las Arenas. Aquella refinada millonaria brillaba en las veladas del Club Náutico, espacio flotante que precedió al Club Marítimo. Lejos de mantenerse en los círculos de tertulia femenina, Laval se mezclaba con los caballeros de Neguri en los billares, y jugaba con ellos demostrando su preferencia por el trato masculino. La Sra. Soltura me contó que un segundo motivo de fascinación hacia la dama que venía de París, de la modernidad, eran los zapatos espectaculares que portaba. Zapatos con tacones cuajados de brillantes. Fueran o no auténticos, el impacto del detalle tan imponente quedó en la retina de la joven bilbaina, dispuesta a emular en el futuro una vida intensa, mundana y atípica.

De entre el exotismo de muchos gestos espectaculares asociados con bilbainos de sesgo cosmopolita, Soltura escenificó la reacción frente a lo ordinario y ajustado a norma. Sin convertirla en paradigma por mi parte, este contrapunto que Regina representó en una vida repleta de imágenes fuera de lo común, confirma eso de “la excepción” y la “regla”. Indudablemente, Regina nunca consintió estar en la sombra.

La Escuela de Estudios Mercantiles

La idea de fundar centros que contribuyeran a la mejora de la enseñanza pública fue notoria desde el siglo XVIII en Bilbao. Desde la mentalidad de la burguesía vizcaína, el ir a la par en lo científico y literario daba lugar a una fórmula idónea. Así nacerían tímidas iniciativas, continuadoras de los esfuerzos ilustrados que durante aquel siglo habían impulsado con consideraciones prácticas tanto la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, como el propio Consulado de Bilbao. Intentos fallidos en buena medida, pero que al comienzo del XIX facilitaron las cosas con el respaldo del Ayuntamiento y del señorío a dos profesores llegados a Bilbao: Juan Manuel Calleja y Juan González de Toledo. Acudieron al Consulado para que les subvencionara la idea de crear un establecimiento de enseñanza en 1816. La concesión de 6.000 reales de la Caja de Averías resultó suficiente y así echó a andar desde la anteiglesia de Abando¹¹. Pero la historia de este colegio se relaciona con la historia de la Escuela de Estudios Comerciales, como resumiremos de inmediato.

En 1818 el Consulado interrumpió la ayuda económica y sus alumnos del Colegio de Santiago tuvieron que acudir a las cátedras que el Consulado impartía en aulas improvisadas en “los pisos altos” (tercer piso) del edificio municipal donde estaba instalado. Éstas fueron el embrión de la futura Escuela de Comercio. Este colegio se mantuvo bajo los auspicios del Ayuntamiento y se trasladó a la calle Bidebarrieta donde siguió impartiendo enseñanza, celebrando exámenes hasta 1820, tras lo cual el Consistorio decidió que cambiara de nombre, pasando a llamarse Colegio de Educación de Bilbao. Durante el ejercicio de 1819, el Ayuntamiento, a través de los consabidos comisionados, lo mantuvo y dio importancia a la Junta de Estudios creada al efecto, amplió su reglamento, validó las decisiones de la inspección, excluyó a algún alumno por su “mala conducta”, becó a algún otro y atendió las sugerencias para incorporar a la instrucción del centro pautas sobre “la mutua enseñanza o sistema Lancasteriano” que había dirigido al Ayuntamiento el *brigadier* de los Reales Ejércitos, Francisco de Mazarredo. Refrendó al Padre Alberto Lista como “regente” de aquel Colegio de Santiago, y aumentó la pensión mensual que sufragaba a los colegiales internos.

El centro sufrió, sin embargo, el impacto del arresto de su director, apresado por el Tribunal Eclesiástico del Obispado de Calahorra (por razones ideológico-políticas, deduzco). Lejos de resolverse el contencioso, la Junta de Inspección Municipal lidió con el rechazo del director en propiedad a admitir la decisión del “propietario del establecimiento”... quien se anticipó arrendando la casa en la que funcionaba el colegio “que estaba a cuenta de la Villa”, suscitando el consiguiente decreto. En vista de lo delicado del tema, el Ayuntamiento recurrió a la reina mediante una representación municipal, solicitando su protección. La situación devino en caos ante la dimisión de los miembros de la junta, del director, y del disgusto del propietario. La discusión fue tornándose compleja ante las dudas procedimentales. Finalmente, el arreglo se alcanzó, creando una nueva Junta de Inspección, aprobando la plaza de director en propiedad y volviendo a presentar ante S.M. la reina una solicitud de protección, enviando un oficio al Excmo. marqués de Balverde sobre el asunto. Lo cierto es que aquel Colegio de Santiago fue precedente del Instituto Vizcaíno. No es menos cierto que, debido a sus gastos, el Ayuntamiento cesaría en su mantenimiento y fue el señorío quien se hizo cargo de él, pasando a llamarse Colegio General de Vizcaya. Años después (1830), al considerar que no podía asumir toda la enseñanza secundaria reconocida oficialmente, los diputados generales del señorío, Federico Victoria de Lecea y Manuel Murga concibieron un nuevo establecimiento de Enseñanza que se convertiría en el magnífico edificio que se construyó en el Casco Viejo junto a las calzadas de Mallona, el Instituto Vizcaíno. Las Juntas Generales aprobaron el proyecto en 1841 y lo asumieron

tanto el Ayuntamiento, como el señorío y la Junta de Comercio. El solar elegido fue el que había ocupado el antiguo Convento de la Cruz que había pasado a manos del Estado durante la desamortización de Mendizabal. El Instituto de Segunda Enseñanza y Segunda Clase fue inaugurado en octubre de 1846.

La presencia del padre Lista

Sucedió que aquel centro fundado por Juan Manuel Calleja – presbítero no vizcaíno– junto con Juan González de Toledo, el Colegio de Santiago de Bilbao, fue un precedente de muchas más iniciativas paralelas. Calleja, que había sido su director era un experto en gramática castellana (1818) y Lista, de talante liberal, involucrado en divulgar la nueva cultura política liberal. Ambos desempeñaron un importante papel en el desarrollo de la enseñanza en Bilbao.

Hace tiempo que J. L. García sostuvo que la única historia disponible de una escuela de comercio era la de Federico Walls sobre “La Escuela de Comercio de Sevilla, que resulta una interesante recopilación de legislación y anécdotas, pero que carece de enfoque crítico”. Lo relevante, a mi parecer es que el primer caso de estudios mercantiles quizás fuera el ligado a la dotación de una cátedra de cálculo mercantil que tuvo lugar con el apoyo financiero del Consulado de Barcelona. Cuatro años más tarde, en 1819, comenzaron los estudios especiales para comerciantes en Bilbao, bajo la dirección de Alberto Lista, y cuyo bicentenario se conmemoró no hace muchos años. Introdujeron –como novedad– clases de idiomas (francés e inglés), además de dibujo y matemáticas.

Ocurrió que el 8 de febrero de 1817 hubo personas designadas para hacer una propuesta novedosa que se arrastraba de tiempo atrás (1804) –José María de Murga, Manuel María de Aldecoa, Gabriel Benito de Orbegozo, Benito Felipe de Gamíndez y Guillermo de Uhagón–. Su proyecto fue aceptado. Los estudios mercantiles comenzaron el 1 de marzo de 1819, dirigidos por Alberto Lista. Cuajaba un objetivo largamente acariciado del que se desprendía el aroma de algunos afrancesados, entre los que fue voz cualificada Mariano Luis de Urquijo, secretario de Estado, involucrado en asuntos del Consulado de Bilbao y consciente de “la urgente necesidad de proporcionar una estructura adecuada a los estudios mercantiles” (1797). Las consultas desde Bilbao al Consulado de Cádiz generaron una larga correspondencia. Los bilbainos querían abrir una bolsa de comercio al tiempo que una escuela (1817). Y como sabemos, la primera etapa de la Escuela se iniciaría en los locales que poseía el Consulado, el 18 de noviembre de 1818. El primer director fue Alberto Lista y Aragón, ilustre clérigo, matemático y poeta. Fue nombrado el 28 de diciembre de 1818. La inauguración oficial de la escuela tuvo lugar el 1 de marzo de 1819, reinando en España Fernando VII y siendo Prior del Consulado Manuel María de Aldecoa. La *Relacion de la Abertura de Estudios en las clases erigidas con Real aprobación por el Ilustre Consulado de la Noble Villa de Bilbao, celebrada el 1o de Marzo de 1819* fue editado por Pedro Antonio de Apraiz, Bilbao 1819¹². En ella, se da cuenta de la circunstancia vivida en aquel histórico ceremonial. Entre el numeroso público presente –en la solemne apertura– estuvieron nombres representativos del espíritu mercantil de la villa, las élites

del momento, y los profesores nombrados en concurso oposición: Alberto Lista para Matemáticas, Antonio del Olmo para Lengua Francesa, Francisco Ferrad para el Inglés, Anselmo Alfonso para Dibujo. Como no podía ser de otro modo, Lista leyó la oración inaugural y con la retórica del momento incluyó algo a rememorar: aquella instrucción era preciosa para una población mercantil tan crucial, y una esperanza para la gloria y el bien común.

Manuel María de Aldecoa, ofreció un discurso plagado de referencias ilustradas: "Jóvenes, que hoy empezáis vuestra carrera, y a quienes contemplo con estos principios de educación, corresponded a las esperanzas de este Consulado, al cuidadoso esmero de la junta de inspección y de vuestros profesores; y no olvidando las advertencias de vuestros padres, aprovechad los medios que este cuerpo os proporciona, de llenar un día vuestros deberes en las distintas profesiones a que seáis llamados por elección o necesidad". Y Lista hizo alusión a "las escuelas públicas de afinidad de esta Villa", defendiendo los objetivos educativos de la institución y su plan de estudios.

Así comenzaría a desarrollarse una línea formativa que profesionalizó estos estudios. Bilbao se hacía tributario de una vocación portuaria y mercantil que le dio imprimátur como puerto estratégico en el norte de la península.

La Revolución rusa en la prensa de Bilbao

Una vez iniciado el proceso revolucionario que puso en jaque al gobierno autocrático zarista (febrero de 1917), la segunda fase de la Revolución rusa, la definitiva, nos traslada hasta la fecha del 25 de octubre de 1917. Ese día corresponde al calendario juliano vigente en el Imperio ruso, luego abolido por el gobierno bolchevique. Para la cultura donde el calendario gregoriano impera, los sucesos se iniciaron el día 7 de noviembre de 1917. Un proceso que no pasó desapercibido para los periódicos de Bilbao, por tratarse de un año muy sensible en el que la huelga general fracasó, pero fijó un precedente social decisivo, y cuando las elecciones municipales supusieron un duro combate entre partidos conservadores y “las izquierdas”.

Europa se debatía en una sangrienta guerra, la Primera Guerra Mundial. Pero la situación del Imperio ruso preocupaba. El gran “oso” sufriría heridas que desestabilizaban su política doméstica, y también a sus aliados. La geopolítica se presentaba embrollada, y no es extraño que los periódicos y revistas ilustradas se esforzaran en dar a conocer los acontecimientos revolucionarios. En esa circunstancia la prensa actuó ya con velocidad, permitida por algunos avances tecnológicos (telégrafo, teléfono). Considerar la imagen que los diarios bilbainos ofrecieron a los lectores de 1917 supone una idea apasionante.

La ansiada revolución

Debido a múltiples factores (crisis económica, debilidad institucional, etc.), el 23 de febrero comenzó un movimiento de protesta en Rusia que ya había tenido antecedentes en el famoso episodio del Domingo Rojo en San Petesburgo (1905). La intentona reformista fracasó. La huelga general aportó un componente de fuerza y el gobierno zarista cedió. El gobierno provisional presidido por el príncipe Luov y con Kerensky como ministro de la Guerra, se instaló en San Petesburgo. A comienzos de marzo, Nicolás II abdicaba. El nuevo régimen republicano lo definieron tendencias políticas diversas (desde liberales, a socialistas revolucionarios, *kadetes*, etc.). Debía dar paso a un ejecutivo elegido democráticamente y a una asamblea constituyente. Pero los desórdenes y protestas desde distintos sectores sociales, políticos y militares dieron paso a la ingobernabilidad en la que, ni la Duma, ni el gobierno supieron encauzar la situación, y finalmente, enfrentada aquella artificial dualidad de poderes (Asamblea y soviet de Petrogrado) el diálogo fue imposible. Ello derivó en un segundo y definitivo movimiento revolucionario mucho más radical (octubre-noviembre) y a que las tesis de Lenin se materializaran. Lo que dio paso asimismo a la Guerra Civil, y a la creación del primer gobierno bolchevique.

La prensa de Bilbao y las páginas de Internacional

El Nervión, decía en portada ser “el periódico de mayor tirada de la tarde” y publicaba el día 9 de noviembre, la noticia de que el programa de los soviets había triunfado. Bajo el subtítulo de “los maximalistas dueños de Petrogrado destituyen a Kerensky” detalló con exactitud lo sucedido en términos de enfrentamientos, situación de las representaciones diplomáticas, víctimas, etc. Al tiempo destacaba: “Ante todo, Rusia ofrecerá la paz”.

Tal certeza en reflejar los objetivos de la revolución sorprende, pese a la precariedad de noticias que la prensa captaba a nivel internacional. En este periódico, como en *La Gaceta del Norte* y en otros de línea moderada, se etiquetó a los partidarios de la bolchevización con el término “maximalistas”. El lenguaje es otro elemento a observar en historia, como sabemos. Al día siguiente, este mismo medio recogía del madrileño *El Debate* una interrogante, confuso ante la incertidumbre diplomática: “¿Ha firmado Rusia ya la paz con Alemania? El periodista con seudónimo Lumen resumía lo que prensa neoyorquina había publicado sobre el espionaje germano-ruso, compendiando una maraña de intrigas, mientras miles de soldados rusos luchaban sin municiones.

El Pueblo Vasco, cuyas oficinas y redacción estaban en la calle Ledesma dejaba editadas en página tres las noticias de Internacional y afrontaba el día 9 de noviembre –con igual puntualidad– las últimas noticias de guerra y la situación de enfrentamiento civil en Rusia (“El gobierno de Kerenski ha sido sustituido”). Las noticias le llegaban de París, Berlín y Londres esencialmente. Las especulaciones también se filtraban. A veces erróneamente. Ese mismo día se daba cuenta de una votación de 123 frente a 122 votos en la asamblea rusa, garantizando apoyo al nuevo programa de acción revolucionaria democrática. No fue así exactamente.

Lo cierto es que el relato de los sucesos que se agolpaban desde el día 7 de noviembre llegó a la ciudadanía desde la distinta prensa bilbaina. Paradigma de diversidad ideológica y buen hacer periodístico.

La Gaceta del Norte dio perfecta cuenta de los hechos cruciales desde el día 8 (siguiente a los hechos revolucionarios): “La Guerra en Rusia. La anarquía en San Petesburgo. El Zar fue engañado”.

En primera página editó el día 10: “Kerensky ha sido encarcelado”. Y aunque en esa semana se comentaron los resultados de las elecciones municipales en Bilbao con el consiguiente revuelo (“El Ayuntamiento de Bilbao se redime del despotismo de las izquierdas”) y ante el triunfo nacionalista, los radiogramas recibidos permitieron a este diario reflejar la actuación del crucero Aurora, la condición de líder de Trotsky entre los soviets de Petrogrado, la toma del Palacio de Invierno, la huelga de los 300.000 obreros en las fábricas textiles, la soviétización de los soldados, etc.

En verdad, una información certera, aunque breve, pero suficiente. El 12 de noviembre, este mismo diario incluía en su apartado *última hora*, lo siguiente: "Lenin preside el Gobierno formado por los maximalistas (sic)".

La Gaceta ofrecía escasas ilustraciones, pero sí narrativa que describía la lucha en las calles de Moscú (14 de noviembre) y las consecuencias que podrían repercutir entre los poderes europeos en lucha. Los detalles de esas gacetillas son extremadamente útiles para reconstruir históricamente algunos episodios. Por ejemplo, el 13 de noviembre se decía que el órgano de prensa de Lenin desde los sucesos de julio se llamaba *Rabochtio*, pero entonces había recuperado ya su denominación anterior: *Pravda*.

La paz justa y democrática quería negociarse de inmediato, y la solicitud de tres meses de armisticio para ello, llegaba a los lectores bilbainos, vía Basilea y París. Sin embargo, *La Gaceta* editorializó una nota breve que ponía en guardia ante posibles errores, con mucho tino: "Nosotros ante el deber informativo nos limitamos a reproducir los despachos que recibimos pero haciendo constar que somos los primeros en asombrarnos de su incongruencia".

Efectivamente, las noticias sobre reacciones contrarrevolucionarias en Moscú eran muy contradictorias. De modo que la nota de la redacción añadía con mucho rigor: "Si reina en Rusia la anarquía, no es menor la que impera en las informaciones que sobre la situación de aquel estado se reciben". El desconcierto era manifiesto, pero la profesionalidad de estos periodistas brilla, al reunir piezas esenciales: arrestos, huidas, guerra, golpe contrarrevolucionario de Kornilov, Siberia declarándose independiente y proclamando al exzar como su emperador, etc. Todo el programa bolchevique se resumió con total precisión. Lo cual no deja de ser una prueba de la calidad de las fuentes que el periódico dispuso.



Estación de La Concordia.

Mientras, en la villa de Bilbao *La Imperial* publicitaba la venta de “calzados de abrigo” y el miércoles aristocrático (sic) del teatro Trueba ponía el *film* de estreno *El artículo 4º*, el jabón Zotal y la aspirina eran populares y el hotel Vizcaya de la calle Fueros organizaba una sesión para herniados...

Curiosidades de la vida cotidiana en la villa. Pero no había lugar a veleidades, la sensación algo apocalíptica también imperaba: “Toda Europa está entregada a un juego de azar como nunca se ha conocido en la Historia”... Algo que diagnosticó *La Gaceta* a sus lectores, tal como realmente sucedería. En España, como sabemos, la situación iría complicándose en décadas siguientes hasta dar paso a una situación política nada tranquilizadora, con la intersección de una dictadura, una dictablanda, una segunda experiencia republicana y un conflicto guerracivilista.

El Bilbao de las fusiones bancarias, 1989

Mirar hacia atrás en lo personal y en lo histórico supone un esfuerzo bastante traumático a veces. Pretendo remontarme esta vez hasta la fecha de 1989, porque en los finales de esa década, Bilbao daba síntomas de relativa transformación y apuestas atrevidas. También porque me parece crucial recordar tiempos difíciles, con el fin de perseverar la memoria del largo proceso histórico, tres décadas, que luego nos han reportado frutos nada desdeñables. Cuando los historiadores etiquetamos asuntos de historia inmediata, las posibilidades de evaluar esos acontecimientos son del todo posible y oportuno. Situémonos en la torre del Banco de Vizcaya, a punto de ser rehabilitada y reconvertida en 2019, para ver el balance de transformaciones cuyo origen estuvo ahí mismo: en la torre rosa del BV. Encarar el Bilbao de las fusiones bancarias, y detenernos brevemente sobre sus artífices nos parece crucial. Además, cuantificar lo qué sucedía entonces en esta villa, hoy puede ser evaluado de forma más clara. Y sí. Sostengo que hubo algo telúrico, se removieron muchos cimientos. Las decisiones adoptadas, aunque la sociedad civil solo pudiera intuir las en aquel final de la década, actualmente nos parecen estratégicas.

Balance de cambios para la ciudad

Repasemos a grandes zancadas cómo estaba y qué pasaba en Bilbao. En el área metropolitana vivían 800.000 habitantes, el 66% de la población vizcaína. 1989 fue un año de sequía extrema, con cortes de suministro de agua hasta en diciembre. El año más seco de los últimos 45, según declaró el presidente del Consorcio de Aguas del Gran Bilbao, Jesús Duñabeitia. El nivel de los pantanos de Ullibarri Gamboa, (Álava) era de 24 millones de metros cúbicos, dos terceras partes por debajo del nivel óptimo para garantizar el suministro. José María Gorordo era el alcalde. Los grupos políticos con mas representación en el Consistorio fueron PNV y PSOE. El *lehendakari* de aquellos años era J. A. Ardanza. De los muchos acontecimientos contabilizados destaco, por ejemplo, que se presentaba en Madrid el proyecto del Centro Cultural que se pensaba construir en la Alhóndiga, con Oteiza, Saiz de Oiza y Fullaondo. En el aniversario de Juan Crisóstomo de Arriaga se le homenajeaba (su casa a de Somera, 12). A la flota de Bilbobus se incorporaban en ese año, 21 nuevos autobuses. También se rehabilitaba la Plaza Nueva (225 millones de pts.). Se establecía el Día del Árbol, nos visitaba una vistosa fragata británica... Se celebraba el II Certamen de Tenis Villa de Bilbao; el 150 aniversario de la Sociedad Bilbaina era festejado. Bilbao se hermanaba con varias ciudades internacionales. Mikis Theodorakis cantaba a Neruda en el Arriaga, al igual que Montserrat Caballé y Joan Báez, quienes también nos visitaron. Los centros cívicos de barrio empezaban a inaugurarse. Se implantaba la primera columna –se dijo– de expresión libre, para evitar pintadas. Se reparaba el frontón de Olaveaga, se comenzaba a hablar del eje atlántico y la conexión con

Burdeos, etc. Fue presentada la Comisión Municipal de Protección Civil, y el 125 aniversario del nacimiento de Miguel de Unamuno siguió su ritual; Camarón de la Isla triunfaba en el Teatro Arriaga de Bilbao el 10 febrero de 1989, aunque estaba ya muy enfermo. Iñaki Sáez era el entrenador del Athletic. Y en fin... aún no existía el *Guggy*, pero el Museo de Bellas Artes daba síntomas de reactivación exitosa. He de recordar algo luctuoso, asimismo, el 24 de mayo se producía un atentado con coche bomba ocasionando muertos y numerosos heridos en Zorroza. Un acto terrorista más, de la cadena violenta que se padeció en esos años. Y dicho esto, subrayo: la economía vasca unía a las carencias tradicionales de la economía española, las deficiencias de las regiones de antigua industrialización. Sin embargo, a pesar de estas conclusiones pesimistas, el País Vasco –según los analistas del momento– estaba entre las regiones en declive con más futuro ante el mercado único europeo. La comunidad no lograba todavía rebajar su tasa de paro, situada en el 20% de la población activa. Y sonrió al releer noticias en la prensa del periodo que: “La influencia de Vizcaya debería ser similar a la que ejerce Boston sobre Massachusetts o Burdeos en Aquitania” (consejero Luis Atienza). Para ello, era imprescindible contar con un plan de desarrollo de las infraestructuras de comunicación, entre ellas, para el tren de alta velocidad...

Las fusiones bancarias

Por entonces, las fusiones comenzaban en Europa. La primera, la fusión Banco Bilbao-Banco Vizcaya (BBV) practicada en 1988. Esta empezó realmente el 30 de diciembre de 1987, cuando tras varias rondas entre todos los presidentes de los siete grandes bancos nacionales, José Ángel Sánchez Asiaín y Pedro Toledo decidieron reunirse tras la fiesta de Reyes. Allí se demostró que no solo es posible la fusión, sino que probablemente podría ser la más acertada para los accionistas de las dos entidades y la que podía hacer más por el futuro del sistema bancario nacional. En 1999 el BBV aumentó su tamaño al incorporar a Argentaria. Como resultado, nació el BBVA, que se convirtió en el mayor banco en el país por capitalización bursátil. Pero el 12 de diciembre de 1989 estallaba la inesperada noticia de que había fallecido en los Estados Unidos el banquero Pedro de Toledo, antiguo presidente del Banco de Vizcaya, en aquel momento copresidente del BBV, resultado de la fusión del banco de Bilbao con el Banco de Vizcaya. Antonio Papell escribió en *El Economista*: "Toledo reorientó la institución hacia la banca comercial y de particulares, consiguiendo en poco tiempo que su cuenta de resultados, siempre precaria hasta entonces, fuera de las más rentables de la banca española". Y es que Pedro de Toledo se merece una reseña. Se dice que quizás fue Gortázar quien le nombró subdirector del Departamento Central de Sucursales, para pasar después por diversos puestos dentro del banco. En 1978 fue uno de los cuatro directores generales de la entidad y luego consejero delegado. Todos los que le conocieron destacaron su enorme ambición, su carácter enérgico y su gran capacidad de trabajo, además de su charme, lo que le llevó en 1985 a ser vicepresidente

de la entidad. Dado que el presidente Ángel Galíndez anunció su retirada al cumplir los 65 años, el 12 de septiembre de 1986, Pedro Toledo accedió a la presidencia del Banco de Vizcaya. En el Banco de Bilbao, Sánchez Asiaín -otro personaje de gran importancia apostó como Pedro Toledo por las fusiones. Por consiguiente, en diciembre de 1987 se puso en marcha la denominada "operación Tajo" con una reunión fijada entre ambos para el 7 de enero. Aparentemente el acuerdo, que se anunció el 21 de enero de 1988, se alcanzó con facilidad, aunque la decisión de quien presidiría la nueva entidad fue problemática. Sánchez Asiaín y Toledo serían copresidentes de la nueva entidad. Surgieron sin embargo serias diferencias entre los dos bancos, que tenían una estructura, organización y forma de trabajo muy diferente. En septiembre de 1989 Toledo comunicó a sus principales hombres de confianza la necesidad de un cambio de estrategia y de un acercamiento a las posiciones del Banco de Bilbao como una vía para que la fusión acabase siendo un éxito. Arrastraba problemas de salud desde hacía meses. Ante el agravamiento de la situación (una hepatitis) acudió a la Clínica Quirón de Barcelona, donde le detectaron una hemocromatosis, una rara enfermedad crónica que provoca un exceso de absorción del hierro y que le dañó el hígado. Intentó ocultarla, para no mostrar signos de debilidad en un momento complicado dentro del banco, pero su salud se deterioró precipitadamente. Tras su ingreso en la Clínica Quirón, los médicos decidieron que la única posibilidad de salvar su vida era trasladarlo a EEUU en un avión privado para que le fuese trasplantado el hígado. Con tan solo 54 años de edad, Pedro Toledo falleció en la Clínica Mayo de Rochester, Estado de Minnesota,

Estados Unidos. Tras su fallecimiento, hubo luchas internas por la Presidencia y, tras la dimisión de Sánchez Asiaín, finalmente se propuso como presidente único de la entidad a Emilio Ybarra. Alfredo Sáenz-Abad fue nombrado vicepresidente primero y José Javier Gurrutxaga vicepresidente segundo de la entidad. *El País* publicaba un año después de su muerte la valoración que desde el sector bancario se emitía, considerándolo un excelente gestor, dotado de una gran habilidad para dirigir equipos humanos. El BBV había sabido cimentar planes que le convertían con la entrada del mercado único europeo en un banco español con dimensión y vocación europea, tal y como pretendía su fallecido copresidente. Pedro Toledo murió el 12 de diciembre de 1989. A su funeral asistieron todos... Se cuenta que José Ángel Sánchez Asiaín tuvo que esforzarse durante la ceremonia para contener las lágrimas. Cosas del destino... De Pedro Toledo se pueden contar muchas anécdotas, algunas las recogió el periodista Jesús Cacho en su libro *Pedro Toledo. El Desafío*. Lo innegable es que lideró una operación pionera que volvió a colocar a Bilbao en el epicentro, como en otras acciones innovadoras en las que los profesionales vascos se han destacado. Un hombre para la memoria de esta ciudad y su historia económica.

Cuarta parte:

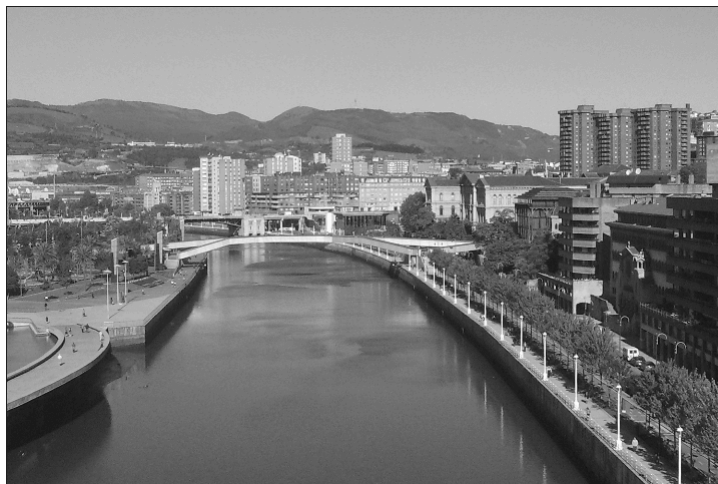
Vida cotidiana

Mujeres en la ría

He escrito y comentado repetidas veces que de la mano de la ría vienen muchos elementos típicos y tópicos de la historia local. El símbolo es una representación perceptible de una realidad en virtud de rasgos que se asocian con ésta, por una convención socialmente aceptada. Con los símbolos se representan creencias, conceptos y sucesos. Entre el mundo de las ideas y de las cosas, está el símbolo. El Bilbao de Errazquin, Losada, Eulalia de Abaitua, Prieto, Unamuno, Arriaga, de los Gortazar... fue simbólico. Hoy se multiplican los intérpretes de Bilbao en razón a la diversificación cultural. Debiéramos, sin embargo, saber elegir para la posteridad nuevos símbolos del bilbainismo, colocando en su lugar a los falsarios y a los populismos de baratija. No echo en falta el aire veneciano de la góndola del Consulado, tampoco la atmósfera de novela negra que vivió esta ciudad fluvial en los años 70; aunque comprendo a los apologistas, término que hago extensivo a escritores prendidos por el aura bilbaina y que alimentan la memoria de lo típico y lo tópico.

En esta ría con menos puentes de los necesarios se genera una corriente simbiótica que pone obstáculos a veces para descifrar el discurrir de muchos siglos. También supone un ejercicio estético en el que la imaginación vuela en demasía; aunque en alguna medida – y está bien – se recupera de su pasado y lo reconvierte. Como aquel paseo de “los Druidas” hoy recuperado (el de los Caños) y el camino de la Sirga. Un itinerario que marcó carácter, señal económica y diferencias sociales.

Para quien desconozca qué era la sirga lo explico brevemente. Antes de que hubiese remolcadores y puesto que entrar navegando por la ría era dificultoso, se recurría a la práctica del arrastre. Eso fue la sirga: una cuerda que sirve para llevar las embarcaciones desde tierra, principalmente en la navegación fluvial. Al remolcar a los navíos contra la corriente se necesitaba un espacio en la orilla para efectuar esa tarea. Actualmente subsisten con dificultad en la margen derecha, restos de toda una continua línea de muro, desde Las Arenas, todavía llamado camino de la Sirga. En la trasera del mercado de la Ribera lo encontramos fielmente recuperado. Esta tarea se hizo –en ocasiones– con 34 parejas de bueyes herrados conducidos por tiradores que además (su reglamento lo exigía) estaban alfabetizados. La sirga desapareció como servicio en 1880, pero siguió practicándose para gabarras, tal como lo pintó el genial Anselmo Guinea; de forma que, además de bóvidos, fueron hombres y mujeres quienes la llevaron a cabo. Igual que estas sirgueras, hubo otras sufridas mujeres trabajadoras que nos retrotraen hasta las descritas por el irlandés Guillermo Bowles en su *Introducción a la Historia Natural* (1782) como mujeres de carácter: “Ellas son ganapanes y mozos de cordel”. Mujeres impresionantes que equiparó así: “Los forzados de Cartagena y de Almadén son haraganes en comparación suya”. “Sostienen y llevan sobre la cabeza fardos tan pesados que son menester dos hombres regulares para ponérselos encima”.



Vista de la ría y la avenida de las Universidades.

Tan emblemático como esos otros antiguos oficios que se resumen en dos folletos recientemente editados por el Ayuntamiento bilbaino (*Mujeres en Zorrotzaurre y Olabeaga* y *Ría, puentes y mujeres*) hubo otros que comentaré con brevedad. En una conferencia que impartí en enero de 2013 –Centro Cívico de La Bolsa– para Bilbao Historiko, expresé que la ría inspira su Carta Puebla y le imprime carácter, pero también así lo exigen sus habitantes para no ser *chichirimichis*. Término que, según el *Lexicon del Bilbaino* (Emiliano de Arriaga) corresponde a los objetos de mucho relumbrón y poco fuste.

En mi mirada, el reflejo del agua de la ría no nos remite solo al pasado, se proyectan muchas esperanzas para la ciudad y sus gentes, deseando evitar el naufragio en un medio en que la ría debe ofrecer –aún más– su cara más vehemente, osada, moderna y dinámica. El presente cuenta y mucho. Y quienes hacemos ciudad debemos conocer mejor esta historia, para no volver a equivocarnos. Hay un cúmulo infinito de elementos tangibles y especialmente intangibles (tradición, cultura, costumbres, decisiones...) que nos remite a un escenario en el que cualquier tiempo pasado no fue mejor. Y dado que el Ayuntamiento ha dedicado una vía de tránsito a las Sirgueras, comienzo por ellas.

Breve repertorio de oficios liderados por mujeres

A finales del siglo XIX existían alrededor de catorce kilómetros de muelles y diques desde el Abra hasta el Arenal. A lo largo de esta franja costera fueron multiplicándose –dado el impacto de la modernización económica– un sinfín de actividades remuneradas. Entre las portuarias se necesitaron estibadores para el trasbordo de mercancías a las gabarras y para el arrastre de estas últimas hasta los puntos de descarga en los almacenes comerciales. No fueron solo hombres, hubo **cargueras**, **sirgueras** y **rederas**. Las cargueras cargaban, descargaban y se ocuparon de la distribución de las cargas que llegaban en los barcos en la ría. Los materiales y fardos fueron de mineral, bacalao, carbón o cualquier otra mercancía. “Dentro de una jerarquía gremial, en torno a 1860, las cargueras estaban divididas en tres categorías, aquellas que tan solo se encargaban de llevar el dinero de las transacciones comerciales, las que se dedicaban al transporte del bacalao, algunas conseguían el cargo de capataz, no era exclusivamente masculino, hubo famosas capatazas que contaban con una reconocida autoridad y respeto en los muelles, tanto por los consignatarios, como por los trabajadores”¹³. La cuadrilla de mujeres que desde Olabeaga trabajaba en línea se compuso de dos, a más de cuatro, y arrastraba las gabarras mediante maromas que llevaban ceñidas al cuerpo con un tirante. Trabajo que exigía fuerza y suponía un gran desgaste.

En tiempos pretéritos, la actividad diaria contabiliza sin embargo un repertorio variopinto de vendejeras, vendedoras, repesadoras, regateras o regatonas, sardineras, molineras (roderas, horneras panaderas), lecheras, lavanderas y aldeanas. Lista que no termina aquí: lasañas, plañideras, amortajadoras, carceleras, comadronas, costureras, chupineras, lavanderas... componen un mundo variopinto en el que la mujer ejerce como imprescindible.

Las **vendejeras** eran mujeres que llegaban desde el campo con sus productos y los vendían dentro del mercado.

Las **roderas** se encargaban de moler y, con la harina, hacían la masa y la horneaban, para vender.

Las **aldeanas** llegaban a Bilbao por Begoña y Basurto, generalmente, con las mercancías cargadas en cestos, alforjas y fardos, en burro, carreta y también a pie. Con la popularización del tren y del tranvía se facilitó la comunicación radial con la capital, para llegar especialmente hasta el mercado de la Ribera. Según se cuenta, existió un mercadillo en la actual plaza de Unamuno. Y ya avanzado el siglo XIX, también acudieron algunas regaderas hasta el viejo mercado del Ensanche (desaparecido en su versión original).

Las **lecheras** tal como retrató magistralmente Adolfo Guiard, al igual que hizo con las **pescadoras**, portaban cántaros de leche y, o bien los distribuían, o vendían directamente. Como oficio ambulante, al igual que algunas pescadoras, se las veía por itinerarios urbanos muy diversos.

Las **lavanderas** y su labor formaban parte del escenario fluvial en las riberas del río, en puntos fijos de los muelles. La ropa se lavaba a mano usando tabla ondulada de madera y jabón. Cuando el Ayuntamiento decidió llevar adelante su política de nuevo cuño (higienismo) se diseñaron lavaderos públicos (fines del siglo XIX, por Edesio Garamendi) y luego por el arquitecto municipal (Ricardo Bastida, desde 1905). Así, los lavaderos de Tres Pílares, Mena, San Mamés, Castaños, los de Ollerías, Cristo, y por supuesto el de La Perla (Barrainkua) sustituyeron a las lavanderas que se habían ubicado frecuentemente en San Antón y Urazurrutia.

Repesadora. Un oficio que “lo ejercían en mayor medida los hombres, llamados contrapesos o repesadores; las mujeres solían ser las ayudantes. El oficio versa sobre el control de peso de las mercancías en el mercado de la Villa, estaba encomendado desde el Concejo”.

Las **regateras** o **regatonas** vendían frutas, verduras, huevos, aves, pescado... Su presencia ha sido fuente de inspiración de escritores costumbristas, como parte del escenario de aquel viejo Bilbao. Mientras que las **sardineras**, referenciadas en la normativa municipal, son un icono simbólico, como antes decía, de ese mundo aferrado a lo pre-industrial.

Las **aguadoras** subían el agua a las casas “o bien iban vendiendo agua por la calle con una gran cántara”.

Las **añas**, o **nodrizas**, alimentaban y cuidaban de los niños (añas frescas). Las añas secas, solo se dedicaban al cuidado de las criaturas. Escribí sobre ellas hace años, y su iconografía compone en la historia del vestido una página con valor propio muy reconocible.

Las **castañeras** y **barquilleras** se dedicaban a la venta ambulante de las castañas asadas. Y también existieron algunas que, como los hombres, vendieron barquillos.

La lista sería interminable a tenor de la reglamentación que se desprende de los libros de acuerdos municipales, y de la literatura costumbrista, por lo que testimonialmente lo dejamos en este punto.

San Blas, santa Águeda y san Antonio de Padua

Comencemos por decir que la identidad cultural se construye a partir de valores, tradiciones, símbolos, creencias y modos de comportamiento que funcionan como elemento cohesionador dentro de un grupo social y hacen que los individuos fundamenten su sentimiento de pertenencia. Para algunos la identidad es algo inmanente y hereditario. Para otros es algo que se construye. Si advierto estos conceptos –de inicio– se debe a que en el conjunto identitario de la ciudadanía bilbaina existen elementos laicos y elementos religiosos que consolidan su identidad. De esas tradiciones religiosas versa este artículo, eludiendo vulgarizar la identidad botxera, y para acercarnos únicamente a tres ejemplos del ritual religioso que en Bilbao son proverbiales: la advocación de san Blas, la tradicional festividad de santa águeda y la de san Antonio de Padua.

El cordón, los santiaguitos y las rosquillas

Recordemos que el obispo san Nicolás (año 345) es conocido por la hagiografía (historia de la vida de los santos) como “Protector y defensor de pueblos”. Muy popular en la Antigüedad, se dice que dispone de más de dos mil templos dedicados a él. Era invocado ante peligros insuperables, en los naufragios, en los incendios y cuando la situación económica se ponía difícil... Amigo de la niñez, en su fiesta se repartían regalos a los niños, y como en alemán su nombre es “San Nikolaus”, lo empezaron a llamar Santa Claus (de ahí, a Papá Noel). Pero si el santo nos interesa, es porque en Bilbao dispone de una iglesia ubicada en un centro neurálgico de la villa: el Arenal.

Y en él se encuentra la imagen no solo del propio santo –al que los marinos bilbainos decidieron construir un templo en el siglo XVIII– sino la imagen de san Blas. Fue Juan Pascual de Mena su autor, como sucede con el resto de las magníficas esculturas del retablo principal, y del resto, incluidos angelotes. ¡Un lujo! Pues Mena fue uno de los mejores imagineros del siglo XVIII. El Arenal – recordemos– fue lo que su propio topónimo indica: un arenal que formaba parte de un meandro de la ría. Edificar en ese emplazamiento era complejo, y como he escrito en alguna otra ocasión, la imagen que incluso el pintor Paret nos dejó de este escenario pone de relieve que su destino natural era servir de área de actividad comercial, pero también de esparcimiento para bilbainos de todo tipo y condición. Los pescadores construyeron un reducido caserío en lo que hoy sería la calle Ascao, y allí se emplazó una pequeña ermita en honor de san Nicolás de Bari, patrón de los pescadores, convertida en parroquia en el año 1501, los donativos de los habitantes de la villa permitieron su reedificación.

Es bien sabido que Bilbao sufrió varias inundaciones (una de ellas en 1553) y tras el deterioro del edificio, un comerciante, Juan de Bengoechea, ofreció al Ayuntamiento su limosna para la reparación integral del edificio (por ello se permitió que estuviera enterrado en la iglesia). En 1611 se terminaron las obras. Pero en 1740 la iglesia fue cerrada al culto debido al peligro de derrumbe. A partir de ese año se abre un tortuoso periodo de acciones encaminadas a transformar la iglesia hasta llegar a la imagen que hoy podemos disfrutar. Fue Ignacio Ibero, quien se encargó como maestro constructor de diseñar el nuevo templo.



Retablo de san Blas en la iglesia de San Nicolás.

El 5 de diciembre del año de 1743, víspera de la festividad de San Nicolás, fue colocada la primera piedra (se inauguró en 1756). No podemos entrar en detalle sobre sus características arquitectónicas pero una de sus originalidades es la planta o plano de la iglesia, que es una cruz griega inscrita en un octógono, en cuyos lados libres se han excavado hornacinas para la colocación de retablos. Ahí es donde figura nuestro san Blas. Resulta difícil averiguar por qué capitaliza, aquí, mayor atención que el propio san Nicolás, pero el calificado patrón de las enfermedades de garganta y de los laringólogos (año 316) es la estrella el día 3 de febrero. El santo era de Armenia y fue conocido por su don de curación milagrosa: salvó la vida de un niño que se ahogaba al trabársele en la garganta una espina de pescado. Éste es el origen de la costumbre de bendecir las gargantas el día de su fiesta. En Bilbao además se bendicen cordones, caramelos (*santiaguitos*), pastas, rosquillas y "macarrones". Ese cordón multicolor para cualquier piadoso devoto o aficionado a los ritos es un referente que concita una visita obligada a esta iglesia, además de la imposición que dura 9 días hasta que se queme el cordón bendecido. Resulta improbable poder datar con exactitud de qué época proviene esta costumbre, pero nos atrevemos a pensar que pudiera situarse en época no demasiado lejana, aunque siempre pensando en más de un siglo atrás. Si la licencia es permisible, no sería de extrañar que la iniciativa que promueve su uso la lanzara algún comerciante avezado que decidió poner de moda un elemento de consumo para vehiculizar la devoción que busca garantías de defensa frente a las afecciones de garganta.

Santa Águeda y san Antonio de Padua

La víspera de Santa Águeda (en euskera *Agate Deuna Bezpera*), es decir, la tarde/noche anterior al día 5 de febrero según el santoral católico es costumbre en muchos pueblos de Euskal Herria salir a cantar las coplas de vísperas de Santa Águeda. Las cuadrillas por las calles iban antes de puerta en puerta cantando coplas a la santa y recogiendo dinero para diferentes causas. Costumbre que hoy sigue vigente y pujante. Como sabemos, los miembros de estas cuadrillas portan bastones y palos con los que golpean el suelo llevando el ritmo del canto, que concluye con un impactante "¡Eup!". Según la tradición, santa Águeda, virgen y mártir, fue una joven siciliana de familia distinguida y singular belleza que vivió en el siglo III. El senador Quintianus quiso hacerse con el "favor" de la joven, como se diría en estilo algo demodé, y aprovechando las persecuciones que el emperador Decio realizó contra los cristianos, se puso bastante pesado... El cruel senador fue rechazado por la joven. En venganza por no conseguir placeres ordenó que la torturaran y que le cortaran los senos. Dice la leyenda que, aunque en una visión Águeda vio a san Pedro y éste curó sus heridas, siguió siendo torturada y fue arrojada sobre carbones al rojo vivo en la ciudad de Catania, Sicilia. Una intervención a ella atribuida ante una potente erupción del volcán Etna le convirtió en patrona de esta ciudad y desde entonces es invocada para prevenir los daños del fuego, rayos y volcanes. También se recurre a ella ante males de los pechos, partos difíciles y problemas con la lactancia. En general se la considera protectora de las mujeres. En el País Vasco se le atribuye claramente una faceta sanadora. También dispone de lugar dedicado al culto cristiano en territorio cercano a Bilbao. Y éste es el santuario

de Santa Águeda en Kastrexana (Barakaldo). En sus inmediaciones se celebra una romería, de las tantas que tenían lugar en anteiglesias y villas. El santuario remite como lugar de memoria al escenario de guerras civiles de los siglos XIX y XX. La imagen titular de santa Águeda, de alabastro –depositada en la sacristía– con la cabeza separada del tronco, data aproximadamente del año 1350. El culto de santa Águeda enlaza con las antiguas *Matronalia* romanas, y en el País Vasco se la relaciona con propiedades sanadoras de cefaleas y migrañas. Como bien dice el primer verso de la letra del cántico, el mensaje invoca algo esencial:

¡Felicidad a todos los de esta casa!

Zorion, etxe hontako denoi!

Un tercer santo que vincula prácticas religiosas y sentir popular en Bilbao fue la tradición de visitar la iglesia de San Antonio de Padua para rezarle. Su imagen en la iglesia de los PP. Franciscanos, en el barrio de Iralabarri, ha sido y es referente de varias demandas, pero uno y esencial, *el del amor*. La gran imagen capturaba la atención de las chicas “en edad de merecer” en Bilbao, de forma natural. Sobre todo, en la posguerra. En pleno siglo XXI sorprende que ruegos y peticiones al santo, como la intermediación en la búsqueda de un buen novio, se hayan casi olvidado (se le visitaba el día de su festividad portando alfileres). También se compraba y sigue comprándose el pan bendecido cuyo precio se destina a obra social. El pan venía a ser una fuente de prosperidad para todo el año. Lo del alfiler, puesto de moda por modistillas y luego por todas las demás, suponía un ejercicio que contabilizaba la posibilidad de tener pretendientes a tenor de los alfileres adheridos a la mano cuando después de echarlos en la pila bautismal se quedaban clavados en la palma de la mano extendida que se introducía en el agua.



Imagen de San Antonio de Padua en la iglesia de los PP. Franciscanos, en el barrio de Iralabarri.

Frente a estas curiosas tradiciones sorprende encontrar iniciativas como la lanzada por el Museo de Reproducciones bilbaino, para hacer ofrendas a la reproducción de la Venus de Milo en vísperas del día de San Valentín (también en febrero). Una iniciativa que no tiene más sentido que el que se le quiera atribuir como práctica laica, sin vínculo alguno con las tradiciones votivas en Bilbao. Todo sea por dinamizar el museo... pero yo prefiero a san Valentín y a san Antonio. Sobre todo, al nacido en Portugal y reconocido por el nombre de la ciudad italiana de Padua, donde murió y se veneran sus reliquias. El llamado "Doctor Evangélico" escribió sermones para todas las fiestas del año. Patrón de mujeres estériles, pobres, viajeros, albañiles, panaderos y papeleros, se le invoca por los objetos perdidos y para pedir un buen esposo/a. El 13 de junio, vísperas de la fecha de la fundación de la villa (15 de junio) es, por cierto, el día de la festividad de este simpático santo.

De dolencias, farmacopea y publicidad

En tiempos como los presentes, en los cuales el otoño apunta con dos lastres algo amedrentadores: la crisis económica y la gripe A, parece oportuno visualizar cómo afrontaron los bilbainos las amenazas de diversas dolencias y pandemias durante décadas precedentes del siglo XX. La muestra que selecciono se hace a tenor del capricho publicitario que los periódicos locales, y las noticias que la narrativa popular nos permite recordar.

Pócimas, elixires y medicamentos

Se trata de enfermedades frecuentes entre la población local y cuya resolución farmacéutica pareció necesaria, a tenor de la profusión de anuncios aparecidos en prensa. Dos etapas de afecciones acentuadas han sido habitualmente la primavera y el invierno. Así se registra en las gacetillas locales y en esa profusión de reclamo publicitario que colorea en blanco y negro las páginas de *El Liberal*, *El Noticiero Bilbaíno*, *La Gaceta del Norte*, *La Tarde*, y demás compañeros de senda hemerográfica. Los anuncios, por cierto, salpican las páginas de los periódicos mejor ilustrados, sin criterio, salvo el que quiso darle el maquetador y el linotipista.

No cabe duda que la posición de privilegio en páginas primeras del diario las mantuvo quien pagaba más, tal fue el caso de algunos conocidos elixires, como el Elixir Estomacal Saiz de Carlos que algunos padecimos en nuestra infancia... Así lo consiguieron, aunque en paginas diversas, otros medicamentos de efectos milagrosos como el Rhum Negrita, el Laxen Busto o los Hipofosfitos Salud.

Un detalle estratégico del diseño publicitario imperante para este tipo de productos fue el consenso de la opinión de los experimentados consumidores. El recurso al testimonio era, pues, algo frecuente y siempre existió algún paciente que encantado alababa en el texto del anuncio los resultados curativos de la pócima de turno. La semiótica del texto del anunciante siempre resultó fascinante, eso sí.

Y para ejemplo que ha pasado a la leyenda urbana de Bilbao, siempre recordaremos al famoso farmacéutico Orive, inventor del *Licor del Polo*; personaje curiosísimo a quien se atribuye (como recordaba Juan Bas en una charla de ésasque facilita la “red”) que en un ataque de agnosticismo –surrealista además de chirene, añadido yo– murió diciendo aquello de que *no creía ni en la divinidad, ni en el Licor del Polo...* La iconografía de los anuncios en esa primera etapa de diseño gráfico en la prensa daba lugar a imágenes precarias, aunque reveladoras de la mentalidad al uso en materia de costumbres y práctica social. Envases, estampación y logotipos eran ingeniosos pero ingenuos. Y el recurso argumental para capturar mercado resultaba algo pacato, para nuestra manera de pensar, aunque igualmente acorde con los gustos imperantes. Todo ello adobado de superlativos (el más poderoso...el mejor...la más efectiva...). Los *slogans* eran deliciosos como se comprueba en textos como los siguientes:

"Mamita...dame un vaso de Sales Vita".

*"En Europa y en América, en los archipiélagos asiáticos
y en la jungla africana...el tónico nervioso Cera".*

"80 años y sin achaques, gracias al CEREBRINO MANDRI".

"Recurrid todos sin demora, a las verdaderas Pastillas Valda".

"Fimal busto calmará vuestras angustias".

"Doloretas...una bendición para las damas".

"Lilimento Sloan, mata dolo res!".

"Sus callos aliviados en un minuto con el Dr. Scholl".

"Estomacal Bolga, permite comer de todo".

"Esta es la razón, pastillas de Formitrol".

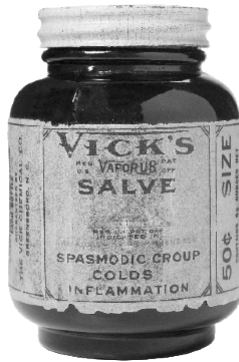
El predominio de digestónicos, laxantes, anti-reumáticos, anti-gripales, anti-artríticos, etc., se diversificaba en "piperazinas Midi" (disolventes del ácido úrico), "depurativos Richelet, citratos de magnesia Bishop (anti-estreñimiento con nombre de obispo, nada menos) o granos de salud del Dr. Frank; aceite de Ricino GOLOSO (icon sabor a naranja!); Vino Pinedo y Vino ONA (contra las anemias) o el Kimmerol...".

Callos, hernias, específicos para afecciones estomacales y contra los trastornos "cerebro-medulares" y nerviosos (neurastenia, *surmenage* y agotamiento), contra la sarna, la piel y "secretas"; soluciones para adelgazar ("Sabelín", con exclusiva en Barandiarán y Cia.), para la diabetes, para los convalecientes (Alimento Richelet); o bien, tónicos capilares, o para "los que sufrían de la orina" (a quienes les recomendaban un remedio que venía de Boston... aunque lo fabricase un farmacéutico de Barcelona) compusieron una gama variopinta de la industria farmacéutica en alza.

Garantía foránea

Observará el lector que las atribuciones científicas de un producto o paradigma de calidad –que hoy diría un pedante– se vinculaban frecuentemente a nombres de descubridores extranjeros. Garantía de que lo foráneo era mejor que las fórmulas magistrales del boticario de la esquina. En este mismo sentido, resultaba impactante que, en lugar del galeno de Alameda Recalde, por citar aleatoriamente consultas de prestigio, el periódico afirmase que era un doctor inglés (con residencia en Fleet Street) llamado Derk P. Yonkerman el descubridor del mejor remedio contra la tisis. Claro está, los de Alameda Recalde (entre otros, los Drs. Múgica y Bustamante) contraatacaban e insertaban su propio anuncio, dando noticia de habituales prácticas terapéuticas (*freniceptomías, lavado pulmonar y vacunaciones*), incluyendo además de horario de consulta, precio económico para obreros.

Finalmente, algunos textos insertos en la columna de varios venían a llamar la atención con titulares tan directos como ¡DECÍDASE DE UNA VEZ A CURARSE! Por si algún bilbaino andaba indeciso en asunto de tanta trascendencia. Y una última curiosidad, sorprende la cantidad de productos dedicados a las mujeres, en cuestiones relativas a la anemia, dolores menstruales, laxantes y anti-depresivos. Señal inequívoca de que las que administraban en casa eran las *etxekoandres*, y no las más depresivas, precisamente.



Frasco Vicks Vaporub marca Salve.

Y respecto de la gripe, que es lo prioritario en estas fechas, respondían a tal afección un buen número de recomendaciones y productos que ganaban terreno al mortífero efecto causado en 1918. De modo que los antigripales, la medicina de combate ante bronquitis, asma y pulmonías, etc., se multiplicaron antes de la Guerra Civil, y después también.

Vick Vaporub ya existía en los años 30 como remedio común, al igual que el Formitrol, y el “pectoral del Dr. Artaza”.

Pero todos aquellos maravillosos remedios curativos fueron superados, semánticamente, por las “píldoras Maravilla” que combatían la tuberculosis, y cuyos fabricantes llegaron a convocar un concurso de carteles (medida muy avanzada para la época) para premiar la mejor publicidad de su producto estrella. Otros, en su afán por convencer de lo infalible, llegaron a publicar –como los conocidos almacenes británicos de nuestros días–, que si sus efectos garantizados no se cumplían, devolverían el dinero. Cosa certificada –inada menos!– que por acta notarial.

De imprentas e impresores en Bilbao, a comienzos del siglo XX

La imagen estereotipada de “la Villa activa y comercial” que desde finales del siglo XIX fue creándose, es sobradamente conocida. Esta ciudad había demostrado su capacidad para desarrollar los sectores industriales que la modernidad económica había pulido. Hubiera sido extraño que no fuera visible una actividad cultural paralela, en términos comerciales e industriales. La modernización lo exigía. Para comprobar su evolución, la tradición tipográfica de Bilbao nos haría remontar siglos atrás, pero puestos a dar una pincelada que colorea la importante industria tipolitográfica que existía en Bilbao, he preferido acotar un periodo que nos sitúe durante el primer decenio del siglo XX. Algunos testimonios de la época afirman que el número de revistas y periódicos editados entre 1819 y 1912 superaban la cifra de 203 publicaciones. La vida efímera de algunos de aquellos “sueños” al igual que su reaparición, pasado el tiempo de crisis financiera momentánea que soportaron de manera recurrente, no pasa desapercibida para nadie que los haya investigado.

Cuando Bilbao llega al año 1886, sus habitantes pudieron disponer nada menos que de 6 periódicos y 15 revistas. La masa de lectores era muy inferior a lo que hoy estimaría un solo periódico para hacer rentable la empresa. Una de las características más elocuentes del pluralismo ideológico-social de Bilbao queda respaldado, asimismo, por la identificación de muy distintas ideologías a las que respondieron aquellos periódicos y revistas de corta tirada. Los hubo fueristas, republicanos, liberales, carlistas, socialistas, anarquistas; los hubo volcados hacia un tratamiento puntual de materias económicas y culturales, tales como los que se auto-calificaron de “mercantiles”, literarios, católicos, etc. Hablar de cultura y olvidarnos de los Delmás resultaría imperdonable. La saga familiar se inició con Nicolás Delmás, italiano asentado en 1815, que tuvo dos sucesores Juan E. Delmás y Eduardo Delmás y Sagasti.

Es obligado recordar también que el *Boletín Oficial de la Provincia de Vizcaya* (sic) nació en 1833 y trasladó desde entonces, al público, las decisiones forales. Durante el periodo de guerras civiles –a lo largo del siglo XIX– también fueron editados periódicos de pequeño formato que dieron cuenta de las tensiones entre carlistas y liberales. No podemos olvidar que Antonio de Trueba estuvo detrás de varias experiencias de prensa cultural como su famosa *Hoja literaria* editada los lunes, cuya vida cesó hacia 1883.

Luego, las aficiones del famoso Antón “el de los cantares” se ocuparían de *La Correspondencia Vascongada* (1870). ¡Y quién no ha oído hablar del periódico del bilbaino por excelencia *El Noticiero Bilbaíno*! Otra víctima de la Guerra Civil.

Fue Manuel Echevarría quien –como cuento en mi libro *Cámara de Comercio de Bilbao, más de cien años de Historia*– decidió fundar una nueva empresa periodística en un edificio de su propiedad sito en la Gran Vía. *El Noti* es un icono del periodismo local que contribuyó a divulgar, merced a sus buenos gacetilleros, una crónica bien ilustrada. La publicidad de sus páginas ofrece gráficamente un buen ejemplo también de las calidades profesionales de sus tipógrafos. La lista de revistas y periódicos fue multiplicándose, como antes decíamos, al igual que su diversidad ideológica. De *El látigo* periódico anarquista, a *La Tralla* semanario carlista, y de *El Euskalduna* (fundado por Ramón de la Sota y dirigido por Resurrección María de Azkue) a *La Gaceta del Norte*; de *El Liberal* a la revista de arte *El Coitao*, empresa quijotesca del pintor José Arrue, y *El Euzkadi*, *La Tarde*, *El Excelsior* o *Hermes*... hay toda una longeva labor que se intuye frenética en los talleres de impresión. Su tecnología, desde comienzos del siglo XX, había tratado de adecuarse a los avances más importantes del ramo.

Pues bien, en 1886 topamos con un personaje al que queremos dedicarle un apartado especial en ese artículo, Guillermo Grijelmo, artífice de *Bilbao Marítimo y Comercial* y sus sucesores. Como la suya, para 1913 la progresión de las imprentas era ya patente. Entre otros, estuvieron Francisco Arana, la Alemana, Joaquín Amilibia, Apellaniz, Arrola Hnos. José Astuy, José Ausín, Azpitarte Hnos., Rafael Coca, Hijas de Dochao, Enrique Domingo, José Echenagusía, Elexpuru, Manuel Fuentes, Carlos Greaves, Pedro Ganchegui, Graphos, Grijelmo, Ángel Hermosa, Gerardo Ibáñez, Editorial Vizcaína, José Lerchundi, Rodolfo Miller, Popular, Leandro Plazaola, La Provincial, Rui Wamba, Tipografía Española, Ugalde y Cía., Emeterio Verdes, Vidaurreta, Félix Zavaleta&Artes Gráficas, Viuda de Allende, Viuda y Sobrinos de Villar.

Ni qué decir tiene, el componente sindical de esta historia que adquirió una dinámica particular y original. Los impresores fueron gentes que desempeñaron una acción –desde el punto de vista patronal, y sindical– precoz y sonora. Pero esa es otra historia a la que no podemos referirnos en este momento; no obstante, sabido es que, durante la importante huelga de 1917, el estado de las industrias del libro pasó por uno de sus peores momentos.

Un impresor de postín: G. Grijelmo

El abuelo de la saga Grijelmo fue D. Guillermo Grijelmo, quien abrió una imprenta en 1886, haciéndose cargo de dos revistas de la época. Una fue aquel periódico de formato breve, antecedente de la revista *Información*, de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, llamado *Bilbao Marítimo y Comercial*. La otra fue *Variedades, el Eco de los Frontones*. Grijelmo celebró contrato privado con la Cámara de Comercio, tras estudiarse la posible fusión del Boletín de la Cámara con su periódico (1892). Pero aquel proyecto no prosperó, aunque, durante años, la revista *Bilbao* se hizo cargo de las noticias de la Cámara.

La sucesión en la empresa recaería en su hijo Federico, muerto prematuramente en accidente de automóvil en Villasandino (Burgos). Fue entonces el nieto, Federico Guillermo, quien asumió el gran reto a la edad de 18 años. Descrito por sus colaboradores en la empresa como hombre de casta y tenacidad encomiable, demostró esa energía arquetípica del emprendedor tan decisiva durante la épica industrializadora. Pese a su juventud, obtuvo rápidos resultados que le encumbraron como empresario destacado. Sin duda partícipe de las inquietudes culturales de la época, F. G. Grijelmo Ribechini tuvo una brillante trayectoria en distintos planos sociales. Reunió en una misma sede dos imprentas. Una la Tipografía y Encuadernación que tenían en la calle Arbolancha, y la otra, la Litografía de la calle General Concha. En 1942 inauguró la sede en la calle Uribitarte 4, en un edificio cuyos trabajadores calificaron de modélico, por sus instalaciones y tecnología avanzadísima. Mantuvo en nómina 500 personas, y para cualquier bibliófilo, la calidad de numerosos trabajos realizados en aquella imprenta no pasa desapercibida. Editó para las mejores editoriales españolas y extranjeras. Así mismo, fue quien se encargó de imprimir la Lotería Nacional desde principios de 1938 hasta finales de 1939. Presidió la Patronal de Artes Gráficas y un congreso celebrado en Madrid, en septiembre de 1969, donde se reunieron los mejores empresarios del sector, a nivel internacional. De 1970 a 1978 estuvo en la directiva de la Federación Internacional de Artes Gráficas. Se le debe la creación de la sección de enseñanzas de Artes Gráficas en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao. Centro en el que se formaron destacados profesionales que aún hoy trabajan

en este medio. Impulsó grandes empresas editoriales como Durvan, Neguri, Urmo, Deusto, Prisma, etc. Hombre sensible a lo que hoy consideraríamos capital humano, formó en líneas de especialización a sus empleados y siempre estuvo atento a directrices de política social (construcción de viviendas sociales, etc.). Fue su calidad como persona lo que recuerdan algunos de sus antiguos trabajadores, y lo que les movió a considerarlo un excelente capitán de aquella empresa llamada Artes Gráficas Grijelmo S.A.

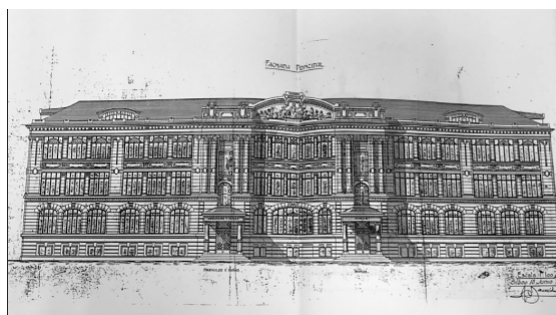
Centenario de las Escuelas de Indautxu

La herencia de un sistema decimonónico plagado de deficiencias – además de otros motivos sociopolíticos– suscitaron en el imaginario cultural español una peculiar conciencia colectiva de declive. Esta fue la demoledora convicción del “desastre”. Producto no solo de lo padecido en “el 98”, sino a partir de él. Los intelectuales regeneracionistas propusieron la implementación del sistema de enseñanza. La excepcionalidad de algunas iniciativas puso de manifiesto, sin embargo, la lucidez de algunas decisiones municipales. Ayuntamientos como el de Bilbao estuvieron atentos ante las realidades sociales y se propusieron –aunque a veces de manera discontinua– subsanar e innovar cuestiones muy necesarias. Sin hacer de este comentario positivo nada exagerado para el caso de la villa cabe poner de relieve que, al calor de los efectos positivos de la economía local, el Consistorio trabajó en comisiones *ad hoc* para mejorar la instrucción pública, especialmente a nivel de enseñanza primaria.

Un barrio en expansión

Indautxu, espacio perteneciente a la antigua anteiglesia de Abando (distrito Hospital), empezó a crecer ostensiblemente al inicio del siglo, y tuvo en torno a 1915 un punto de planeamiento crucial. Todo el área fue cubriéndose de edificios diseñados por arquitectos señeros (entre varios, destaca Rucabado). Fue una señal de distinción de nuevo cuño. Contribuyó a impulsar el barrio la familia Allende, cuyo patriarca, Manuel Allende, es recordado hoy con la calle que lleva su nombre. Cuando las escuelas se construyeron, el topónimo de 'Particular de Allende' ya se utilizaba. Allí se construyeron varias casas para esta familia (Manuel, José, etc.). No fueron los únicos... La historia de este área urbana subraya la acción emprendedora de residentes "con posibles". Éste es el caso de F. Martínez Rodas. Como muchos patricios locales, para esta familia la inversión en terrenos edificables en el nuevo Ensanche fue una operación habitual. Y aunque 1918 trajo consigo los primeros síntomas de inestabilidad social, carestía (precio del pan) y pandemia (gripe), los planes de expansión de la villa tuvieron un desenvolvimiento gracias al impacto económico de la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial. Emiliana Arana Mendiolea, viuda y heredera de Francisco Martínez Rodas, al igual que su hija Emiliana Martínez Arana y su consorte (1915) Enrique Areilza Arregui (afamado doctor nacido en calle San Francisco y precursor de la medicina practicada en los hospitales mineros, Triano, etc.) ofrecieron terrenos para la construcción de las nuevas escuelas de Indautxu. La escritura fue dada ante el notario Francisco de Santiago Marin, el 11 de junio de 1915. Esta compraventa otorgada en favor del Ayuntamiento de Bilbao consistía en un

terreno situado en el barrio de Indautxu descrito como lindante con las calles Autonomía y Particular de Allende, al precio de 175.909 pesetas y 32 céntimos, "con objeto de edificar un nuevo edificio escolar tras haber sido adjudicada adquisición en subasta pública celebrada por esta corporación municipal". La operación de compra permitió al Ayuntamiento culminar una precoz política en favor de la instrucción pública, cubriendo las necesidades que requería esta zona en expansión (desde Zugastinovia, a La Casilla y Basurto).



Dibujo fachada Escuelas Félix Serrano.

La nueva pedagogía y la modernización de los centros

Desde 1914 la idea de crear un grupo escolar en Indautxu había hallado buena acogida en el Ayuntamiento. El pleno del 23 de diciembre de 1914 describe la decisión de compra, a razón de 3,36 pesetas el pie cuadrado (como promedio). Es evidente que el jefe municipal de construcciones civiles, el arquitecto Ricardo Bastida, puso empeño y si no favoreció, al menos intervino en ayuda de la localización de este solar por creerlo adecuado para el magnífico edificio que planeaba como escuelas. Influyó a mi parecer, asimismo, que fuera un enclave de la topografía urbana en el Ensanche cuya accesibilidad era buena y ofrecía un prometedor futuro en cuanto a comunicaciones, (la gran avenida luego denominada Autonomía). Los planos de Ricardo Bastida, responsable de las obras, son elocuentes del esmero con que concibió el grupo escolar, parangonable a lo mejor de los edificios de su firma (Alhóndiga, lavaderos, edificios civiles diversos, bancos, etc.). Para la planimetría de estas escuelas contó con la colaboración del ingeniero Vicente Pero y del ingeniero R. Gamboa. Aquella escuela diseñada en estilo neoclásico fue un punto geoestratégico para el desarrollo del barrio: ocupó un solar en la actual calle Manuel Allende de 52.203 pies cuadrados (15.500 la escuela y 36.703 el jardín escolar que le circunda y el patio de recreo). Se planeó para albergar dieciséis grados para ochocientos niños, aumentado a veintiocho grados con capacidad para mil cuatrocientos niñas y niños. Contaba con cantina escolar, escuela del hogar, escuela de música e inspección médica escolar. Todo a cargo del Ayuntamiento de Bilbao. La inauguración oficial y la bendición del grupo se fijó en sesión oficial en el ayuntamiento para el jueves 7 de marzo de 1918, a las once horas.

La solemnidad que acompañó el acto se destacó por la prensa local a bombo y platillo. Dos de los diarios más elocuentes fueron *El Nervión* y *El Pueblo Vasco*, que insertaron en sus primeras páginas crónicas detalladas. Asistió el alcalde, el nacionalista Mario de Arana y Mendivil, junto con el Ilmo. Obispo de Bilbao Eijo Garay, el director general de Primera Enseñanza y demás autoridades, corporaciones civiles, militares y eclesiásticas así como otras personas “de la enseñanza de la Villa”. Los balcones de las casas contiguas lucieron engalanadas porque –como bien dijo la prensa– “para el barrio ayer fue un día memorable”. La alegría de disponer un centro tan avanzado y elegante se trasformó en día festivo. La Banda Municipal de Bilbao amenizó la fiesta, y según ritual, el edificio fue bendecido por el obispo tras lo cual se celebró una sesión en el salón de actos con presencia de numerosas personas. Los discursos subrayaron el avance (en ese año se inauguró también el centro de la Ribera, hoy Escuelas Mugika). El Ayuntamiento había cumplido su misión porque aquel era el tiempo de la nueva pedagogía, vino a señalar el alcalde Mario Arana.

El edificio de Indautxu construido durante 28 meses (septiembre 1915-diciembre 1918) constaba de sótano y tres pisos. En el bajo se distribuyeron espacios para clases de trabajos manuales, cocina, cantina, baños y duchas “populares”, además de seis locales para adultos. La primera planta se dedicó a las clases de párvulos, y la segunda y tercera, a las aulas restantes de niñas y niños. La organización y distribución de otros espacios incluían despacho para el director/directora, sala para los maestros de grado, salón de actos, de exámenes, biblioteca, museo escolar y servicios o retretes. El coste final alcanzó la cifra de 794.000 pesetas, y para la fecha inaugural, la plantilla de maestros se había decidido, aunque no al completo. Así se publicó en la prensa, detallando nombre y apellidos de algunos maestros del centro. La admisión de alumnos, decía *El Pueblo Vasco* de 10 de marzo de 1918, comenzaría el mismo lunes 11 de marzo, para después clasificarlos por grados.

Al hilo de expedientes localizados en el archivo municipal de Bilbao puedo avanzar que, dado que el grupo de la Ribera y el de Indauchu fueron más tardíos, se evidencia una política respecto de su plan de enseñanza mucho más avanzada. Desde la instalación de baños y duchas, cantina, hasta la creación de clases de euskera y para adultos, Indautxu sirvió de campo de pruebas para iniciativas avanzadas. Ambas cuestiones merecen unas líneas más.

El acta de la sesión pública celebrada el 27 de marzo de 1918 por la Corporación bilbaina registra la cantidad de 6.000 pesetas con destino a partir del 1 de septiembre de aquel año, a la creación de cuatro clases de euskera, sacando a concurso el nombramiento de profesores con sueldo anual de 1000 pesetas. Otro de los datos más sugerentes sobre la política de prevención e higienización tan necesarias en estos años del siglo pasado (recordemos la gripe de 1918) fueron los informes aportados por Ricardo Bastida, extraordinario arquitecto y reformador social. Él fue quien propuso en 1916 –a través de un concienzudo estudio– la creación de baños y duchas escolares (“populares”) en la escuela de Indautxu y para otros centros.

El informe tomó como ejemplo iniciativas establecidas en Alemania (Nuremberg, Munich...), Suiza (Basilea, Zurich), Inglaterra (Liverpool) y EEUU. La trayectoria de las escuelas de Indautxu dibuja logros contabilizados gracias a su éxito escolar. Experiencias como esta en su centenario manifiestan a través de la muestra humana vinculada a su buen hacer, la mejor manera de iniciar caminos formativos eficaces, sin desdén del saber clásico. La matrona que preside el grupo escultórico en fachada (obra de Guraya, Moreno y Garrós, bajo supervisión de Higinio Basterra) representa a la villa de Bilbao y mira sin duda los alumnos cuya trayectoria profesional ha sido fruto de un aprendizaje primario bien conducido. Quienes nos precedieron se lo merecen, pero más aún, quienes están por llegar a esas aulas.

La Navidad de 1918 en Bilbao

Cuando la historiografía retoma procesos de impacto a largo plazo, suele incurrir en valoraciones que superan el mero recuerdo. El historiador puede o no hacer juicios morales, pero en conmemoraciones de tanta relevancia y tan luctuosas como las dos guerras mundiales y la Guerra Civil, debiera efectuar una disección respetuosa con el contexto y los acontecimientos, en sí y por sí mismos. En las actuales circunstancias, al celebrar con evidente confortabilidad ciudadana la Navidad, no puedo evitar la memoria de la Primera Guerra Mundial o Gran Guerra Europea a través de las consecuencias soportadas por las sociedades occidentales. Hablo de millones de seres humanos que se vieron involucrados de hoz y coza en ella, cien años atrás.

Los diarios locales

Pocos días antes de la Natividad de aquel año, y a tenor del relato periodístico, la ofensiva austro- alemana en la gran guerra se adivinaba todavía muy cruel en los frentes occidentales. Todos esperaban un “rudo” choque final. La acción ofensiva que pusiera fin a la guerra era un grito a voces. El invierno no había supuesto obstáculo alguno para las operaciones militares. La prensa internacional, nacional y local repetían las valoraciones recibidas de agencias de noticias que ponían en solfa el efecto de la entrada en primavera del ejército norteamericano. Una posibilidad que en diciembre de 1918 se interpretaba como un riesgo para Alemania, ante el refuerzo que los aliados occidentales recibirían. También se valoraba el efecto crucial que había supuesto para la movilización alemana el ferrocarril en su territorio.

Las siete grandes líneas que existían atravesándola de este a oeste habían facilitado el transporte militar. La obra de Otto Von Bismarck desde la unificación se dejaba notar a largo plazo. Esta realidad ferroviaria había impedido en 1914 la invasión de los ejércitos rusos avanzando por Prusia Oriental. Una ventaja que había disminuido llegado el año 1918. Como también había disminuido la producción de carbón. La necesidad de reclutamiento y la prioridad en la fabricación de armamento, aviones y globos repercutió en el sector hullero. Alemania buscaba el éxito frente al ejército anglo-francés bombardeando desde aquellos globos aerostáticos las posiciones enemigas.

Mientras los países contendientes soportaban tales desdichas, los países neutrales como España gozaban de una situación pacífica e ilusionada ante los festejos navideños. Los efectos económicos de esta no intervención en la guerra habían aportado a las industrias siderúrgicas vascas una bonanza que poco después entraría en fase de cuestionamiento. En 1918, sin embargo, Bilbao mostraba síntomas de modernidad que se tradujeron en resultados muy reconocibles en las políticas adoptadas.

En el espejo de la vida cotidiana de aquel mes de diciembre la vida diaria mostraba reacciones y situaciones anecdóticamente muy atractivas.

La Sociedad de El Sitio (calle Bidebarrieta) daba brillantemente una fiesta sonada, con presencia de cantantes clásicos. El concierto organizado el 21 de aquel mes aportó un repertorio diverso: desde Saint-Saens hasta Usandizaga; recital de poesía, cuartetos y sextetos... El Salón Vizcaya estaba en auge, y las artistas femeninas de *varietés* que allí cantaban encontraron entre el público bilbaino "favoribilísima acogida". El salón Gayarre estrenaba una graciosa cinta de la marca Keystone, (*Nicomedes Bebedor*), y ofrecía en días siguientes espectáculos de bailes de salón y de variedades. Ni qué decir tiene, el Teatro Campos publicitaba sus dos funciones a precios populares. La butaca costaba 1,50 pesetas, el anfiteatro 0,60 céntimos y el paraíso 0,30. *Los sobrinos del capitán Grant*, un clásico en el Bilbao navideño, se representaba oportunamente.

El Teatro Trueba anunciaba los estrenos de “afamadas” películas (*El secreto del submarino*, entre otras). Bilbao vivía el *country-cross* con gran éxito, siendo premiados los jóvenes corredores con diversos trofeos (el ganador del campeonato fue Romualdo San Miguel). En el Coliseo Albia se programaban tres sesiones extraordinarias en las que no podía faltar Charlot. Era evidente que la oferta cinematográfica se multiplicaba durante las fiestas. No cabe olvidar el Olimpia, como tampoco los espectáculos *pelotazales* del frontón Euskalduna, donde jugaron Nervión y Navarrete, contra “Goiri menor” y “Narru mayor”. Al igual que el programa de la Banda Municipal de Bilbao en sus conciertos de El Arenal.

Los médicos especialistas se anunciaban profusamente. Especialmente los dentistas, los de enfermedades neurológicas, dermatológicas y venéreas. El *Elixir Saiz de Carlos* era recetado comúnmente como óptimo elixir para molestias estomacales e intestinales. Las ópticas –como las de César, farmacéutico y óptico de Bidebarrieta y Jardines– se anunciaban en prensa con ilustraciones ingeniosas. Lo cierto es que la publicidad se multiplicaba gracias a anunciantes tan diversos como las harinas, los paraguas o los tubos (Plomos Figueroa).

Las páginas negras también ponían al descubierto los niveles delictivos de la ciudad. Entre otros casos descritos en esos días, uno sucedido en Iralabarri. Tres jóvenes habían herido con arma de fuego a una joven con intención de robarle, siendo esta ingresada en el Hospital de Basurto.

Las necrológicas, sin la extensión que han adquirido en el diseño de la prensa impresa actualmente, mostraban la noticia del fallecimiento de personas destacadas de esta villa. Sucesos de otra naturaleza, como los frecuentes incendios o las inclemencias meteorológicas quedaban descritas igualmente. Al respecto, en aquellas Navidades hubo fuerte viento y una temperatura primaveral. Tanto, que el concierto de El Arenal de esos días estuvo muy animado, al igual que la Gran Vía. Los jardines de los Campos Elíseos, asimismo, gozaron de la afluencia de la ciudadanía más exigente, como también Artxanda y el paseo del Arenal.

El gacetillero por excelencia en esos días escribía en el periódico más expresivo de la sociabilidad bilbaina: *El Noti*. Su nombre: *CHIMBO*. No solo atendía a los sucesos políticos locales, movimientos económicos de las empresas como Altos Hornos, y sociabilidad local, también supo atender demandas muy necesarias de ese otro Bilbao que existía hacinada en viviendas de higiene perniciosa. La demanda de atención municipal, personalizada en la figura del alcalde casi siempre, denunciaba a través de su columna la necesidad de mejoras entre sus avecindados más necesitados. Era un hecho que los alquileres se habían elevado y el hacinamiento generó focos de infección que contrastaban con los esfuerzos acometidos desde la administración municipal para plantear una política higienista que superase los problemas arrastrados en zonas urbanas menos favorecidas.

El 24 de diciembre, la Diputación presidida por el Sr. Sota celebraba sesión y trataba sobre la instalación de una Escuela Normal de Maestros. Se nombraba un profesor de Lengua Vasca en la cátedra que la Escuela de Maestras ya tenía funcionando, y dejaba sobre la mesa otros interesantes temas para siguiente sesión, como el presupuesto para 1919 de la Escuela de Ingenieros.

Los premios de la lotería se cobraban por los suscriptores de periódicos como *El Pueblo Vasco* con toda celeridad. Y el Banco de Bilbao inauguraba sucursal en Bermeo, lo que era celebrado oportunamente.

La publicidad de este último diario diversificaba anuncios muy variopintos. Desde la colocación de "medias suelas" en dos horas, hasta la venta de artículos de plata, el champán Lumen de Bodegas Bilbainas, los mejores surtidos de impermeables que se vendían en la Camisería Francesa, y el Licor del Polo, que no debía faltar en un "tocador elegante".

En otro orden de cosas, y por ser Navidad, los penados de la cárcel de Larrínaga disfrutaron de una comida extraordinaria, tras la visita de los comisionados oficiales realizada en esa fecha. También, los ecos de sociedad dieron cuenta de compromisos matrimoniales, despedidas de solteros y enlaces.



Jabón Chimbo.

Gacetillas y vida cotidiana

La caridad en Navidad se expresaba de varias maneras. Una, a través de las tradicionales “canastillas de Navidad” (en ese año elaborada por las alumnas de las Escuelas de Mugika). Pero entre las gacetillas más jocosas, una inserta el 25 de diciembre en *El Pueblo Vasco* (“Como uvas”). En la Casa de Socorro del Ensanche habían sido asistidos dos barrenderos municipales “porque los pobrecitos eran portadores de una fenomenal merluza”. La cura descrita, sencillísima. Reanimación a base de amoníaco y masaje. Tras espabilarlos fueron conducidos hasta sus domicilios.

Las *fake news* ya existían. Casi como una inocentada adelantada, se publicaba en primera página de este y otros periódicos una noticia en la que nadie creía. España, por voz del conde de Romanones, en consenso con el presidente Wilson iba a mediar enviando a Rusia –ante el avance bolchevique– a 100.000 hombres, dos barcos de la armada y torpederos. La noticia del envío de una división naval se negó de inmediato, y así lo reprodujo en el mismo número este diario, por voz de la información oficial del gobierno de Alfonso XIII. Lo que Romanones confirmó fue la intervención del Gobierno español en la Conferencia de Paz a celebrar en París. Eso sí, en coherencia con el ideario de *El Pueblo Vasco* y *La Gaceta del Norte*, estos diarios recogieron con preocupación los síntomas del debate autonomista en Cataluña, al igual que la editorial que reclamaba una política de paz para todos, y en especial para los contendientes europeos. Frente a la visión apocalíptica de la guerra, la fiesta de la paz, al amparo del hogar.

En Bilbao habían entrado en esos días, por cierto, 11.807 kilos de pescado. Además de chirlas, merluza, besugo, etc., las angulas habían superado los 330 kilos, y fueron vendidas (¡Oh delicia!) a 7,50 pesetas el kilo.

Ni qué decir tiene, me uno a los mejores deseos que habitualmente hizo la prensa entonces y ahora, para desear a mis lectores los mejores deseos de felicidad, concordia y bienestar en las fiestas navideñas y para el Año Nuevo.

Cocinar “a la bilbaina”

En esos días de regocijo previo a la celebración de la Final de la Copa del Rey, en los que la identidad atlética parecía haber hecho olvidar los efectos de la crisis y el “apretarse el cinturón”... se han puesto de manifiesto rasgos, formas de pensar y de sentir el bilbainismo que rompen los esquemas al más sesudo psicólogo o sociólogo. Los historiadores también calibramos las mentalidades, su evolución y estereotipos. Esto del “Atleti” –dicho en plan coloquial– es uno de esos elementos de excepcionalidad que requieren de mucha más prosapia que la que gastan los expertos en deporte durante minutos de radio y tele. Y como resultado, quien escribe, que desde muy cría fue enseñada por su madre a cantar dos himnos, el de San Ignacio y el del Athletic, no puede por menos que dedicar a los “leones” esta entradilla, pese a que hayan perdido la final de 2021. Y voy a lo mío, que tiene que ver con otra faceta del “revival forofobeitia”.

Entre las sorpresas que internet depara cada día, una de ellas me resulta graciosa y demostrativa del poderío del “*label*” bilbaino, que diría un cursi. Es decir, de la etiqueta, marchamo o denominación de origen que algunos ejemplos de gastronomía ostentan, junto con el nombre del producto principal de la receta. Sean salados o dulces, el “A LA BILBAINA” parece proporcionarles mayor credibilidad, garantía de calidad y sugerentes sensaciones de placer.

Consumidores versátiles

Que lo culinario en Bilbao tiene raíces socioculturales importantes es harto sabido. La historia demuestra que durante siglos pasados fuimos algo más que consumidores de castañas a destajo. Con la Modernidad empezamos a ser sibaritas, y desde la creatividad de la cocina posmoderna, maestros en hacer de elementos básicos una filigrana para los sentidos. Desde el siglo XIX se confirman verdaderas delicias gastronómicas logradas a base de cereales, de bacalao y de la vid... entre distintas variantes. Recuérdesse también lo sencillo que es hacer una *porrusalda*, y iqué resultados más de agradecer consigue para cualquier estómago! Pero en lo tocante a Bilbao y su imprimáturgastronómico, habría que señalar con cautela algunas atribuciones poco fiables que se divulgan.

Fuera aparte queda aquello que históricamente está cercano a la sociedad del buen gusto característico de esta sociedad cuando ampliaba económicamente la gama de consumo, moda y suministro comercial. En este esquema de cosas, puedes creerte la parada de los Matossi suizos quedándose en Bilbao, en lugar de emigrar a América, para instalar el primer *Suizo* y sus derivados. Y puedes creer lo fortuito de la creación del *Bacalao al Club Ranero* (plato creado por el cocinero francés Alejandro Caveriviere, que trabajó para la Sociedad Bilbaina), y el *turrón de Sokonuzko*. Como también creemos –hoy– en el valor añadido que dio al carnaval 2009 Don Karolino... gracias a la carolina de toda la vida (y digo yo, ¿porqué esa masculinización? ¿Es que tener bigote te da más sentido chirene?).

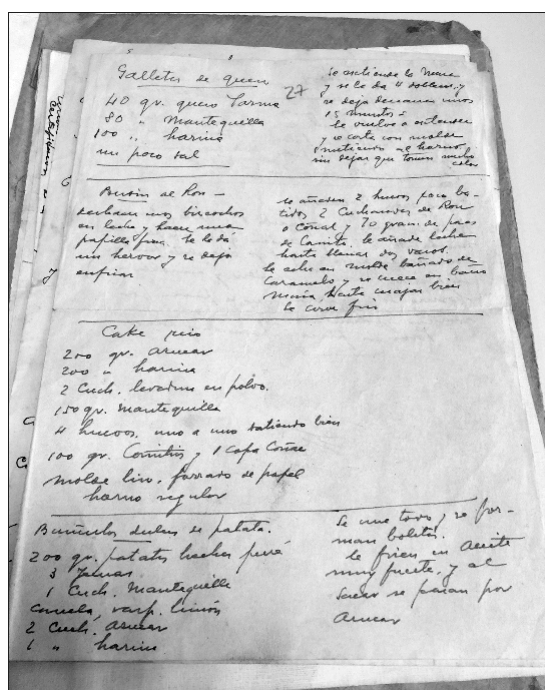
Pues bien, dado que necesitaría muchas páginas, cuantifico únicamente los platos atribuidos a la tradición bilbaina que resultan fiables en cuanto a procedencia. Puede que haya ausencias; si es así, agradecería sugerencias procedentes de avezadas cocineras (también de cocineros) amantes de lo local. Las que aquí constan son –sin embargo– las mejor identificadas por sus vínculos con la cocina de Bilbao.

De lo dulce, destacaría, *stricto sensu*: la carolina, el bollo con mantequilla, el pastel de arroz, los “jesuitas”, así como algún tipo de *colineta* que en su día portaba el nombre de la confitería bilbaina que la inventó, mejoró y comercializó (evito publicidad). Y luego algunos chocolates bautizados como bilbainitos o las mismas baldosas de Bilbao.

Respecto de lo “salado”, habría que ser cautos, porque las imputaciones del *made in Bilbao* son exuberantes. Mencionaré primero las que arrojan menos dudas.

Tales fueron hasta hoy: el mencionado bacalao club ranero, el bacalao seco a la bilbaina, el pisto a la bilbaina, la merluza a la bilbaina, las angulas a la bilbaina, los jibiones, becada a la bilbaina, las “arbejillas” en salsa verde, entre algunos platos de fiar.

Pero hete aquí que, repasando recetario, esa referencia de "a la bilbaina" se aplica como valor añadido a una gastronomía de amplio espectro, que va desde los huevos, a los *txopitos*. Algo que me ha dejado perpleja. Por ello, de entre la larga lista, acoto una breve y bastante representativa de lo que intento someter a duda metódica... Porque al parecer podemos degustar de manera indiscriminada múltiples productos cocinados con un algo especial que proviene del estilo "a la bilbaina" y que les hace mejorar. Tales son: champiñón a la bilbaina; judías blancas a la bilbaina; huevos a la bilbaina; boquerones a la bilbaina; coliflor a la bilbaina; almejas a la bilbaina; albóndigas a la bilbaina; chuletas de buey a la bilbaina; rape a la bilbaina; codornices a la bilbaina y berberechos a la bilbaina.



Receta manuscrita de la familia Zabálburu.

Todo este reclamo de la marca de procedencia me lleva a pensar en la fuerza que otorgan los tradicionales fogones que tuvo el Bilbao de la industrialización y después también. Ellos han logrado seleccionar de lo tradicional, una gama en la que hay experiencia y se ha dado pedigrí propio a dichos platos.

Obviamente, desde el *marmitako* hasta otras recetas de origen euskaldún hay una larga trayectoria de calidad y refinamiento gastronómico que hizo proverbiales a los recordados fogones bilbainos desde finales del 900. Eludo nombres en aras de la brevedad para, finalmente, reproducir dos recetas de la clasificada en la historia de la gastronomía como “salsa bilbaina”, pero que –a la vista de lo que divulgan las *webs* de dudosa calidad– vale para un roto y para un descosido. La tan traída y llevada salsa se convierte así en un catalizador que ennoblece cualquier producto... Se trate del que se trate. Por ello, y ante la posibilidad de que resulte eficaz en competencia con la bearnesa, mahonesa o cualquier otra salsa de factura tradicional, la reproduzco; a sabiendas de que habrá muchas más alternativas ortodoxas de esta misma salsa. Cometo, pues, este atrevimiento –con toda intención– ante *gourmets* y admiradores de la Parabere y demás autores de libros de cocina importantes, aunque guiada por la mejor intención. Y que a Vds. les aproveche.

Receta 1

Salsa a la bilbaina

2 dientes de ajo, 1 guindilla, 2 decilitros de aceite de oliva, 2 cucharadas de vinagre de vino, perejil cortado finamente y sal.

Fileteamos el ajo pelado y los colocamos en una sartén a fuego moderado con el aceite de oliva virgen.

Cuando comience a calentarse el ajo añadimos los tres trocitos de guindilla seca y cuando empiecen a dorarse los ajos, sacamos la sartén del fuego, agregamos la cucharadita de pimentón dulce, el vinagre y una pizca de sal.

En el momento de salsear agregamos el perejil, y con unos movimientos circulares, ligamos un poco la salsa.

Receta 2

Salsa la bilbaina

150 gr. de cebolla, 1 vaso de vino blanco seco, 50 gr. de salsa de tomate, 1 zanahoria, caldo de carne, aceite de oliva, harina, sal y pimienta.

Cortar las cebollas finamente y rehogar, luego agregar las zanahorias cortadas pequeñas, mezclar y dejar unos minutos. Incorporar una cucharada de harina y un poco de caldo, la salsa de tomate y el vino, salpimentar y dejar a fuego suave durante 30 minutos.

Mujer, publicidad y lenguaje en la prensa local, hace un siglo

Una gacetilla del periódico *El Liberal* de Bilbao publicaba en 1933 (inada menos!), bajo el titular "*Lo que Vd. debe tener para sacar marido*", uno de tantos ejemplos en el que podemos comprobar la relevancia del lenguaje empleado para identificarlo como instrumento cultural de primer orden. Es bien sabido que la semiótica subrayó hace muchos años, la relevancia del lenguaje sexista de época.

Aquel breve texto subrayaba que, consultados cien hombres "algunos de ellos millonarios" –advertía en su vana estadística– sostuvieron que de diez, nueve: "a todo prefieren una piel suave, lisa y blanca, al par que una tez hermosa". El discurso tenía trampa; era publicidad nada encubierta de la crema *Tokalon*; aquella que nuestras abuelas usaron sin esperanza de que se cumpliera lo previsto por la imagen de propaganda ilustrada con la cara de una joven agraciada, y un texto a pie de esta, que decía: "Esta es la joven que podría casarse con un millonario en 1933".



Calle Viuda de Epalza.

En verdad, a falta de una prensa técnicamente avanzada en materia de ilustración y fotocomposición, todavía, los alardes tipográficos en la propaganda de los diarios y semanarios siguen pareciéndonos realmente divertidos y estéticamente ingeniosos. Como digo, la mentalidad de esas décadas, en materia de cuestiones de género, de moda y vida cotidiana se manifiesta con total rotundidad en estas muestras de gran simbolismo. Y no sorprende que un periódico progresista como *El Liberal* bilbaino publicara en sus páginas de anunciantes un espacio con el siguiente titular: *Motivos por los cuales los hombres miran a una mujer*. Y que *El Nervión* redundara en un artículo breve sobre “Los mejores atractivos de la mujer”, dando consejos prácticos y aseverando: “No es de aconsejarse a una dama que trate de tener músculos de atleta, pues seduce más un aspecto delicado, lo cual no impide que se goce de buena salud. Cuídese de que sus costumbres sean femeninas; comparta con mucho cuidado los deportes masculinos”.

Más de 100 años después de publicar este texto, repleto de moralina, en el popular periódico bilbaino ("*La mujer verdaderamente femenina, de espíritu recto, dulce y suave, parece siempre agradable, porque su cualidad de mujer sensible y tierna se reflejan en sus ojos...*"), la imagen de la mujer se proyecta hoy de manera irreversible hacia conquistas sociales impensables en los años en que el feminismo y el sufragismo dejaba sentir sus reivindicaciones históricas.

Parece interesante, por ello, que nos acerquemos hacia lo que fueron intentos de alejar a la mujer de los clichés tradicionales. Y entre esos esfuerzos, el de la maestra Carmen de Burgos, quien se esforzó a comienzos del siglo XX en propagar normas de relacionarse en sociedad, para las mujeres, bajo libros como *El arte de ser mujer, ¿Quiere Vd. ser amada?* o *El Arte de saber vivir. Prácticas Sociales*. Titulares que hoy provocan la sonrisa, sin conocer siquiera el contenido de aquellas publicaciones pedagógicas. Y eso que la escritora costumbrista fue una avanzada y creía que la regeneración de España venía de la mano de la educación de las mujeres ("como formadora de hombres").

Si planteo este preámbulo sobre costumbres, se debe a que es necesario comprender en razón a las coordenadas espacio-temporales, la mentalidad, las reglas y actitudes que la mujer mostraba en nuestro entorno, más allá de los discriminantes de clase a considerar. Actitudes que eran en esos decenios aconsejables sobre decoración, baño, criados, años, moda en general, ocio... hogar, etc.

Estando cuando escribo en pleno verano, el ocio femenino durante las primeras décadas del siglo XX, contrastado con la mirada en el espejo de nuestras actuales prácticas difiere considerablemente.

Cambia la función de la casa, por su puesto, aunque lo hizo lentamente, como también la accesibilidad en los espacios de ocio y de consumo. El café, el casino, la sociedad, el balneario, la calle, el teatro, el cine, los viajes... se abren y democratizan la sociabilidad compartida entre hombres y mujeres, pero muestran trayectorias complejas. Estas manifestaciones socioculturales empiezan a estudiarse por la historiografía del País Vasco, desde lo público y lo privado.

Mujer y vida cotidiana es un campo extenso con variantes muy distintas y todas ellas atractivas para comprender la cercanía social de algo que hoy damos por hecho, pese a problemas subsistentes en muchas facetas, incluso entre nuestras sociedades (obviamente, nada que ver con culturas y modelos sociales ajenos a las pautas de progreso implantadas con *label* cultural occidental).

“La palidez del rostro que tanto preocupa a las jóvenes desaparece tan pronto se corrijan los desarreglos, la inapetencia y desequilibrio nervioso. Dos frascos de este preparado bastan para devolver al rostro su color sonrosado, la salud y alegría” (*El Noticiero Bilbaíno*, años 20). Hipofosfitos Salud era, naturalmente, la solución. Como las Pink Pilules lo fueron para aquellas jóvenes de 25 años (*edad heroica*, se etiqueta) que siendo jóvenes madres dieran muestras de anemia, neurastenia y debilidad general.



Óleo sobre lienzo (c. 1946) de Manuel Losada en el que se representa a tres damas en un balcón con vistas a la plaza Vieja donde se desarrolla una función taurina. Al fondo, la iglesia de San Antonio Abad. La pintura pertenece a la Sociedad Bilbaina.

Bares y cafés en el Bilbao posmoderno

El fenómeno hostelero en la pos- modernidad ha sido icónico en Bilbao, al igual que en otras ciudades del País Vasco. Hoy me referiré a bares y cafés. Dejemos a los restaurantes para otra ocasión. Un bar (del inglés *bar*, barra) es un establecimiento comercial donde se sirven bebidas alcohólicas, no alcohólicas y aperitivos, y la palabra café, según la RAE, viene del italiano *caffè*, este del turco *kahve*, y éste del árabe clásico, *qahwah*. Establecimiento donde se vende y toma café y otras consumiciones.

En el cómputo de tradiciones locales, la sociabilidad asociada con la barra y la mesa tiene amplio arraigo en nuestra cultura. El poteotradicional tomando txikitos fue paradigmático en calles del Casco Viejo y luego en el Ensanche, pero esta vez quisiera centrarme en los últimos 25 años, más o menos, sobre la evolución del negocio hostelero en Bilbao. Algo que se hace patente en la transformación urbana, y entre lo que fue y sigue siendo ritual urbano para ir “de vinos”. En la actualidad, el *pintxo-pote* –en sentido literal– sugiere prácticas y formas de relacionarse que generan dicha, pero no siempre denotan buen gusto.

Del txikito al pintxo-pote

En verdad el txikito ha cedido su lugar al poteo, y los pintxos y cazuelitas han derivado en mini raciones que son un alarde gastronómico, pero también –las menos– un ejercicio de química orgánica.

Echo en falta –por casi olvidado– al tradicional *pintxo bilbaino*, aunque por suerte se va recuperando en algunos establecimientos. Me refiero al medio huevo duro con langostino, mahonesa y huevo hilado o rallado por encima y en ocasiones rematado con una aceituna. También prolifera la *gilda* iobviamente! aunque nos disputen los guipuzcoanos su exclusividad. Y digo esto, porque se cuenta que extendido el consumo del vino en porrón, la Casa Vallés de Donostia se percató de que los taberneros servían anchoas, olivas y guindillas para acompañar. *Txepetxa*, un cliente del establecimiento donostiarra, decidió ensartar esos tres componentes en un palillo, y pronto pasó a ser la tapa estrella. Fue también él quien bautizó su invento como “gilda”, en honor a la película protagonizada por Rita Hayworth que se estrenaba en 1946 y que, como esta tapa, era “verde, salada, y un poco picante”. Así pues, de la Gilda de siempre, al *neo pintxo*, hoy los vemos diversificados en bares de Poza, de todo el Casco Viejo, de Ajuriaguerra, de Indautxu, Santutxu, Diputación, Ledesma, de cualquier calle de *poteo* en Bilbao. Porque existe una galería variopinta que responde a la inevitable innovación hostelera. Y porque es un sector que genera riqueza. Y porque Bilbao es referente de sus propias habilidades gastronómicas.



Pintxo conocido como Gilda.

Por eso me apetece recordar que, de los tradicionales que hubo en la Plaza Nueva como, por ejemplo, el Bilbao, Víctor, Charly, etc., algunos sobreviven, pero en 2021 proliferan muchos más que los viejos lugares y multiplican su oferta e imaginación creativa, dado que las generaciones de nuevos cocineros y restauradores sorprenden. Pero ¿quién no recuerda las famosas ostras de La Concordia? Los que pasan de los 60, seguro. Pero el fenómeno de las ostrerías apunta de nuevo y tiene adeptos también entre la gente joven.

Barras que hicieron historia

La memoria de barras que hicieron historia y el cierre de negocios me lleva a recordar no solo al Boulevard en sus varias etapas, sino al viejo Lepanto. Con aquel acceso de entrada custodiada por potentes cortinas de terciopelo que daban paso a un *santa sanctorum* que recordaba, en cierto modo, a los café-bistró de aroma parisino.

Como sucedía –aunque con otra decoración– en el Pacho y en el viejo Toledo. Hasta hace poco tiempo (2019) mantuvo la cafetería de su mismo nombre emplazada en uno de los lugares más bellos de la topografía urbana del Ensanche, junto al parque de Doña Casilda, mantuvo tertulias de damas de edad, pero parecía un rescoldo del que le precedió años atrás, cuando –a mi parecer– tenía un potencial impresionante.

Hablar de Bilbao, además, es evocar tertulias de café. Y más allá de la consabida referencia del recordadísimo Lion d’Or, hay que citar otros lugares que han formado parte de la sociabilidad literaria de Bilbao. El Café Mauri, en la calle Diputación, en la que estuvieron poetas como Blas de Otero, Vidal de Nicolás, Sabina de la Cruz, Gabriel Aresti, ‘Goico’, los pintores Agustín Ibarrola, José Jimeno, los escultores Lucarini y José Ramón Carreras, el escritor Luciano Rincón, el ingeniero Julián Viejo, el mecenas Leopoldo Panera, y Emiliano Serna, Jesús Leciñana, los hermanos Lafuente, Zorrilla...

Muchos de ellos y otros más, estuvieron también en la tertulia de La Concordia, en los años 50 y 60. Tertulia de notable carácter antifranquista. Allí ofició y con buen arte, el inimitable Elías Segovia, viajero cosmopolita, una especie de Perico Chicote a la bilbaina, como escribió Carlos Bacigalupe. Le recuerdo en los 80 todavía con su mirada pícara, siendo yo estudiante. Allí tenía lugar la tertulia liderada por Luis de Castresana, y el lema vital que Elías hacía valer, más aún al desaparecer en 1995 su establecimiento La Concordia: *“Dios es la suma bondad/ y si jodidos nos tiene/ será porque nos conviene/ ¡Hágase su voluntad!”*.

No olvido bares de siempre como el Artajo, en Ledesma y otros de la calle Egaña. En cuanto a los bares de copas que formaron parte de la tradición noctámbula del Botxo, se han ido extinguendo y llevándose formas de convivialidad y de copa preparada al viejo estilo. ¡Quién no recuerda el Whisky Viejo! Antes y después de la inauguración del Guggenheim pasamos muchos por sus originales espacios. Pero, poco a poco, se fue diluyendo la alevosía y nocturnidad que tuvo. No digamos aquel pelotazo que fue el Bluesville, el Flash y el Ambassador, en una calle que albergaba a los más atrevidos *nocherniegos*, golfos y bohemios de la villa. El Café Arriaga fue durante un periodo otro lugar de cita. Estuvo en los bajos del teatro y tenía música en directo. Queda el Iruñacomo referente de innegable valor patrimonial, que esperemos corra mejor suerte que el desaparecido Café La Granja y el Boulevard. Otros bares continuadores en cierto modo de la vieja tradición del café moderno –como el Monterrey y el Urrestarazu– ponen de relieve la voluntad de perpetuar un cierto costumbrismo. ¡Que vivan muchos años!

Por suerte, todavía se disfrutaban algunos bares con clase desde la etiqueta de cierta exclusividad, como el *Americano* del hotel Carlton, con sus emblemáticos frescos y el *Inglés* de la Sociedad Bilbaina. Dos pequeños santuarios. El Inglés de la Bilbaina conserva estilo y una decoración que tiene por virtud un trabajo de ebanistería fina –patrimonio artístico indiscutible– digno de conservarse; el ebanista Mapey lo hizo con gusto exquisito.

Me dejaré en la cuneta muchos otros, pero la evolución social ha hecho que los nuevos bares, ante la competitividad en aumento, saturen sus barras con pintxos de diseño imposibles de comer de manera confortable y sin pasar por la tintorería... Algo parecido sucede con los *triángulos* del EME o las *felipadas* del Alameda, aunque pocos bilbainos podemos resistirnos. Y, por cierto, casi nadie recuerda que a los *triángulos* del EME se los distinguía por ese nombre, de las *torres* del mismo bar. Respecto de las mejores tortillas, éstas se merecen apartado propio que dejamos para otra oportunidad.

No olvido a los bares que marcaron territorio ligados a la *borroka* en el Casco, como el Mikeldi (luego Muga), Kaskagorri, etc. Las inundaciones de 1983 hicieron irse a pique a muchos de aquellos bares de la movida.

Años después, la posmodernidad también arrasa con experimentos en plan *cool*. Sin embargo, la multiplicidad de la oferta no viene acompañada siempre de la calidad, aunque en bares de barrio y distritos lejanos del centro también se come muy rico de pintxos. Me refiero a bares de Deusto, Rekaldeberri, Otxarkoaga, Basurto o Santutxu. Ahora bien, un buen pintxo no es un pan seco con chistorra, chicharrón o trozo de morcilla fría recalentada. ¡Y mira que son ricas las morcillas con denominación de origen!

Los *marianitos*, invento de muchas paternidades, tienen asimismo predicamento en muy distintos lugares. Desde Campuzano hasta Gardoqui hay maestros en poner alegre al usuario (Josu, de la Antigua Cigarrería, entre varios) para que sigas comiendo “rico-rico”, que diría el ínclito del perejil. ¡En fin! Para concluir, permítame el lector un guiño: dado que este artículo se escribe sin esponsorización alguna, confesaré que a mí se me educó en el buen paladar y que de vinos me va el txakoli, pero, sobre todo, el champán.

El Casino de Artxanda

El topónimo del monte Archanda (Artxanda *mendia*) sugiere una historia tan apasionante como la de otros lugares de memoria de esta villa de Bilbao. El monte forma parte de una de las dos cadenas montañosas que delimitan el municipio. Pagasarri es la otra. La información geográfica más elemental señala al visitante que quiera observar el valle y la ciudad desde esta altura que, de las dos, esta es la más baja (algo menos de 300 metros). Es también la más cercana a la ciudad, y la que sufrió una urbanización más intensa. El *paso de Santo Domingo* separa Artxanda con el monte Avril. Cualquiera que transite por la carretera que lleva de Artxanda a Santo Domingo puede disfrutar de uno de los espacios verdes más interesantes que rodean la urbe, en la que por suerte cuando alzamos la mirada, todavía vemos árboles frondosos y áreas verdes envidiables. Que esta altura resulta atractiva, lo demuestra hasta el monumento megalítico que allí se encuentra: el Túmulo de Hirumugarrieta, signo de un posible asentamiento prehistórico. Pasados muchos siglos, Artxanda atrajo a los bilbainos como zona de esparcimiento. Al igual que sucedió con los jardines del Olimpo, en las alturas de la Salve. Pero Artxanda sugería un negocio de más altura, que tomaba por referencia otros enclaves similares de ciudades diversas, como Barcelona y la misma San Sebastián.

Juego, música y conmemoraciones

Durante el primer decenio del siglo XX, se fueron agolpando proyectos diversos que buscaban la implementación de las comunicaciones de Bilbao con su *hinterland*, la dotación cultural, pero especialmente la diversificación de espacios de ocio, que también pudieran ser negocio. Por ese motivo se dio visto bueno a la construcción por iniciativa privada de un casino. Los “txakolis” de Artxanda ya eran famosos en años en que los bilbainos y visitantes se habían habituado a disfrutar del tiempo libre en el pulmón de Bilbao. Éste fue el motivo para que desde el año 1901 hasta 1912 estuviera estudiándose y rechazándose el proyecto preparado por Bernardo Jiménez para edificar un tren de cremallera que uniera el centro de la villa con el monte Artxanda. Este proyecto no llegó a salir adelante debido a la falta de financiación. Pero en 1915, la Dirección de Obras Públicas aprobaba finalmente un proyecto de Evaristo San Martín. Y con fecha 19 de julio remitía una carta al Sr. Gobernador en la cual se daba visto bueno a la construcción del funicular. Se construiría un casino en el monte Artxanda, además de un funicular¹⁴.

Una vez en funcionamiento “el funi”, a su lado figuró un casino estupendo, como demuestran las fotos de época. Hasta su desaparición, tras ser bombardeado en la Guerra Civil y quedar semiderruido, la imagen que ha quedado en la memoria de muchos bilbainos y bilbainas ha sido su gran pista de baile, encerrada en una galería acristalada que servía también de restaurante, y una pista de patinaje que era única. El primer viaje del funicular se dice que tuvo lugar el 7 de octubre de 1915, poco más de un año después de arrancar el de Igeldo.



Postal antigua de la estación de Funicular de Artxanda y del casino.

Es curioso ver que el impacto del casino lo elevó a ser incluido en un documental filmado sobre Bilbao y sus principales alicientes urbanos. En aquel documental de la casa Pathe de 1918, tanto el funicular como el casino formaron parte de una iconografía, arquetípicamente bilbaina.

De 1915 a 1920 el Gran Casino fue, aunque lejano, un elemento que sirvió de manera muy activa para fines lúdicos. Fue sobre todo lugar idóneo para la celebración de grandes banquetes de carácter público y privado. El balance de encuentros políticos que tomaron a Bilbao por eje, durante años de gran intensidad sociopolítica, encontró aquí un escenario idóneo.

Siguiendo el rastro de aquellos encuentros políticos que eligieron al casino como lugar de cónclave, puedo constatar la celebración de muy diversos banquetes y celebraciones variopintas. Destacan los actos de carácter corporativo, gremial, conmemorativo, cultural, etc. La buena mesa del casino reunió no pocos grupos de trabajadores, asociaciones y empresas que decidieron por descarte el casino, dada su amplitud y su calidad.

La convivialidad en la mesa, como dicen los franceses, establece una categoría social que es muy significativa de la mentalidad, ceremonial, costumbres y modas imperantes. Históricamente, este tipo de sociabilidad identifica para el estudio de la vida cotidiana, fórmulas festivas, en las que los bilbainos, además, demostramos buen gusto. De cariz social múltiple, se asoció en la memoria de muchos bilbainos de clase modesta con actividades de la burguesía poderosa, y luego de las clases medias adineradas, pero en años previos a la guerra el asistir a las *soirées* del casino estuvo al alcance de todos. Un té en el casino fue una cita a la que toda bilbaina que quiso, pudo disfrutar.

Cabe decir por tanto que allí se reunieron infinidad de consumidores pero, sobre todo, gentes muy diversas desde el punto de vista corporativo. Lo hicieron durante años de esplendor y agitada vida cultural.

Contrasta, sin embargo, la lectura algo ácida que Wenceslao Fernández Florez publicó en *ABC* el 17 de agosto de 1917. Comparando el ambiente festivo y veraniego que había observado en Donostia y el talante bilbaino, escribió: "El bilbaino deja bañarse en la playa de Algorta a aquellas personas que hayan menester sumergirse en el mar por razones de salud. Si un día pareciese un *maillot* la alarma igualaría a la que produjese la presencia de un tiburón. Se le daría caza a todo lo largo de la ría, y el balneario sería adquirido por una asociación que se fundaría inmediatamente para borrar el recuerdo de lo ocurrido consagrandolo el local a fines piadosos".

En Artxanda se dieron cita con la excusa más dispar afiliados y simpatizantes varios, bien fuera por su santo patrono (como las costureras), para homenajear líderes políticos, cargos públicos (31/12/1929 banquete en honor del gobernador civil), bien por homenajes patrióticos (como los monárquicos mauristas en 1918), bien por las bodas de oro de partidos diversos (como las del nacionalismo *bizkaitarra*), homenajes literarios, reuniones anuales de empleados de agrupaciones laborales (viajantes, costureras...), ante torneos deportivos... Allí también hubo exhibición de deportes de salón, como la esgrima. El Maestro Juan Suñé fue el gran profesor en los años dorados de este deporte. Impartió lección en el Club Deportivo, la Sociedad "El Sitio", "La Bilbaina", el Marítimo, y el Casino de Artxanda.

Allí explotaron movimientos políticos, como los vividos con intensidad en 1918 por los simpatizantes mauristas. El 17 de febrero de ese año, el periódico *El Pueblo Vasco* consiguió reunir a los votantes de las candidaturas mauristas ante la lucha electoral que se abría para elegir diputados a Cortes. El banquete, narrado con todo detalle por el diario, lo había presidido Fernando María de Ybarra, el conde de Aresti, Álvaro Nardiz, Antonio María de Arteche, Luis Salazar, y una larga lista de diversos personajes de la sociedad bilbaina más conocida (los Sres. Marco Gardoqui, Larrazabal, Lequerica, Bergé, Palacio, el marqués de Buniel, etc.).

Las paredes del casino fueron testigos de innumerables discursos, brindis, reivindicaciones y alegatos, en tono de mitin, protesta y agasajo.

Salaverría en una de sus extraordinarias crónicas, hablaba del Bilbao de los años veinte, observado desde el monte Artxanda. "El pulso de la villa se palpa desde aquí arriba [...]. Encontró, asimismo, espléndida la sala de un impresionante casino de provincia. Pocas veces hallé un auditorio tan despierto".

En julio de 1921 se celebraron curiosamente el mismo día, dos banquetes organizados respectivamente por el Club Deportivo y por la Sección de Hacienda del Ayuntamiento de Bilbao. Pero la noche anterior, la colonia francesa había disfrutado su tradicional cena para celebrar el 14 de julio, fiesta nacional de Francia. Tanto los socios del Deportivo como los empleados municipales se encontraron con las banderas tricolores en el salón y comieron bajo su patrocinio, porque ante las prisas, no hubo tiempo de quitarlas. Eran años en los que aquel casino trabajaba a destajo... Ni que decir tiene, los posibles inconvenientes ideológicos no fueron un obstáculo.

En noviembre de 1926 he localizado otros varios banquetes políticos: uno dedicado al presidente de la Unión Patriótica de Vizcaya, D. Juan Ramón González Olea, con la presencia de los gobernadores civil y militar de Bizkaia y Álava.

El 14/12/1929, un gremio muy activo, las modistas bilbainas, festejaban su día de Santa Lucía con una fiesta religiosa por la mañana y un banquete a mediodía en el Casino de Artxanda.

La muestra sirve para subrayar la popularidad de aquel espacio, pero podríamos ampliarla con una larga lista de eventos que consiguieron atraer la mirada de la prensa nacional. Por ejemplo, el *ABC* publicaba el 12/12/1930 que el Casino de Artxanda había servido un banquete en honor del orfebre Saturnino Calvo, autor de la nueva custodia de la catedral de Burgos.

Otros diarios se hicieron eco de los chóferes y la fiesta de su patrón san Cristóbal, tras haber organizado un desfile bastante chirene que terminó a mediodía en fraternal banquete –¡cómo no!– en el Casino de Artxanda (13/07/1932).

No podemos olvidarlo: las diversas “colonias” (sic) de oriundos de otras provincias residentes en Bilbao, eligieron este casino casi siempre, para reunirse el día del santo patrón de su provincia: como la riojana (20/06/1935).

En plena etapa republicana, el 28 de marzo de 1932, los nacionalistas también eligieron Artxanda para disfrutar de banquete y romería animadísima. Los actos correspondían a las bodas de oro del fundador del nacionalismo vasco Sabino Arana. 50.000 afiliados de todo Euskadi se reunieron ante la casa del fundador, para después llegar hasta el monte donde siguieron los actos que festejaban la efeméride. Y finalmente, el 12 de octubre de 1935, *día de la raza*, el casino recibió a quienes festejaron la fiesta, tras haber asistido a misa en la catedral de Santiago. El enumerado confirma, como antes decía, el grado de popularidad que este elegante casino urbano pudo mantener, pese a supuestos momentos de *impasse*, hasta la Guerra Civil.

El casino durante la Guerra Civil en Bilbao

El 18/06/1937 *el Casino de Archanda*, fue uno de los puntos donde se hicieron fuertes quienes resistían ante la ofensiva iniciada para la toma de la villa. El dispositivo nacional de combate fue dramático. El 17 de junio, Artxanda se convirtió en el escenario de la última batalla por Bilbao. Soldados de las unidades Rusia, Karl Liebknecht, Pablo Iglesias, Jean Jaurès, Rosa Luxemburgo, Fermín Galán, Amallur, Largo Caballero, Zabalbide, Susaeta y Celta, intentaron por todos los medios contrarrestar la ofensiva franquista. El Karl Liebknecht, estaba en Santo Domingo junto con los batallones (Barakaldo, Capitán Casero, 8º UGT-Jean Jaurès) ocupando el Casino de Artxanda, enlazados con los nacionalistas (Gordexola). Este ataque, narrado por varios autores, supuso bajas importantes en el bando nacional, un buen número de prisioneros y de material bélico incautado. A las 23 h. de la noche, el bando nacional volvió a tomar el casino, gracias en buena parte a que los batallones nacionalistas habían sufrido un 50% de bajas y estaban fatigados. El Gobierno Vasco al parecer intentó a las 4 de la mañana un contraataque sobre el casino, pero fracasaron. La última línea de defensa en el este fue atravesada por las tropas nacionales y los supervivientes de los batallones vascos se retiraron hacia Begoña. La caída de Bilbao era cuestión de horas.

Durante la conflagración, una bomba destruyó la estación del funicular superior y el vagón que había en la misma. Como las fotografías conservadas de 1937 nos muestran, aquel elegante edificio, ajustado a los propósitos para los cuales sus promotores lo habían ideado, se hacía trizas. Su reedificación no prosperó. Sin embargo, no fue así en el caso del funicular. Un año después circulaba de nuevo, y en el espacio del desaparecido casino comenzó una operación de urbanización del terreno y nuevos restaurantes recuperaron a turistas y bilbainos. El Ayuntamiento empezó a comprar acciones de la "Sociedad Funicular", y en 1972 se hizo poseedor de todos los títulos. En 1983 inauguraron el nuevo funicular; pero las inundaciones produjeron numerosos daños en sus instalaciones, por lo que se interrumpió de nuevo el servicio.

Pese a la lectura que en 1917 hiciera W. Fernández Florez, su premonición fue errónea, afortunadamente. Aquel augurio, forjado en parte por el proverbial estereotipo de un Bilbao adicto al trabajo, más que a la juerga, no llegó a confirmarse. “Nosotros hemos visitado el Gran Casino en una espléndida noche. Las voces de dos cupletistas innominadas sonaban como los gritos dados en un salón vacío. En la sala de juego, desierta, los *croupiers* cantaban *La Cucaracha*, dirigiendo sus propias voces con las raquetas como con grandes batutas. Un día, Bilbao, grande, fuerte, severo, se olvidará de su Casino de Archanda; se olvidará de hacer funcionar el funicular y de todo aquel monte de entrañas estériles (...). El túnel del funicular se irá cegando de maleza y estalactitas. Y en la cumbre, ignorados y solos, como Robinsones, los empleados del casino contemplarán todas las noches con largas miradas de angustia, la maravilla de la ciudad dormida beatamente desde las veintidós y cuarenta y cinco, con el sueño de un trabajador fatigado”.

Solo la destrucción demoledora de la guerra acabó con aquel edificio que significó el inicio de una operación urbanística singular. Hoy, con un Artxanda vital y repleto de alicientes, aunque no conserve aquel flamante casino en su cima, mantiene uno de los emblemas de la original propuesta constructiva que el empresariado vasco hizo a comienzos del siglo XX: del tren cremallera, el “Funi”, que mejoró sus instalaciones en 2012, y que en 2021 recibe cada vez más usuarios y aficionados a caminar por el “cinturón verde” de esta villa.

Bilbao en las bilbainadas

El recuento con la actividad normal de trabajo, estudios, etc., después de un verano que, aunque raro por la pandemia del COVID (2020), ha tenido días de vacaciones. Lo cual exige cierto rearme personal. Hablar de bilbainadas es algo que gusta mucho, y no solo a *txikiteros*. Pero es que, además, es un fenómeno global. Nadie puede negar que haya tarareado la archiconocida “Un inglés vino a Bilbao”, o “Desde Santurce a Bilbao”, que es un himno muy recurrente -o lo era antaño—entre aficionados amílicos y etílicos. Pero en las bilbainadas hay mucha más temática. Sus letras encriptan mensajes, describen y ofrecen relato —que dicen hoy los cursis— narrativa y hasta topografía.

La prosopografía de la ciudad y sus gentes

Un análisis exhaustivo de las letras de esas canciones que hicieron famosas hace años Los Bocheros, Los Cinco Bilbainos, Los Chimberos, Los Cuatro del Bocho, un cercano grupo portugalujo llamado Los Barbis, y otros más, me confirma que, de ser canciones espontáneas, carnavalescas, se pasó a taberna y luego a la agrupación de cantantes. Algunos, afamadísimos internacionalmente. Me permito presentar, por ello, un compendio *brevis* de datos que nos remiten a un pasado arquetípico. El que codifica tradiciones festivas, lugares de memoria, personajes, tipos populares, sentimientos, folklore, conductas y enamoramiento.

Un primer ejemplo. Los Bocheros cantan “De Iturribide a Bilbao”. Y ya tenemos un montón de pistas hasta en el título de la canción. Y ¿qué nos *disen*? (seseo muy de Bilbao). Pues sentencian algo muy profundo: La felicidad es rasgo inherente *al hecho de ser de aquí*. De Bilbao. ¡Faltaría más! Porque la ciudad es protagonista absoluta. Con sus calles parajes, rincones, etc. Aunque hay quien proclama orgulloso con su canción *Soy de Santurce!*

Pero, sobre todo, icon la tripa hemos *topao!* Véase: *En Babilonia, en London y hasta en Calcuta, no son felices/ porque no tienen nuestra merlusa/ nuestras angulas y nuestro bien puesto bacalao”/ y nuestro tinto que nos da por llamarle morao, en Bilbao!* Pues ya está todo dicho... Hay mucha toponimia que subraya, además, diversos tipos de gozo lúdico-festivo. Los txakolis eran imprescindibles para estas generaciones de *bon vivants*. Porque al hilo de esta primera canción-ejemplo indican (en ella y en otras) el itinerario del placer gastronómico canoro. Así, la bilbainada subraya la cuesta de Zabalbide, donde había un conocido txakolingorri al que acudían – cito literalmente– “muchos chimbos y matxorris”. *De Iturribide a Begoña, han hecho una carretera, por donde suben y bajan, cada día..., las lecheras*. Ya está. *Cherchez la femme*. Hemos topado con la *neskatilla*. La lechera, mito erótico, al igual que las costureras y sardineras. *Ay! Lecherita presiosa –dicen los descaraos– la de los ojos de “sielo”/ dame pronto tu cariño/ que me encuentro sin consuelo....* Y la pobre lecherita, cargada con aquellos litros de leche en aquellas cántaras de zinc tremendas, estaría de lo más contenta, viendo al gandul cantándole: *Ay dime, ay dime, ay dime que sí, que te quiero solita, solita, pa mí.*

Debo advertir que no podemos descontextualizar. La "lecherita *polite*, la del txakolí" tuvo que estar de lo más orgullosa cuando le dedicaron la chanza a comienzos del siglo XX.

Topográficamente, *Vizcaya es un bello jardín...* ya se sabe. Y el monte más bello, el *monte Gorbea*, donde los *errebaños* y sus *senserroste* *marcan camino*. La Maritxu, orgullosa de la canción de amor, obviamente, nos espera allí. Como se ve, la recompensa afectiva está omnipresente. Subimos a la cruz del Gorbea y *Aurrera mutilak!*

Pero las cuestiones del beber, como del querer, aquí tienen filón. *Beber es un gran placer... el agua para bañarse y pa las ranas que nadan bien*. Porque si se quiere llegar a la *edad de Matusalén*, el vino de Rioja la mejor receta. Pero claro, luego, *iApaga luz Mariluz!* A dormir la modorrита.

Alabanzas y denuncias

Desde el escenario social, podemos extraer otras muchas conclusiones, sociológicas incluso. La primera, *Si no tienes un duro, no te hace caso nadie*. Si lo contrario, *Amigos a millares*. Y también sabemos que, de los gremios, los albañiles, los mejores. Porque dicen: *que harán un zeppelin de yeso, con alas pa volar*. Es decir, nuestros albañiles botxeros se adelantaron en la investigación aeroespacial. Y tampoco es de extrañar, asimismo que sin hacer política, actuaran de cronistas: *Disen que viene Reina visita Bilbora. La prinsipe chiquita con ella venerá*. La Regente y su hijo se paseaban bastante por el Botxo a finales de siglo XIX, y desde luego demostraron cierto afecto hacia la ciudad y su entorno fabril. Fijémonos por eso en el *Lexicón bilbaíno*, que es indescriptible, más allá de la anécdota. El lenguaje que se habló en Bilbao es digno de un tratado lexicográfico, que por cierto ya ha tenido varios autores.

Y sigo insistiendo sobre topografía, porque las bilbainadas no solo se refieren a Bilbao. Con "Aúpa Erandio", la sorpresa es grande. Al igual que con "De Barakaldo jolin". *Somos de Barakaldo jajaja, ay ay ay*. Y venga onomatopeya: *pio pio pio pio, cuscuscus*. Porque a ver que se creían los de Las Arenas o Bilbao: *San Agustín fiestas de mucho postín*.

En otro orden de cosas, reivindican fallos municipales abundantes. No solo describen calles y alaban las bellezas de la Gran Vía, denuncian la falta de iluminación de barrios obreros, como también los desperfectos (ej. calle de Tartanga de la margen izquierda que, según la canción, *tardarían tres mil años en arreglar*). Destacan barrios como *Errekaldeberri* pero sobre todo Achuri, que es un referente crucial al igual que el quiosco de La Casilla. Y de *chirenadas* varias, mil ejemplos, sobre todo cuando había angulas en la ría. Y no me olvido del himno del Athletic ¡faltaría! Pero, por conocido, eludo glosarlo. Y de pueblos cercanos, elijo Munguía. Porque es allí *donde el aldeano tiro la piedra y plantó la berza levantando más... la espalda que la cabeza*. Pero el aldeano tuvo castigo, porque no la encontró.

Aunque los *mutilak* eran malvados, porque *a Begoña subir* (no a rezar) *a manzanas robar* y *el aldeano seguir con estaca pegar...* Así que a Begoña subir y obligadamente *"de Begoña bajar"*. Luego pasaba lo que pasaba: *Ené que risas hisimos al pasar por la Sendeja*.

En definitiva, todo un compendio de sabiduría popular. Pero como he de concluir, nada mejor que con un *Rumbalarrumbalarrumba, larrumba del cañón*.

¡Ay... Qué cosas tiene Bilbao!, que dirían Los Chimberos, y yo repito.



La Gran Vía de Bilbao durante los carnavales, a comienzos del siglo XX.

A propósito del Athletic de Bilbao...

"Lo que hace histórico un estadio no es la arquitectura, sino lo que pasó allí".

C. Bielsa (24 de mayo de 2013, sobre el adiós a San Mamés).

Escribir sobre el Athletic de Bilbao es seguramente un elemento canónico inevitable cuando se compilan las características del ser y sentir de los bilbainos. Tanto, que resulta bastante latoso ver como se vulgarizan los consabidos tópicos cuando se trata de enaltecer la esencia de un club cuya proyección social es archiconocida. Pero comprendo que hay razones que lo explican, pues los vínculos de este club de fútbol implican prácticas de identificación colectiva que superan los límites del deporte como actividad de ocio, para transformarlo en fenómeno global. La sociedad se retrata sedimentando representaciones, y así, parte del potente imaginario social –mítico– (exagero un poco, para eso soy bilbaina) va configurando símbolos y cohesionando valores. Diversos por supuesto. Éste y otro tipo de reflexiones han hecho que corrieran ríos de tinta sobre temas directa e indirectamente relacionados con la historia de este club de fútbol. Me propongo por ello escribir sobre quienes han escrito sobre el Athletic de Bilbao. Lo hago porque, si bien el fenómeno del deporte rey reúne firmas de expertos de gran interés, la suma de periodistas, escritores, sociólogos, psicólogos, historiadores y demás aficionados a glosar los significados de este concreto club y del estadio de San Mamés es interminable.

Por otra parte, en fechas como las actuales, momento histórico del derribo de “la catedral”, en las que se glosan hechos y anécdotas variopintas, quisiera recordar a quienes fielmente han seguido con auténtica devoción al club de los “leones” y su paradigmático estadio. De modo que con la intención –pero no sé si con la fortuna– de reunir a buena parte de quienes han escrito con mayor o menor acierto sobre el Athletic, me referiré a determinados autores atraídos por el mundo de significados deportivos, sociales, culturales, ideológicos, técnicos, etc., de este gran club.

De la investigación llevada a cabo en bibliotecas de la villa se colige que la historiografía del Athletic dispone de trabajos suficientemente relevantes en términos de factografía (relato basado solo en el enumerado de acontecimientos), aunque no tanto respecto de la factura profesional acorde con la metodología histórica más reciente. Estos relatos diversos en contenido y estructura reúnen páginas interesantes para el recuerdo, pero muchas incurren de forma reiterada en la evocación de la heroicidad del club hasta convertirlo en mito. Pero del mito, al estereotipo, hay un linde muy breve. Y la referencia de ciertos acontecimientos muy divulgados ha pasado a convertir en hazañas legendarias a estos sucesos cerrando el paso a otras cuestiones no menos interesantes de conocer y estudiar. Es decir, una historia deportiva de enjundia debe reunir muchos ingredientes y no solo los de la consabida “bilbainada”.

Un repertorio inagotable

Desde Enrique Terrachet (1937-2000) con su *Historia del Athletic de Bilbao*, hasta Jon Aguiriano (*Una cuestión de orgullo: las 24 copas del Athletic Club, 1902-1984*) editada en 2009; pasando por Miguel González San Martín (*Crónicas del Athletic: los años funámbulos, 2005-2008*), José Manuel Alonso, con su enardecedor *Athletic for ever!: 1898-1998*, o el ineludible *Athletic Club (1898-1998): crónica de una leyenda* publicado por Alfonso Carlos Saiz Valdivielso, en 1998, existe una larga lista de estudios de diversa catadura. Autores individuales o colectivos, monografías, artículos o libros generalistas (*Un siglo de fútbol, pelota y remo en Vizcaya, 1982*) que se han acercado a facetas lúdicas, identitarias, sociológicas, de ocio, ideología, etc., concernientes al Athletic, responden a tipologías muy diversas.



Escudo del Athletic.

125 aniversario de la Escuela de Nuestra Señora del Rosario de Deusto

La obra iniciada por Jean-Baptiste de La Salle (1651-1719) en 1684 con la fundación de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, encargada de la educación «de los hijos de los artesanos y de los pobres», verá extender la promoción de sus valores –fe, fraternidad, compromiso, servicio y justicia– gracias al trabajo emprendido por éstos. En la década de 1870 llegaron a España los primeros hermanos para crear un asilo de huérfanos de Madrid (25 de febrero de 1878). En el caso bilbaino, se contabilizan dos intentos infructuosos de acercar la obra de los hermanos al ámbito bilbaino¹⁵. Finalmente, la iniciativa personal de un insigne filántropo bilbaino logrará la incorporación educativa de esta congregación en el Bilbao del ochocientos. Fue Gabriel María de Ybarra y Gutiérrez de Caviedes, impulsado por su hijo Fernando que había estudiado en París con los hermanos de las Escuelas Cristianas, quien decidió establecer una escuela gratuita en la anteiglesia de Deusto, para los niños y jóvenes de la zona. En 1885, don Gabriel dirigió una carta al Hermano Justino María, primer visitador del Instituto en España y residente en Madrid, anunciándole su proyecto de financiar la escuela y ofreciendo una casa en buenas condiciones para su vivienda. La idea fue bien vista tanto por el visitador español como por los superiores de París. Las posteriores negociaciones desembocaron en la firma de un acuerdo por ambas partes el 12 de agosto de 1887.

Gabriel María de Ybarra, un personaje crucial

Para establecer la escuela, don Gabriel cedió el «edificio y terreno de su propiedad en la finca conocida con el nombre de Gardoqui»¹⁶, cuyo valor ascendía a la nada despreciable cifra de 106.000 pesetas. Además, correría con todos los gastos que ocasionase el establecimiento y sostén de la escuela gracias a una renta anual de doce mil pesetas, resultante de «la inversión en fondos del 4 por 100 interior de un capital de 226.087 pesetas con 67 céntimos»¹⁷. El edificio, que había sido hospital durante la epidemia de cólera de 1885, constaba de tres clases, patio, jardín y la vivienda de los hermanos. El 20 de agosto de 1887, tres hermanos procedentes de Madrid llegaron a la estación de Abando. Los preside el Hermano Ernesto, de origen francés, que ejercerá la función de director durante los siguientes diez años.

El 15 de octubre, se inaugura la Escuela de Nuestra Señora del Rosario, dedicada a la memoria de doña Rosario de Arámbarri y Mancebo, la esposa de don Gabriel de Ybarra, que había fallecido en París el 15 de octubre de 1883. En la misma, está presente el Hermano Visitador, numerosas autoridades y los miembros de la familia Ybarra, además de los 185 chavales matriculados¹⁸ y los tres Hermanos Cristianos que se harían cargo de la misma. En carta enviada por doña Rafaela de Ybarra a su padre don Gabriel María, el día 3 de octubre, ésta se felicita por la oportunidad dada a esos jóvenes de Deusto en los siguientes términos: «Como te decía el otro día, ¡cuánta gloria ha de dar a Dios esta nueva fundación! ¡Cuán diferentes serán estos niños, el día que sean hombres, de lo que hubieran sido con una educación descuidada y libre!»¹⁹.

Este centro de Deusto sumaba el número veinticinco de las comunidades lasallistas fundadas en España, y el número 22 de los centros educativos abiertos. Al finalizar aquel primer curso, el 27 de julio de 1888, la escuela celebró el primer «examen público» de los alumnos ante los padres y autoridades pertinentes, entre las que se encontraba su fundador, Gabriel María. El acto atrajo la atención de la prensa de la época y de ello da testimonio *El Noticiero Bilbaíno* en su edición del día 29 de julio, resaltando el asombro que causó a los asistentes la preparación de los niños y manifestando su sorpresa ya que «nosotros no recordamos haber asistido nunca a acto análogo en que hayamos visto a los niños contestar con la precisión y constante acierto con que los niños de todas las asignaturas contestaron a cuantas preguntas se hicieron...». Durante aquellos primeros años de enseñanza se planteó también la idea de fundar un noviciado en Bilbao. Esta iniciativa contó desde el primer momento con la ayuda de Gabriel de Ybarra, que ofreció un terreno próximo a la escuela de Deusto para establecer allí el posible noviciado. Sin embargo, el proyecto no fructificó, y cuando el noviciado salió de Madrid, en 1891, se adquirió el monasterio premostratense de Bujedo (Burgos).



Vista aérea del Colegio Escuela de Nuestra Señora del Rosario. Deusto.

A la vista de los satisfactorios resultados obtenidos durante los primeros años de labor educativa, y deseando dar continuidad a su proyecto, don Gabriel M.^a de Ybarra dio a la escuela por testamento y ante notario un «carácter permanente y tan estable cuanto las cosas humanas consienten, por sí y con el beneplácito de sus hijos sobrevivientes y de los representantes legales de sus nietos, sucesores de sus hijos fallecidos todos los cuales han ayudado con sus consejos a la realización de los deseos del compareciente», mediante la fórmula jurídica de fundación. Para atender el objeto de la misma, tal y como queda establecido en la escritura de la misma fechada el 18 de diciembre de 1889, Gabriel donó una cantidad total establecida en 347.287,67 (los terrenos y edificios de la finca Gardoqui, el material de la escuela y muebles, y 226.087,67 pesetas invertidas «en la compra de seis títulos de la deuda de cuatro por ciento interior Serie E»).

Quedaba también establecido el nombre que debería llevar en el futuro la fundación: Escuela de Nuestra Señora del Rosario. Se constituía además un «Patronato particular y familiar con el nombre de Junta de Patronato de la Escuela de Nuestra Señora del Rosario» encargado de «regir y gobernar», que ostentaría hasta su muerte su fundador Gabriel María de Ybarra y Gutiérrez de Caviedes. Luego lo harían sus hijas «las Señoras D^a Rafaela y D^a Virginia de Ybarra y Arambarri los Señores Don José Vilallonga y Gipulo marido de la primera Don Cayo Pombo y Villamariel [sic] marido de la segunda, Don Adolfo de Urquijo y Goicoechea, viudo de Doña Rosario de Ybarra y Arambarri y D^a María de la Revilla e Yngunza viuda de Don Fernando Luis de Ybarra»²⁰ así como «los nietos del fundador que hayan llegado a la mayor edad, tanto los varones como las hembras»²¹.

La finca Gardoqui, en el barrio de Madariaga de Deusto, había sido adquirida por Gabriel de Ybarra a Benigno Martínez Acosta, vecino de Durango en concepto de apoderado de Manuel Gardoqui y Fernandez» el 26 de julio de 1883. Tras la muerte de su esposa, Rosario de Arámbarri, formalizó la correspondiente testamentaria que fue aprobada por el juzgado de primera instancia de este partido y protocolizada bajo el número trescientos sesenta y seis en el registro de escrituras públicas con fecha de 21 de septiembre del 1888. La parcela constaba de una casa-palacio dividida en bodega, piso bajo, principal y desván «de construcción sólida y en buen estado de conservación» con una extensión de 217 m². A esta construcción principal había que sumar dos edificaciones secundarias como el lagar de 40 m² y una vivienda contigua que «consta de planta baja y principal que se halla en buen estado» con una superficie de aproximadamente 133 m². El terreno destinado a jardines, paseos, huerta, pozo y antuzano comprendía «una extensión superficial de cincuenta y un áreas²² con sesenta y cuatro centímetros». La finca limitaba al norte con el camino ramal de Olaveaga, al sur y este con propiedades de don Teodoro de Maruri y al oeste con la de don Cecilio del Campo. Para desarrollar de manera adecuada las tareas educativas pertinentes, se construyeron además dos edificios: las escuelas propiamente dichas y una capilla que en aquellos momentos se encontraba en construcción. Se levantaron dos pabellones, uno de ellos destinado a sala de dibujo. El otro pabellón era más grande (129 m²) aunque similar en la construcción y disposición al anterior. Se construyeron también unos «retretes y urinarios para el servicio de los niños». La capilla ocupaba una

superficie de 183 m². Los muros de la fachada eran de sillería de las canteras de Galdácano con rellenos de ladrillo, los restantes eran de mampostería “revestida exteriormente de cemento hidráulico y pintado al óleo a excepción de la caja de escalera para el coro que es de fábrica de ladrillo revestida también de cemento”.

La labor llevada a cabo por los Hermanos Cristianos fue reconocida por las autoridades del Consejo municipal, y también internacionalmente (diploma obtenido en la Exposición de Chicago de 1893). En 1890 asumió la presidencia su yerno José de Vilallonga. Luego, en 1925, tras la anexión de Deusto al municipio de Bilbao, la escuela pasó a ser de titularidad municipal bilbaina. Los hermanos sufrieron las consecuencias de la Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas de 1933, que en aplicación de los artículos 26 y 28 de la Constitución de 1931, limitaba las actividades de las órdenes religiosas en España. Ese mismo año se ampliaba la escuela con la construcción de un nuevo pabellón, gracias de nuevo a la generosidad de la familia Ybarra. Pero la Guerra Civil supuso un breve paréntesis de inactividad. El 26 de junio de 1937 retoman su labor educativa en Deusto, en Santiago Apóstol y en Gallarta. Antes, las escuelas habían sido incautadas y habían tenido diversos usos (sede de Auxilio Social, de Pontoneros y de la Guardia Civil). En abril de 1948 se iniciaron obras de ampliación de la capilla (arquitecto Germán Aguirre) y a lo largo de todos aquellos años, la presidencia de la Junta de Patronato siguió estando ocupada por los descendientes directos de su fundador. María de la Revilla, viuda de Fernando Luis de Ybarra, ejerció la presidencia a lo largo de treinta años. A ella seguirían sus hijos Emilio († 1959) y Gregorio. Y con la década de los cincuenta, el colegio volvía a ampliarse con un nuevo pabellón que unía el edificio primitivo con el construido en los años 30. La escuela se completará, a petición de los padres, con clases de bachillerato (elemental y superior). Tras la celebración de las bodas de diamante de la Escuela –1962–, los años 70 trajeron consigo

nuevas modificaciones, ya que se decidió fusionar los centros de Deusto y de Santiago Apóstol. Tras varias alternativas, finalmente se optó por instalar el nuevo centro en Deusto –en la finca «Barbarako»– adquirida en 1943 por el Instituto de los Hermanos Cristianos, anexo a la Escuela de Ntra. Sra. del Rosario. Con este traslado, el colegio quedaba conformado por tres edificios: el antiguo colegio de Deusto y dos nuevos edificios proyectados por los hijos de Pedro Ispizua (1895-1976), quien fuera arquitecto del Colegio de Santiago Apóstol. En 1975 comenzó a funcionar el centro de EGB, al que posteriormente se añadió preescolar –conocido como «La Salle. Nuestra Señora del Rosario»–. Un año más tarde, darían comienzo las clases de BUP y COU en «La Salle. Santiago Apóstol».

En 1987 se celebró el **centenario** de la apertura de la Escuela de Nuestra Señora del Rosario en el mes de diciembre. Con motivo de ello, se entregó al entonces presidente de la fundación, Emilio de Ybarra y Churruca, el diploma por el que se le distinguía como afiliado al Instituto de los Hermanos de La Salle. Reconocimiento que también habían recibido con anterioridad el fundador de la escuela, Gabriel María de Ybarra y Gutiérrez de Caviedes; su hija, doña Rafaela de Ybarra y Arámbarki, beatificada en 1984; y Emilio de Ybarra y de la Revilla.

Desde la década de los 90 del siglo pasado, el colegio ha tenido que, a las nuevas leyes educativas, y en 2013, al conmemorar su **125 aniversario**, la institución confirmó su raigambre bilbaina, sus vínculos con la familia que intervino en su creación, históricamente hablando, y todavía hoy confirma, asimismo, la perdurabilidad y validez del ideal lasaliano: una educación humana y cristiana para niños y jóvenes.

Peregrinos jacobitas en Bilbao. El Camino de Costa

El jacobeo de 2010 revitalizó especialmente nuevas acciones que conectan con la política cultural además de con el mundo espiritual. De entre éstas, la consideración del Camino de Costa o Camino del Norte nos obliga a valorar el interés histórico de esta vía costera que tuvo en Bilbao un eje indudable para aquellas peregrinaciones medievales hasta Compostela. Este *lugar santo*, creado a principios del siglo IX, se sitúa en la periferia europea reforzando el ideal de misión apostólica y la legitimidad política de los reinos cristianos (Asturias y el Imperio Carolingio). Surge así una nueva topografía cristiana que “los fieles experimentan”.

La noticia que desde el *Breviarium Apostolorum*, de procedencia aún poco identificada, lanzó la tradición de la evangelización en España por Santiago dispone de un variado repertorio de fuentes antiguas, incluido el Beato de Liébana (más político, por cierto) que nos lleva al debate histórico. Sin embargo, nada desmonta la larga tradición y los “profundos significados que su literatura encierra”. Esa es la realidad. Es evidente, al decir del estudioso, que desde los siglos VII y VIII se constata un empeño sistemático por reconstruir la historia de los apóstoles y un empeño por asignar a Santiago la predicación del extremo oriental del mundo. De los primeros textos literarios, por tanto, a su imbricación con la Reconquista, y la idea de resistencia, así como la visión apocalíptica, luego surgiría la llamada “acotación cosmogónica del espacio”, con la leyenda carolingia sustentada en el *Codex Calixtinus*, y un sinfín de construcciones culturales, jurídicas y políticas, además de sociales.

El Camino de la Costa

El camino costero procedente de Francia cruzaba la frontera de Hendaya en dirección al País Vasco, Cantabria y Asturias, entrando a Galicia por Ribadeo, para unirse al Camino Francés, en Arzúa, muy cercana a Santiago de Compostela. Hace años se denunciaba el olvido de esa importante ruta, pero la declaración por el Consejo de Europa como “Primer Camino Cultural Europeo”, el 23 de octubre de 1987, paliaba ese déficit. Se olvidaban, sin embargo, rutas importantes, ya que solo se delimitaban aquellos parajes del camino que el *Codex Calixtinus* mencionaba, dejando apartados los caminos de costa, las primeras peregrinaciones por Álava y el camino francés del Túnel de San Adrián. Ese reto de los 80 se cumple con nuevas iniciativas protagonizadas por la Consejería de Cultura del Gobierno Vasco, en colaboración con otros gobiernos autonómicos norteños. De las dos rutas, enumeremos aquí, únicamente, la que comenzando por Hondarribia a Lezo, Pasaia, Donostia, Zarautz, Getaria, Zumaia, Itziar, Deba, Markina-Xemein, Cenarruza-Ziortza, Munitibar, Gernika-Lumo, Morga, Larrabetzu, Zamudio, Bilbao, se bifurcaba hacia Sestao y Portugalete en dirección a Abanto y Zierbana, Somorrostro y Castro Urdiales. Otra ruta llegaba también a Valmaseda.

Pero recordemos que hasta el siglo XII no es posible hablar de villas y ciudades en el País Vasco, sino de población muy dispersa. Y también, que no todos los peregrinos hacían el recorrido por tierra: la gente de costa prefería la travesía marítima. Para los ingleses e irlandeses era absolutamente imprescindible, pero lo usual era pasar el Canal de la Mancha y proseguir ruta por Francia hacia Pirineos. Los puertos receptores fueron principalmente los gallegos (destino al parecer, de ingleses y escandinavos), pero también los puertos vizcaínos recibieron gran número de peregrinos; en especial Bermeo. En él fondeaban naves procedentes de Bretaña y de la Guyena francesa (cuando este territorio fue controlado por los ingleses durante la Guerra de los Cien Años).

Desde algunos primeros estudios históricos de los años 70, hasta hoy, son varios los historiadores y arqueólogos ocupados en reconstruir el trazado de esos caminos, de forma que la convicción científica y académica no plantea duda alguna respecto de la existencia de este camino que jalonado por ermitas consagradas a Santiago y hospitales para peregrinos nos trae hasta la villa.

Aunque la romanización en el País Vasco ha sido un tema de debate entre especialistas, no cabe duda que las *vías romanas* (calzadas) fueron caminos abiertos que luego reutilizaron estos peregrinos. Si nos situamos en un punto avanzado entre Gipuzkoa y Bizkaia: la colina donde se emplaza la Colegiata de Zenarruza, comprobamos que esta marca el lugar donde hubo también hospital de peregrinos (probablemente el hospital más importante que había en el camino de Santiago entre el Bidasoa y el Nervión. Una hospedería que se convirtió después en un asilo de pobres ancianos). La colegiata que existe desde el siglo X tiene en sus inmediaciones una antiquísima calzada, probablemente de vía romana secundaria. La dirección nos lleva luego a Marquina y a Gernika y por aquel mismo itinerario que seguían los reyes y señores cuando venían a jurar los Fueros, leyes, buenos usos y costumbres de Bizkaia, nuestro deambular pautado nos hace dar el salto, desde Larrabezua, hasta emprender la subida de la cumbre de Artxanda y bajar luego por Begoña, al lugar en el que se fundó Bilbao, atravesar el Nervión, y seguir por su orilla izquierda hasta su confluencia con el río Cadagua para luego ir a Valmaseda o seguir hacia Portugalete.

El eje comercial bilbaino

Si volvemos la mirada atrás brevemente, además de la inevitable iglesia catedral de Santiago habría que reconocer que en la anteiglesia de Begoña, en la colina de Artagan, la imagen tan venerada (románica de transición del siglo XIII) marca un lugar de memoria extraordinario mencionado en la Carta Puebla de 1300, dada por don Diego López de Haro, quinto señor de Vizcaya. A sus pies está *el bocho* o embudo, pero la entrada en Bilbao los romeros la hicieron por los barrios extramuros de San Nicolás, donde existía una ermita origen de la iglesia actual. El camino o *carrera* se deslizaba entre el antiguo ayuntamiento –junto a la iglesia de San Antonio Abad– que figura en la heráldica de Bilbao (donde el antiguo alcázar derribado en 1366 cimentaba el edificio parroquial 1433). Según Teodoro Martínez en *Caminos de Santiago en Vizcaya* publicado en 1976, la entrada en Bilbao “la hacían los romeros por los barrios extramuros de San Nicolás y de Ascao”. (...) La entrada en Bilbao se hacía por el ‘Paseo de los Caños’ al comienzo de la Ronda. Penetraba en la villa por Ibeni (Atxuri), topaban con el hospital y enfilaban cualquiera de las Siete Calles para desembocar en la parroquia de Santiago. (...) De Bilbao a Santander: de la basílica de Santiago por la calle Correo pasaban a Bilbao la Vieja y continuaban el camino”.

La iglesia catedral de Santiago estuvo vinculada a la Cofradía de Mareantes y Mercaderes bilbainos, origen del futuro Consulado del Mar, que se puso bajo la protección del apóstol. Dos hospederías para peregrinos, una en Urazurrutia y otra en la Ronda, tienen hoy solo una referencia visual que –aunque modesta– sirve de indicación de este tránsito de peregrinos. Y esta la hornacina de un **Santiago Matamoros en Urazurrutia**. Naturalmente, el eje de la carrera de los jacobitas fue la parroquia del señor Santiago en esta puebla ferrona y marinera que constituyeron las siete calles (Somera, Artecalle, Tendería, Belosticalle, Carnicería Vieja, Barrencalle y Barrencalle-Barrena, rodeadas por la Ronda). Fuera de las murallas fueron formándose los barrios de San Nicolás y Ascao. A través de sus cantones, un eje que organiza ese centro urbano lo constituye Santiago. Pero, como decía, en sus orígenes fue modesta ermita. Según Javier Ybarra y Bergé, radicó en Bilbao la Vieja, exactamente en la plaza de Urazurrutia. El Padre Teodoro Martínez especuló con la posibilidad de que al fundirse las dos pueblas de ambas márgenes, la iglesia de Santiago quedaría como parroquia de ella. También Labayru sostuvo que uno de los acuerdos de la villa fue trasladar la iglesia de Santiago, dejando como recuerdo “al solar que ocupaba el nombre de plaza de Santiago, razón por la cual sigue en el nicho la imagen del apóstol”. El apóstol fue venerado, por tanto, por la Puebla de Bilbao, y por la villa, que decidió elegirlo como patrón el 19 de diciembre de 1643. Una muestra del impacto de estas peregrinaciones que llegaron desde antiguo por el Camino de la Costa y por el mar.



Tranvías y tinglados del antiguo Mercado de la Ribera.

Bilbao convertida en villa, como ya lo era años antes Bermeo, recibió igualmente a mercaderes de Flandes y de muchos otros países que venían no solamente a comerciar. La conocida como *Puerta de los Peregrinos* es la *Puerta del Ángel* que asoma a la calle Correo, “**el camino francés**”, otra señal inequívoca de esta devoción vinculable al camino del apóstol. Por suerte, pese a los desperfectos que sufrió la iglesia por el incendio de 1517 –que destruyó gran parte del Viejo Bilbao–, este muro subsiste al embate de la naturaleza y de los hombres. Una venera en el conopio de la portada se visualiza perfectamente a los ojos de cualquier caminante. Señal de esta vinculación de Bilbao con el Camino de Santiago, al igual que la impresionante cabeza de Santiago –de Guiot de Beaugrant–, conservada en el Museo Histórico Vasco de Bilbao.

Puertos antes que ciudades o villas, la ruta jacobea fortaleció vínculos con el norte europeo. Esta fue una primitiva ruta costera que trataba de evitar los ataques de las tropas musulmanas y que conjuntamente con la ruta lanera castellano-europea impulsó un incipiente desarrollo del tráfico naval de la costa cantábrica. La Universidad de Capitanes, Maestres de Naos, Mercaderes y Tratantes de la Villa de Bilbao (nombre de su Casa de Contratación) se conformó como COFRADÍA del Espíritu Santo, pero después pasó a denominarse también COFRADÍA DE SANTIAGO.

El ocio a través de la pintura

Como devota del arte, el deambulatorio en un museo siempre me ha resultado gratificante. Un ejercicio de inmersión estética en la creatividad de artistas que durante muchos años han plasmado sus ideas y su técnica para deleite de todo tipo de público curioso ante estas manifestaciones culturales tan espléndidas, sorprendentes y cautivadoras. La vehemencia de esta actitud ha seguido en mi caso cauces de análisis marcados también por la profesión, y así me lo planteé, cuando decidí desarrollar hace tiempo con doctorandos de varias titulaciones de Humanidades una actividad marcada por criterios metodológicos (los vigilantes de sala son testigos...) observando con mirada indagadora temas puntuales sobre algunos cuadros de nuestro fantástico Museo de Bellas Artes. Remito esta pincelada autobiográfica al lector para contextualizar lo que después explico de mi experiencia personal. Pues, de la idea pedagógica practicada durante años, surge mi resolución a acometer en el futuro un análisis más extenso que, poco a poco avanza, respecto de una lectura personal sobre distintos aspectos que el historiador extrae de la memoria iconográfica.

Y voy al eje central de este artículo que aborda tres ejemplos pictóricos para fundamentar el despliegue de variantes socio-históricas del ocio, consolidadas en diferentes épocas. El *homo ludens* es el protagonista, con todas sus facetas; y como el pavo real hace con su esplendoroso plumaje, la observación puntillista de la vida cotidiana se despliega ante nosotros de manera sorprendente.

Tres cuadros, tres formas estilísticas, tres ejemplos de ocio festivo, de variante etnográfica, costumbrista; tres casos donde los constructos culturales se muestran diferentes pero complementarios. Con esta excusa, tres pintores y tres contenidos sociales de la fiesta que se consagra, y que ofrecen un espectáculo visual capturado para demostrar genialidad; cada cual a su estilo. Este respaldo visual que es, además, una crónica fidedigna de modos sociales de valor histórico, se lanzan al espectador a través de tres fórmulas sonoras, interactivas, coloristas y llenas de guiños. Encriptando mensajes, incluso. Darío de Regoyos y Valdés con su *Toros en Pasajes* (1898), Aurelio Arteta y sus frescos representando la *Romería en Berango*, primer cuarto del siglo XX, y Andrés Cortés y Aguilar con *La Feria de Sevilla* (mediados del siglo XIX).

Regoyos que había residido entre 1883 y 1888 en Irún, como luego haría desde 1900 a 1902, pintó paisajes y pueblos del área guipuzcoana con ese estilo propio que le hace ser reconocido de inmediato. El acento impresionista se hace patente en trabajos de esos años como *Irún* (1885), *De camino a la corrida, San Sebastián* (1886), *El Bidasoa* (1901), *Costa vasca*, (1906), etc., pasajes, que como indica la cartografía antigua francesa se identifica como *Le Passage*, es literalmente como topónimo un referente geográfico en pura literalidad de ese paso, pasaje que va de una orilla a otra, donde el embarque es necesario a falta de puente. Los peregrinos y sucesivas generaciones de ciudadanos y viajeros lo hicieron habitualmente. Pasajes evolucionó pues, en euskera, a Pasaia. Sus habitantes están tipificados, por cierto, como gente que en ese ámbito transcultural eran receptivos, alegres y proclives a lo festivo. Con sus bateleras, sus barcos, sus industrias, un ferrocarril que le fue convirtiendo en puerto esencial en el comercio norteño, etc. Pasajes es un escenario de trabajo, pero también en el que se vive lo festivo de manera intensa.

Regoyos eligió uno de esos momentos de la crónica festiva, la fiesta de Santiago. Lo mismo hizo con sus versos José Francisco Petrirena *Xenpelar*. Uno de los grandes bertzolaris del siglo XIX. Su *Pasaiako herritik* contiene un *Zezenak Pasaian* que coincide con lo que sucedió durante esta fiesta en varias ocasiones y que el cuadro de Regoyos recoge magistralmente desde la distancia.

Los toros que en la plaza de San Juan se celebraban, fundiendo una afición y un concepto popular en el que participaban todos sus habitantes y las gentes atraídas por aquel día grande de Santiago. Toros escapados, toros que caían a las aguas del puerto... Así sucedió, por ejemplo, en 1880²³. Las crónicas y gacetillas de la prensa guipuzcoana (*Diario de San Sebastián, El Urumea, El Guipuzcoano*, etc.) se hicieron eco de estas novilladas, como de las romerías y el ambiente, música y diversión. Regoyos desde la orilla contraria al emplazamiento del puerto da cuenta de la presencia del gentío que participaba de aquellos “toretas”, identifica construcciones emblemáticas –el ayuntamiento y otras casas del casco antiguo–, pinta la enseña nacional en los balcones y bateles y describe con el pincel un momento que hacía de Pasajes de San Juan un lugar a visitar durante el estío guipuzcoano. Ocio festivo colorista que sirve de crónica elocuente de una época. Tanto como las noticias de los periódicos de fines del XIX y comienzos del XX.

Los frescos de Aurelio Arteta Errasti, donadas por la familia Bastida el año 1963 reúne una serie de significados con valor casi etnográfico pivotando en torno de una romería tradicional. Berango es el escenario y los personajes, diferenciando cada pieza del conjunto muestran paisaje, arquitectura, pero sobre todo, elementos perfectamente sintomáticos de la romería. Personajes de campo y de ciudad, vestuario tradicional vasco, mandiles, albarcas, alpargatas, chapelas... y rosquillas glaseadas, manzanas... acordeón y marcha hacia el caserío; el diálogo festivo en un ocio vinculado a la celebración del santo patrono se entabla con simbiosis de señoritos y aldeanos, con un ambiente que rezuma la atmósfera sociocultural del tiempo libre marcado por valores de folklore y tradición vasca.

Con el cuadro de Andrés Cortés y Aguilar, *La Feria de Sevilla*, de mediados del XIX, sucede también algo similar: la reconstrucción de una actividad surgida de la práctica popular. Desde la celebración de un antiguo mercado de ganado, a la feria –en el sentido festivo más actual– tiene lugar una evolución pautada por intereses económicos, culturales y de sociabilidad. Todo ello marcado por los estilos de vida y las peculiaridades andaluzas. Gentes del pueblo, ganaderos, soldados, damas, bailarinas, personajes de todo tipo aglutinan, en el espacio del cuadro, esa efervescente atmósfera de fiesta, jalónada por edificios reconocibles de la arquitectura sevillana. La Giralda, San Telmo, y otros muchos elementos clásicos de la capital, subrayan un marco para las casetas que harán de la feria un espacio diferente. La convivialidad rebasa las tiendas de los tratantes de ganado y se inventa otro tipo de espacio de encuentro. El pintor y algunos amigos aparecen como cronistas y fotógrafos de esta práctica festiva a la izquierda del espectador. A la derecha, en primer plano, el vasco y su esposa que promovieron y promocionaron esta feria: Tomás de Ybarra y Lasso de la vega. Lo hicieron junto con el catalán Narciso Bonaplata. Un vasco y un catalán en los orígenes de la feria de Sevilla... ¿Lo sabían Vds.?

Admirar el contenido del cuadro nos descubre un universo admirablemente preciso del modo y manera como las sociedades de época interpretaron el tiempo libre vinculado al entorno y la sociedad que lo protagoniza.

Ingenieros versus Deusto, la versión local de la regata Oxford-Cambridge

El Museo Marítimo inauguró el 16 de marzo un espacio expositivo sobre la regata Ingenieros-Deusto, situado en el vestíbulo, bajo el nombre de 'El *txoko* de la Regata'. El mismo día y en el mismo lugar, la Regata Ingenieros-Deusto, a través del Club Promotor de la Regata (PRIDE), escenificó el acuerdo de colaboración para la promoción de la histórica regata, que el próximo 17 de abril cumplirá su trigésimo primera edición en aguas de la ría de Bilbao. Al acto de la firma acudieron representantes de las regatas universitarias de Deusto e Ingenieros, el gerente de PRIDE, Miguel Uriarte, y el gerente del Museo Marítimo, Jon Ruigómez. Así se daba cuenta en la intranet de la Universidad de Deusto sobre este encuentro que se registra con orgullo no solo entre universitarios muy deportistas, sino entre toda la comunidad universitaria de Bilbao en ambos campus. La próxima será el 17 de abril.

Tradiciones fluviales

Cualquier bilbaino amante del deporte debe saber que la ría ha ido recuperando tradiciones fluviales. Esta que empieza a ser ya, muy típica, es una regata que organizan la Facultad de Ingeniería y la Universidad de Deusto desde hace 31 años. Y se ajusta al estilo y característica de una modalidad olímpica. Pero, además, cabría interpretarla como una prueba que recupera otras competiciones más modestas que se dieron hace muchos años. Más allá de las regatas de traineras que suelen celebrarse en la ría, esta es una iniciativa que enlaza históricamente con otros ejercicios de competición fluvial que existieron en el Bilbao del 900 e incluso antes. Naturalmente, no protagonizadas por universitarios.

Según la fórmula anglosajona, y que la conocida Oxford-Cambridge escenifica, las históricas de Ingeniería y Deusto asumieron el ejemplo y este reto ha funcionado con éxito progresivo en el calendario deportivo y colorista de una ría que concita y atrae cada vez más la atención. El recorrido es de 7.408 metros, una de las distancias más largas para la modalidad elegida de *outriggers* olímpicos con 8 bogadores y 1 timonel (banco móvil).

En los años 90, los reportajes de prensa que atendieron el evento divulgaron el carácter de verdadera afición de sus remeros. Su régimen de entrenamiento en sus diferentes clubes de remo era de 2 horas diarias, incluidos sábados, domingos, vacaciones, cumpleaños... De entrenamiento real, decía su entrenador, más desplazamientos. Llevan así muchos años de su vida, por eso el sacrificio y la generosidad en el esfuerzo son palabras que forman parte del estilo universitario de estos deportistas de San Mamés y de la Universidad de Deusto.

Miguel Uriarte, entrenador del "ocho" hace unos años escribía: *"Hay que domar el cuerpo y espíritu. Por lo demás somos gente normal que nos cruzamos por las esquinas de la Universidad y pasamos discretamente, humildemente como uno más. Uno más pero con algo que es para toda la vida "yo fui remero del ocho de Deusto"*.

Estos remeros consiguen que durante unos pocos días en Bilbao exista una noticia que sobresalga de las demás. Esta noticia no lleva su nombre, ni su esfuerzo, ni su sacrificio, solo lleva el emblema universitario, de Deusto, y de Ingenieros. Es decir, en nombre de todos los universitarios, todos los profesores, secretarias, bedeles, exalumnos, etc.

Uno de los acontecimientos deportivos con más solera y raigambre en Bilbao es, pues, la regata Ingenieros-Deusto. En el curso 1991-1992 se encargó de la organización de la XII edición, la Federación Vizcaína. En esta edición Deusto venció con un nuevo récord de 23-47-44. La cita creaba tradición desde que se implantó, pero amplió sus fans desde esos años, y así la fecha de su celebración pasa a ser un referente de las actividades deportivas universitarias.

En el balance de éxitos las cosas han estado algo desequilibradas según años. A decir verdad, el sentimiento ganador de los bateleros de Deusto ha quedado a veces algo empañado por victorias reiteradas de los contrarios, pero el balance de éxitos a lo largo de la historia de esta regata deja en definitiva en buen lugar a la trainera de la UD también. Sin embargo, en las páginas universitarias de publicaciones internas se ha dado cuenta de la decepción por la escasa fortuna de los remeros de casa, en bastantes oportunidades. Lo importante es participar, obviamente...

El día 30 de marzo de 1996 fue una de las ediciones más disputadas; la tripulación de Ingenieros volvió a imponerse a la de Deusto, por cuarto año consecutivo, aunque la ventaja para los primeros fue de tan solo siete segundos. Los ingenieros tomaron una ligera ventaja nada más darse la salida y ya no pudieron ser alcanzados por Deusto que, patronados por Idoia Korta, estuvieron muy cerca de sus rivales. Tras esta victoria, los ganadores grabaron su nombre en la bandeja acreditativa de la prueba, por sexta vez, junto a las diez ocasiones que Deusto lo había hecho anteriormente.

Es interesante comprobar, asimismo, que en la composición de los míticos remeros desde el año 2000 se afianza la presencia femenina en la regata. El entrenador del equipo de remo Miguel Uriarte «Buso», declaraba el mérito innegable de sus remeros, por el escaso apoyo que gozaban respecto del patrocinio público, ya que se entrenaban en sus propios clubes, sometidos a una disciplina espartana. Queremos pues homenajear desde estas líneas a las tripulaciones, de cualquier edición que hayan intervenido en esos años, y hasta hoy. Por tanto, el desafío lanzado por la Escuela de Ingenieros a la UD hace treinta años para enfrentarse en una regata a remo en aguas de la ría es ya un hecho convertido en tradición fluvial. Acontecimiento que se ha consolidado como uno de los eventos deportivos típicamente bilbainos.

La no concesión de premio al ganador revela la filosofía de absoluto amateurismo de la prueba. Los vencedores se limitan, cada año, a grabar su nombre en la bandeja de la regata y mantienen dicho trofeo en sus vitrinas hasta el año siguiente, en el que volverán a luchar por su posesión. La regata se corre en el tramo de marea del río Nervión entre Desierto-Erandio y el Ayuntamiento de Bilbao, sobre una distancia de cuatro millas náuticas (7.408 m).

Los resultados globales son favorables a Deusto: 17 victorias frente a 12 (hasta el 2010).

Desde 2007 los ingenieros fueron propietarios de su bote. Una ventaja indudable en aquellos días frente a Deusto. Aquel bote, de 17 metros de eslora, se había fabricado en fibra de carbono con los más altos estándares de calidad por la firma italiana Ffilippi, y había sido adquirido al Club de Remo Lutzana.

En la 30 edición destacó por su belleza el cartel anunciador. Como detalle mariner, se incluyeron las coordenadas de localización náutica de la toma fotográfica [43° 16' 05" N / 02° 56' 38" W], se colocaron en los campus de ambos centros universitarios, en los establecimientos comerciales –tiendas y bares– de Abando y de Deusto, las zonas donde se concentra la mayoría de los espectadores de esta regata universitaria que ha llegado a ser símbolo de Bilbao y de la regeneración de las aguas de su ría, y en todos los hoteles bilbainos. 2.000 ejemplares, en dos tamaños (DINA-3 y DINA-2), que pudieron conseguirse gratuitamente en las oficinas de Bilbao Turismo.

En declaraciones de 2011, el gerente del PRIDE (club promotor de la regata) aseguró que la regata con sus 31 años de historia “es merecedora” de este acuerdo de colaboración. Según él, el trato comienza “con la intención de profundizarlo en los años venideros”. Además, adelantó que este año cambiarán el diseño de la equipación por uno más “espectacular” y “moderno”. Hasta las 157 ediciones de los Oxford-Cambridge, aún quedan muchos ejercicios, pero de seguro esta regata bilbaina perdurará gracias al espíritu deportivo que caracteriza a nuestros chicos y chicas local.

Radio Bilbao, 85 años

Con el impulso de Ricardo Urgoiti, la escritura de constitución del embrión de la Cadena SER se firmó el 19 de diciembre de 1924. La primera emisora fue inaugurada formalmente por el rey Alfonso XIII, el 17 de junio de 1925. Ricardo Urgoiti fue su primer director general, y su sede se ubicó en el edificio de los Almacenes Madrid-París, en la Gran Vía madrileña. Los Urgoiti siempre destacaron por sus iniciativas emprendedoras. Su padre Nicolás María de Urgoiti y Achúcarro (Madrid, 27 de octubre de 1869-Madrid, 8 de octubre de 1951) fue un conocido periodista, empresario y editor español. Creó La Papelera Española e impulsó periódicos como *El Sol* y *La Voz*. Su hijo Ricardo estudió Ingeniería de Caminos, completó estudios en EE.UU. y como hombre polifacético, llegó a ser campeón de esquí y motonáutica. Después de retornar a Madrid en 1924 se convirtió en el principal promotor de la creación de la emisora Unión Radio con tan solo 25 años. Al estallar la guerra civil española, Unión Radio Madrid se mantuvo ligada al gobierno legítimo de la República. El 18 de julio fue incautada por el Gobierno, la gestión pasó a un comité de trabajadores y fue convertida prácticamente en órgano de propaganda. Por este medio se trasladó a el histórico discurso de Dolores Ibarruri, donde pronunció el legendario "No pasarán". Tras diversos impasses el 28 de marzo de 1939, la emisora fue tomada por las tropas franquistas, y quedaría conectada con la programación transmitida por Radio Nacional de España.

La primera emisora del País Vasco que comenzó a emitir en el País Vasco fue Radio San Sebastián, EAJ-8, concedida provisionalmente a Sabino Ucelayeta el 15 de diciembre de 1924. La concesión definitiva llegó el 24 de noviembre de 1925, para instalar una estación radiodifusora en el monte Igueldo. Radio Bilbao nació más tarde como EAJ 28, y se inauguró el 31 de octubre de 1933. Pero los orígenes de la radio en Bilbao parten de una operación ocho años antes. Hubo dos primeras emisoras. Una instalada en los locales del bar "La Terraza" frente a la Quinta parroquia, propiedad de Armando Otero. La segunda emisora, Radio Club Vizcaya (EAJ 9) estuvo situada en el 4º piso del Hotel Carlton, propiedad de Nivardo Pina, conocido carbonero (Radio Vizcaya, 1925). Era la época de las "galenas". Unión Radio compró la emisora del Carlton a finales de 1926 y le cambió el nombre por el de Unión Radio Bilbao, inaugurada el día 1 de abril de 1927, tal como relata Julián del Valle en un librito publicado en 1972. El fue testigo de excepción de estos orígenes que luego, otros autores reconstruyen con mayor enjundia.

A mediados del mismo mes, Unión Radio compró Radio Vizcaya y la integró en Unión Radio Bilbao. Un año más tarde, en marzo de 1928, Unión Radio Bilbao solicitó permiso para aumentar la potencia y trasladar el emisor al monte Artxanda. La concesión solo permitía 200 vatios y la Casa Marconi fue la empresa de referencia en esta nueva industria. Pero la Junta Técnica de Radiocomunicación denegó este permiso, y Unión Radio, decidió cerrar su estación de Bilbao, caducando su concesión el 28 de abril de 1928. En diciembre de aquel año, un grupo de aficionados del Radio Club Vizcaya emprendieron una iniciativa particular de emisiones en onda corta, emisora a la que llamaron EAR 21. Y hasta 1933 no existió otra emisora de radio.

El 27 de marzo de este año, Daniel Urquijo recibió la concesión de la emisora EAJ 28. El día 3 de julio se constituyó "Radio Emisora Bilbaina, S.A." y el primer programa se radió el 31 de octubre. Julián del Valle en un relato muy peculiar cuenta someramente como llegó el éxito al constituir la Sociedad Radio Emisora Bilbaina S.A., en la que participaron como iniciativa emprendedora conocidos comerciantes bilbainos (algunos ligados con la industria del dulce...) José Joaquín Sautu, copartípe en la confitería "El Buen Gusto", Pepe Irala, Angulo (de Chocolates Bilbaínos), Daniel Urquijo, ingeniero, etc. Tras varias discusiones se redactó contrato y se constituyó Consejo de Administración formado por: Daniel Lecanda como presidente y Alberto Delclaux, como vicepresidente; estuvieron también Policarpo Ibáñez, José Irala, Emiliano Amann, José Orue, Jose María Olabarría, Agustín Beltrán de Heredia, José María García Ogara (marqués de Barrio Lucio), Zubiría, Larrea y como secretario, el propio Julián del Valle Martín. Cuando se inauguró, la familia Urgoiti –que era un referente en el mundo de la información– colocó micro en el despacho del jefe de gabinete de la República, Martínez Barrios, para que inaugurase la emisora. Martínez Barrios dirigió un discurso explícitamente dirigido a los vascos con intención política. Recordó que "el pueblo vasco se disponía a fijar por medio de un voto libre, dijo, las directrices autonómicas que le consiente la Constitución".

En la ceremonia bilbaina hubo invitados oficiales y oficiosos: Gonzalo Acosta el entonces gobernador, el alcalde Ernesto Erkoreka, Juan Echevarría en representación del presidente de la gestora, y los militares que estaban con mando en plaza. También asistieron representantes de la prensa local como el conocido López Becerra, Echevarría, etc. Sonó el himno nacional y el *Gernikako Arbola*. Y como no podía ser de otro modo, hubo *buffet* en los salones del Carlton. Sin embargo, la estación solo funcionó un rato. El equipo emisor sufrió avería justo cuando el alcalde se disponía a dar las gracias al Jefe de Gobierno.

Una radio muy local

Desde los años 30 y hasta la Guerra Civil, Radio Bilbao hizo famosos los jueves infantiles con galas celebradas en el teatro Campos; tuvo que ver con el Gargantua y los Gigantes y Cabezudos, que fueron reconstruidos. Las 12 campanadas las daba normalmente Radio Bilbao y sus micros estuvieron abiertos a diferentes deportistas, boxeo incluido. Las cabalgatas de Reyes fueron impulsadas por esta emisora, asimismo. Se enseñó gimnasia y también francés (Julián Echevarria, Camarón, fue uno de los profesores de este idioma), y la emisora apoyó la semana hospitalaria para lograr un sanatorio infantil para Bilbao en 1935.

Como nota anecdótica fue la radio que introdujo las necrológicas radiadas, etc. Con la revolución del 34, radio Bilbao se puso a disposición del Gobernador Civil, Ángel Velarde, aunque ante los rumores circulantes, la emisora padeció decisiones ligadas a la crispación de aquellos días. Entre otras acciones fue revisada en busca de armas. Pero Radio Bilbao siguió con normalidad sus emisiones e iniciativas. Radió la salida del barco Habana, y desde 1937 reanudó emisiones a partir de la entrada de las tropas de Franco en Bilbao. Al término de la guerra, Radio Emisora Bilbaina cambió su nombre por el de Radio Bilbao, y en diciembre de 1943 se incorporó a la cadena de emisoras de la SER (Sociedad Española de Radiodifusión) constituyendo el más importante grupo radiofónico de la década.

La cadena SER gozó de gran predicamento entre los escuchantes durante la dictadura, gracias a programas de entretenimiento como Matilde, Perico y Periquín, Ama Rosa, Simplemente María o La Saga de los Porretas. Aquel conocido anuncio musical del Cola Cao “Yo soy aquel negrito del África tropical” fue precisamente la mejor prueba del patrocinio de la radionovela: “Matilde, Perico y Periquín”. La emisora fue pionera en muchos asuntos. La primera en dar noticia del asesinato de Kennedy, la que hizo popularísimos la Cabalgata fin de semana (con J. L. Pecker), Matinal Cadena SER, El Gran Musical, Los 40 Principales (José María Iñigo). Afianzó la fama del comentarista deportivo de José María García, de Carrusel Deportivo, etc. A fecha de 19 de febrero de 2005, la cadena declaraba 247 emisoras en propiedad (93 de ellas obtenidas por absorción de Antena 3 Radio), más otras 194 emisoras asociadas. Superaban en ese ejercicio las 161 emisoras propias. Actualmente es líder de audiencia entre las grandes cadenas españolas en todas las franjas horarias, según el Estudio General de Medios (EGM). Y si sus propias fuentes publicadas online son certeras, en marzo de 2008 se inició la emisión como canal de radio en la televisión digital terrestre por el multiplexor de Sogecable –canal 67– con cobertura nacional. En pleno siglo XXI, la emisora bilbaina goza de gran popularidad y sus legendarios locutores y locutoras desde la época de Teódulo García, más conocido como Whisky o Potxolo, un precursor del casticismo del aldeano vasco (Txomin del Regato) han tenido continuadores de relumbrón. Desde 1933 hasta hoy, 2021, con su innegable perfil de eficaz emisora local, hermanada con otras de ámbito autonómico y nacional, goza de gran prestigio. Sus profesionales, con su actual

directora al frente, Begoña Marañón, una de las pocas directivas radiofónicas que se distinguen en esta dimensión mediática de tanta influencia, sientan un buen ejemplo de periodismo ligado a la vida cotidiana de Bilbao, Bizkaia y del País Vasco en general. Saludemos, por ello, sus 85 años de existencia y lo que acumulan de meritocracia mediática.

El Bilbao txirene, carácter y simplificaciones

A mi manera de ver, el sentido txirenede Bilbao en este cuarto del siglo XXI requiere de finura y no de populismos fuera de lugar. Lo que aporta ese rasgo peculiarmente divertido a la historia cultural y cívica de Bilbao es una faceta de conducta social cargada de sentido. Una mezcla de ironía, perspicacia divertida, respeto a los demás y hasta eso que los franceses definen como *savoir faire*.

Cuando hablamos del Bilbao txirenepodemos encontrar multitud de elementos identificativos, lo que sucede es que uno, y esencial, es el lenguaje, por eso comienzo por ahí.

En los años 1920, identificar a *pitarque* con el gorrón, o llamar *ganorabako* al *insustansial*, o amenazar con dar un ligero *sornabirón* a un niño díscolo, era habitual. Hoy hemos inventado otra jerga sincrética con influjos culturales diversos. Pero la perversión del lenguaje se hace presente y las nuevas generaciones se alejan del paradigma de lo correcto a velocidad inusitada. Lo correcto, tal como yo lo entiendo, no es el lenguaje distanciado de la realidad cotidiana, sino todo lo contrario, pero con finura, inteligencia y sentido estético.

Dicho esto, el txirene hipotéticamente pedía al camarero que le pusiera *mojojones con alegría*, es decir con mucho picante, o las *arbejillas* con jamón, o los huevos fritos, a poder ser con dos *gorringos*... Es decir, el lenguaje va asociado a la identidad cultural y esta, en el Botxo, ha sido paradigmática. Con influencia del euskara y sin él. Si además quien se preciaba de ser txirene entonaba –como dios manda– canciones de ronda por el Casco, o celebraba frente a La Bolsa el día de la Virgen de Begoña, pertenecía al club con galones y todo.

Arquetipos

Cuando falleció el caricaturista K-Toño Frade la prensa hizo obituarios diversos. *Deia* publicó: "Txirene, socarrón, botxero... querido por todos". Lo recuerdo y asocio al tema, porque, KToño encajaba a la perfección en el estereotipo de txirene. Esa perspicacia para extraer el costumbrismo de la sociedad de Bilbao venía casi en los genes de K-Toño, porque su padre fue un tipo que llevaba en su ADN la sabiduría del cronista verdaderamente txirene, recopilador de tipos populares que abundaron en el siglo anterior en esta ciudad (*cabesita de ajo, el gordo de los rosarios*, etc.). Su hijo añadió a su modo otra pizca de *sorna a la bilbaina*. Cuando miro el dibujo-retrato que me hizo, hace bastantes años, me siento orgullosa, porque el dibujo me coloca rodeada por la imagen múltiple de lugares señeros de Bilbao y en además de escribir un libro de historia con una primera frase: "Cuando don Diego veraneaba bajo el árbol gordo de Arbieto...".

Sin embargo, muchos confunden la esencia del txirene clásico, el que la tradición acrisola, con la vulgaridad populista de quien comercializa el asunto. Ser defensor de Bilbao vendiendo lo que sea, por mucha gracia que le eche, o propagar historietas abusando de relatos costumbristas poco rigurosos, simplemente resulta simpático pero banal.

Obviamente debo aclarar que, en el Bilbao de 2019, seguir manteniendo la actitud de los hermanos Gortazar, no parece que sea la única vía de perpetuar al verdadero txirene, el clásico. Ellos vivieron el Bilbao de fines del XIX, y la urbe y sus ciudadanos han cambiado desde entonces. Sin embargo, tampoco cabe alejarse de su elegancia en el uso particular de la ironía. Un ejemplo, cuando escribieron los ripios que reproduzco, lo hicieron demostrando esa perspicaz humorada que les encumbró como cronistas de lujo. Gentes ingeniosas en lo musical, literario, social (Kurding Club incluido): *Cuando viene por corridas a las fiestas de Bilbao, los de Calatorao, hay dos cosas que les llama sobre todo la atención, en esta población, A saber en la Gran Vía el subterráneo mingitorio, y el puente Giratorio* (refiriéndose a los modernos W.C. públicos y al puente de la perra chica). La generación de la *bimba* hizo mucho por la cultura popular.

Recuperar tradiciones es algo delicado. Se incurre en vulgarizaciones fuera de lugar y se destrozan a veces los elementos más sólidos de la antropología sustentada por la tradición cultural. *Cazar chimbos*, como decían en el Bilbao de Emiliano de Arriaga, auténtico recopilador del *Lexicon del Bilbaíno* –y no sucedáneos posteriores– es algo que requiere de mucho *conosimiento*, que diría el castizo botxero, con el gracioso seseo bilbaino de antaño. Todo evoluciona, pero inventar por inventar... a veces no da resultados.

Simplificaciones

No obstante, para mí el txirene auténtico no es el mas “fiestero”. Patrimonializar esencias me incomoda. Y hay quien lo hace a nivel popular y en los medios de comunicación, sobre todo en la Semana Grande. Pero en fin, todo sea por la fiesta. A mi parecer, la defensa a ultranza de la condición de bilbaino es una faceta con expresiones diversas. El txirene auténtico es cooperador en su faceta de ciudadano; se involucra en causas que redundan social y culturalmente, es divertido pero no populachero –en el peor sentido de la expresión–; es decir, rayando en la vulgaridad.

Obviamente, como propendemos a mitificar casi todo, confundimos las cosas. Txirene para mi es, en suma, esencialmente *el chistoso, gracioso, bromista, excéntrico*, por seguir la definición dada por Emiliano de Arriaga. Pero con criterio, ética y mesura en sus expresiones de amor hacia la patria chica. Y una *chirenada* es un dislate, pero que hace gracia. No confundir con la actitud del *ganorabako, persona sin cabeza ni fuste para nada*. Que haberlos haylos... También hay *jebos*, otra palabra en desuso, pero *jebos* reconvertidos, es decir que deslucen, porque *no tienen lacha* para nada (no tienen maneras) y van de graciosos bilbainos acentuando el topicazo.

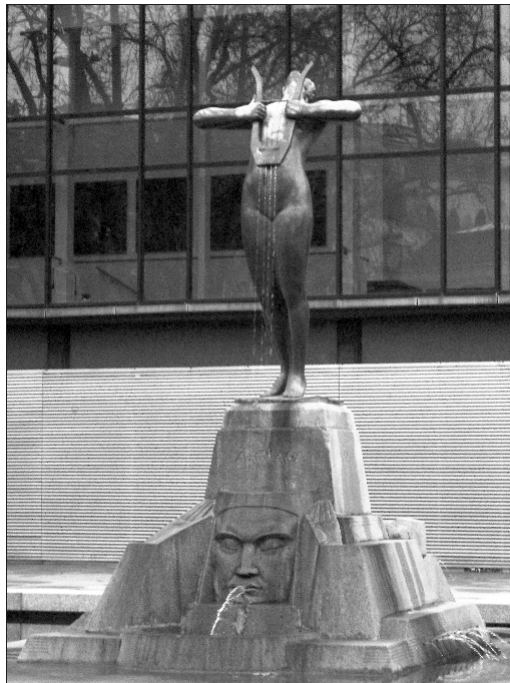
El Bilbao txirene ha logrado en este siglo XXI reescribir sobre la tradición anterior, a veces aportando ingenio; otras malversando el carácter de ese casticismo que llevaba a identificar en las canciones populares *al de Neguri portando pantalones de mil rayas al igual que los de Atxuri*, o al que subía las escaleras de Mallona los días de novena para hacerla (ellos, de paso, para cazar chimbos), o tomando café en La Concordia de tertulia, para cotillear sobre el inversor de la Bolsa colindante, alquilando el palco proscenio del Arriaga para colocar mobiliario propio, fotos de sus artistas favoritas, escupidera y tartera para merendar. O bien como decía Orueta, atribuyendo al poderoso Victor Chávarri carácter divino, y propagando la leyenda de que al llegar a su escritorio decía a su escribiente mientras miraba papeles: *"Hoy que llueva y que toque la lotería a Mauricio, el de Belosticalle"*.

Así que ahí dejo esto, y *hor kompon*.

Quinta parte: Arte y música

Aventura y desventura de la musa de Arriaga

El Museo de Bellas Artes de Bilbao, que en octubre de 2014 cumplió sus 100 años desde que fuera creado, tuvo su nacimiento en una serie de circunstancias que se definen y explican meridianamente a partir de los cambios económicos, urbanísticos y sociales que se dieron en la villa a finales del siglo XIX.



Escultura La Musa de Arriaga, Museo de Bellas Artes de Bilbao.

A punto de cumplirse el centenario del nacimiento del ilustre compositor hijo de la villa Juan Crisóstomo Arriaga, se constituyó una comisión en 1887 que concibió la idea de crear un monumento al joven maestro, al tiempo que se esperaba la edición de sus obras inéditas. El Ayuntamiento aprobó el proyecto para erigir en los jardines del Campo Volantín un monumento, siendo alcalde Gregorio Balparda. La primera piedra del obligado homenaje se colocó el 27 de enero de 1906. El concurso para tal fin estipuló un coste no superior a las 10.000 pesetas. Al certamen, reservado para artistas residentes en Bilbao o con familia afincada en la villa, se presentaron los más ilustres escultores formados en la Escuela de Artes y Oficios. Entre ellos estaban los jóvenes Quintín de Torre, Higinio Basterra o Nemesio Mogrovejo.

En el jurado del concurso figuraban nombres tan ilustres como Plácido Zuloaga (padre de Ignacio), el arquitecto Ricardo Bastida o el pintor Manuel Losada. Paco Durrio, un hombre criado en Bilbao, pero afincado desde joven en París, logró hacerse con el primer premio. Su proyecto de una Musa doliente mereció la recompensa del jurado, que le encargó la realización de una obra monumental en homenaje al músico bilbaino. El segundo premio fue para Nemesio Mogrovejo, que había proyectado un banco, y el tercero para Quintín de Torre. La obra había de entregarse en un plazo máximo de 15 meses, para ser inaugurada con motivo del centenario, pero Durrio no la entregó a tiempo. No lo haría hasta 1933. Pasado el centenario y con la pieza todavía sin finalizar, Durrio se marchó a París, con el consiguiente enfado del alcalde de Bilbao, que le fijó una nueva fecha límite en 1910. El alcalde, señor Ibarreche, intentó sosegar los ánimos de la oposición republicana, que le pedía que agilizará los trámites, anunciando que el monumento sería inaugurado en breve. Pero lo que al año siguiente llegó fue el pedestal y un modelo, aunque no el definitivo.

Proyecto enterrado

Durante aquellos años se había urbanizado la zona del Campo de Volantín donde debía colocarse la estatua, y tuvo que buscarse un nuevo emplazamiento. El asunto empezaba a tomar visos de polémica local. Tras sucesivas llamadas de atención por parte de las autoridades, Durrio contestó por fin al alcalde en 1913, que solo había recibido 3.500 pesetas y que se había gastado en el proyecto 15.000, de modo que pidió un nuevo plazo. Pero el Ayuntamiento se desentendió del asunto. Algunos bilbainos, conscientes de que Durrio pasaba penurias económicas, enviaron a las autoridades un escrito firmado, en el que pedían que no se abandonara el proyecto por razones económicas, pues si bien el escultor no había cumplido con sus plazos, su monumento excedía en calidad y belleza los requisitos acordados. Mientras tanto, en París, Paco Durrio se había labrado una importante reputación, y gozaba de la amistad de hombres tan brillantes como Gauguin o Picasso. Aquel “pequeño, redondo, curioso, de sólido temperamento original y artista sincero” no fue un escultor prolífico, pero sus delicadas joyas y cerámicas recibieron elogios de los críticos más reputados, incluido Apollinaire.

Lo cierto es que desde 1928, algunos frequentadores del viejo café Madrileño de la calle de la Ronda, con sus divanes rojos y amplios espejos, crearon una “comisión de vecinos” dispuesta a rendir tributo a Arriaga, nuevamente. Y las acciones en pro de esta causa se multiplicaron. La propia Lily Pons divulgó la música del compositor bilbaino en diversos recitales, uniéndose a este esfuerzo. Y el suspendido proyecto se reactivó, superando la idea de erigir un simple busto para que se instalara en el kiosco del Arenal, como había sugerido por esas fechas el concejal Antonio Barandiarán.

La inauguración

En 1931, el Ayuntamiento encargó a la Comisión de Jardines que subsanara el lapsus de cualquier modo, y la Asociación de Artistas Vascos indignada por lo que consideró un atropello a Durrio, que había trabajado más de 20 años en la obra, protestó. La reacción municipal se tradujo en una concesión renovada de 15.000 pesetas y un nuevo plazo, aunque su proyecto sería materializado por uno de sus discípulos, Valentín Dueñas. En 1933, por fin podía inaugurarse el monumento en la Pérgola del parque. La Banda Republicana de Madrid amenizó un acto de relumbrón, en el que estuvieron Durrio y su señora, Valentín Dueñas y destacados miembros del gobierno municipal, incluido el alcalde Erkoreka. La Asociación de Artistas Vascos, cuya mediación había sido esencial para la consecución de la obra, ofreció a Durrio un homenaje en el Chacolí de Artxanda. De los periódicos locales, solo *El Liberal* dedicó artículos al evento, mientras que los demás se limitaron a una breve reseña. Desde su inauguración la estatua fue polémica; los sectores católicos más recalcitrantes no veían con buenos ojos que una muchacha exhibiera su desnudez ante los ojos de los paseantes. *El Liberal* daba cuenta de la indignación general en estos términos: "hemos podido ver hasta dónde llega la ignorancia, la mezquindad y el espíritu aldeano de esos que se llaman así mismos defensores de la moral y de las buenas costumbres". Lo cierto es que desde el principio la Musa provocó reacciones encontradas, y para muchos estuvo asociada a la República.

Pero no deja de ser sorprendente que en los 40, sectores ultracatólicos se mostraran tan intolerantes. En este proceso tuvo que ver *La Gaceta del Norte*, el periódico de mayor tirada en Bilbao, durante la posguerra. Desde sus páginas, el que fuera su director durante cuarenta años, Aureliano López Becerra, alias "Desperdicios", se erigió en defensor de la moralidad pública. Y de este modo comenzó una suerte de campaña contra el desnudo. En 1944, con motivo de las obras del nuevo Museo de Bellas Artes, que pasaba del edificio de Atxuri a su emplazamiento actual, su director, Manuel Losada, recibió presiones para que no colocara la estatua de Durrio en los jardines del museo. En una encendida misiva que firmaba "un grupo de bilbainos amantes del buen arte", se pedía que la estatua fuese fundida para realizar un busto de Arriaga. "No estamos de acuerdo con esa desgraciada matrona, verdadero engendro del mal gusto (...) más propia para un anuncio de charcutería", decían en su carta aquellos exaltados, que amenazaban con que "una buena mañana aparezca destripada una jamona que precisó de aquella cochina república de trabajadores para su desgraciado engendro".

La polémica no se hizo esperar y el director de *La Gaceta*, fiel al espíritu de su periódico, se convirtió en vocero de los más reaccionarios. López Becerra no dudó en decir que el monumento a Arriaga era un desatino que no se debía perpetuar. Al desprestigio de la obra se unieron las quejas de los lectores, pues la desnudez de la musa “podía levantar bajas pasiones”. Las autoridades no quisieron levantar polémica en un asunto aparentemente tan nimio, y aprovechando las obras en la plaza de Federico Moyúa, con el traslado a la Pérgola del monumento a la Viuda de Epalza, desmontó el de Arriaga para llevarlo al estanque fronterizo al museo, pero la musa de Durrio fue escondida en los sótanos del museo a la espera de una nueva colocación.

Una sustituta más recatada

Algunas voces protestaron tibiamente en defensa de la memoria de Arriaga, que volvía a quedarse sin monumento, pero el asunto fue eficazmente acallado. En 1947 se encargó a otro escultor, Enrique Barros, que realizara una obra con el mismo motivo para homenajear al músico. Por supuesto la nueva musa debía estar convenientemente vestida. Barros también había estudiado en la escuela de Artes y Oficios, y era un gran modelador, pero tenía un estilo más academicista y menos arriesgado. El 22 de septiembre de 1950 se inauguró discretamente la nueva musa junto al Museo de Bellas Artes.

No hubo ceremonia oficial alguna. La nueva versión contentó a los puritanos, pero no así a la Asociación de Artistas Vascos, que tanto había luchado para que Durrio finalizara su proyecto. El mismo López Becerra arremetió contra ellos tras recibir una carta de un representante del colectivo, que se quejaba del escaso interés que mostraba la prensa de la época por el arte. En febrero de 1975, con motivo de unas obras de acondicionamiento en el entorno del museo, el entonces director, Javier de Bengoechea, encargó el arreglo de la musa de Durrio, que seguía olvidada en los sótanos del edificio. Había que reparar las cañerías internas para que de las cuerdas de la lira volvieran a emanar agua, y limpiar intensamente la estatua. En marzo, el director informó de que la restauración había concluido, pero quedaba consultar la restitución del monumento con el Ayuntamiento, que dio su aprobación en mayo. Desde la prensa ya se había comentado en los meses previos la conveniencia de reponer la musa original. El 26 de mayo de 1975, Euterpe volvía de su particular exilio, y el monumento a Arriaga recuperaba, por fin, su forma original. Habían pasado 70 años desde que se convocara aquel concurso que ganó Durrio. Incluso *La Gaceta del Norte* daba la noticia de la restitución, sin mencionar el motivo por el que fue apeada. En el número del 27 de mayo puede leerse: "Después de tantos años de oscuridad la Musa del Arte de Paco Durrio va a tener su sitio en el parque bilbaíno". Sin duda el mejor epitafio para esta rocambolesca historia.

Paradojas de la vida, el nuevo Bilbao, más generoso, se resistió a dar a la escultura de Barros el mismo castigo que tuvo la de Durrio, y le buscó un nuevo emplazamiento. Hoy puede verse en el moderno paseo de Uribitarte, donde preside dignamente una rotonda. Ambas musas componen dos lugares de memoria, sin duda, complementarios y significativos de la historia reciente.

Cien años de un museo

Como refiere M. Zugaza en un trabajo relativo al Museo de Bellas Artes, los llamados Museos Provinciales, nacidos bajo el impulso de la legislación sobreprotección del patrimonio, dictada a mediados de siglo, consiguieron acumular colecciones gracias a la nacionalización del caudal patrimonial de las órdenes religiosas. El País Vasco no fue ajeno a esta primera generación de museos, encontrándonos algunos ejemplos como el Museo de Pintura de Vizcaya creado por la Diputación en 1842, "el cual puede considerarse como un modesto antecedente histórico de nuestro Museo de Bellas Artes". Pero la experiencia fue demasiado tímida. Y tal fue la denuncia de numerosos próceres de la intelectualidad bilbaina del momento. La dinámica abierta en lo cultural, tras años de esplendor económico, se expresó en un incremento de afanes artísticos secundados por la burguesía local. Se auguraba la adecuación museística ante la multiplicidad de actividades artísticas acentuadas desde principios de siglo: organización de las primeras Exposiciones de Arte Moderno entre 1900 y 1910; creación de la primera agrupación reglada de artistas, la Asociación de Artistas Vascos (1911), etc. Desde 1908 hubo acuerdo, por tanto, aunque la solución se retrasó unos años.

Nacimiento del primer museo

El 5 de octubre de 1908 se celebró la primera Junta de Patronato. Seis años después, las salas adaptadas como primer Museo de Bellas Artes estuvieron en el edificio neoclásico del Hospital de Achuri (proyectado por Gabriel Benito de Orbegozo en 1818). Un emplazamiento medianamente adecuado. Ricardo Bastida (1879-1953) habilitó el edificio como escuela y luego como museo. Para 1914, se había inaugurado ya el nuevo Hospital Civil de Basurto. De modo que la Escuela de Artes y Oficios –por la que tanto clamó Julio Lazurtegui y que funcionaba desde 1882– conviviría con este esbozo de museo. El viejo caserón, testigo de tantos acontecimientos acaecidos en la villa, afortunadamente sigue vivo sin que se lo haya llevado la piqueta. Un edificio que conserva piezas de notable interés, como su salón de actos, y un estilo que rememora maneras educativas que hacen historia y memoria. El museo fue un proyecto abanderado exclusivamente por las instituciones locales, aunque las donaciones aumentaron en esos años considerablemente. Se diría que una señal del pedigrí local consistió, por suerte, en donar al museo algo del capital artístico que años de bienestar acumulado por los adinerados coleccionistas locales dejaban constancia de su particular mecenazgo y esponsorización. Una actitud, en todo caso, interesante y habitual en sociedades avanzadas. Fue un grado de colaboración particular la que depositó, donó o legó colecciones completas, como por ejemplo, la del renombrado ingeniero de minas Laureano Jado quien ostenta, por ello, en reconocimiento a su generosidad, el nombre de una plaza; reurbanizada recientemente, con fuente aleonada... Otros coleccionistas generosos fueron Antonio Plasencia, y el primer director del museo, Manuel Losada (nombrado

8 de febrero de 1914) quien junto a las obras procedentes de las corporaciones propietarias, de la Casa de Juntas de Gernika y del Consulado de Bilbao, compusieron, recuerda E. Velez, el patrimonio fundacional de la institución. Desde febrero de 1908 tuvo solo tres salas. Era evidente que el espacio resultaba exiguo, y más, al acumular colecciones posteriores.

Se produjo así un movimiento favorable a la construcción de un verdadero museo. Y, de hecho, la prensa se hizo eco largamente del debate. Animados por la Junta de Patronato y por la Asociación de Arquitectos de Bilbao, “las corporaciones formaron en 1917 una comisión para el estudio de un nuevo emplazamiento para el museo, organizándose a continuación un concurso de anteproyectos que finalmente quedó desierto”.

Manuel Losada dedicó toda su vida al museo, pese a que su actividad personal como pintor fuera muy exitosa. Ambas cosas le granjearon fama y respeto. Durante 49 años fue su director, demostrando una dedicación encomiable en la demanda de fondos y obra artística. También Lorenzo Hurtado de Saracho fue quien presentó en 1922 una moción a la Diputación, sugiriendo la creación de un Museo de Arte Moderno en colaboración con el Ayuntamiento de Bilbao. Se logró que abriera el 25 de octubre de 1924 en unos locales propiedad de la Diputación, donde se encontraban instaladas la Imprenta Provincial y el Conservatorio de Música. Y la idea de fusión de ambos museos terminó por ser exitosa, dado el respaldo que halló entre miembros destacados de la cultura local. En la carta fundadora del Moderno se habló –como recuerdan quienes han estudiado la evolución de ambas iniciativas (E. Vélez, M. Zugaza y M. Paliza, principalmente)– del cauce abierto para la promoción de nuevos artistas locales. Lo cierto es que la Exposición Internacional de 1919 había sido uno de los detonantes de esta iniciativa innovadora. El arte más contemporáneo empezó a quebrar los encorsetados regustos del coleccionismo local. Gauguin fracasó en su presencia local, pero por suerte, la Diputación de 1919 compró obras de Cassatt, Gauguin, Sidaner, Cottet, Serusier, y de los españoles Anglada Camarasa, Nonell o Canals. El crecimiento de fondos fue aceptable en años siguientes. Llegaron nuevas obras adquiridas por suscripción pública y de las exposiciones de artistas vascongados organizadas por la Junta del Museo en 1926, 1932 y 1933.

El museo del parque

Pero el palacete de los Museos del Parque fue finalmente una decisión lograda con la administración de posguerra. José Félix de Lequerica en su breve periodo como alcalde del Ayuntamiento bilbaino (agosto 1938-abril 1939) mantuvo coherentemente convicciones culturales para esta ciudad. Ya desde la etapa primorriverista en que estuvo alejado de la política activa, defendió la adecuación museística de Bilbao. El entonces maurista pidió que se superara la precariedad de esta faceta cultural. Precisamente por eso había denunciado en los años 20 –desde *El Pueblo Vasco*– la pacatería administrativa al no atender apropiadamente la financiación del museo (en su artículo, el chamorrismo). Cuando le tocó turno en la administración municipal, hizo posible la promoción de nuevas instalaciones que fundieran el Museo Moderno y el de Bellas Artes. Fue él, junto con Lorenzo Hurtado de Saracho, Delclaux, por la Diputación, Galíndez y Losada, quienes allanaron el camino de esta decisión que pretendía dotar culturalmente a la ciudad de un edificio digno para sus fondos artísticos (1939).

La inauguración de aquel proyecto coincidió con el mandato municipal de Joaquín Zuazagoitia Azcorra (1942-1948). Así pues, hubo varios impulsores, en honor a la verdad histórica. En mi libro sobre José Félix de Lequerica (1989) consta la foto del acto inaugural del Museo de Bellas Artes de Bilbao, el 17 de junio de 1945. El entonces ministro de Asuntos Exteriores no quiso faltar a esta cita, junto con otras autoridades y el director del Museo Nacional de Arte Moderno. Lequerica dictó allí un corto pero elocuente discurso rememorando la historia de la idea.

Durante la guerra, por cierto, la colección de Bellas Artes se trasladó al Depósito Franco de Uribitarte, las obras del Museo de Arte Moderno fueron expatriadas. Aquel proyecto arquitectónico lo firmaron Cardenas y Urrutia, pero quien concluyó las obras, tras incidentes diversos, fue Eugenio M^a Aguinaga. En el museo de 1945, la primera planta se dedicó a Bellas Artes y la segunda al Moderno. Este edificio fue declarado Monumento Histórico-Artístico el 1 de marzo de 1962. Más tarde, álvaro Líbano y Fernando Beascoa proyectaron la segunda ampliación del edificio, en 1963, a propuesta nuevamente de Lorenzo Hurtado de Saracho, añadiendo una nueva ala al palacete neoclásico. Se inauguró en 1970, para alojar la sección de arte contemporáneo. Con la nueva gestión de Miguel Zugaza y los impulsos recibidos tras confirmarse la espiral Guggenheim, fue precisa una tercera intervención, cuyas obras dirigió Luis M^a Uriarte (con Borja Arana, José Ramón Foraster y Borja Pagazartundua). Se concluyeron en 2001, y el museo actual quedó inaugurado, con esa magia sincrética de lo antiguo y lo nuevo, el 5 de noviembre de 2001. La oferta cultural que hoy organiza este museo dejaría boquiabiertos a sus mentores de comienzos de siglo y, de seguro, se congratularían festejando por todo lo alto, los cien años de un proyecto magnífico.



Museo de Bellas Artes de Bilbao.

Cien años del descubrimiento de Santimamiñe

Las cuevas son formaciones localizables con relativa facilidad. Se encuentran presentes en la memoria colectiva y en las tradiciones populares. Esto sucedió en el caso de Altamira en Cantabria y en muchos otros lugares de la geografía mundial. Los yacimientos prehistóricos al aire libre, en todo caso, han sido raros en el espacio cantábrico. Los hallazgos fortuitos lo son, por tanto, en cuanto existen evidencias significativas –con el paso del tiempo– que las poblaciones rurales identifican tarde o temprano, dando lugar a intervenciones inevitables.

En el caso de la cueva de Santimamiñe, de la que se cumplen en este 2016 los cien años de su descubrimiento, se repiten características de otras cuevas bien conocidas, lo cual no impide dar énfasis a sus originalidades.

La cueva de Altamira, por ejemplo, fue descubierta de manera fortuita (ajena a polémicas, recordaré que la tradición indica que el hallazgo de la cueva de Altamira se debió a María Sanz de Sautuola, hija de Marcelino Sanz de Sautuola. Otras versiones indican que fue un campesino, Modesto Cubillas, hacia 1868, quien se lo comunicó a Marcelino Sanz de Sautuola, que visitó a la cueva por primera vez en 1875). En un principio los más prestigiosos prehistoriadores de la época la definieron como una falsificación y no fue hasta 1902, tras descubrir cuevas decoradas en Francia de la misma época, cuando se confirmó su autenticidad. La datación de las pinturas corresponde al Paleolítico Superior (entre el 18.000 y el 13.500 a. C.).

El registro arqueológico en Euskadi es importante, también sin duda. La tradición investigadora, sin embargo, como en muchos otros lugares, fue fruto de la curiosidad científica, intereses personales, la espectacularidad de algunos descubrimientos, el despertar de una atracción cultural e institucional por la arqueología, etc. Pero desde el siglo XIX, tradiciones y tendencias (científico-natural e histórico-cultural) se entrecruzaron en el debate de quienes propiciaron los estudios de época, aquí y allá.

Si nos remontamos a la tipología de los descubrimientos, fueran fortuitos o no, en Bizkaia hemos de mencionar al menos la de Pozalagua, del municipio de Karrantza, descubierta también de manera fortuita tras la explosión de un barreno de la cantera contigua. Con 125 metros de longitud, 70 de anchura y 12 de altura, en su recorrido se muestra una de las concentraciones de estalactitas excéntricas –en forma de flor– más espectaculares del mundo.

Pero hablemos de Santimamiñe

Considerada esta cueva de Kortezubi como el yacimiento arqueológico más importante de Bizkaia, allí vivieron nuestros antepasados prehistóricos hace más de 14.000 años. Y en su interior se conservan casi medio centenar de pinturas rupestres de gran belleza: bisontes, caballos, un oso, un ciervo... Fue declarada Patrimonio de la Humanidad en 2008, y se encuentra en Urdaibai, reserva de la biosfera por la UNESCO, en la ladera sur del monte Ereñozar. Sus pinturas rupestres datan del periodo Magdaleniense del Paleolítico Superior (13.000 a. C.). En ellas aparecen representados también cabras y osos pardos. La cueva posee, además, numerosas formaciones de estalactitas y estalagmitas de formas sorprendentes. En la actualidad está cerrada al público, pero es posible contemplar la riqueza de su interior a través de los recorridos virtuales en 3D que se realizan en el Centro de Interpretación. Los visitantes también pueden acceder al yacimiento arqueológico situado en la entrada de la cueva. Próxima a ésta, se alza la ermita de San Mamés, que le da nombre.

La boca de la cueva, a una altitud de unos 150 metros sobre el nivel del mar, se orienta al sur-sudeste, y da paso a un vestíbulo iluminado por luz exterior. Como indica la información oficial, en esta cueva puede observarse la secuencia cultural que va desde los inicios del Paleolítico Superior, hasta la época romana.

Las primeras excavaciones arqueológicas tuvieron lugar entre 1918 y 1962 por un equipo compuesto por Telesforo Aranzadi, José Miguel de Barandiarán y Eguren. Desde 2004, un equipo multidisciplinar compuesto por más de veinte especialistas trabaja en una nueva fase de excavación en Santimamiñe dentro de un proyecto de revalorización promovido por la Diputación Foral de Bizkaia. El objetivo principal de la revisión estratigráfica quiere determinar la evolución precisa de su secuencia. Así, se han determinado niveles de ocupación humana desde el Magdalenense Medio (c. 14.000 años antes del presente) hasta el Calcolítico o Edad del Cobre (c. 4.000 años antes del presente).

El santuario rupestre de la cueva fue descubierto en 1916 por un grupo de jóvenes; un año después, H. Breuil verificó el conjunto para el que propuso la cronología del Magdalenense Antiguo y localizó figuras nuevas. Para quien no haya tenido la suerte de visitarla, recordaré en rápido recuento que las figuras se distribuyen en tres ámbitos: el salón previo a la cámara de pinturas, el santuario y la sala nueva de pinturas. En total, son casi medio centenar, pintadas al carbón y/o incisas, atribuidas a las etapas medias del período Magdalenense. El conjunto artístico de Santimamiñe está compuesto por:

- treinta y dos bisontes,
- siete cápridos,
- seis caballos,
- un oso,
- un ciervo
- y restos incompletos de otras figuras.

Diversos investigadores (monográficos publicados en KOBIE) advierten detalles técnicos sobre la investigación –cada vez más pluridisciplinar– que sigue aplicándose a estos santuarios. Entre datos precisos que no cabe reseñar en este artículo divulgativo, destaco uno que parece ser una característica de Santimamiñe: la asociación uro/caballo, incluso en las cuevas desarrolladas sobre el bisonte. Y también, como indica X. Gorrotxategi, que: “Las similitudes entre estas cuevas particularmente en los casos de Santimamiñe o Niaux llevan a formular diferentes hipótesis de relación directa: la primera que hayan usado algún prototipo mobiliario, de los que no se tienen pruebas, la segunda que hayan sido hechas por el mismo artista y la tercera que una cueva haya sido pintada por un artista que vio la otra (en este caso un artista que vio Niaux reproduciría después Santimamiñe). En todo caso serían el signo de movimientos amplios de los grupos de cazadores y de la pertenencia de estas tribus a un grupo cultural amplio unido por lazos de parentesco”.

Aquellos intrépidos jóvenes –se dice que eran vecinos de la zona– que hace cien años lograron entrar en la cueva, abrieron la vía del conocimiento de nuestro remoto pasado prehistórico. Un pasado que en 2016 trata de preservarse, dando lugar a acciones imprescindibles de conservación.

La Diputación Foral (Patrimonio) consciente de ese legado, ha iniciado nuevos estudios y coincidiendo con el día internacional de los museos, programa además de las II Jornadas de Espeleología y Patrimonio, visitas explicadas a la opinión pública muy recientemente. Santimamiñe como laboratorio cumple así sus objetivos.

La magia de un emblema: “El Mikeldi”, ejemplar único en Euskalherria

La Diputación de Bizkaia y la Fundación Gondra Barandiaran anunciaban a la prensa local, en junio de 2015, la ejecución de obras de limpieza y rehabilitación del Mikeldi y su entorno, en el Museo Vasco de Bilbao (*reducir su humedad y eliminar el ascenso de impregnación por capilaridad en la escultura*). Era imperiosa la limpieza de esta obra, ante la relevancia que la pieza tiene pues es única en el País Vasco. Hacía años que era imprescindible el saneamiento del patio circundante, asimismo, y la colocación de una urna que protegiera al ídolo. La reforma efectuada tuvo por finalidad prioritaria, obviamente, la conservación del Mikeldi. Todas estas acciones han concluido ya, y han dado lugar a la reapertura del claustro del Museo Vasco –el 2 de marzo de 2016–. Prestamos atención, por tanto, a este emblema cultural que los bilbainos podemos y debemos admirar en uno de los edificios más notables de la villa bilbaina: el antiguo edificio del siglo XVII que fuera iglesia y Colegio de San Andrés, originalmente pertenecientes a la Compañía de Jesús.

Esta sería la primera fundación colegial de los jesuitas en la villa, gracias a la generosidad de Domingo de Gorgolla, un bilbaino que alcanzó la condición de mayordomo del Cardenal de Toledo. Aquel edificio ha ido padeciendo avatares muy diversos a lo largo de los siglos (guerras, funciones diversas...), pero actualmente es conocido como Museo Vasco, y su edificio de fábrica exhibe su imponente solidez desde la plaza Miguel de Unamuno nº 4 y calles adyacentes, dando empaque a las Siete Calles.

En busca del toro perdido

Según la ficha técnica del Euskal Museoa, el Mikeldi es una escultura zoomorfa, tallada en piedra arenisca, de medidas bastante imponentes (130 x 190 x 71 cm). Se la data en la II Edad del Hierro, siglos V-I a. C., y su procedencia va unida a la desaparecida Ermita de Mikeldi, Iurreta (Bizkaia). Dicha escultura zoomorfa, *de bulto redondo*, es conocida como el "Idolo de Mikeldi". Representa un animal, un toro o verraco, entre cuyas patas y bajo el vientre aprisiona un disco. En el dorso y en su flanco derecho se observan lo que se han denominado "cazoletas" (horadaciones), a las que se han atribuido carácter mágico-religioso. La escultura pesa 1.560 kilos, tiene un volumen de 0,625 metros cúbicos, y es de una sola pieza. Para algunos investigadores, la piedra arenisca de su talla procede de las cercanas canteras de Gailandia (Iurreta).

Como en casi todos los descubrimientos prehistóricos, aquí también la fortuna se funde con la voluntad científica; sin embargo, su localización subraya el afán de investigación, la curiosidad científica y el amor por la cultura vasca de varios personajes. No hubo hallazgo puramente fortuito en este caso. Dos bilbainos de reconocido prestigio se empeñaron en rastrear lo que suponían indicios llegados a través de varios testimonios antiguos. Lo cuenta uno de ellos en su *Capítulos de un libro*, ("Miqueldico-idorúa") editado en 1864. Hablo de Trueba. También Delmás, aquel personaje polifacético, hijo de piamontés y castellana, bilbaino de pro, fue otro imprescindible en esta historia. Seve Calleja los tachaba en una reseña publicada en este mismo periódico, como "dos viajeros románticos, miembros ambos de la Comisión de Monumentos de Bizkaia". En verdad, hay que recordar que Delmas preparaba su conocida *Guía histórico-descriptiva de Vizcaya*, y Trueba acumulaba informaciones históricas. Fue en abril de 1864 cuando, según el relato de Trueba, visitando el paraje de Iurreta, entre zarzas y maleza, dieron con aquella piedra semi-enterrada. Gonzalo de Otalora en el siglo XVII había dado la primera pista ("*... se halla y ve una gran piedra, así monstruosa en la forma, como en el tamaño, cuya hechura es una Abbada o Rinoceronte, con un globo grandísimo entre los pies, y en él tallados caracteres notables, y no entendidos, y por remate una espiga dentro de la tierra. Está en campo raso (causa de mostrarse deslavado). No se tiene memoria de él, si bien corre por Idolo antiguo*"). Algo parecido sugirió el P. Florez, aunque su noticia es igualmente difusa.

Trueba cuenta explícitamente, además, lo que sigue: "El 10 de abril del presente año (1864) pasamos a Durango D. Juan Delmas y yo con objeto de examinar las antigüedades de aquella villa y sus cercanías. (...). El cacareado ídolo de Miqueldi, que ni uno ni otro habíamos visto aún, era lo que más excitaba nuestra curiosidad. Antes de entrar en la villa, tomamos una entrada que, por la izquierda tira hacia el río, y a cuyo término veíamos una ermita (que en lo antiguo fue iglesia juradera) y una ferrería o martinete. Nos hacíamos ojos buscando la famosa piedra, cuando como, veinte pasos antes de llegar a la ermita de San Vicente de Miqueldi, a la derecha del camino y entre los arbustos y las zarzas que forman el seto de una heredad, nos pareció descubrir una gran piedra arenisca, casi del todo enterrada y empezada a rozar por las ruedas de los carros. (...) Empezamos a despejarle de tierra y broza, y en efecto le descubrimos lo bastante para convencernos de que habíamos dado con lo que buscábamos...".

Se quejaron ambos de la precariedad de medios puestos al servicio de la Comisión de Monumentos, pues el *Miqueldico-idorúa* siguió "acostado en su fosa", hasta que en 1896 se logró desenterrarla y colocarla en su imponente verticalidad, para gozo de quienes supieron apreciar su trascendencia. Pero, efectivamente, pese a su descubrimiento permaneció parcialmente enterrada y "no fue hasta 1896 cuando fue colocada junto a la ermita de San Vicente de Mikeldi, lugar en el que permaneció hasta su traslado al museo en el año 1920", tal como precisa la información oficial del Museo Vasco¹.

El Mikeldi es un ejemplar único en el País Vasco, aunque se relaciona con esculturas zoomorfas de toros y verracos encontradas en enclaves de Zamora, Salamanca, Ávila, Segovia, Cáceres, Toledo, Orense, Pontevedra, Tras-os-Montes y Beira Alta (Portugal); ejemplares éstos que se diferencian del vasco, por el disco solar que queda entre sus patas. Entre las muchas interpretaciones que los arqueólogos sostienen, estas esculturas podían ser indicadores de límites, hitos camineros, tener carácter mágico, como protectoras del ganado y aseguradoras de la reproducción, señalización de pastos o monumentos funerarios.

Investigar rastros

El periódico *El País* se hacía eco el 26 septiembre 2013 de la publicación, a fortiori, de un estudio tridimensional del Mikeldi (tesis de Juan Carlos Santamaría Escudero y Javier Hernáez Domínguez de Vidaurreta) con objeto de identificar restos de posibles inscripciones en esta pieza arqueológica. Siendo diputada de Cultura Josune Aristondo y con el consenso de todos los grupos (PNV, Bildu, PP y PSE-EE) en Juntas Generales de Bizkaia, se había dado cauce a ese estudio, que la Diputación Foral impulsaba sobre el tratamiento que el Mikeldi merecía.

Su deterioro, afortunadamente subsanado hace poco, se debe al paso del tiempo y a su conservación defectuosa. No olvidemos que ha sido testigo y víctima de avatares diversos: durante las inundaciones de 1983, el agua lo cubrió totalmente. A instancias de la Diputación, se anunció por ello la intención de la Junta Rectora para tomar medidas que protegieran la escultura (El Correo 22 de octubre 2014).

La Alcaldía de Durango expuso también en su día la posibilidad de que retornase la escultura al municipio, pero el Mikeldi se funde desde 1920 con un objetivo cultural y museístico irrenunciable en la villa bilbaina. No obstante, una réplica exacta de la escultura fue recuperada, y hoy se encuentra instalada en un espacio privilegiado de Durango, en el parque de Ezkurdi.

Concluyo recordando que un estudio coordinado por Amaia Basterretxea se propuso en los 90 comprobar la posible aparición de otros elementos arqueológicos en el lugar donde se ubicó la ermita de San Vicente de Mikeldi y donde apareció el denominado "ídolo de Mikeldi" (KOBIE, serie Paleo-antropología, Bilbao Bizkaiko Foru Aldundia-Diputación Foral de Bizkaia N.º XX, 1992/93). La información disponible era en esos años casi inexistente. Del estudio al que nos referimos se coligen varios hallazgos: las excavaciones descubrieron enterramientos, muros y estructuras constructivas de la primera ermita, cuya aparición data del siglo XIV. Según este estudio hubo una nueva ermita bendecida el 24 de marzo de 1751, enlosada en 1758-59 y que en 1955 fue derribada. Pero, salvo una moneda del siglo XVI, poco más se pudo encontrar de relevancia; lo cual subraya **la originalidad de aquel ídolo** que hoy podemos contemplar embelesados en el Museo Histórico Vasco, en pleno corazón del Casco Viejo. Visita obligada para cualquier amante de la cultura vasca.

Su nuevo aspecto y el conjunto monumental que lo rodea, claustro incluido, bien valen un largo rato de diletantismo, a todas luces, muy recomendable.

El exilio bilbaino del pícaro Paret

A Bilbao le han pintado artistas muy diversos, pero hoy me acerco a uno, especialmente admirado por su cuadro del Arenal en el siglo XVIII, o su vista desde Olabeaga, o el del puerto de Bermeo. No digamos si el que pasa por la plazuela de Santiago y por Achuri, decide saber cuándo y quien diseñó las fuentes que se conservan en esos espacios.

Pintor y alcahuete

Ese pintor y diseñador de tantos elementos decorativos en Bilbao y algunas otras ciudades como Vitoria y Pamplona fue Luis Paret y Alcazar. Un tipo que vino a Bilbao como punto de interés para su propia promoción personal, y en circunstancias muy peculiares. Le habían desterrado de la Corte. Y enseguida diré por qué.

Había nacido en Madrid, en 1746. Su retrato le muestra con cara de petimetre, boquita pequeña, nariz respingona y gesto algo pícaro. Un pelín amanerado, diría yo, pero bueno, en el siglo XVIII y con aquellas peluquitas... ya se sabe. Autor de una obra de estricto cuño personal, en los últimos años, la historiografía ha reconocido su posición preeminente en la historia de la pintura española del siglo XVIII, como uno de los escasos representantes del estilo rococó. Según se dice, era un gran dibujante, investigador cualificado de la pintura y un hombre de gran cultura.

Hijo de madre española y padre francés originario de Theys, pequeña población cercana a Grenoble. Estudió en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. La oportunidad se la proporcionó el mecenazgo del infante don Luis de Borbón, hermano del rey Carlos III. En junio de 1766 estaba de regreso desde Italia, en Madrid, y comienza a pintar escenarios donde sitúa figuras de pequeño tamaño, con un dibujo preciosista que acentúa el sentido decorativo de la pintura. El arte de sus pinceles comenzó a ser apreciado en la Corte, en especial por los príncipes de Asturias, los futuros reyes Carlos IV y María Luisa. Como pintor de cámara (1774-1785) del infante don Luis, realizó las acuarelas de la *Colección de las aves* que contiene el gabinete de Historia Natural. Destaca *La cebra* (1774), verdadero retrato científico del ejemplar de esta especie que pertenecía al infante. Pero hay algo que interrumpe el éxito alcanzado. Y se le destierra a Puerto Rico, en 1775. Un antes y un después en su carrera artística.

La medida fue tomada por Carlos III, a instancias de su confesor el padre Eleta (franciscano), por estar relacionado con los galanteos amorosos del infante don Luis. Vamos a decirlo claro... se le acusó de procurar mujeres jóvenes a su regio mecenas, es decir medió como alcahuete en sus correrías amorosas. Dos años y medio permaneció en la isla caribeña de Puerto Rico. Y finalmente, el destierro le fue conmutado por la prohibición de residir dentro de las cuarenta leguas que rodeaban la Corte y los Sitios Reales.

Paret optó por establecerse con su familia en Bilbao, donde se le documenta a finales de 1778. ¿Qué pasaba? Pues lo habitual. Que aquí había dinero. La capital vasca le ofrecía nivel comercial, una burguesía interesada en arte, y un espacio sin gran competencia.

Las autoridades locales y varios particulares se percataron de él, porque además "se vendió bien". Aunque castigado y alejado de la Corte, Paret siguió gozando del apoyo de su mentor, el infante don Luis, quien le mantuvo el sueldo como pintor. De hecho, en 1780 es nombrado académico de mérito por la Academia de San Fernando.

Estando en la villa, retrata a un bilbaino adinerado de origen extranjero que residía en Bilbao, Francisco Javier Muñoz Goosens, y decide pintar asimismo su propio autorretrato.

El primero era un oficial de Marina que acudió al rescate de los 7.000.000 de pesos fuertes que se hundieron con la nave *San Pedro de Alcántara* el 3 de febrero de 1786 en la ensenada de Papoa. Punto difícil de navegación en la costa del Peniche portugués, al norte de Lisboa. Este galeón había zarpado desde Perú rumbo a Cádiz, completamente cargado de tesoros y metales preciosos. Naufragó en las aguas bravas del Atlántico, dejando todos sus tesoros sumergidos.

No fue el único retrato. Pintó a su propia mujer un bello retrato durante su etapa bilbaina.

Esta estancia en Bilbao, intensa y brillante, descubrió a un artista polifacético capaz de llevar a cabo proyectos decorativos a gran escala y de trazar arquitecturas urbanas y religiosas: el retablo y monumento pascual para la iglesia de Santiago de Bilbao, *la Invención de la Santa Cruz* para la capilla familiar de los Gortázar, *El martirio de santa Lucía* para la iglesia vizcaína de Larrabezúa, la decoración de la capilla del ayuntamiento viejo, y diversas fuentes para Bilbao y Pamplona.

Ligado a la Ilustración vasca, que tuvo en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País a su máximo órgano representativo, en 1785 dibujó el Retrato de Xavier María de Munibe, conde de Peñaflores, primer director de la sociedad, cuya estampa abriría el grabador Manuel Salvador Carmona. Como ilustrado se relacionó con la élite cultural, entre ellos José María de Aguirre, V conde de Montehermoso, y con Joaquín Hurtado de Mendoza, conde de Villafuente Bermeja, quien atesoraba en su residencia vitoriana una vista de Portugalete y otra del Arenal bilbaino pintadas por Paret, que ya he citado.

Muy amigo del médico alavés José Santiago Ruiz de Luzuriaga, le pintó un trampantojo dibujado que representaba una mesa con varios papeles dispuestos en armonioso desorden. La fama, pasada y presente, le llegaría con la serie de los puertos vascos del Cantábrico, sin duda alguna, los paisajes más bellos producidos en el siglo XVIII español, como se ha dicho. Comenzó a pintarlos en sus primeros años de estancia en el País Vasco para deleite de particulares y coleccionistas vascos.

El éxito cosechado en Bilbao del pintor llegó a oídos de Carlos III, quien el 4 de julio de 1786 le perdonó, en cierto modo, y le encomendó dos paisajes al año para la decoración de sus palacios. Y Paret elige –como no podía ser de otro modo– a La Concha de San Sebastián, El puerto de Pasajes, La vista de Bermeo, El Arenal de Bilbao y El astillero de Olaveaga. Paisajes que son una radiografía costumbrista ideal. Con escenas de la vida cotidiana, de sus gentes llenas de gracia y belleza.

El muelle del arenal que está en el Museo de Bellas Artes es crucial para conocer el Bilbao de 1784. Allí se observan con total claridad las características del desaparecido palacio de Quintana, al fondo, el monasterio de San Agustín, espacio donde se asienta el actual ayuntamiento de Bilbao, la Sendeya, casas de Ripa... estibadores, comerciantes y mujeres cargueras, carros, bueyes, toneles, dos perros... También aparecen los pretils que se asemejan a los que utilizó para sus fuentes. Barcos varios y la bandera del Consulado.

Perdón y retorno

Fallecido el infante don Luis, el pintor solicitó al rey el final de su destierro. El 25 de noviembre de 1785 Carlos III le levantó la prohibición de instalarse en Madrid. Vuelve a Madrid y participa en las decoraciones de la proclamación de Carlos IV y María Luisa de Parma.

Hacia 1775, por cierto, se casó en Madrid con Micaela Fourdinier, hija de un adinerado comerciante de muebles decorativos que le daría dos hijas nacidas en Bilbao.

Dice su estudioso, José Luis Blanco, que "La correspondencia bilbaína ha puesto de manifiesto además que actuaba como marchante de obras de arte, tal vez aprovechando el entramado comercial que le ofrecían la familia Fourdinier; y no hay que descartar que participase de forma directa en el diseño y en la decoración de los muebles que se vendían en su casa de comercio".

En noviembre de 1785 Carlos III le levantó la prohibición de instalarse en Madrid. Vuelve a la Corte, y participa en las decoraciones de la proclamación de Carlos IV y María Luisa de Parma. Su muerte dejó un vacío insustituible.

Fuentes de Bilbao

Las fuentes que diseñó en 1785 culminaron las obras de la tan esperada traída de aguas, gracias al tesón del corregidor D. José Joaquín Colón de Larreátegui, quien, durante los años 1783, 1784 y 1785 y bajo la dirección técnica de Ignacio de Albiz y Juan de Iturburu, consiguieron esa aspiración de la villa. Con los fondos que tenían, construyeron fuentes de agua potable para uso y servicio de sus habitantes. Y para remate de la traída de aguas, se procedió a la creación de dos fuentes, una en la plazuela de Santiago y otra en proximidad al muelle de la ría, en la plaza del Mercado, junto al puente viejo de San Antón que, actualmente, está ubicada en la zona de Atxuri.

Paret que, como dije, residió en Bilbao durante ocho años (1779-1788) tuvo ocasión de proyectar las fuentes. Apuntan, ya, a una interpretación neoclásica que desde la Academia de Bellas Artes de San Fernando se irá imponiendo en la arquitectura peninsular.

Trabajadas en "jaspe blanco" de Azpeitia, dice Elías Mas, para otros el pilar de planta cruciforme fue labrado en jaspe de Ereño. La de la plazuela de Santiago presenta cuatro caras cubiertas con placas de mármol blanco, donde constan inscripciones y surtidores de agua. Sus ángulos imitan sillares almohadillados. La pila está constituida por diferentes molduras. Como elementos decorativos destacan las guirnaldas de bronce de las placas. Fueron labradas por Ignacio de Arzamendi y los adornos de bronce los fundió José Ballema. Cuadrangular y exenta, es equilibrada y culmina en un bello jarrón con adornos de bronce.

La fuente situada, hoy, en Atxuri, realizada en idéntico material y diseñada para estar adosada a un muro, remata en un pequeño grupo escultórico en el que un geniecillo soporta el escudo de la villa, apoyado, a su vez, en la cornucopia de la abundancia.

En ambas fuentes la referencia grabada es igual y su texto se desarrolla en los siguientes términos: "Reinando Carlos III la N. Villa de Bilbao por el bien público año de MDCCLXXXV".

Luis Paret, volvió a diseñar más fuentes públicas en breve tiempo. En 1788 proyectó dos para Pamplona.

Sin duda, la oportunidad del mecenazgo del infante don Luis de Borbón, hermano del rey Carlos III, quien le costeó el viaje y la estancia durante dos años y medio en la Ciudad Eterna sirvió de aprendizaje fundamental para el talentoso Paret.

El neo-morisco o neo-mudéjar en Bilbao

El estudio de la arquitectura del siglo XIX, es probablemente uno de los capítulos más jóvenes de la historia del arte español, y como sostiene Pedro Navascués Palacio, ha debido de romper inicialmente una serie de prejuicios graves. Se torna algo suspicaz cuando cataloga y caracteriza, pero contiene –sin duda– facetas apasionantes que requieren de análisis interdisciplinar innegable.

El aspecto que nos interesa en este nuevo artículo se refiere al denominado estilo neo-morisco, que tanto predicamento tuvo en la ornamentación y diseño decorativo de interiores a finales del siglo XIX. Bilbao fue un entorno favorable a este tipo de arte decorativo, como podemos confirmar en esa suerte de museo interior que aún se conserva en distintos espacios públicos y privados.

La fórmula de reconstrucción ampulosamente cercana a una estética que recordase la tradicional de inspiración musulmana fue abundante. Un “revival” inspirado en los arcos de la mezquita de Córdoba, en los patios granadinos de la Alhambra y tantos otros elementos arquitectónicos heredados de tiempos inmemoriales. El estilo estuvo de moda a finales del siglo XIX y principios del XX, y recibió también la denominación de neo-mudéjar. Fue bien aceptado en Bilbao, en La Habana y hasta en Praga... Es decir, en multitud de ciudades donde hubo alguna suerte de vínculos con tradiciones orientalistas, o por puro capricho arquitectónico.

El salón de La Cava, el Salón Árabe del ayuntamiento, y el café Iruña

Los arcos poli-lobulados entrelazados, semejantes a los del Salón Dorado del palacio de la Aljafería de Zaragoza y de la Mezquita de Córdoba fueron referentes de muchas experiencias en fachada e interiores. Pero además de lo materializado en obra, se percibe, o así queremos interpretarlo, una noción que hace aflorar el encantamiento de lo imaginado, cuando no de lo soñado, y en el que subyace gracias a este tipo decorativo lo simbólico y lo percibido, fundiéndose en una recreación evocadora y exótica.

Las claves de esta peculiar estética arquitectural subrayan tonalidades clásicas e inventadas, excesos áureos y motivos que son un talismán diferenciador frente a lo convencional de las estancias que la burguesía quería disfrutar. Todo ello en un intento de distinguirse deambulando por lo peculiar de algo reinventado.

La percepción de un mundo de raíz hispánica transforma las curvas y líneas de sus paredes en laberintos de misterioso significado decorativo. Se encierra así la atmósfera de la estancia privada (salones de elegantes palacetes o de salones), y también la estancia pública (recintos oficiales, cafés, patios de estaciones ferroviarias, plazas de toros, edificios termales, etc.) en legendarios remedos de aquellas antiquísimas herencias musulmanas, entretejidas de resonancias culturales diversas. Y caminan, de este modo, también, de la mano de otros cánones estéticos como el *art nouveau* y modernismos diversos que dejaban constancia de su empuje en estos años a caballo de una centuria que concluía y otra que comenzaba.

El jeroglífico se codifica por artesanos reconocidos por sus habilidades reproductoras. Son gentes como el maestro de obras Domingo Balet Nadal (en Barcelona), o Joaquín Sevillano, quien construyó y pintó en 1869 por deseo de la familia Ybarra la decoración de traza morisca del salón principal de su palacete en La Cava. Una primera pieza a la que referirse, por tratarse de una primera señal de este gusto decorativo en la villa, cronológicamente hablando.

De los dos palacetes que se construyeron y hoy sobreviven en la avenida de las Universidades, uno para la familia Vilallonga-Ybarra, y otro para sus padres, la casa de la Beata conserva afortunadamente todavía elementos originales de gran interés.

Rafaela de Ybarra contrajo nupcias a la temprana edad de dieciocho años con José Vilallonga y Gipuló, nacido en Figueras, de familia emprendedora y relación industrial con los Ybarra. Ingeniero, persona bondadosa, demostró talento hasta para mantener aquella relación sumamente especial con su esposa. En 1869 se trasladaron a vivir a la finca de Deusto sita en el paraje conocido como «La Cava». Los dos únicos palacetes que aún se conservan en ese tránsito fluvial son hoy lugar de memoria de muchos acontecimientos históricos, pero uno y esencial, el de la vida y obra de la Beata. Allí sienten los efectos de la última guerra carlista (1872-1876). Se habían padecido ya dos sitios, y este tercero para Bilbao no fue menos trágico. Como decimos, aquellos inmuebles de lugar conocido en el entorno de Deusto fueron ocupados por los palacetes de ambas familias (1869), residencia de Gabriel María de Ybarra, de su hija Rafaela y de su yerno José Vilallonga. Entre los constructores de ambas casas estuvo el mencionado pintor artesano José Sevillano, quien quiso dejar constancia histórica de su protagonismo firmando en el ribete que jalona el techo decorado con toda suerte de formas neo-mudéjar, con un explícito referente de su nombre y apellido, la fecha de construcción y un elocuente lema: “Ybarra mandó hacer”.

En el caso del **Café Iruña** situado frente a los populares Jardines de Albia, inaugurado el 7 de julio de 1903 por el gran promotor navarro D. Severo Unzué Donamaría destaca, entre varias originalidades, la calidad de sus azulejos y la no menos singular decoración de inspiración mudéjar, con techos policromados y una abundante colección de pinturas murales

Divulga la historia oficial de este conocido café bilbaino que “una vez terminado el edificio o cuando estaba para concluir, en 1889, comenzaron las obras de ornamentación y decoración, amueblamiento, etc.”. Pero en esta oportunidad fue el artista decorador José Soler, de Deusto, quien pintó el Salón Árabe, a base de imitaciones de mármoles, maderas y de marfil, así como las 96 columnas. En el Iruña bilbaino se colocó un zócalo de azulejos finos de estilo musulmán, asimismo, procedentes de la fábrica de porcelana de La Cartuja, de Sevilla, y de la reconocida fábrica sevillana Pickman y Cía.



Salon Árabe del ayuntamiento de Bilbao.

Respecto del ayuntamiento de la villa, del que se dispone considerable información, sabido es que el popular y arquetípico salón árabe, constituye una pieza central de notable interés. La historia del edificio ha sido objeto de análisis en contadas ocasiones, digamos por ello simplemente que los vestíbulos y galerías, salones y despachos fueron pintados al óleo por diversos pintores y decoradores de Bilbao, tales como Luis Quintana, Juan de Landaburu, Francisco Dapousa, etc. La gran cristalería de colores del techo de la escalera, de 6,70 m por 2,20 m, con el escudo de Bilbao y dibujos grabados en ella, fue obra de don Amadeo Deprit, de Bilbao. También fueron de su ejecución los cristales artísticos del Salón Principal, siguiendo los dibujos de lacería morisca, ejecutados por el arquitecto Rucoba, director de las obras de esta casa consistorial.

Como muchas otras piezas, este Salón Árabe del ayuntamiento bilbaino fue reflejo de una moda generalizada. En su mayor parte algunos salones fueron derribados. Quizás los excesos decorativos terminaron por generar un cierto rechazo, pero los que subsisten son hoy una muestra histórica interesantísima que enlaza con un cierto romanticismo empeñado en recrear el arte de resonancia medieval que tanto gustaba a comienzos del siglo pasado. Entre estos salones, destacan el de la condesa de Lebrija en Sevilla, los de los ayuntamientos de Utrera y Bilbao, y el salón marroquí del Museo del Ejército de Madrid.

El banco-fuente de Adolfo Guiard

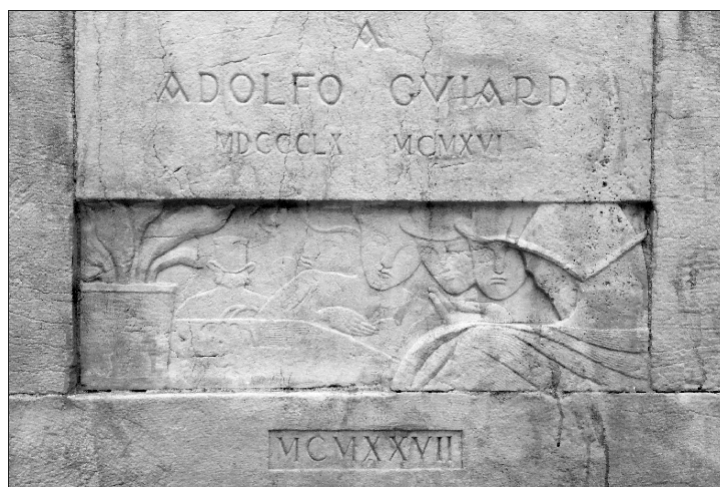
Es bastante probable que cuando una se pasea por el parque de Doña Casilda, al llegar al punto más cercano antes del cruce hacia el Palacio Euskalduna, se pregunte el significado de un banco de piedra blanquecina con una fuente en su mitad, y cuyos relieves *art déco* son testigos de un tiempo crucial para la historia del arte en Bilbao. Ese banco-fuente se dedicó al artista bilbaino Adolfo Guiard. Como el propio pintor dijo en algún momento, un banco para descansar y "para no pensar en nada". Y a mí me obliga a explicar, como en tantas cosas pequeñas pero curiosas de mi ciudad natal, que ese banco tiene mucha historia.

En 1927 se preparaba un festejo en homenaje y beneficio de la Asociación de Artistas Vascos por iniciativa de varios personajes bilbainos, conscientes de sus penurias. Entre varios actos, una pantomima circense seguida de cena y baile en el hotel de moda, el magnífico hotel Carlton, logrado finalmente en el Ensanche. Decoraron aquella pista cubista nada menos que Guezala, Ucelay, Arrúe, Aranoa y Maeztu, cuenta uno de mis escritores costumbristas favoritos: Alejandro de la Sota, quien describe la *animalandia* de papel que colgaba del techo (desde jirafa a elefante) como obras de arte pintadas por aquellos artistas. Allí hubo de todo, cantos, parodias, representación de glorias deportivas y todo un conjunto de versos, ripios y demás divertimento. Pocos días después y más relevante, se declaraba la "semana Guiard" y en la sede de Artistas Vascos se colgaban sus obras más destacadas (de colecciones particulares, etc.) y lo que nos interesa describir en este caso: **se inauguraba el banco-fuente.**

El Grupo El Oriente

El autodenominado “Grupo El Oriente” intervenía en el homenaje al aire libre en el banco instalado en el parque. Aquel grupito lo presidía un bilbaino de toda la vida... cuya familia había venido de Inglaterra y se quedó. Era D. Guillermo Greaves, y junto a dichos “orientalistas” estaban Severino Achúcarro, Juan de Irigoyen, Luis Lewison, Jacinto Miquelarena, los hermanos Real de Asúa, Alejandro de la Sota, Félix Valdés y Ramón Zumárraga entre varios más. Habría que aclarar quién era Adolfo Guiard, obviamente. Nacido en 1860 y fallecido en 1916 fue un pintor formado en las corrientes impresionistas que enlazan con una generación de intelectuales (Kurdig Club incluido) y que amigo de notables como Ramón de la Sota (quien le invitó a permanecer en Londres unos meses) pudo iniciar la puesta en marcha de las famosas exposiciones de Bellas Artes de Bilbao a comienzos del siglo XX. Guiard, Losada y Regoyos formaron una trilateral artística decisiva. Entre muchos datos de su dilatada biografía consta su pintura (tablas) para las vidrieras de la Casa de Juntas de Gernika, y sus cuadros como *La niña del clavel* o *La ría (Luchana)* pintados en su casa de Deusto ETXAXU. Intervino en la Asociación de Artistas Vascos como artista invitado. Murió un 8 de marzo con 55 años aquejado de una pulmonía.

Sus amigos quisieron hacer justicia a Guiard, por considerar su condición de gran artista, y también por ser “gran arlote”, fino, chirene, y ante todo entrañable. Despertaba una estela de admiración, como dijo en aquella ceremonia el propio Alejandro de la Sota (“Sir Archibald”). Por decisión de la comisión organizadora en aquel homenaje inaugural del banco, Sota expuso en un breve discurso lo más destacado de la vida y obra de Adolfo Guiard. En nombre del Ayuntamiento también tomó la palabra el capitular Sr. Deprit.



Banco promovido por amigos de Adolfo Guiard, en homenaje a su carrera artística.

Obra de Seguro y Agüero.

En ese mismo acto la Schola Cantorum con el maestro Corto interpretaron a cuatro voces *Viva San Joaquín, Los Anguleros, Viva Achuri y el zortziko "A Bilbao"*.

La jovencísima María Mercedes Valdés y Amézola depositó por delegación de aquel simpático grupo de amigos “El Oriente” un ramo de flores al pie del monumento.

Prácticamente desconocido hasta en las informaciones oficiales y oficiosas que circulan por internet, **el banco había sido obra de los artistas Segurola y Agüero.**

Segurola y Agüero

Estanislao Segurola arquitecto vizcaíno nacido en Las Arenas el 10 de febrero de 1891 y fallecido en Bilbao el 7 de febrero de 1954 simultaneó el ejercicio de su profesión y los servicios de la Administración. Desde 1922 ejercía de arquitecto del Ayuntamiento de Begoña hasta su anexión. Posteriormente, llegó a la jefatura del servicio de Incendios y del Hospital de Basurto. Otro proyecto conocido de su autoría fue el "*kindergarden*" de Deusto y el gimnasio para el Colegio Alemán. También diseñó interiores junto a Félix Agüero –café Nervión, el casino de Artistas o el bar Pacho—. En 1929 llevó a cabo el plan de extensión de Bilbao y llegó a idear algunos proyectos como el canal de Deusto, el túnel de Artxanda por Ugasko o la ampliación de Bilbao por el valle de Asúa.

Su colaborador, Félix Agüero, era un delineante que recibió las aguas bautismales el 1 de agosto de 1893 en la iglesia de San Nicolás de Bari, próxima a su casa de Ascao. De gran creatividad, dominaba distintas disciplinas, pintor, dibujante, grabador e ilustrador. También fue caricaturista. Su relación con destacados intelectuales de su época le permitió entrar en contacto con varias publicaciones. *La Esfera* publicó el 12 de agosto de 1916 un número extraordinario dedicado a Bizkaia, cuya portada con el escudo de este territorio era suya. En 1918 expuso dibujos en el Salón de Exposiciones de Delclaux. En el año 1920 ya era miembro de la Asociación de Artistas Vascos. Antonio Guezala era entonces su presidente, Ricardo Arrue el vicepresidente, Alberto Arrue, secretario y tesorero Quintín de Torre. Murió el 23 de enero de 1960 en Bilbao.

Como escribí en mi libro *Alejandro de la Sota, un dandy bilbaino*, la sencillez y su sincera devoción hacia los significados culturales y deportivos de esta ciudad, desde comienzos de siglo XX, siempre le tuvieron en medio a este singular personaje. Como singulares fueron, también, aquellos artistas vascos de su generación.

Sin duda la atractiva y empática personalidad de Guiard los unió, reconociendo su talla artística y la necesidad de gratificar el impacto de su estética en esta ciudad en la que iba superándose el déficit artístico y cultural, tras años de sequía.

El banco-fuente es, por tanto, un lugar de memoria que debe tratarse con el respeto que merece. Y aclaremos que los grupos escultóricos cercanos, erróneamente identificados en algunas páginas en internet como parte del monumento, nada tienen que ver con el banco, pero crean un conjunto muy bello. Corresponden a dos relieves de Enrique Barros.

Zuloaga y sus retratos de bilbainos

A raíz de la celebrada exposición en el Museo de Bellas Artes de 2019, se recuperaba otra imagen del pintor eibarrés Ignacio Zuloaga (1870-1945). Pero nada mejor que recordar lo que escribió Miguel de Unamuno sobre él –de nuevo– para adentrarnos en algunas consideraciones sobre sus retratos. En especial, sobre los personajes ligados a la sociedad bilbaina que quiso inmortalizar con sus pinceles. Unamuno escribía en *La Nación* (Buenos Aires, 24 de mayo de 1908) sobre *Zuloaga el vasco*, valorando su proyección internacional y criticando la pacatería de quienes cultivaban solamente la imagen “del viejo solar”, solazándose en exceso con un folklorismo oportunista.

Zuloaga retratista

Es la faceta de retratista la que resumo ahora a grandes zancadas; por la que señalo solamente algunos retratos de personalidades destacadas a las que conoció muy de cerca. Me interesa, asimismo, el pintor bohemio y amigo de sus amigos. Especialmente, muy cercano a los melómanos de esa generación de la “bimba” que compusieron los miembros del Kurding Club. Aquellos, luego reconvertidos en una apuesta musical encomiable – la creación de la Sociedad Filarmónica–, los Gortazar, Arisqueta y demás fundadores fueron protagonistas del cuadro que la sociedad conserva. Según la versión pictórica de I. Zuloaga, la moralina pacata de la sociedad burguesa era criticada con gracia innegable. Los personajes que «se salen» del marco en el *Amanecer*, tal como hacen también los personajes de otra pintura perteneciente a la Filarmónica firmada por Losada, componen una divertida escena. Describe a los del Kurding tras una noche de juerga, saliendo del Casco Viejo hacia El Arenal en condiciones de evidente “kurda”. La obra es de primera etapa (1891-1898). La imagen ofrece la impresión de ventana que bordea la pintura y con este recurso, Zuloaga desarrolla una especie de juego óptico. Los protagonistas, bilbainos de pura cepa, eran Juan Basterra, Francisco Ygartua, José de Orueta, Juan Carlos Gortázar y Ricardo Gaminde. Se muestra San Nicolás, Mallona y el verde arbóreo de El Arenal, con el Tilo frente a la iglesia. Pese al aire nebuloso se distinguen perfectamente a los jacarandosos de El Cuartito, porque el trazo del dibujo de Zuloaga es concienzudo.

Escribía Lafuente Ferrari en 1950 que “Zuloaga otorgaba a sus modelos una cierta grandeza de representación, una monumentalidad de forma que, animada por la fuerza y la vida, suele hacer de sus retratos algo inolvidable. Ante sus modelos el pintor se sentía siempre tentado a eliminar notas del complejo individual”. En verdad, pese a las enormes diferencias de estilo entre Sorolla y él, Zuloaga captó igualmente rasgos esenciales de sus personajes. Y los hacía transitar al lienzo con energía, lo que le otorgaba –se ha dicho siempre– un cierto parentesco con Velázquez.



Miembros de El Cuartito.

Perfectamente definido, el *Retrato de Sir Ramón de la Sota y Llano* (1918) es un óleo sobre lienzo, joya perteneciente al Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco. El retrato muestra al influyente **D. Ramón de la Sota** con la apariencia –pero solo eso– de un hombre de escritorio bilbaino, de aire bonachón, y que no destaca por su atuendo. Zuloaga no pretendía desdibujar la capacidad de mando del gran patrón industrial, sino al ciudadano de un Bilbao del Casco Viejo, con el paisaje de la ría. Todo muy simbólico. Ambas orillas aparecen con factorías y arsenales, evocando la presencia naviera del apellido. Convendría por ello recordar aquí las palabras atribuidas a Eugène Fromentin al contemplar un cuadro de Rubens, y que también se imputan a Mourlane Michelena cuando vio el retrato que Zuloaga acababa de pintar a Sir Ramón de la Sota: “Ese burgomaestre, ¿es de Bilbao? Es Bilbao”.

Pero como señaló Lafuente Ferrari, el eibarrés no necesitaba de complicaciones adulatorias. En el retrato de la señora de D. Ramón de la Sota, dibujo que no llegó a pintar, Zuloaga exhala todavía mayor ternura hacia la dama.

El pintor fue siguiendo un camino de reconocimientos, antes y después del cambio de siglo, que le permitió una serie de encargos hasta parecer cultivar el retrato como género profesional.

Retratos y retratados insignes

Sin recoger un listado exhaustivo, citaré los excelentes retratos de la marquesa de Mac Mahón, de la señora de Garay, de la señora de Larragoiti, del conde de Aresti y de D. Venancio Echevarría. El **de José Orueta Pérez de Nenín** y el de su mujer Aurora Rivero de Orueta (1897) son igualmente interesantes. De José Orueta cabe recordar infinidad de datos, pero baste decir que fue miembro de la Junta de la Filarmónica y vicepresidente de la Sociedad de Estudios Vascos. Su actividad empresarial comenzó en 1891 al asociarse a un grupo de ingenieros para crear la empresa Talleres de Zorroza, con fábrica en el barrio de Olaveaga dedicada a las construcciones metálicas. En 1901, esta empresa se fusionó con otras tres para crear la Sociedad Española de Construcciones Metálicas (SECM). Hombre importante, en las legislaturas de 1905 y 1914 obtuvo representación por Guipúzcoa, además de ser diputado provincial por los distritos de Tolosa y San Sebastián en 1914 y 1923. Participó en una comisión extraparlamentaria encargada de la elaboración de un proyecto de Estatuto Regional para el País Vasco. Sus Memorias son deliciosas.

Miguel de Unamuno también posó para Zuloaga. En su cuadro ya es un hombre avejentado, desterrado. Por contra, el retrato de Sorolla, inacabado y perteneciente al Museo de Bellas Artes, dio santo y seña de un Unamuno altivo y a la vez pletórico. Zuloaga, a demanda de la Hispanic Society de N. Y., retrató al exrector de Salamanca viviendo un cierto drama. En el cuadro hay paisaje, pero es el cielo el que evoca el sentido de la existencia del viejo don Miguel ante una mesa, libros, plumas de ave, cuartillas, y su conocida afición a la papiroflexia o cocotología: con una pajarita de papel.

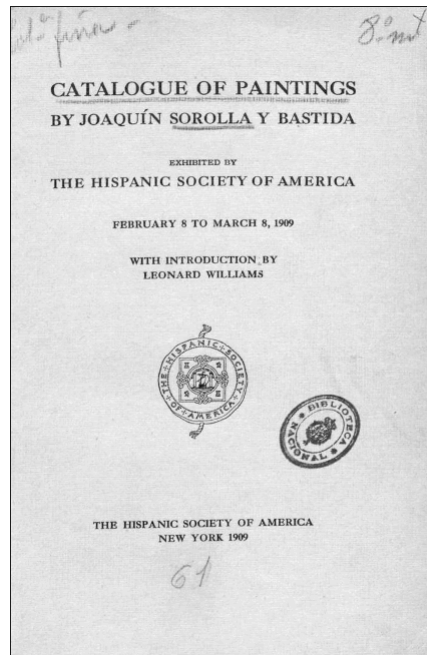
El número que *Hermes* le dedicó, subrayaba cómo Zuloaga había llegado a convertirse en embajador de la España negra y de su profunda esencia vascongada. Suene a tópico o no, carezco de espacio para analizarlo y para rebatirlo. Conviene, en cambio, recalcar algo que Ana Galilea sostuvo en un artículo publicado en KOBIE (1989). Zuloaga decía de sí mismo: "Yo no soy retratista". Yo digo, en cambio, que lo era realmente. Bilbao lo recuerda en su callejero con una vía en Deusto. Conste, pues, este pequeño homenaje en el 150 aniversario de su nacimiento.

Amigos bilbainos de Sorolla

Joaquín Sorolla y Bastida fue testigo de un convulso tiempo histórico, y además, el pintor vivió de forma muy dinámica su carrera. Sin resumir toda su dilatada biografía solo destacaré el hecho de que, adentrándose en de la nueva centuria, el escenario internacional que pudo conocer al consagrarse como pintor de prestigio difería de lo acontecido en España. Bien es cierto que las ansias de modernización se dejaron sentir de manera contundente durante los primeros decenios del siglo XX. Huérfano a los dos años y acogido por la familia de una hermana de su madre, el joven Sorolla demostró dotes para el dibujo desde muy pequeño. El resto de su historia de vida nos lo sitúa al amparo de quien sería su mentor y después su suegro, el afamado fotógrafo Antonio García Peris. Gracias a una beca, estudió en Roma (1884 a 1889). Luego conoció París y Londres y nada le apartaría del resto del mundo. Sorolla viajó en unos años extremadamente cruciales. Desde 1900 y hasta los inicios de la dictadura de Primo de Ribera (1923, fecha de su fallecimiento), los avatares de la política española fueron enormemente complejos. Una antesala adobada por distintos desajustes estructurales que condujeron a crisis sucesivas. A su amigo José Benlliure, como he comprobado a través de la correspondencia que mantuvieron, le escribía desde San Sebastián el 6 de septiembre de 1917, cuando Benlliure ostentaba el cargo de director de la Academia de España en Roma: "España entra ahora en un periodo nuevo, España será rica, y quizás fuerte y cuando todo esto sea un hecho, pensará en el Arte, pero para entonces ni nosotros ni la generación que nos sigue lo verá. España nunca fue rica, ni fuerte, –sólidamente– vivió una vida de apariencias, ahora va

de veras a la prosperidad". "La inquietud reinante –añadió (crisis y huelga de 1917)– y el desarrollo actual son la muestra de nueva vida que Dios quiera se pase a ella sin desgracias personales" (sic).

Como es sabido, su éxito económico se patentiza desde 1905. Su fama se acentuó gracias a la siempre recordada exposición en Nueva York de 1909, cuando obtuvo un éxito relevante y el eco de su calidad le consagró internacionalmente. Luego lo haría de nuevo en 1911, en el Museo de Arte de San Luis y en el Instituto de Arte de Chicago. Y finalmente llegó el encargo para la Hispanic Society de New York: catorce murales que decoran las salas de la institución, y van dedicados a varias Regiones de España y Portugal. Sus estancias en el País Vasco son conocidas. Veraneó durante años en Donostia, y Zarauz fue también lugar de su preferencia, al disfrutar con su familia de la playa que tan deliciosamente pintó con su técnica luminista. Lequeitio fue otro enclave costero que visitó durante sus estancias veraniegas donostiarras. Pero el arco de sus amistades no se limitó a artistas, pintores o veraneantes de postín con residencia en San Sebastián. Conoció a varias familias y artistas vascos que formaron parte del elenco de sus amigos más entrañables. De ese grupo de amigos (el Dr. Madinabeitia, el Dr. Simarro, Rogelio Gordon, José Salis, el conde de Artal, Alejandro Anitua, etc.) señalo en concreto a Carlos Urcola.



Catálogo de las pinturas de Joaquín Sorolla para su exposición en la Hispanic Society de Nueva York, 1909.

Un amigo y cliente de la alta burguesía bilbaina

Los Urcola y los Sorolla mantuvieron una relación de amistad entrañable. Sus contactos en Madrid con clientes adinerados nos remiten a un número apreciable de vascos. Pero en el caso de Carlos Urcola, esa relación fue más allá de lo contractual. Los Urcola venían de una familia bilbaina afincada en Andalucía y Madrid. Sorolla los retrató con especial esmero. Uno de esos cuadros va datado en 1914 y en él aparece Carlos Urcola junto a su hija Eulalia, la tercera de los tres hijos de esta familia compuesta por Carlos Urcola Ybarra y Eulalia Molina, quienes fueron padres de Carlos, Fermín y Eulalia. *Retrato de Carlos Urcola Ibarra con su hija* es un lienzo de 166 por 92 centímetros en cuyo borde superior izquierdo se puede leer la dedicatoria del famoso pintor: "A mi amigo Carlos Urcola, J. Sorolla". El entronque familiar de esta familia nos sitúa en el entorno de los Ybarra bilbainos. Efectivamente, los Ybarra Arregui de Bilbao fueron varios hermanos. Una de las hermanas, María Dolores Ybarra Arregui casó con Fermín Urcola Herrán, quienes tuvieron a Félix, Ignacio y Carlos. De los tres, Félix Urcola se convirtió en un conocido ganadero, pues en 1902 adquirió la mitad de la ganadería sevillana de Adalid de la Casa Vistahermosa. Sus toros estuvieron en las plazas de Vista Alegre, Indauchu, Plencia y en muchas otras plazas de España. Según se cuenta, Bombita, Cocherito de Bilbao, y El Gallo fueron algunos de los afamados toreros que lidiaron sus toros. Carlos dejó Bilbao para establecerse en Madrid. Era aviador y miembro del Real Aéreo Club de Madrid.

La niña rubia del retrato, Eulalia, que a su vez caso con Germán Álvarez de Sotomayor, entroncó con una estirpe sureña de tronío. Su abuelo materno había sido Juan María Ybarra y Gutiérrez de Cabiedes. Sin embargo, las crónicas locales dan la razón a quien destaca como verdadero personaje –sobre todos– a su padre, Fermín Urcola Herrán. Su apellido procede de Orendaín (Gipuzkoa), Aramaio (Álava) y Durango que es el tronco al que pertenecen los Urcola de Bizkaia. Había sido bautizado en Durango, en 1835. Presidió la comisión de festejos, con motivo de la visita de la reina Isabel II a Bilbao en setiembre de 1865. Fue diputado general por el bando Oñacino en los años 1862 a 1864. Con el alcalde Ricardo Arellano Arróspide fue teniente del Ayuntamiento de Bilbao en el año 1872. El alcalde de ese periodo fue Francisco Pedro Mac-Mahón. Fermín Urcola fue presidente de la Sociedad Bilbaina durante 1877 y de la Corporación Provincial tras la abolición de los Fueros. Por parte paterna, como por la materna, poseían una gran fortuna. Era un terrateniente con propiedades en Durango, Ermua, Iurreta, Abadiño, Mañaria e Ibárruri. Fermín contrajo matrimonio con Lola Ybarra Arregui, el 28 de julio de 1861, y con esta boda consolidaron una riqueza patrimonial muy importante. Se casaron en la capilla de Nuestra Señora del Carmen, mítica fábrica que precedió a la fundación de otras factorías siderometalúrgicas en Barakaldo. El tío de la novia era Ramón Ybarra Arregui vicepresidente de Altos Hornos. Su hijo Carlos, como ya he señalado previamente, tuvo la posibilidad de vivir como un rentista en Madrid y dedicarse a sus aficiones. El Arte no le fue indiferente y su amistad con Sorolla hizo que este pintara, asimismo, a sus hijos varones, y que dedicara otro

cuadro a su esposa, elegantemente vestida de negro y con mantilla. Lo gestual de este retrato de su esposa pone de relieve –de manera elocuente– la intencionalidad del insigne pintor, quien captó el carácter de la dama, al igual que la ingenuidad de su hija Eulalia.

Carlos Urcola no dudó en ofrecer su casa de El Pardo a la familia de J. Sorolla en momentos en que María, una de las hijas del pintor, estaba recuperándose de la tuberculosis que había contraído. La preocupación de Sorolla y de su esposa Clotilde ante la enfermedad de María consta en el epistolario que mantuvieron, y en la decisión de pasar una temporada en casa de los Urcola, tratando de que el clima de montaña en la sierra madrileña facilitara la recuperación de la convaleciente. Las fotos que el archivo de la Casa-Museo Sorolla conserva, muestran a miembros de ambas familias jugando al golf en El Pardo y manteniendo una relación social de verdaderos amigos.

Las Vidrieras decorativas de algunos edificios bilbainos

Se evidencia en las estupendas construcciones públicas y privadas de las que Bilbao se dotó desde comienzos de siglo XX, un afán por determinadas modalidades del arte decorativo. Una de esas variantes eligió al vidrio plomado. Su interés nos lleva a mostrar algunos ejemplos que en lo público resultan muy conocidos, pero no tanto en el caso de algunos que adornan los espacios privados de edificios particulares.

El Corpus Vitrearum Medii Aevi (organismo vinculado a la Union Académique International) ha venido publicando una serie de importantes volúmenes sobre el patrimonio de vidrieras de los países europeos²⁴. Desde los siglos XII y XIII, hasta nuestros días, pasando por la vidriera gótica, el Renacimiento y el Manierismo, la decadencia de la vidriera en los siglos XVII y XVIII –pese a importantes ejemplos aislados– y la recuperación historicista del siglo XIX, el recorrido histórico es apasionante. En el caso de los vitrales contemporáneos, Bilbao vio crecer una empresa importante, Vidrieras de Arte S.A. cuyas muestras de vidrieras artísticas están esparcidas por la topografía urbana bilbaina con profusión desde el siglo XX. Algunos ejemplos no divulgados hasta ahora figuran como ilustraciones de este artículo. Otros son conocidos por el gran público, simplemente por haber tomado un tren en Abando, un café en el Boulevard, o haber hecho una visita al palacio de la Diputación, a la Universidad de Deusto, a Gernika o a Burriana... que hasta allí llegó el buen hacer de esta empresa bilbaina. Los casos catalogados en edificios de distinta funcionalidad (desde clínicas hasta domicilios particulares) se distribuyen, en su mayoría, por todo el Bilbao del Ensanche. Pero naturalmente, hay excepciones.

El gran *arte olvidado* tiene un recorrido tipológico verdaderamente diverso, y muy rico en temas. De los estilos historicistas a los ornamentales y simbólicos, Vidrieras de Arte –entre otros maestros artesanos– mostró un recorrido maleable al estilo y funcionalidad del edificio, pero supo adaptarse asimismo a las familias que le encargaron trabajos, a sus aficiones y a sus gustos.

Uno de los casos mas curiosos corresponde al imponente edificio de los Anduiza, cerca del parque de Doña Casilda. Conocidos constructores, su intervención en las tareas de edificación de los pabellones de Perú y Chile en la Expo Internacional de Sevilla de 1929 les hizo mantener un regusto sevillano que se trasladó a su propio domicilio bilbaino. El ejemplo de una Giralda en todo su esplendor preside una de las ventanas principales de la casa, con la brillantez de la paleta tonal sureña y una composición verdaderamente fidedigna al conjunto catedralicio de la ciudad andaluza. Los detalles florales y la heráldica familiar muestran igualmente una originalidad estética exultante en colores en otros huecos de algunos pisos del edificio.



Casa Anduiza.

En Diputación 8, edificio de oficinas en pleno centro de la ciudad, seleccionamos otros ejemplos fantásticos, realizados por esta misma empresa durante los años 30, en su escalera. Allí el paisaje vasco, el caserío, la industria, edificios singulares del Bilbao en progreso, los útiles de un escritorio moderno, la química, el emblema del comercio, etc., tienen cabida espectacularmente a lo algo de sus escaleras componiendo un conjunto de verdadera belleza.

En la Universidad de Deusto, su lema “Sapientia melior Auro” adquiere la tonalidad idónea según esa factura magistral de la empresa sita en el Ensanche. Preside una de las grandes escaleras del gran caserón, al igual que las grandes vidrieras que se ubicaron en la techumbre central sobre la escalinata que establece el eje central del edificio más que centenario que diseñara el marqués de Cubas.

En el teatro Arriaga, y en el café Boulevard, inaugurado en 1871 por la familia Pérez Yarza –el café más antiguo de Bilbao, cerrado hace poco– se mantiene una impresionante decoración *art déco*, datada en 1929, de enorme riqueza ornamental, a base de pan de oro, estucos, mármoles, y unas magníficas vidrieras plomadas (realizadas por Luis Lertxundi en Vidrieras de Arte S.A.), alabastros y bronce, así como dos pequeños frescos del pintor bilbaino Manuel Losada.

En edificios públicos, la más espectacular es sin duda la vidriera de Abando; un trabajo realizado en 1948, según bocetos de Moreno Iturrioz, por el taller Unión de Artistas Vidrieros de Irún. Está compuesta por 301 paneles, que suman un total aproximado de 251 m², con una anchura de 21,76 metros y una altura, en su parte más elevada, de 14,59 metros.

Los valores, tradiciones, industria, agricultura, deportes, lugares emblemáticos y construcciones de la sociedad vasca forman parte de este conjunto monumental. La parte superior se encuentra coronada con la representación de la Basílica de Begoña y su parte central la preside un gran reloj. La vidriera se sustenta mediante una estructura metálica formada por pilares y vigas transversales, coronadas por una celosía metálica tipo Warren, con forma de arco, que cierra la bóveda de cubrición de la zona de andenes de la estación. La reforma integral de este histórico lucernario se hizo por la empresa Freyssinet, S.A. con un presupuesto de 352.809,64 euros hace poco, y consistió, como RENFE divulga, en la realización de una completa labor de saneamiento, sustitución y rejuvenecimiento de la estructura metálica de sustentación, así como en la restauración de todos y cada uno de los vidrios del mural, tarea que también llevaron a cabo los talleres de Vidrieras del Arte, S.A.

En la Casa de Juntas de Gernika se detalla en todas las guías el hecho de que, de la antesala a la sala de juntas, se encuentra la llamada *sala de la vidriera*. Este espacio fue concebido como un patio abierto. En 1964 se decidió cerrarlo para que hiciera las funciones de Museo de la Historia de Bizkaia. En 1985 se cubrió con una gran vidriera en la que se hace una alegoría de Bizkaia representando el Árbol y los Fueros, *Lege Zaharra* (Leyes Viejas) alrededor de los cuales se representan los diversos territorios que componen Bizkaia. En esta representación figuran los edificios más significativos, y las diferentes fuentes productivas que dan riqueza al territorio, la pesca, la agricultura, la minería, la industria... Esta vidriera ocupa una superficie de 235 m² y fue realizada por la empresa bilbaina Vidrieras de Arte S.A.



Vidriera estación Abando Indalecio Prieto.

Todo el muestrario singularizado en las ilustraciones de este texto, resumen algunas de las fantásticas manifestaciones de arte que el vidrio ofrece en su capacidad de expresión. En el umbral del propio edificio donde tiene su sede la mencionada empresa, o en la propia Cámara de Comercio (emblema heráldico del Consulado) se resumen las habilidades artesanales –casi ya en desuso– pero que evocan una tradición artística que nunca debiera desaparecer.

Todos los autores que recogen la evolución histórica del vidrio coinciden en evocar el origen remoto de este material. Se repite que el vidrio fue descubierto aproximadamente 2.500 años a. C., en Egipto y Mesopotamia. Primero utilizado como adorno. Entre los más bellos relieves de artesanos y joyeros trabajando durante el imperio antiguo (2650-2150 a. C.) se pueden mencionar varias mastabas. En la de Nebemakhet en Sakkara, por ejemplo, se representa a los artesanos en diferentes actividades, incluyendo a los vidrieros. En verdad, los egipcios desarrollaron técnicas muy depuradas para fabricar recipientes de vidrio, esmaltes cerámicos y cuentas de collares. Pero fueron los romanos en el siglo III los que perfeccionaron los métodos de soplar vidrio. En las excavaciones de Pompeya y Herculano se encontraron piezas de tamaño considerable, probablemente destinadas al ensamblaje de ventanas. En los periodos del arte bizantino, la ciudad de Constantinopla superó a Roma en riqueza y esplendor; los palacios, basílicas e iglesias cubrieron sus muros con mosaicos de gran belleza. El arte de los maestros vidrieros de la época se limitaba a formas geométricas pero con la evolución y la representación de figuras surgieron los filetes o varillas de plomo. Las vidrieras de la Catedral de Augusta (Alemania) –que datan del siglo XI– son muy conocidas. Las famosas vidrieras de Chartres (1230-1236) en Francia, de Canterbury y York en Inglaterra, fueron ejemplos espectaculares de la progresión técnica y artística de esta forma de creación. A comienzo del siglo XIV, ochenta catedrales en Francia y quinientas iglesias siguieron el ejemplo francés de Saint Denis. Es decir, los

vitralistas se acercaban más a la pintura, ignorando las líneas de plomo, llegando a la “pintura sobre vidrio”.

Es bien conocido que el primer tratadista de este tipo de arte fue el monje Teófilo, pues detalló la técnica de la pintura sobre vidrio, en torno al 1100 a. C. A él se debe la descripción de las fases de esta producción, los colores, materiales y elementos necesarios. Sus técnicas –tal como las detalló– no variaron en 900 años. En el siglo XIII, con el arte gótico, se adoptó en las vidrieras la disposición de cartelas en las que se desarrollaron motivos diversos, incluso naturalistas, sobre fondos ornamentados. Grandes artesanos del vidrio produjeron en Caspe, Palma de Mallorca y otras ciudades españolas, notables vidrieras con vivos colores, de las que son ejemplo interesante las de la Catedral de Palma de Mallorca, Seo de Zaragoza, León, Toledo, Sevilla y otras muchas pertenecientes a iglesias, monasterios y palacios de ciudades españolas muy numerosas. La técnica empleada consistía en cortar los cristales de color y pintarlos con un barniz hecho de óxidos metálicos y someterlos a una cocción en horno para fijar la pintura. Los diferentes pedazos de cristal eran unidos mediante unos bordes de plomo. Las diferencias de tonalidades cromáticas eran muy definidas y se pasaba de una zona de color a otra sin ninguna modulación tonal. La afamadas de la Catedral de Chartres, en la fachada occidental y en el panel llamado Notre Dame de la Belle Verrierre, son el paradigma de este estilo.

Otros procedimientos modernos

Si saltamos hacia etapas más contemporáneas, es igualmente sabido el hecho de que en América, la introducción de las vidrieras en la decoración de las casas recibió la influencia crucial de Louis Comfort Tiffany, el cual se distanció de las antiguas tradiciones del pintado a mano y las pesadas estructuras de engarces de plomo utilizadas para unir los vidrios de color, sustituyéndolas por nuevas técnicas. Consistían en envolver el vidrio en finas hojas de cobre para, a continuación, soldarlo en intrincadas y delicadas formas. El vidrio opalino fundido a mano, similar al mármol, que desarrolló después de numerosos experimentos, todavía es un punto de referencia para los fabricantes de vidrio actuales. Quizá más conocido por sus pantallas para lámparas, Tiffany ofrecía a sus entusiastas clientes un trabajo en vidrio diseñado a partir de temas basados en la naturaleza. John La Farge fue otro pintor americano que experimentó con vidrio; consiguió y patentó un vidrio opalino en 1879. Ambos, competidores acérrimos, hicieron verdaderas obras maestras con sus diseños de vidrios para ventanas de casas privadas, e iglesias.

El final de la Segunda Guerra Mundial dio lugar a un nuevo periodo de cambios para las vidrieras en Europa. La reconstrucción estimuló la imaginación creativa y se reemplazaron los tradicionales vitrales figurativos, con innovaciones aceptadas por los artistas para los modernos edificios de la época. En los últimos años, el vidrio policromado ha despertado un enorme interés. El vidrio coloreado se concibe como un arte independiente. Por este motivo hubo numerosos aficionados dispuestos a colocar vidrieras en edificios públicos, museos, estaciones, cafés, casas particulares, etc., de Bilbao. Como en otro artículo hice notar, una muestra de la lucidez artística de la sociedad impactada por la modernización en el País Vasco, queda confirmada con esta implantación de los vitrales en los edificios que la burguesía fue construyendo desde finales del siglo XIX. En oficinas de fábrica de importancia (Altos Hornos de Vizcaya, Euskalduna, Delclaux y Cia., Aurrerá, etc., entre las antiguas), en los grandes chalets y domicilios de relevancia, en los edificios centrales de determinadas empresas y banca, instituciones y edificios públicos, etc., y no solo en centros religiosos o iglesias, los ejemplos son muy abundantes. Varios casos ilustran esta página. Entre ellos, el vitral del año 2000 que la empresa de Astrabudua, Vidrieras Emperador, efectuó para la capilla gótica de la Universidad de Deusto, otra buena prueba de la excelente factura de los artesanos vascos de este sector.

Un material frágil y espectacular

Cualquier diccionario técnico-científico explicaría las características del vidrio con mayor profundidad que lo que puede hacer esta breve reseña. Recordemos por ello, únicamente, que es un material duro, frágil y transparente que se obtiene por fusión a unos 1.500 C° de arena de sílice (SiO_2), carbonato sódico (Na_2CO_3) y caliza (CaCO_3). El sustantivo "cristal" es utilizado como sinónimo de vidrio, aunque es incorrecto debido a que el vidrio es un sólido amorfo y no un cristal propiamente dicho. La industria del vidrio experimentó un cambio espectacular a partir del primer cuarto del siglo XIX, gracias al abaratamiento de la producción de la sosa comercial, debido al método ideado por el químico francés Nicolás Leblanc a finales del siglo XVIII. Desde entonces empezaron a fabricarse vidrios de gran calidad para instrumentos ópticos. También pudo popularizarse su uso, de modo que proliferaron objetos de uso corriente como botellas, vasos, espejos y otros utensilios, con la consiguiente mejoría en la calidad de vida. Con la revolución industrial, en el siglo XIX, la industria vidriera progresó también, obviamente. La utilización del carbón para calentar los hornos mejoró el funcionamiento de éstos. Las primeras máquinas de automatización de la producción fueron introducidas en las fábricas, y el soplado con la boca fue progresivamente sustituido por el chorro de aire comprimido en moldes metálicos. La industria del vidrio moderna nació entonces.

Cada técnica requiere su propio diseño. Cuando al vidrio (superficie traslúcida) se le exige lo que es propio de una tela (superficie opaca) se alteran las propiedades naturales del material. El vitral es una forma de arte con sus propios derechos. Las líneas de plomo o los rellenos con cemento, armazones con los que se ensamblan los vidrios, pueden concebirse de maneras muy diferentes: como una estructura funcional al servicio de las distintas áreas de color que conforman una imagen (vidrieras del mercado de la Ribera, Bilbao), o pueden aumentar la visión caleidoscópica de los vidrios para provocar mayor luminosidad (iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Indauchu), o pueden ajustarse a un “dibujar con la luz” figurativo en el que el dibujo, manda (vitral en atrio y escalera en el edificio de Promoción y Desarrollo, antiguo Banco Urquijo, de la Diputación Foral de Bizkaia). Las grisallas (pintura realizada con diferentes tonos de gris, blanco y negro, que imita relieves escultóricos o recrea espacios arquitectónicos), y engarces de algunos ejemplos que acompañan al texto, dan buena cuenta de la factura esplendida de algunos vitrales. Son de cronología distinta, pero de notable acierto en la ejecución de los bocetos que las originaron, y de los artesanos fabricantes.

La obra de Alfonso Ramil, muralista

El artículo anterior se lo dedicamos a una de las expresiones artísticas más artesanales que todavía subsisten: las vidrieras decorativas. Precisamente por el hecho de haber colaborado con algunas de las industrias fabricantes de vidrieras artísticas, elegimos a un personaje que destacó por su habilidad como muralista y como dibujante para el diseño de vidrieras.

Sinopsis biográfica

Alfonso Ramil Garín nació en Valencia en 1927, estudió en la prestigiosa Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, donde obtuvo su graduación en 1947 con el premio extraordinario de la Diputación. Amplió estudios posteriormente en la Escuela de San Fernando de Madrid, de la mano de Daniel Vázquez Díaz (pintura mural), Joaquín Valverde (colorido) y Juan Adsuara (dibujo en movimiento). Como destacado alumno de su promoción decidió presentarse a la beca de Roma para la que fue seleccionado. Tras los estudios de esta etapa italiana, su actividad como muralista comenzó rápidamente, desarrollando algunas obras en Molinoviejo, Segovia (Casa de Ejercicios). En 1945 obtuvo el segundo premio del Concurso Nacional de Pintura. Y en 1951 su vocación docente le lleva a aceptar la contratación como profesor de Dibujo en el Colegio de Segunda Enseñanza de Gaztelueta (Las Arenas).

Instalado en Bilbao, su vida se desarrollaría en todos los aspectos en la capital vizcaína hasta su reciente fallecimiento. En Bilbao, Ramil contrajo matrimonio con la también pintora Chus Navarro. Durante dos cursos se dedicó a la enseñanza en Areeta, y siguió pintando. De hecho, Gaztelueta conserva cuadros y murales del artista. Luego opositaría y desarrollaría su actividad en calidad de catedrático numerario de bachillerato, a nivel público, y más tarde a nivel privado, en un conocido centro docente dedicado a las Bellas Artes que promovió junto con otros colaboradores.

En marzo de 1954 realiza la primera exposición individual en la mítica Sala Arte de Bilbao, donde su obra empieza a ser conocida y adquirida. Se le encargan, al poco, murales para la iglesia del Salto de Saucelle (Salamanca) por la empresa Iberduero. Expone cuadros ese mismo año en el Ateneo de Madrid. Ocasión en la que Vázquez Díaz actuó apadrinando en cierto modo a quien había sido su discípulo. Y al año siguiente, 1955, pese a disponer de un amplio currículo hasta la fecha de su fallecimiento (2007), Ramil realiza una de sus máximas representaciones artística por su tamaño y calidad: el gran mural de 400 m² para el ábside de la iglesia Nuestra Señora de Las Mercedes en Las Arenas. La obtención del encargo fue por concurso, habiéndose presentado además de él, Joaquín Vaquero Turcios, Manuel Villaseñor, Santiago Uranga, López Sánchez y Carlos Lara. Trabajo que requería una fuerte preparación en dibujo, perspectiva y procedimiento. La composición elegida es la *Glorificación de Nuestra Señora* a través de las personas más importantes de la corte celestial (apóstoles, arcángeles, santos diversos, la Santísima Trinidad, etc.). Ciento sesenta y ocho figuras... y en la parte inferior, una alusión al tema mercedario. Todo ello exquisitamente ejecutado, con el toque figurativo de cuño muy propio y con una paleta que le distinguiría, aquí, como en los demás ejemplos de su factura: paisaje, retrato, naturaleza muerta, bocetos para vidrieras, etc. Su viuda, Chus Navarro, licenciada en Bellas Artes y colaboradora estrecha de su marido a lo largo de su vida, cuenta las peripecias de este grandioso ejemplo de sus hábiles manos, como en otros que también llevó a cabo.

Su trabajo sobre un andamio de mecanotubo de “nueve plantas” fue especialmente dificultoso, debido a la “nula visibilidad” –dada la estructura del andamio–. Lo cual supuso una prueba irrefutable de las cualidades como muralista de Ramil, a lo largo de dos años de trabajo. Esa tarea se amplió al mural de cien metros del crucero (la venida del Espíritu Santo) y de los seis altares laterales de unos 150 m²cada uno, dedicados a las vírgenes del Pilar, Fátima, Lourdes, Begoña, la crucifixión del Señor, y el Juicio Final; así como las catorce estaciones del Vía Crucis.

Un Currículo notable

En la década de los 50 siguió exponiendo pintura, pero celebró – en concreto– una exposición sobre vidrieras (1959) con temática religiosa (vía crucis) no menos interesante. Las obras expuestas iban destinadas a la capilla de las viviendas bilbainas de la Sagrada Familia. Se exhibieron en la entonces Caja de Ahorros Municipal.

En 1960 construiría los dos murales de cerámica de gres para las fachadas de las Escuelas de Otxarkoaga, en Bilbao. Ambos de 66 m² cada uno. Más tarde proseguiría su trabajo como muralista en varios centros educativos, como San Francisco Javier de Portugalete; experto en el diseño de vidrieras (iglesia del Colegio de Tajamar, en Vallecas). Y hasta llegar a un ejemplo paradigmático, como los que comentamos en nuestro artículo anterior, las vidrieras emplomadas que diseñó para la Casa de la Moneda de Madrid. Más tarde, se le encargan nuevas vidrieras para la Parroquia de Sestao y para San Juan Bosco, en la capilla de los Padres Escolapios de Deusto, en Bilbao. Por expreso deseo de Monseñor Antoniuti, Nuncio de Su Santidad, hizo las seis vidrieras emplomadas del oratorio de la Nunciatura en Madrid. Y en 1967 realiza el gran mural del vestíbulo de la casa central del Banco de Vizcaya, en Valencia. Un lugar de visita obligada para los estudiantes de Bellas Artes levantinos, como referente del buen hacer en este tipo de ejecuciones artísticas.

La obra de Ramil es conocida, pero quizás su perfil no tuvo la divulgación alcanzada por otros contemporáneos, cuyo impacto mediático devino por razones de otra naturaleza. Cuadros suyos están en museos de medio mundo: de Boston, a Nueva York, Caracas, Hamburgo, Lisboa, Roma, etc.

Algunos de los mejores retratos de la burguesía vasca son de este pintor asentado en el País Vasco toda su vida. Su mención no procede, pero numerosos apellidos de amplia tradición en cuanto al consumo artístico, disponen de cuadros de su firma. En los años 70, Ramil expuso en centros distintos de la geografía española, sin olvido de sus conexiones con las galerías locales, como Arteta. En 1983 expuso coincidiendo con las fiestas de agosto, una notable tanda sobre tauromaquia en el Hotel Ercilla. El 5 de junio de 1986 fue nombrado académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia. Un merecidísimo honor.

Durante los noventa, su actividad prosiguió con ejercicios diversos, que le llevaron, como detalle intimista y doméstico, a regalar a su esposa un último trabajo en su propio domicilio, decorando una larga viga, con la maestría propia de quien dedicó toda su actividad profesional a una modalidad difícil donde las haya, la pintura mural. En esta muestra queda condensado todo el amor a su profesión y su capacidad creativa, y deja a modo de museo interior, otro ejemplo de su originalidad estética. El Museo Diocesano conserva, asimismo, varias muestras de las vidrieras que Ramil creó, y que a punto estuvieron de formar parte de una exposición en su honor, que quizás algún día pueda llevarse a efecto, como creo merece.

Los ballets Olaeta, un signo de distinción en Bilbao

Considerando los estereotipos que han rodeado la historia de Bilbao desde hace muchos años, resulta necesario dejar sentado que hablar de distinción en Bilbao no responde a retruécanos sobre su identidad e imagen cultural. *La distinción* es algo que en Bilbao ha tenido social e históricamente momentos elocuentes. Me interesa desatacar en el breve espacio de mi artículo el comportamiento sociocultural relativo a lo musical, y un fenómeno extraordinariamente elegante: la danza. He escrito reiteradamente sobre los espacios de sociabilidad que Bilbao ha tenido, especialmente durante su etapa más contemporánea. El concepto que Maurice Agulhon acuñó y que inspiró a una línea de historiografía desde los años 70, hoy es un concepto que padece vulgarizaciones innecesarias. La geografía de la sociabilidad, su cronología, incluso la relación con la asociación han sido objeto de diversos análisis. Los testimonios, las fotografías y experiencia del universo Olaeta, parafraseando a Bourdieu sugieren en la historia, *los habitus*, que “son sistemas de disposiciones duraderas, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes”.

El ballet, en puridad con sus objetivos musicales más sinceros e irrenunciables de divulgación y aprendizaje, es una correa transmisora de conductas. Hablo de la costumbre socializadora que referencia incluso a la *virtud cívica*. De otra parte, la danza es sin genero de dudas una disciplina sometida a normas. Pero es la personificación de habilidades ligadas a la libertad, asimismo.

Tradición, innovación y sociabilidad

El enlace entre el grupo Elai-Alai, nacido en Gernika y la academia Olaeta de Bilbao subraya, por tanto, un itinerario sociocultural con lecturas transversales diversas, marcadas por la historia musical, pero también por la política, la guerra, la identidad, el medio, la tradición, la etnografía, el folklore, etc. De Gernika a Bilbao hay algo más que unos kilómetros de verdor y floración musical en esta intrahistoria de la Academia Olaeta. Desde aquellas primeras iniciativas gernikesas de Segundo Olaeta hasta que se cerrara la academia de la calle Ercilla, recientemente, ha transcurrido una historia muy interesante.

El nombre de la familia Olaeta-Torrezuri evoca la creación, en 1926, de Elai- Alai, primer grupo coreográfico vasco, por el entonces director de la Banda Municipal de Gernika, Segundo Olaeta. Bajo su dirección, se iniciaron los primeros cuerpos de baile, subvencionados por la Diputación Foral de Bizkaia. En el campo del espectáculo, Elai-Alai llegó a actuar en cinco teatros de París, así como en el Gran Casino de Biarritz y en otras ciudades de Bélgica y Francia. Al término de la Guerra Civil, Segundo Olaeta regresó del exilio y, en los años 40, fundó Ballets Olaeta, primer grupo mixto de danza en la historia del folklore vasco y la primera compañía de ballet en el panorama musical español. Olaeta colaboró con músicos vascos de entidad, antes y después de la Guerra Civil: Guridi (a quien homenajearon en 1958), Aita Donostia, Arámbarri, y luego, Uruñuela, Sabino Ruiz Jalón, Escudero, Uzandizaga, etc., una incontable lista de amigos musicales.

Sus hijos, Víctor, Lide, Maite, Lourdes, Javier y el resto de su familia tuvieron claro cuál era su objetivo desde los años 50. Tal como los personajes del cuadro de Ucelay o como las inspiraciones esteticistas que Eduardo de la Sota forjara para sus ballets, el clan Olaeta protagonizó un sutil enlace creativo en la danza, con proyección sociocultural destacada. Olaeta fue una marca. Las imágenes inéditas de su archivo consultadas, componen una rica historia a lo largo de diferentes etapas. Componen una línea de pedagogía musical que fue coherente. La recuperación y mantenimiento del folklore vasco alentaron el espíritu primigenio del grupo de danza Olaeta por amor a las formas culturales propias, en sentido puro. Y también, al compás de las nuevas fórmulas educativas, de la gimnástica, de la educación física, Olaeta matizó el carácter elitista del ballet para convertirlo en una práctica socializada.

Sus éxitos fueron repetidos: Bilbao, San Sebastián, Pamplona, Vitoria, Madrid, Barcelona, Valladolid, Estados Unidos, etc. Los responsables fueron varias generaciones de bailarines. Los teatros locales: Campos, Coliseo, Arriaga, Buenos Aires, Ayala y Trueba incluyeron sus programaciones de ballet. Los Olaeta reunieron en su academia apellidos diversos, como diverso era el espectro social que iba de Getxo y Neguri hasta el Ensanche, pasando por Basurto, Mungia, o barrios bilbainos marcados por la segmentación social, en los que se adivinaba una apuesta por "el buen gusto" musical. Los libros de registro me permiten recordar que aquellos alevines, salvo excepciones, no sobresalieron como gran figura. No importa. En los años 50 estuvo, eso sí, María Gloria Sánchez, nacida en Zorrotza, que comenzó a los 11 años con Víctor Olaeta y trabajó con Marienma, Pilar López y con su marido Rafael Córdova.

Pero la estética del ballet vasco contribuyó a oxigenar mitos, a revisar y aportar a la etnográfica cultural un cierto pedigrí y capacidad innovadora. Así lo vieron los artistas vascos que colaboraron con los Olaeta. Las "*petits rats*", "*corifeos*", "*cuadrillas*", "*segundas y primeras*" y hasta algún "*etoile*"... las diminutas estrellas brillaron durante las distintas etapas de la evolución sociocultural de la academia de danza. 1958 fue memorable pues actuaron unos 150 alumnos. En *Kasket* fueron 70 los niños que estuvieron en escena, por lo que Víctor pensó que aquel había sido hasta la fecha, el mejor festival de los Ballets Olaeta (mayo de 1958 en Madrid).

Resulta decisivo reiterar la originalidad mágica de algunos ballets creados con sello bilbaino, como la muñeca Mariquita Pérez. Aquellos *sueños de Mariquita Pérez*, un ballet preparado por el maestro Escudero con guión de Barcenilla y adaptaciones de Brahms y Mozart, fue un éxito, como otros tantos posteriores. En aquellas galas desde los años 50 también intervinieron los chicos de la Santa Casa de la Misericordia ("Clásica Hermandad bilbaina entre los distintos sectores sociales").

De entre los aspectos de vida cotidiana en la academia no puedo sustraerme a citar que quienes constan como alumnos en sus páginas de registro y matrícula ponen de manifiesto esa diversidad social, y a la vez el carácter endogámico de su permanencia.

"¿Para ser figura?" Víctor Olaeta respondía en una entrevista: "es necesario cuatro horas de barra y un par en el centro cada día". Allí se daban clases a alumnas de 4 años, primero de danza vasca y luego lo clásico, iniciándoles en la barra y poco a poco instruyéndoles en otros retos danzantes.

Barcelona, Madrid y Oviedo, así como las temporadas de ópera de la ABAO, en Bilbao, fueron testigos de la madurez de la academia. La compañía de ballet Olaeta llegó a recorrer los escenarios de Holanda, Reino Unido, Suiza, Estados Unidos y Canadá.

Las ideas de cultura que hoy tiene la sociedad y el sistema educativo puede que hayan devaluado el conocimiento erudito e interpreten como 'pedante' a quien procura otra forma culta de cultura, pero la experiencia directa y de simple regocijo que aprender a bailar puede despertar en un niño o un adolescente, nos transporta a otra forma socializada de entender la vida y sus facetas creativas más interesantes, placenteras e inteligentes que este mundo atropellado, en el que vivimos, debiera recuperar. Como Marta Graham expresó alguna vez: "El movimiento no miente". O si lo prefieren, como Isadora Duncan repetía: "Danzar es sentir, sentir es sufrir, sufrir es amar; usted ama, sufre y siente. ¡Usted danza!".

La diva aclamada en el Coliseo Albia

Cuando los estandarizados manuales de información musical clasifican una voz como mezzo-soprano, básicamente se identifica una voz de timbre bastante más grave (y más rico) que la de soprano. Su registro se extiende desde un la³ a un la⁵. Sin embargo, la tesitura varía mucho, según cada papel. Las hay ligeras, líricas y dramáticas. A Giulietta Simionato siempre se le consideró dramática porque sus graves fueron ricos y potentes. Sin duda, su fina calidad interpretativa y su ductilidad a la hora de abordar géneros, estilos y repertorios diversos le destacaron durante una etapa de la historia de la ópera muy brillante, entre otras cosas, porque estuvo repleta de grandísimas divas. Sin embargo, lejos de la estela de la Danz, de la Tebaldi, la Callas y demás cantantes –sopranos y mezzosopranos afamadas de posguerra– su individualidad en el quehacer artístico le dio personalidad propia, a tenor de la ejecución de papeles interpretados de acuerdo con su propio talante personal. ¿De dónde parte su conexión con el bien conocido ambiente operístico bilbaino? Pues muy fácil. La cronología que se ha registrado oficial y oficiosamente por buenos aficionados confirma una estancia bilbaina en varias oportunidades. Razón por la cual, ABAO-OLBE le tributó el 14 de noviembre de 2007 un merecido homenaje en el que se le hizo entrega de la Medalla de Oro y Brillantes de la asociación. Habían transcurrido 51 años desde su éxito en el Festival bilbaino de 1956. No fue la única vez que la Simionato se paseara hasta el Coliseo Albia. Pero en 2007 lo hizo hasta el Teatro Arriaga, escenario de un acto emotivo en el que un aforo abarrotado subrayó la decisión de hacerle entrega de la más alta distinción que otorga ABAO a las personas destacadas por su trayectoria artística. Recibida

por el alcalde de Bilbao, Iñaki Azkuna, la definió como “una fuera de serie del *bel canto*” y recordó que la capital vizcaína fue la plaza estatal “que la vio triunfar”, ya que había estado –como ha sucedido con otros cantantes consagrados– en la mejor etapa de su desarrollo como cantantes de fama. La prensa valoró entonces la relevancia de esta cantante que hoy dispone en las redes sociales de numerosas referencias y materiales audiovisuales; testimonio elocuente de lo peculiar y sobresaliente de sus habilidades canoras. Más recientemente, la inolvidable grande de la lírica italiana intervino como miembro del Comité de Honor de Tutto Verdi, programación que desarrolla ABAO y demás entidades colaboradoras del proyecto.

Debut y consagración

El debut de G. Simionato tuvo lugar en 1928, en la comedia musical *Nina non far la stupida*. Pero los primeros quince años de su carrera fueron un compás de espera. Su consagración llegó como Mignon en Génova con Gianandrea Gavazzeni, éxito que repitió en La Scala en 1947. Años después, los mejores teatros de ópera del mundo la requerían, trabajando con los directores musicales más importantes. No deja de ser un dato revelador de su carácter, el hecho de que lejos de provocar rechazo o envidias profesionales, gozara de la amistad de dos personas verdaderamente pasionales y complejas, tanto en lo privado como en lo profesional: María Callas y Renata Tebaldi. La foto de la Callas y la Simionato expresando su feliz encuentro musical, en fraternal gesto de cariño, abrazadas, dio la vuelta al mundo. Fue cuando interpretó a Jane Seymour de *Anna Bolena* en La Scala, junto a la Callas (1957). A raíz del fallecimiento de María declaró a la televisión italiana que su amistad con aquel fenómeno musical se había basado en una empatía especial, que le hacía comprenderla bien.



Teatro Arriaga.

Se retiró el 1 de febrero de 1966 cantando en *La clemenza di Tito* de Mozart con plenitud vocal, para casarse poco después con el médico Cesare Frugoni (1881-1978). Frugoni tenía 84 años. La mezzo fue proclive al *amore*... Se casó tres veces, y el doctor no fue el último, precisamente, aunque sí el objeto de alguna diatriba por parte de algunos rendidos admiradores de la cantante de Forlì, a quien al parecer retiró antes de tiempo, según tales fans. Cantó en el festival de ópera bilbaino cuando éste se celebraba en verano. "Bilbao estará siempre en mi corazón" expresó al entregarle la Medalla de Oro de la ABAO el 14 de noviembre de 2007, vestida de rosa, y demostrando una apostura que para nada hacía dudar de su espíritu joven contando 97 años. Los seis títulos en los que intervino en Bilbao: *Norma*, de Bellini; *Carmen*, de Bizet; *Il Trovatore* y *Aida*, de Verdi; *Cavalleria Rusticana*, de Mascagni; y *La Cenerentola*, de Rossini la consagraron internacionalmente. Las gacetillas locales también recogieron en 1956 su comentario de que sería algo imposible de olvidar la ovación que había escuchado en el Coliseo Albino.

Extraordinaria musicalidad

Nacida en Forlì el 12 de mayo de 1910, Giulietta Simionato destacó pronto por sus dotes vocales. Ella misma recordaba que la matrona que asistió a su madre había dicho que aquella bebé sietemesina *no lloraba, sino que cantaba*. Perteneciente a una generación que no tuvo oportunidad de recibir una educación técnica esmerada, presumía con los años de no haber necesitado estudiar música, “aunque a mí me hubiera gustado prepararme más”, reconoció. La calidad de su voz, que todavía podemos escuchar en diversas grabaciones y en vídeos por internet, se caracterizó por ser experta en el repertorio verdiano, y como tal, el Tutto Verdi la tuvo a su lado pues una de sus ideas más queridas había sido divulgar la obra del compositor. Vino a Bilbao, según confesó a la prensa, en “un momento muy importante en mi vida”. Entonces, como cuando estuvo en la cima de su carrera, sentenciaba que: “En el momento cumbre destacan tres cosas: inteligencia, voz y corazón”. Lo supo desde sus inicios en 1935, en el estreno de *Orsèolo* de Pizzetti en el *Maggio Musicale Fiorentino* y también cuando dejó los escenarios en enero de 1966, cantando la Servilia en la *Clemenza di Tito* de Mozart en la Piccola Scala de Milán. Su extraordinaria versatilidad le había permitido gozar de un repertorio vocal diverso: de Monteverdi a Cilèa, de Händel a Verdi, de Scarlatti a Donizetti, de Mozart a Massenet, de Cherubini a Bizet, de Meyerbeer a Mascagni, de Rossini a Thomas, de Bellini a Saint-Saëns, de Puccini a Menotti.

Hija de sarda y veneciano, Giulietta Simionato, fue la tercera hija del matrimonio. Se inició en Rovigo con el maestro Lucatello y después en Padua con el maestro Palumbo, superando a 384 participantes y ganando por aclamación unánime del jurado la prueba final del concurso del Comunale de Florencia en los actos de clausura del primer Maggio Musicale en 1933. Los críticos han glosado desde la loa más justificada su “admirable plenitud tímbrica y un agudo juego de intensidad: con lo cual no sería erróneo suponer que la virtud principal y característica de la Simionato sea su situación como iniciadora de la transición entre el canto anterior a la guerra y el nuevo sendero de posguerra, abierto y trabajado también por ella”. Fue una de las intérpretes verdianas favoritas de Karajan en Salzburgo, y también una Azucena irrepetible en *Il Trovatore*.

Falleció cinco días antes de cumplir 100 años, el 5 de mayo de 2010. Aquella cantante menudita, sin embargo, fue grande en voz y en corazón. Un rincón de su afecto más entrañable estaba ligado al Botxo, y como tal, merece la pena recordar todas estas cosas, a modo de obituario.

La Banda Municipal de Bilbao cumple 120 años

Fue en mayo de 1894 cuando la creación de una banda municipal tomó cuerpo de manera definitiva, después de varias experiencias previas de carácter no oficial. Bien es cierto que la música estuvo asociada a lo institucional y a lo religioso desde antiguo.

La referencia inevitable para todo aquel que se acerque a la historia de la villa está en la iconografía –todavía bastante desapercibida para la mayoría, salvo excepciones– de la imagen que figura en el *trumeau* o espejo con paño pintado, conservado en el Museo Histórico Vasco de Bilbao (Casco Viejo). En dicha escena, los músicos (pífanos, tamborileros y clarineros) preceden al alcalde y autoridades municipales; su datación se sitúa en torno a 1780. Es una de las pruebas documentales más antiguas de la existencia de musical oficial en esta comunidad, durante la Edad Moderna. Sabiendo también de la tradición festiva que caracterizó a la población vizcaína y bilbaina es fácil entender que, asociados con la religiosidad de la población, los conjuntos canoros y musicales fueran abundantes y habituales. Los *cantores de la iglesia de Santiago* están documentados desde el siglo XVI.

El punto de partida

La existencia de tales prácticas progresó hasta el siglo XIX de manera espontánea. Sin detallar los precedentes inmediatos, he de avanzar que de todas las fanfarrias, charangas y bandas, una, la de Santa Cecilia, sería la que protagonizase un papel destacado durante la fase previa a la constitución de la Banda Municipal de la villa. El proceso fue variopinto, pero terminó consolidando un movimiento natural y entusiasta, dada la multiplicación de iniciativas que a fines del siglo XIX se dieron en capitales y pueblos muy distintos de la geografía española. La metamorfosis de la banda de Santa Cecilia supuso, pues, una antesala en la definitiva creación de un peculiar *servicio municipal de música*, como indica Carmen Rodríguez Suso en su monografía sobre la *Banda Municipal* (2006). Conjunto que quedaría colmatado al año siguiente, pues su presentación pública se hizo el domingo 9 de junio de 1895.

Sorprende ver de la cifra de músicos que compusieron la formación en el día de su primera presentación, el número de clarinetistas. Catorce para ser exactos. En la plantilla también figuraban dos fliscornos (no confundir con trompeta) y dos bombardinos (otro instrumento de viento-metal). Fueron un total de 49 músicos, pero no todos ellos con formación musical, sino intérpretes por afición... Por ello la plantilla fue renovada en multitud de ocasiones, a lo que se uniría lo favorable o desfavorable de la media de edad (eran muy jóvenes). Actuaron de acuerdo con el calendario oficial, y con sueldos similares –se dice– a los de otras bandas municipales existentes. Su deambular por diversas instalaciones para ensayar describe una época de precariedad e improvisación inevitable; más aún teniendo en cuenta los objetivos y prioridades inaplazables que Bilbao hubo de afrontar durante los inicios del siglo XX, y a tenor de los diversos periodos políticos, alcaldes y concejales electos desde 1900. Por eso parece obvio que, sin desdoro del interés que suponía mantener la banda municipal, hubiera otros asuntos de mayor envergadura a los que atender por la administración local. El kiosco del Arenal fue desde siempre su sancta sanctorum (no el actual, obviamente) pero también lo fueron el de la Plaza Nueva y el de La Casilla. Interpretaron de pie, aunque a finales de ese primer decenio colocaron bancos corridos y atriles fijos en los kioscos.

En la página web de *Bilbaomusika.eus*, la noticia relativa a la Banda Municipal de Bilbao indica en rápida reseña lo que sigue: “El 9 de junio de 1895 bajo la dirección de José Sáinz Basabe, la Banda Municipal de Música de Bilbao ofrecía en el Arenal su primer concierto. Desde entonces, José Franco Ribate (1924), Pedro Córdoba Rozas (1928), Jesús Arambarri (1933), Bruno Muñoz (1953), Urbano Ruiz Laorden (1969), Antonino Ibarrondo Oleaga (1979), Jesús María Bilbao Estefanía (1995), Rafael Sanz-Espert (2002) y José Rafael Pascual Vilaplana (2015) han sido los directores de la ya más que centenaria Banda Municipal”.

De sus varios directores me permito destacar al carismático Jesús Arambarri, ya que protagonizó un periodo muy relevante de la banda. Según decisión registrada en Libros de acuerdos municipales, el de 1940 recoge la decisión de asignarle un sueldo de 2000 pesetas, cantidad apreciable entonces. En este punto, me permito citar a mi madre y una anécdota vivida por ella misma, siendo jovencita. La suerte quiso que uno de los gemelos de oro de Jesús Arambarri saliera despedido en un arranque del director durante un concierto. El gemelo cayó cerca de ella. Había acudido con sus padres, dada la afición musical de la familia. Le devolvieron el gemelo, naturalmente, y mi madre embelesada, recibió un beso de agradecimiento de Arambarri, quien pasó a ser uno de los héroes míticos de su adolescencia. Ni que decir tiene, Arambarri era un hombre atractivo.



Kiosco de El Arenal.

Además de él, la lista de directores de la banda mencionados forma parte de la iconografía popular, ya que han sido apreciados socialmente y han sido protagonistas, por distintos motivos, de episodios que forman parte de la intrahistoria de esta villa.

Innovación, y calidad

El repertorio de la banda evolucionó al compás de las modas, de las iniciativas culturales y de la tradición. Al crear una Junta de Cultura Vasca tras las elecciones de 1918 y ante el impulso de personajes vasquistas, fue promovida la creación de música vasca destinada a ser interpretada por las bandas existentes en diversas localidades. El aporte fue innegable. En ésta y otras decisiones, los nombres ligados a la historia de la banda son innumerables. Destaco únicamente al ineludible Juan Carlos de Gortazar, por su relevante papel en la gestión y negociación de soluciones hasta lograr el éxito durante el primer periodo de dicha formación.

En la larga trayectoria de la banda, sin embargo, hubo días de luces y de sombras. Entre los últimos, la difícil etapa vivida durante la transición, y en concreto en 1978, al protagonizar un movimiento reivindicativo en pos de la recuperación del estatuto funcional que habían tenido antes de la etapa franquista; o con el caso “Urbano Ruiz Laorden” sobre el que pivotaba el proceso de elección de director, etc.

Afortunadamente, estos problemas fueron reconducido tras 1981, y he de advertir –para finalizar– que la fase más reciente exigiría mayor glosa, pero por imperativos de espacio concluyo recordando que, además de obras clásicas y pasodobles, la banda es capaz de interpretar folklore y boleros, además de mucha más músicaailable, funcional y de jazz.

Su profesionalidad se hace patente en las últimas décadas, y la calidad de sus intérpretes los erige en muchos casos como excelentes intérpretes solistas. Respecto de otro detalle inevitable, su uniforme, este estuvo sometido con el paso del tiempo a cambios a veces sorprendentes. En parte ligados al cariz de la legislatura y al presupuesto... Pero en los tiempos más cercanos, vemos que se mantiene un uniforme de gala y otro para tocar en abierto. Nada que ver –ya– con aquellos pífanos que aparecen en el famoso espejo, en el que se detalla la vida cotidiana de la Plaza Vieja de Bilbao –siglo XVIII–, y se les ve con pelucón, sombrero de tres picos y una especie de casaca roja a la francesa.

En pleno siglo XXI, la banda presume de haber intervenido, entre otros, en memorables conciertos como el realizado en el Palau de la Música de Valencia, en el Teatro de la Unió de Lliria, en el Teatro Principal de Vitoria-Gasteiz, el ofrecido en el Teatro Angel Guimerá de Santa Cruz de Tenerife. O el programa especial de Navidad de EITB en el Kursaal donostiarra, sus conciertos en Abandoibarra con motivo de la Aste Nagusia, la clausura de Musikaste 2010 de Rentería junto a la Coral Andra Mari, así como su participación en el IV Congreso Iberoamericano de Directores, Compositores, Arreglistas e Instrumentistas de Bandas Sinfónicas celebrado en Tenerife. Durante el agosto festivo, muchos bilbainos nos deleitaremos con sus conciertos, para bien de la cultura popular más estimulante.

Anecdotalario musical del Bilbao de hace cien años

Los iconos de aquellos míticos enclaves del teatro y esparcimiento social, como el Teatro Campos Elíseos, fueron habituales en las gacetillas de prensa, porque los bilbainos quisieron darles uso social diversificado y activísimo. De la música, al circo, a bailes y esparcimiento al aire libre... la gama es extensa. La zarzuela y la ópera tuvieron allí también su templo. La prensa recogió los avatares de los “*susedidos*” locales.

Música culta y popular

La enfermedad del tenor bilbaino Fernando Alonso, se divulgaba, como hoy sabemos de la vida y milagros de cualquier divo famoso. Alonso era uno de los especialistas en la zarzuela *Marina*, sin embargo, cantó afónico en Bilbao suscitando las protestas del público; aunque sus seguidores paliaron la reacción contraria del Campos con aplausos generosos. Por esas mismas fechas una desconocida Lucrecia Arana cantaba en el Teatro Campos títulos tan chuscos como *La Rabalera*, *La Balada de la Luz* y una sorprendente obra titulada: *La manta zamorana* (i).

Los artistas bilbainos iban abriéndose camino, y así, el tenor Eguileor –que tantas ovaciones alcanzó últimamente en el teatro Arriaga– había emprendido el camino que llevaba a la gloria debutando en el Teatro Real. En verdad no logró lo tan esperado por los fans locales. Eguileor se encontraba pasando una temporada en la corte, y había sido escuchado por varios críticos y profesores madrileños, los cuales, admirados de sus facultades, le animaron a realizar la prueba decisiva en su carrera. Eguileor –dijo la prensa local– debutaría con *Lohengrin* despertando en Madrid gran expectación (aunque días más tarde el debut se fue retrasando). Otro exitoso tenor de este tiempo fue Goiri, de quien se glosaron sus éxitos en Italia, Baleares y Barcelona cantando *Carmen*, *Lohengrin* y *Aida*.

En febrero, Llobet y Ribó interpretaban en Bilbao. El segundo escogió en su programa obras de Bach, Chopin y Liszt. Llobet demostró lo que la prensa dijo ser “la verdadera escuela de la guitarra, haciéndonos ver todas las dificultades que este difícil instrumento encierra”. El cronista Juan Tejero Barbod advirtió de su pulsación firme, segura y delicada, en la mazurca de Chopin, *Danza mora*, *Gavota* y *Capricho árabe* de Tárrega.

La Sociedad Filarmónica anunciaba con verdadera solemnidad, también, el concierto del cuarteto checo, que años antes habían actuado en el Salón de Actos del Instituto Vizcaíno.

El Nervión (febrero de 1908) reseñaba las actividades de la Academia de Música de la Sociedad Filarmónica, que gracias a la ayuda de la Diputación Provincial, contribuía con la organización de conciertos que confirmaban el avance de alumnos y alumnas, así como “las excelentes disposiciones de dos futuros maestros, los jóvenes Sixto Osorio y Leopoldo Cabrias”.

Objeto de interés ya, la labor del joven compositor Jesús Guridi con sus *tres cantos populares* le había revelado como maestro dotado de grandes facultades. Se podía asistir días después a la comedia lírica en un acto y cuatro cuadros *Alma de Dios*, libro de Arniches y García Álvarez y música del maestro Serrano. La expectación que había por conocer esta obra en Bilbao era grande y a pesar de la lluvia pertinaz, el teatro se llenó casi por completo. El asunto –dijo el crítico– era sin embargo gastadísimo, con escenas de melodrama *comprimido*, propias de la *currinchería andante*. La obra estaba escrita *para la galería* con chistes de buena y mala ley que –siempre según el crítico de *El Noticiero Bilbaíno*– en el *soporífero segundo cuadro se desarrollan (en una sacristía), a donde se llevan frases que seguramente una buena parte de público culto de Bilbao ha de ver con disgusto en sucesivas representaciones*. En verdad no se equivocó, pues el público acogió la obra sin entusiasmo.

El género chico contó en Bilbao con un templo, por cierto, donde se le rendiría culto: el salón del Café Olimpia, que dejaba de ser café para convertirse en teatro donde se cultivaría el género. Para ello, adelantaron el escenario proporcionándole mayor anchura y más fondo. En la planta baja colocaron butacas en el centro y entrada general en los costados y las galerías superiores quedaron convertidas en palcos. Todo por amor al arte... se publicó, pero también por el negocio, apuntamos nosotros.

De la tuna, al Orfeón y la Coral

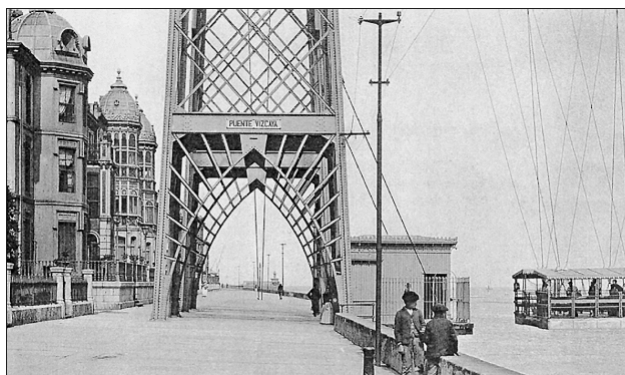
En esos años la música inundaba todo y se diversificaba desde lo más popular hasta lo más culto. Se computaba la presencia de cualquier acto musical a celebrar, como por ejemplo el de la Tuna Zaragozana "compuesta de los jóvenes que en su *tournee* artística recaudan fondos para el dispensario antituberculoso de la ciudad heroica". Satisfechos por la propaganda gratuita, "los tunos" dedicaron al periódico estas coplas:

*"Afables y cariñosos
al NOTICIERO elogiamos,
por el bien que se merece
nosotros le saludamos.
Un adiós de simpatía
de cariño y de ternura
al NOTICIERO BILBAÍNO
guardará siempre la Tuna"*

Los éxitos del tenor Constantino en América superaban los de su comienzo artístico en los teatros de Europa. A este propósito el *Filadelfia Item* –recogía *El Nervión*– había publicado con motivo de la representación de *Aida* en el teatro lírico: “El Rhadamés de Constantino ha sido superior al de Caruso, así como menos violento y afectado, resultando una representación digna, majestuosa y altamente artística. La sentida aria *Celeste Aida* ha sido admirablemente cantada, así como el dúo final en la cámara mortuoria, que dejó en el auditorio profunda impresión”.

Mientras el lector era transportado a Filadelfia, en Bilbao se escuchaba en febrero de 1908 la zarzuela *El regimiento de Arlés*, refundición de la *opereta en dos actos* de Donizetti *La figlia del regimento*. Al público local ya no se le podía dar gato por liebre, y el comentarista tuvo que advertir que “la refundición dejó bastante que desear tanto en la música como en el libro, sobre todo en este en el que hay escenas que languidecen. (...). La mayoría de los intérpretes llevaban la obra prendida con alfileres, pero de ningún modo está justificado el pitorreo y la pateadura constante con que recibió a la obra el respetable público”. Es cierto, por otra parte, que la opereta bufa hacía las delicias del público local, y si bien Wagner tenía adeptos, más los tuvo en esos días *El hijo de Bhuda* (letra de Arniches y Melantuche y música de Valverde y Calleja). Pero desde la ortodoxia de quien debía orientar al público se escribió con gran tino: “La obra es de espectáculo y del corte del “Ki ki ri ki” con la diferencia que, en vez de japoneses, en *El hijo de Bhuda* son indios, y que ésta no es de color tan subido como aquélla”.

En mayo la Junta del Gobierno del Orfeón Euskeria, daba a conocer al público bilbaino la nueva ópera vascongada *Anboto*, del maestro Zapirain y letra del escritor Alzaga, organizando tres únicas representaciones que tuvieron lugar en el Arriaga, los días 20, 22 y 23 de mayo de 1909, a las ocho y media de la noche. Lo cierto es que los bilbainos de toda clase se animaban y acudían en masa para llenar todas las localidades, aunque a veces no guardaban el silencio debido. Un cronista local advirtió por ello: “en honor a la verdad, debemos consignar que en los dos conciertos sinfónicos, no han podido portarse mejor”. Pues, eso.



Postal del Puente Bizkaia, transbordador conocido como “puente colgante”, a finales del siglo XIX.



Caricatura de María Jesús Cava Mesa realizada por el pintor bibaino K-Toño Frade.

PROCEDENCIA DE LAS IMÁGENES

Fotografía de la autora: Manuel Fernández.

Miguel Salvetto. <https://miguelosvaldo.portofoliobox.net>

Ayuntamiento de Bilbao (imagen contraportada)

Archivo Ediciones Beta.

Pixabay.

Ana María Ruiz García.

Fundación Gondra Barandiarán.

Fundación Rafaela Ybarra.

Biblioteca Nacional de España.

AUTORA



MARÍA JESÚS CAVA MESA

Nacida en Bilbao, doctorada en Historia Moderna y Contemporánea, catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad de Deusto, ha sido directora del departamento de Historia y del de Humanidades en dicha universidad, donde ha ejercido distintos cargos académicos de responsabilidad. Socia de número de la RSBAP, y nombrada en 2009 Ilustre de la Villa de Bilbao, ha publicado incontables trabajos de historia en revistas especializadas, monografías, colaboraciones en obras colectivas y prensa. Entre otros: *Memoria colectiva del Bombardeo de Gernika*. GG&Bakeaz, Bilbao, 1996; *Bilbao, más de Cien años de Historia*. Cámara de Comercio, Industria y navegación, Bilbao, 2003; *Rusia Imperial 1800-1914*. Eudema, Anaya, Madrid, 1998; *Un paseo por la Historia de Bilbao*. Ediciones Universidad de Deusto, 2008; *Historiographical Reflections on Citizenship: The Spanish case*. In: citizenship in Historical Perspective, Pisa, 2006, págs. 213-217; *Bilbainos en la Diplomacia y en la Administración Pública*. En: "Bilbao, una encrucijada entre dos siglos". Museo de la Ciudad, Madrid, 2001, págs. 203-225; *Diego María De Gardoqui. Un embajador bilbaino del siglo XVIII*. BBK, Bilbao, 1992; *El Bilbao de la belle Epoque*. Col. Temas vizcaínos, BBK. Bilbao. 1996.

LEGAL



KULTURA ETA HIZKUNTZA
POLITIKA SAILA

DEPARTAMENTO DE CULTURA
Y POLÍTICA LINGÜÍSTICA

Este libro ha recibido una ayuda del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

© María Jesús Cava Mesa

© De la presente edición: Ediciones Beta III
Milenio, S.L. 2022

Ramón y Cajal, 35. 48014 Bilbao

Tel: 94 476 11 55

edicionesbeta@edicionesbeta.com

www.edicionesbeta.com

Primera edición en libro electrónico (ePub): 2022

ISBN (ePub): 978-84-19227-22-5

Primera impresión en papel: 2021

ISBN (papel): 978-84-17634-89-6

Número de páginas: 400

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Conversión a libro electrónico: Ediciones Beta III
Milenio, S.L..

En 12 de setiembre de 1887, la reina M^a Cristina estuvo con motivo de la colocación del último bloque del Muelle de Hierro, y se celebraron regatas de traineras, compitiendo tres embarcaciones de Ondarroa, tres de Bermeo, dos de Santurtzi y una de Cierbana, ocupando los dos primeros puestos las de Ondarroa seguidas de una de Bermeo. La reina quiso, como premio, que los vencedores de Ondarroa patroneados por Gregorio Celaya, llevaran su falúa al atardecer hasta Bilbao.

Conde de Zubiria (1980). *Mis amigos*. Págs. 203-346.

<http://mareometro.blogspot.com.es/2011/08/historia-del-remo-en-portugalete.html>

Maite Ibáñez, José Luis Ibarra, Marta Zabala. *Euskalduna* Bilbao, 2002. También, la AVPIOP-IOH-LEE solicitó por escrito al Departamento de Cultura del Gobierno Vasco la protección de las instalaciones de la Euskalduna en 1994 y de nuevo en 2011 y 2018, así como verbalmente en otras ocasiones.

AB. *Memorias de Fernando Gondra* (inéditas).

Artista nacido en 1868, en Valladolid, según se manifiesta en su primera matrícula de estudios, de acuerdo con el acta de defunción sucedida en el Hospital Saint Antoine de París (1940). También según Xabier Sáenz de Gorbea en el año 2003, Mariano Gómez de Caso había encontrado la partida de nacimiento en la capital castellana.

El menor de los Gondra Lazurtegui, Julio Gondra Lazurtegui también ingeniero industrial, fue director de Laminación de Hojalata y asesor técnico de la Dirección en la desaparecida Basconia S.A., hasta su fallecimiento. Se casó con Juana Romero Estebanot y tuvieron cuatro hijos: María del Carmen, Julio, Francisco Javier y José María. Julio falleció en 1946. Un cuadro de doña Asunción Lazurtegui, pintado por Anselmo Guinea fue donado al Museo de Bellas Artes por los hermanos Gondra Romero en 2009. Descendientes directos de los Gondra Lazurtegui y primos consanguíneos de María Victoria Gondra.

Dolores Ibarruri, 1895-1989. De la Dolorosa a la Pasionaria. Col, Bilbogileak, Fundación Bilbao 700. Bilbao, 2017.

Libro de actas 305 archivo municipal: AF sección antigua 290-001. 0312-001-015.0394-195. AF sección primera 0187-070 (ninguna información útil). 0202-013 (inventario y tasación).

JOSÉ DE VILALLONGA GIPULÓ y RAFAELA DE YBARRA ARAMBARRI: Mariano, conde de Vilallonga = M^a Josefa Medina y Garvey (1^aas nupcias); Eugenia Lacave y de La Rocha (2^{as}as nupcias). -Gabriel de Vilallonga e Ybarra (jesuita) -M^a Rosario Vilallonga e Ybarra (religiosa de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús) -José Vilallonga e Ybarra (soltero) -Amelia Vilallonga e Ybarra = Antonio de Medina y Garvey.

PELLON, I. CABALLER, C. y LLOMBART J., *Física y Química en el Instituto Vizcaíno de Segunda Enseñanza.* 1847-1900. Actes de la VII Trobada d'Història de la Ciència i de la Técnica: Barcelona, pp. 213-238.

Fundación Sancho el Sabio. H- 69869 F-73818.

Ría, puentes, mujeres. Excmo. Ayuntamiento de Bilbao, 2017.

A tal efecto se crea la Sociedad Funicular de Archanda, S.A. El ingeniero donostiarra Severiano Goñi dirigió las obras.

GALLEGO, S., *Los Hermanos de las Escuelas Cristianas cumplen cien años en Vizcaya*, Hermanos de las Escuelas Cristianas. Distrito de Bilbao, 1987.

Así aparece recogido en la escritura de fundación facilitada por los Hermanos de La Salle de Deusto.

Real Orden de 12 de mayo de 1890 (*Gaceta de Madrid*, 4 de junio de 1890).

Los cinco primeros alumnos que figuran en el registro son: Gregorio Bilbao (11 años), Felipe Larrondo (8 años), José Llona (8 años), Ignacio Llona (6 años) y Ramón Aldecoa (8 años).

ABAD, C. M., *Vida de la Sierva de Dios Doña Rafaela Ybarra de Vilallonga, Fundadora de la Congregación de Religiosas de los Santos Ángeles Custodios*, Bilbao, 1909, p. 233.

Estatutos de la Escuela de Ntra. Sra. del Rosario de Deusto, Cap. del Patronato, Art. 2.º.

Escritura de fundación de la Escuela de Ntra. Señora del Rosario de Deusto, Cláusula Cuarta.

Unidad de superficie equivalente a 100 metros cuadrados.

Diario de San Sebastian, 26 de julio, 1880. Santxo, Joseba: *En Pasajes por Santiago* (inédito).

NIETO, Víctor, *La vidriera española. Ocho siglos de luz (1200-1998)*. Madrid, 1998.